

ALESSIO PULEO  
ESCUCHARÁS MI  
CORAZÓN



«Una novela de amor puro e  
inmenso coraje.»

FEDERICO MOCCIA



ESPA  
PDF

Ylenia tiene dieciocho años y padece una enfermedad del corazón. Su salud es frágil y ella y su familia deciden trasladarse a Italia, donde, según les han contado, Ylenia tendrá más posibilidades de encontrar un donante.

Alessandro es un chico italiano de la misma edad que Ylenia cuya vida está marcada por las broncas continuas de su padre, los malos resultados en el instituto y las salidas alocadas con sus amigos.

La vida de ambos cambia

radicalmente cuando se conocen. Al ritmo dramático de la enfermedad de Ylenia, se enamorarán y hallarán aquello que les faltaba: a Ylenia, las ganas de vivir; a Ale, un motivo para hacerlo...



Alessio Puleo

# Escucharás mi corazón

ePub r1.0

sleepwithghosts 25.08.14

Título original: *Il mio cuore ti appartiene*

Alessio Puleo, 2012

Traducción: César Palma Hunt

Editor digital: sleepwithghosts

ePub base r1.1

---

**más libros en [espaebook.com](http://espaebook.com)**

---

# Prólogo

Una noticia inesperada. Atroz. De esas que no dejan escapatoria y que nunca querrías escuchar. Que hacen que te preguntes qué harías si te sucediera a ti.

Así nace la empatía entre el lector y Giorgio Luciani. Él, un hombre como tantos otros, de unos cuarenta años, un italiano que reside en el extranjero, que tiene un buen trabajo en un banco, está a punto de vivir una pesadilla.

Todo es normal, o al menos él trata

de que lo parezca. Desde hace años. Desde que nació su hija Ylenia, hoy una joven hermosa de dieciocho años. Hasta que la vida decide barajar más las cartas y cambiar de juego. Colapsado en todos los sentidos, en pocas horas tiene que reinventarse la vida, para lograr que le queden incontables días que compartir con su familia, a ser posible felices. Para defender a su hija. Para salvarla. Para convencerla de que la vida es maravillosa. Para buscar algo que a los demás les parece imposible encontrar.

Un hilo de esperanza. Débil. Pero el único posible. Ese es el núcleo de esta

novela, la trama de esta historia. Es difícil ir a contracorriente cuando parece que ya no hay salidas. Es difícil echar tierra sobre todo y empezar de nuevo en otro lugar, lejos, en la Toscana, en Cecina, para ser exactos, sin siquiera poder dar explicaciones, sin saber si valdrá la pena. Una apuesta contra el tiempo, una condena a muerte contra la que no cabe recurrir porque ninguna ley terrenal puede brindar ese tipo de justicia. Un hombre solo, su valentía, nuestra participación emotiva. Frente a él otro hombre, astuto, capaz de golpear sin compasión en el momento de mayor fragilidad, se hace portavoz de una

oferta terrible, de una de esas que parecen fruto de la fantasía de un escritor de novelas de suspense o de la voz de un locutor de informativos. En cambio, es real, concreta, actual, se presenta en la bandeja de plata de la depredación. Una solución rápida, casi indolora, una posibilidad inesperada de poner la palabra «fin» a todo aquel mal. E inaceptable al mismo tiempo. Un hombre al que en la lectura odiamos porque, por transposición, nos imaginamos en el lugar de Giorgio, sentimos su misma rabia y su misma incredulidad. Canjear una vida por otra. Es inconcebible. Eso desborda nuestros

esquemas mentales. Es absurdo. Pero la vida y sus hipérboles, los extremos a los que muchas veces llega y sus repentinos cambios de ruta coprotagonizan con Giorgio este libro. Lo acompañan en cada página, forzándonos a reflexionar sobre lo muy lábil y frágil que es nuestra vida, presa de un instante que lo puede cambiar todo.

Son muchos los personajes de los que es fácil encariñarse por la autenticidad de las reacciones emotivas. La hija de dieciocho años, Ylenia, guapa, graciosa, justo ahora descubriendo todo sobre la vida, inconsciente de la broma que la misma

vida le está gastando. El instituto. Los amigos. El amor de un príncipe que le regala lo más sencillo y preciado: una concha. Un príncipe que le ha robado el corazón, ese corazón tan frágil. Un diario rosa en el que escribir sobre todo. Por ejemplo, sobre un nuevo amor. El de un príncipe diferente, nuevo, hijo del litoral toscano, Alessandro Cutrò, al que llaman Ale, desenfadado e irónico, generoso y único. Capaz de amarla como nadie lo ha hecho jamás, de luchar hasta lo imposible por ella, de hacerla reír a carcajadas.

La esposa, Ambra, activa, dulce, enamorada, al lado de Giorgio desde

hace tiempo, compañera y apoyo irremplazable de una aventura que indaga a fondo y saca a la luz recónditos aspectos humanos muy a menudo adormecidos y latentes, madre afectuosa que apoya a su hija en sus dificultades más o menos corrientes. Y, por último, Giorgio, combativo a su pesar, en busca de la mejor solución, hasta que llegue el verdadero héroe de esta historia para brindarle la respuesta. La más inesperada. La más maravillosa y completa.

Y el juego de la vida sigue y decide la enésima inversión de los papeles, el sacrificio extremo que pone en la

balanza el amor por alguien y el propio bien. Un bien que hay que reinterpretar, sin embargo, a la luz de un gesto magnífico para el que ninguna gratitud es excesiva, una decisión que recuerda al lector una problemática de gran actualidad sobre la que nunca se reflexiona bastante.

Descripciones cuidadas, extensas, precisas, el deseo de contextualizar lo mejor posible el ambiente que sirve de fondo a esta historia. Se percibe un amplio bagaje de lecturas, que brinda al autor puntos de arranque y de inspiración para la elaboración de la trama y, sobre todo, del estilo.

Una historia honesta, que Alessio Puleo cuenta con pasión y sencillez, con aplicación y sabiendo ponerse en la piel de los personajes.

El mundo adulto, con sus problemáticas y sus prioridades, que muchas veces parecen tonterías, se enfrenta al miedo más antiguo de todos, el del cambio repentino. Y al hacerlo descubre de golpe que aquellas no eran tonterías, sino hechos normales, importantes, suyos. Eran la vida en su cotidianidad no asombrosa, desde luego, pero tan valiosa que hace temblar cada una de las certezas en el momento en que todo está por terminar.

Una historia de amor puro y de valentía enorme, espontánea, distante de los clamores, que nos recuerda que todo acontecimiento, hasta el más triste y definitivo, conlleva respuestas y un nuevo impulso para empezar otra vez. Nos corresponde a nosotros, siempre, transformar el dolor en motivo de reflexión y en deseo de seguir soñando.

FEDERICO MOCCIA

*Hospital San Elías, Bogotá, Colombia*

Silencio en la habitación. El señor Luciani miraba alrededor, tratando de rebajar la tensión. Entraba poca luz por la ventana, probablemente a causa de las cortinas, que, al ser muy oscuras, impedían el paso de los rayos de sol.

Los muebles eran de caoba, de talla muy recargada, seguramente de época.

En las paredes había cuadros muy grandes, de diferentes estilos, colocados

al azar, alguno un poco torcido; se diría que se llevaban a matar.

En una mesita de un rincón, junto a un pequeño Buda de madera, había una estatuilla de la Virgen con agua bendita.

Por último, en el suelo, una pesada alfombra persa daba a la habitación un aspecto todavía más sombrío y recargado.

«Es raro —pensó— que un médico tenga tan poco gusto en la decoración».

Pero en el fondo no era cosa suya ocuparse de los muebles.

Un leve tictac rompió el silencio: un viejo reloj en un rincón del escritorio, a lo mejor también comprado por azar.

Observó durante un instante al hombre que estaba sentado delante de él. Tenía la frente arrugada y examinaba con atención unas hojas. Casi parecía no prestarle atención.

En el intento de calmarse se puso en pie, se acercó a la ventana y con una mano retiró la cortina, casi como si quisiera descubrir un nuevo mundo.

Mientras se frotaba los músculos rígidos del hombro miró fuera, hacia la calle. Los coches pasaban raudos por el asfalto, con la prisa de ir quién sabe dónde, a hacer quién sabe qué. En la acera los peatones esperaban pacientemente a que el semáforo se

pusiese verde para cruzar. Una madre estaba consolando a un niño que lloraba, a lo mejor quería un juguete nuevo. Unas chicas reían y bromeaban delante del escaparate de una tienda de ropa. Llevaban a la espalda la mochila del colegio, quizá se aprestaban a regresar a casa después de muchas horas de clases aburridas, o quizá quedaban con una amiga para estudiar juntas.

Destellos de vida lejanos, acunados por la música del tiempo, vidas que no nos pertenecen, pero que, por un motivo u otro, se cruzan con la nuestra. Ya, la nuestra.

El señor Luciani se dio cuenta de

que su aliento había empañado la fina lámina de cristal, lo que le impedía seguir observando, y bajó la cortina como si fuera un telón.

Se preguntó qué hora era y miró el reloj: las 16.47.

Habían pasado más de diez minutos desde que había entrado en esa habitación. Quién sabe cuánto tendría aún que esperar.

Al volverse, advirtió que el doctor Kovacic lo estaba mirando con gesto más bien preocupado.

Suspiró él también; luego se dio ánimos y exclamó:

—¿Y bien, doctor?

Y volvió a sentarse en la silla.

—Por desgracia, lo que me dispongo a decirle no va a gustarle. He examinado atentamente los resultados de las últimas pruebas y...

Siguieron unos minutos de silencio. El señor Luciani comprendió que el médico estaba buscando las palabras apropiadas para afrontar el tema y empezó a jugar nerviosamente con los botones de la chaqueta.

Observó con atención a aquel hombre de barba y pelo entrecanos, buscando entre las arrugas de su rostro un destello de esperanza. Pero no lo encontró.

—Lo siento —continuó el doctor—, pero ya no hay nada que hacer. Seré sincero, no le queda mucho tiempo de vida.

Giorgio Luciani empalideció de pronto, sintió que el suelo se desmoronaba bajo sus pies, trató de mantener la calma, pero por mucho que se esforzaba no pudo evitar que la voz le temblase mientras preguntaba:

—¿Cuánto... cuánto tiempo?

—Cinco..., seis meses a lo sumo. No más. La enfermedad avanza velozmente y, aunque parezca que no hay más síntomas, las pruebas en realidad son elocuentes. La situación se ha

agravado mucho, el corazón está visiblemente dañado. Ya hemos hecho todo lo posible, de verdad, no quedan más opciones. A menos que...

El doctor Kovacic se interrumpió titubeante. No sabía si continuar hablando.

El aire de la habitación se hacía cada vez más pesado, casi irrespirable, y la tensión no le permitía a Luciani mantener su habitual compostura.

—¿A menos que...? —estalló nervioso por tanta vacilación—. Continúe, doctor, se lo ruego, a menos que... ¿qué?

El médico, que comprendía bien el

estado de ánimo del hombre, decidió proseguir.

—Bien, verá, a decir verdad sí que habría una posibilidad, pero no quisiera darle falsas esperanzas; en realidad es muy difícil encontrar un corazón en tan poco tiempo, y además hay que tener en cuenta que...

El doctor Kovacic calló de nuevo y empezó a buscar nerviosamente algo en el cajón del escritorio.

Esa enésima interrupción puso todavía más a prueba los nervios del señor Luciani. Incapaz de permanecer sentado, se levantó de golpe y volvió a la ventana. Intuía que no iba a gustarle

nada lo que se disponía a decirle. Por eso, casi como si quisiera evitar una respuesta que se anunciaba definitiva, apartó de nuevo la cortina y con voz temblorosa dijo:

—En fin, doctor, no consigo seguirlo, ¿qué está tratando de decirme, hay una esperanza?

—Por favor, cálmese y escúcheme... —respondió el especialista mientras cerraba el cajón, afligido por no haber encontrado lo que estaba buscando.

—Realmente sí, aunque remota, sí que habría una posibilidad: se podría intentar un trasplante. Sin embargo, como le decía, hay que tener en cuenta el

hecho de que desgraciadamente en nuestro país hay muy pocos donantes, de modo que ya resulta difícil encontrar un corazón cuando se tiene tiempo. ¡Imagínese en su caso, cuando es cuestión de pocos meses! La única esperanza sería la de ir al extranjero, pero aquí se sumaría el problema de la nacionalidad.

—¿El problema de la nacionalidad?  
—repitió el señor Luciani—. ¿A qué se refiere?

—Me explicaré mejor. Aunque se trasladara a un país con un mayor número de donantes, siempre gozan de preferencia los ciudadanos del país; eso

significa que usted tendría más posibilidades que aquí, pero no tantas como para albergar auténticas esperanzas. En definitiva, lo que estoy tratando de decirle es que a estas alturas solo la puede salvar un milagro. Me apena mucho, pero esta es la situación.

En silencio, el señor Luciani se volvió y miró de nuevo por la ventana. Una brisa fría hacía vibrar el cristal, sin penetrar en la habitación.

Elevó los ojos hacia el cielo, un cielo gris que amenazaba lluvia, adornado con nubes negras orladas por la luz rojiza del sol que se apresta al ocaso.

Mientras en su mente seguían sonando y repitiéndose, como un remolino imparabile, las palabras del médico, un escalofrío le recorrió todo el cuerpo, como si se negase a colaborar.

Haciendo esfuerzos para mantener una aparente lucidez, sin volverse, decidió dar voz a esa idea que le rondaba en la cabeza pero que no se atrevía a expresar, tal vez por miedo a perder también la última esperanza.

—¿Cuál es la situación en Italia? — preguntó apretando los puños.

—¿Perdón? —contestó el médico, que no comprendía adónde quería llegar el señor Luciani.

—Quiero decir, ¿cuál es la situación en Italia en relación con la donación de órganos? —insistió.

—Bueno, verás, si no me equivoco, Italia se cuenta entre los países con mayor número de donantes. Pero ¿por qué me lo pregunta?

Giorgio Luciani no respondió.

Miró su débil reflejo en el cristal de la ventana. Un hombre como tantos otros, de unos cuarenta años, un honesto trabajador que tenía una familia que lo estaba esperando en casa, una esposa y una hija maravillosas a las que quería más que a nada en el mundo.

La vida, a fin de cuentas, hasta

entonces solo le había dado alegrías. Añoraba ahora momentos que parecían lejanos e irrepetibles. Sabía perfectamente que esa serenidad por la que él y su familia habían luchado tanto había desaparecido para siempre.

El ruido de las gotas de lluvia que tamborileaban con insistencia sobre el cristal lo sacó de sus pensamientos. Un sonido que para él solía ser relajante y placentero ahora le parecía triste y amenazador.

Sin levantar la vista del suelo volvió al escritorio y recogió sus cosas de la silla, el abrigo y el maletín, del que sacó el paraguas.

Cuando ya estaba en la puerta, su hija lo había seguido por las escaleras de casa para dárselo, temiendo que lloviese y que se mojase.

—¡Papá! No querrás resfriarte... — había exclamado con los brazos en jarras y con una cara como la que ponía su madre cuando lo reñía.

Él le había dado un beso en la mejilla y la había abrazado con fuerza para darle las gracias.

Una pequeña e imperceptible sonrisa se dibujó en el rostro del señor Luciani cuando, mirando al especialista a los ojos, le preguntó:

—¿Usted cree en los milagros?

El médico no respondió a la pregunta y se encogió de hombros, como diciendo que no lo sabía. Luciani, ya en el umbral, sencillamente dijo:

—Yo sí. Mi familia y yo tenemos nacionalidad italiana.

Cerró la puerta tras de sí, bajó los pocos escalones que conducían a la calle y se encaminó hacia su casa.

Gotas de lágrimas amargas se mezclaban con la lluvia de aquella triste tarde de enero.

—¿Diga?

—¡Hola, Ylenia!

Esa llamada había encendido una pequeña luz dentro de ella...

—¡Hola! ¡Dame un segundo para que cambie de teléfono! —le dijo Ylenia al chico que tomaba clases particulares de italiano con la perspectiva de una futura licenciatura en lenguas, y aprovechaba cualquier momento para practicar con ella.

Y, como en un guión, desde la otra habitación se oyó gritar:

—Cariño... ¿Quién llama?

—¡Es para mí, mamá, es Ashley!

Ylenia tapó con una mano el auricular mientras le gritaba a su madre. Un leve rubor le subió a las mejillas. No estaba nada bien mentir a una madre, eso lo sabía, pero no le apetecía explicarle quién estaba al otro lado de la línea, ni que era alguien que estaba esperando pacientemente contarle que había marcado dos goles en el partido de fútbol sala del instituto. Que confiaba en que le creyese. Y que, para celebrarlo, o quizá solo para mitigar la mala

conciencia, quería llevarla al muelle a tomar un helado.

—Dale recuerdos de mi parte... y dile que venga a cenar mañana con sus padres. —La voz de su madre se volvía peligrosamente cercana.

—Claro, descuida, se lo diré, no te preocupes.

Ya no hacía falta gritar, dado que su madre había llegado al salón.

—Subo a hablar a mi habitación.

Una sonrisa radiante con treinta y dos dientes, la sonrisa de quien está contando una mentira. Una mentira inocente, es cierto, pero de todas formas una mentira.

—Vale, como prefieras.

La mujer observó con atención a su hija, que corría escaleras arriba, disimulando a su vez una pequeña sonrisa.

Claro, ella también había sido adolescente. Ella también le había escondido a su madre el destinatario de las kilométricas cartas que escribía, es decir, su actual marido.

Un clásico. Seguramente se había dado cuenta. O a lo mejor no, a lo mejor se lo había tragado. Quién sabe. Mira que los padres sí que saben hacerse los misteriosos.

Durante los momentos dedicados al

estudio, en el silencio de su pequeña habitación, cuántas páginas había llenado de corazones y de promesas para mandárselas a Giorgio. Ambra rememoró durante un instante las veces que su madre, fingiendo indiferencia, pasaba como sin querer detrás de ella para echar un vistazo furtivo a lo que le escribía a su novio. Rauda, ella tapaba con una mano la hoja y sus palabras de amor secretas, experimentando un bochorno presumiblemente parecido al que acababa de sentir Ylenia.

La mujer esperó a que la chica se hubiese alejado por las escaleras y cogió el otro teléfono inalámbrico.

También sus mejillas se tiñeron de rojo, y no era por el colorete. Pero ¿qué estaba haciendo? Espiaba las conversaciones como cuando era una cría y llamaban por teléfono a su hermana...

Se apresuró a colgar y reuló, pensando que llamaría ella misma a la madre de Ashley para esa invitación a cenar. Ashley era la mejor amiga de Ylenia, una amistad única como solo se puede tener a esa edad. Parecían de acuerdo en todo, era una simbiosis casi perfecta; si bien en ese momento indudablemente no era ella quien estaba al teléfono.

Por otro lado, ¿qué esperaba? Su hija tenía un físico bonito, era alta, espigada, morena y de ojos verdes esmeralda. Tenía el pelo muy lacio, recortado sobre los hombros, y un aspecto tan frágil que parecía que fuese a romperse en cualquier momento.

Precisamente por eso su padre Giorgio la llamaba «mi maravillosa muñeca de porcelana»: bonita, dulce y frágil.

Había cambiado en muy poco tiempo. Hasta hacía pocos meses parecía una niña, mientras que ahora, con la lozanía de toda su estupenda belleza, se había convertido en toda una

mujer, joven y fascinante. Era normal que tuviese admiradores. ¡Ella también los había tenido a su edad!

Sonriendo ante ese recuerdo de juventud, sacó del bolsillo el móvil para hacer aquella llamada, pero se olvidó en cuanto regresó a la cocina, cuando vio el gran reloj colgado en la pared —odiaba aquel molesto e insistente ruido de agujas—, y se preguntó por qué tardaba tanto su marido. Solía avisar si había tenido algún percance.

Pensó por un momento en llamarlo para asegurarse de que todo estaba bien. Menú. Agenda. ¿Y ahora? ¡Ah, sí!

Los nombres pasaban rápido por la

pantalla a color. Por qué insistía tanto su hija en que debía tener un móvil de última generación, con todos los adelantos tecnológicos, si ella a duras penas llegaba a hacer algunas llamadas, muy a menudo sin éxito. No había nada que hacer, nunca se había llevado bien con la tecnología.

Ay, los buenos tiempos de las cartas escritas a mano... Había que reflexionar antes de escribir, se buscaban las palabras más complicadas y ampulosas, las metáforas más atinadas. Iban a parar a la papelera o al suelo montones de hojas hechas una bola después de horas de intentos, mientras las blancas

reposaban sobre la mesa, esperando ser escritas.

Pero ahora, con los correos electrónicos y los mensajes, el papel de carta perfumado de lavanda con dibujitos estaba guardado en las estanterías de la memoria.

Apretó con el índice el botón de la izquierda y se acercó el móvil al oído, esperando oír a su marido. Se sorprendió bastante cuando una voz femenina y un poco áspera le informó amablemente de que el teléfono podía estar apagado o fuera de cobertura.

Un vuelco del corazón. ¿Le habría pasado algo? ¿Algo grave? ¡No! Procuró

no ponerse nerviosa, ya otras veces le había costado ponerse en contacto con Giorgio. Como una niña, comenzó a remedar la vocecita del teléfono: «El usuario al que ha llamado...». Supuso que lo habrían retenido en la cita de trabajo a la que había tenido que ir esa tarde, de modo que no había motivo de preocupación. Imprevistos así se presentaban con mucha frecuencia en su trabajo, y ella lo sabía perfectamente.

Logró tranquilizarse y se guardó el móvil en el bolsillo; empezó entonces a desmenuzar las patatas y las zanahorias, y a canturrear alegremente uno de sus temas preferidos, como hacía siempre

que trajinaba con los fogones.

Ya era casi la hora de cenar cuando su marido entró, pero ella estaba tan atareada y absorta en sus pensamientos que no advirtió que la puerta de la calle se abría y se cerraba, ni que él había entrado en la cocina.

—¡Giorgio! —exclamó en cuanto lo vio—. ¡Por fin! ¡Estaba preocupada! He tratado de llamarte, pero tenías el móvil apagado. La cena está lista. ¿Cómo te ha ido? ¿Te has mojado? ¿Has visto qué tiempo? Menos mal que Ylenia te ha dado el paraguas, porque si no te habrías...

Calló bruscamente al reparar en los

ojos hinchados y enrojecidos de su marido y en su aspecto cansado y desconsolado. Había estado tan concentrada en remover el estofado en la cacerola que ni siquiera le había dirigido una mirada.

—Pero... —continuó preocupada y a la vez asustada—. ¿Qué te pasa? ¿Ha ocurrido algo?

Tras secarse las manos en el delantal rojo y azul, se acercó a él y le acarició dulcemente la mejilla helada.

El hombre no respondió. Se quitó el abrigo, dejó el maletín en el suelo y abrazó a su mujer con tal fuerza que casi la asfixia.

—Ahora no, Ambra, te lo ruego —le susurró al oído—. Dile a Ylenia que estoy muy cansado y que quiero descansar. Te espero arriba, después de que cenéis. No tengo hambre. No me apetece comer. Solo quiero estar un rato a solas. Necesito reflexionar.

La señora Luciani se quedó un poco sorprendida. Tuvo la tentación de preguntarle enseguida a su marido qué era lo que pasaba, pero decidió respetar su decisión, limitándose a asentir y a besar a Giorgio, que en silencio subió las escaleras y se encerró en su dormitorio.

Había dado vueltas toda la tarde por

la ciudad sin rumbo, en busca de respuestas, en busca del valor necesario, pero sobre todo en busca de alguien que lo pudiese ayudar. En el fondo ya lo sabía. Solo Dios podría hacerlo. Y nadie más. Lo sabía perfectamente. Pero ¿dónde encontrarlo? Él, que tiene tanto que hacer, ¿iba acaso a escuchar las plegarias de un pobre hombre? A lo mejor, quién sabe, podía darle esas respuestas y ese valor. Sin duda, porque Él es Aquel que lo puede todo. A lo mejor, en el silencio de su dormitorio, si se lo pedía, Él lo escuchaba. Qué pena acordarse de Él solo en momentos así. Pero qué le iba a hacer. Tenía que

intentarlo. Se entregó a una profunda y larga meditación.

Sin saber bien qué pensar, tras haberlo seguido con la mirada, Ambra recogió las cosas de su marido y las llevó a la entrada. Colgó el abrigo en el perchero, dejó el maletín junto a la mesita de las llaves y metió el paraguas en el paragüero, asombrada de que su marido, habitualmente tan ordenado y meticuloso, lo hubiese dejado goteando en el suelo. Fue inmediatamente a la cocina por un trapo; luego, de vuelta en el vestíbulo, secó el suelo.

Mientras tanto, Ylenia por fin había terminado su charla, ciertamente

animada a causa de ese puñetero fútbol sala que le quitaba tanto tiempo, decididamente demasiado. Un fútbol sala que en realidad tenía otro nombre, y encima dos piernas, dos brazos, pelo lacio, rubio y largo, y un corazón que latía furiosamente cada vez que él marcaba un gol dentro de ella. Pero eso, por supuesto, Ylenia no podía saberlo.

Con la cara todavía enfurruñada volvió al salón y se sumergió de nuevo en la lectura de la revista que había dejado en el sofá. Un poco aburrida y desanimada por el mal tiempo y por la típica testarudez masculina, al oír los pasos de su madre en el pasillo la fue a

buscar a la entrada, bostezando y arrastrando los pies. Sorprendida de verla arrodillada en el suelo, le preguntó qué estaba haciendo, pero sobre todo a qué hora iban a cenar.

—¡Anda, ven!

Ambra se levantó del suelo, la agarró de la mano y fue hacia la cocina.

—La cena está casi lista. ¿Me ayudas a poner la mesa? ¡Y no camines así, sabes que lo detesto! ¡No es nada elegante!

—¿Así cómo, perdona?

—¡Arrastrando los pies por el suelo, lo sabes perfectamente! Bueno, ¿te encargas tú de poner la mesa?

—¡Uf! ¿Cuándo te decidirás a tener una asistenta? ¡Todas mis compañeras tienen una! ¡Y no creo que precisamente papá no pueda permitírselo!

—¿Y luego qué haría yo todo el día? Me aburriría, ¿no te parece? Te he explicado mil veces que no me gusta tener a nadie en casa a mis órdenes y que me encanta ocuparme de mis cosas. Estoy hecha así. Puede que tú también debas empezar a hacer algo, ya que a duras penas sabes cocer un huevo duro. Ya es hora de que aprendas al menos a cocinar... ¿Cómo te las arreglarás cuando te cases?

—¡Vale! ¡Vale! ¡Descuida, me

compraré uno de esos cursos en DVD o lo aprenderé todo de ti una semana antes de la boda! Por ahora queda tiempo, no tienes por qué alarmarte tanto. Cumplí dieciocho años el mes pasado, diría que es inútil vendarse la cabeza antes de rompérsela, ¿no? Y ahora vamos a cenar, por favor. ¡Me muero de hambre! Pero... ¿y papá? ¿Todavía no ha vuelto? He visto sus cosas en la entrada, pero no lo he oído llegar.

—Ha llegado hace poco, pero ha subido al dormitorio porque no se encontraba bien. ¡Con este tiempo y con esta lluvia habrá cogido un buen resfriado!

—Sabía que iba a caer enfermo. ¡De no ser por mí, que le he dado el paraguas, se habría calado hasta los huesos!

—Pues sí, últimamente está un poco despistado. No sé qué le está pasando, puede que estos días esté trabajando más de la cuenta.

Ambra recordó un poco preocupada la expresión de su marido cuando había entrado. Seguramente estaba ocurriendo algo raro.

—¡Pensemos en el lado positivo, esta noche al menos nos libraremos de esos antipáticos concursos con premios que ve él a la hora de la cena! —dijo

Ylenia sacando del cajón los cubiertos y colocándolos sobre la mesa.

—Mira que tienes razón, no sé cómo puede gustarle tanto eso. Y es incapaz de perderselos una sola noche...

—¡Pues sí! ¡Qué coñazo!

Riendo, Ambra le dio a su hija una leve colleja en la nuca, luego cogió la cacerola humeante del fogón y la llevó a la mesa procurando no quemarse.

—Venga, será mejor que cenemos. ¡E intenta evitar esas frases delante de tu padre! Sabes perfectamente lo que piensa de tus coloridas expresiones...

—¡Ay, qué coñazo! ¡Solo he dicho qué coñazo!

Ambra abrió los brazos y elevó los ojos al cielo.

—Pues eso.

—¡Uf, mira que sois anticuados!

Madre e hija se sentaron a la mesa, una riendo y la otra resoplando. Luego Ambra continuó, mientras llenaba los platos de estofado:

—Cuéntame qué has hecho hoy.

—Nada especial... La vida de siempre, las cosas de siempre, el aburrimiento de siempre —respondió la chica, un poco enfurruñada—. Nunca hay novedades, nunca ocurre nada diferente...

La madre sonrió ante aquella

afirmación y pensó que, en efecto, su vida era últimamente un poco monótona. A buen seguro ninguna de las dos se habría imaginado jamás cómo toda su vida iba a cambiar drásticamente en muy poco tiempo.

—Mamá, enciende el televisor, por favor. A esta hora ponen ese programa, ¿cómo se llama? Ese con todos los chismes sobre los vips que papá nunca nos deja ver, porque a él no le gusta — exclamó Ylenia con la boca llena, dándose puñetazos en el pecho para no atragantarse.

Ambra no entendió ni una palabra de lo que le decía su hija, y se apresuró a

llenarle el vaso de agua para ayudarla a tragar la comida.

Al final, por acabar antes y sin haber aún tragado, Ylenia se levantó, cogió el mando del televisor y lo encendió.

La cena prosiguió así, entre frivolidades, chismes y muchas carcajadas cómplices entre madre e hija, con algunas palabrotas de más, rigurosamente seguidas de una leve torta en las manos o en la nuca dada con libre desahogo, en vista de la ausencia de Giorgio.

Al terminar de cenar, Ylenia le echó una mano a su madre. Recogió la mesa y colocó la vajilla en el fregadero, barrió

el suelo y luego desapareció, por temor a que le encargara más tareas.

La mujer fregó y secó bien los platos, limpió con igual esmero toda la cocina, y una vez que hubo terminado se quitó el delantal, preparó una bandeja con la cena para su marido y fue a verlo a la planta de arriba.

Lo encontró echado en la cama, las manos detrás de la cabeza y la mirada perdida en el techo. La luz tenue de la lámpara dejaba la habitación un poco en penumbra, y también su rostro. No se había quitado la ropa ni los zapatos, tenía los ojos cerrados y parecía que estaba dormido. Pero ella sabía que no,

y después de más de veinte años de matrimonio no tenía sentido recriminarlo por haberse tumbado en la cama con los zapatos puestos.

La mujer dejó la bandeja en la mesilla de noche y se sentó en la cama, al lado de su marido, que le hizo sitio.

—Amor... —lo llamó delicadamente en voz baja, poniéndole una mano ligera sobre el hombro—. Te he traído algo de comer.

Con una sonrisa forzada, Giorgio respondió que comería más tarde.

—¿Ocurre algo? Hoy estás muy raro —preguntó ella, cada vez más preocupada.

Era muy extraño que su marido no tuviese apetito, eso pasaba muy rara vez, y cuando sucedía era siempre por algún motivo grave.

—No, tranquilízate, solo estoy cansado.

—¿Y por qué tienes los ojos rojos e hinchados?

—No es nada, solo un leve resfriado —mintió, tratando de evitar la mirada de su mujer—. Anda, intentemos dormir, que estoy cansado —añadió para eludir el interrogatorio.

Ella simplemente asintió, poco convencida de la respuesta y de su actitud. En silencio, ambos se

prepararon para dormir.

Ambra apagó la lámpara. Ahora solo iluminaba el dormitorio la luz de la luna.

Pasaron muchas horas, y Giorgio seguía dando vueltas en aquella cama que parecía llena de clavos, asfixiado por una manta que lo oprimía como si fuese de cemento. Trataba de encontrar un poco de alivio y consuelo al menos en el sueño, pero esa noche nada hubiera podido serenarlo, después de la terrible verdad que ahora conocía.

# 3

¡Qué noche tan atroz! ¡Qué pesadillas, coño! Casas sin escaleras, ascensores que se bloqueaban, tejados que se venían abajo...

Giorgio se quedó un instante parado delante de las escaleras. ¿Qué elegir? ¿Cómo subir al despacho? Después de los sueños de esa noche... ¿Escaleras o ascensor?

Al final se decidió por el ascensor. Había dormido apenas y muy mal, no

tenía ganas de encarar esos pocos escalones que esa mañana parecían interminables. Mientras apretaba el botón rojo con el número 2 en relieve, repasaba en su mente las palabras que había preparado. Aunque estaba seguro de que al final iba a improvisar. Más o menos como hacía en la universidad antes de un examen importante.

Pero ahora era distinto, un examen siempre se puede repetir, mientras que esta vez solo disponía de una oportunidad y no la podía desaprovechar. Cualquier mínimo error supondría su fin.

Una vez en la segunda planta,

recorrió el pasillo con paso lento y la vista clavada en el suelo, hasta detenerse en la última puerta. Introdujo la mano en el bolsillo derecho de los pantalones para buscar la llave de su despacho y miró alrededor.

Habría podido describir aquel lugar minuciosamente hasta con los ojos cerrados: la moqueta que pisaba todos los días desde hacía muchos años, los cuadros de las paredes, cada uno de los cuales contaba una historia diferente, las grandes plantas de los rincones del pasillo que una chica guapa se encargaba de regar y la pintura ensombrecida por el tiempo. Y, además,

los colegas, los más simpáticos y los más odiados, que, como cada detalle de aquel edificio, habían constituido una parte más o menos importante de su vida.

Suspiró antes de girar la llave en la cerradura, tras lo cual bajó el pestillo, abrió la puerta y de golpe se detuvo, como si de buenas a primeras hubiese tomado otra decisión. Vaciló un momento, luego cerró la puerta, sin entrar en la habitación. Volvió al pasillo, recorrió un breve tramo y se dirigió a una mesa próxima. La mujer que estaba sentada detrás de esa mesa levantó la cara y al verlo sonrió. Una vez que hubo

llegado a su lado, le dijo:

—Buenos días, señor director. Están aquí los faxes que esperaba. Se los llevo enseguida a su despacho.

—No —contestó con sequedad—. Los miraré más tarde. ¿Ha llegado el presidente?

La señorita Cinthia, la secretaria de Giorgio Luciani, se quedó bastante asombrada de la respuesta dura y fría de su director, pues solía ser un hombre amable y educado. Tras la sorpresa inicial, se apresuró a responder que el presidente acababa de llegar y que podía encontrarlo en su despacho.

—Gracias —le contestó volviendo

rápídamente sobre sus pasos.

Una vez dentro, colocó el maletín en una silla, colgó la gabardina y se sentó a su escritorio, con los codos apoyados en el tablero y la cabeza entre las manos, sin saber bien qué hacer ni qué pensar.

Un fuerte puñetazo contra el escritorio, fruto de la desesperación, hizo caer un marco con la foto de toda la familia, una instantánea que había sido tomada con ocasión de un cumpleaños de Ylenia. En esa imagen la niña sonreía, feliz de estar posando para la cámara abrazada a sus padres.

El recuerdo de aquel día hizo que una débil sonrisa asomara a los labios

de Giorgio, una sonrisa que pronto se trocó en una expresión dura, decidida.

En ese instante, como si por fin hubiese encontrado en su interior la fuerza que precisaba, Luciani se levantó y fue directamente al despacho del presidente.

No vaciló un segundo, llamó con seguridad y entró.

—Buenos días, señor presidente — exclamó, y el otro le respondió al saludo.

Su jefe, que estaba tomando café, lo invitó a sentarse y le ofreció una taza, que Giorgio aceptó.

—Dos terrones, ¿verdad? —

preguntó mientras quitaba la tapa al azucarero.

—Hoy tres, gracias.

—¿Y eso? ¿Necesita endulzar algo?

—preguntó risueño el presidente, asombrado por el cambio, al tiempo que le tendía la taza a su colega.

Giorgio Luciani tardó unos segundos en responder. No sabía qué decir ni cómo explicarse. Buscaba las palabras idóneas, hurgaba en su mente para dar con la mejor manera de comunicar su decisión.

—Tengo que hacer más dulce mi marcha —dijo al fin, sencillamente.

El presidente se quedó unos

instantes mirándolo con gesto interrogante y Giorgio, para rehuir su mirada, se puso a dar vueltas a la taza entre las manos y a observarla, como si quisiera grabar en la memoria cada detalle del logo del banco impreso en la loza blanca.

—¿La competencia le ha hecho una oferta mejor que la nuestra? —preguntó el hombre con gesto receloso.

—¡No, no! La verdad es que querría pedir un traslado.

—¿Es que no se encuentra bien aquí? —siguió su jefe, enarcando una ceja.

—Todo lo contrario, me encuentro

estupendamente. No se trata de mí, sino de mi familia. Tengo que volver a Italia. Tengo que encontrar un corazón. Comprendo que puede parecer raro, pero... ¡es así!

—¿Un corazón? ¿Qué quiere decir?  
—preguntó el presidente, sorprendido por la respuesta.

—¡Necesito un corazón para un trasplante! ¡Lo necesito con urgencia! ¡Y tengo que ir a Italia para conseguirlo! Por eso querría que me destinaran a una de nuestras filiales italianas.

En ese preciso instante sonó el teléfono. El presidente levantó el auricular y su secretaria le avisó de que

la reunión estaba a punto de empezar y que lo estaban esperando.

—Lo siento —se disculpó el hombre —, me temo que tendremos que continuar esta conversación más tarde. De todas formas, aunque no he comprendido bien su problema, tengo la impresión de que se trata de algo muy serio, y le pido que me considere a su entera disposición.

—Muchas gracias, se lo agradezco infinitamente —respondió Luciani estrechando la mano del presidente, quien percibió una extraña luz en los ojos de su colega.

Unas horas después descubriría que

aquella era la luz de una esperanza que, en la oscuridad de la impotencia y de la angustia, Giorgio había temido perder.

—Papá, ¿me pasas el agua, por favor? —pidió Ylenia—. Papá, ¿me oyes? —insistió, esta vez en voz alta y con tono firme.

Giorgio salió de su ensimismamiento.

—Perdona, cariño, ¿qué has dicho?

Ambra advirtió que en la cena de esa noche su marido estaba bastante pensativo y confirmó que algo iba mal. Desde hacía días sospechaba que le

estaba ocultando algo y suponía que pronto se lo revelaría. Al menos eso esperaba.

—¡Te he pedido que me pases el agua! ¡Uf, papá, últimamente estás muy despistado!

Ylenia era todavía más mona cuando ponía esa cara enfadada que la hacía retroceder en el tiempo, a la época en que tenía rabietas de niña mimada.

El hombre cogió la botella de cristal verde y sonriendo se la tendió a la chica.

—Papá, creo que para que te perdone me tendrías que comprar un caballo. Hace meses que me lo

prometiste. ¿Cuándo me lo piensas comprar, cuando sea vieja?

Giorgio sonrió y tras pensar un rato, sin dejar de sonreír, respondió:

—Te prometo que tendrás tu caballo en cuanto nos hayamos mudado.

Llevaba todo el día tratando de encontrar las palabras idóneas para comunicar a su familia la noticia de la mudanza, y ahora que se las habían puesto en bandeja, se sentía enormemente aliviado. Lo único importante en ese momento era no delatarse y lograr ser convincente.

Tras oír aquello, madre e hija dejaron de comer y pusieron los

tenedores sobre los platos. Ambra bajó el volumen del televisor y con voz de sorpresa le pidió a su marido:

—¿Podrías repetir lo que has dicho?

Con serenidad, como si fuese la cosa más natural del mundo, Giorgio respondió:

—He dicho que le compraré el caballo a Ylenia después de que nos hayamos mudado.

La incredulidad y mil interrogantes invadieron el aire durante unos momentos.

—¿Que nos hayamos mudado? ¿Adónde? ¿Y cuándo?

—Dejad que me explique. —

Giorgio se limpió la boca con la servilleta y puso una expresión seria y firme—. Desgraciadamente, en el banco hemos tenido problemas serios y han tenido que hacer recortes de personal, y...

—¿Quieres decir que te han despedido? ¿Por eso últimamente estás tan raro? —lo interrumpió su mujer, estrechando una mano entre las suyas, preocupada—. ¿Qué vamos a hacer ahora?

—No, no... tranquilízate, por suerte solo me van a trasladar. Y además...

—¿Trasladarte? Pero ¿puede saberse adónde? —volvió a

interrumpirlo la mujer, cada vez más inquieta.

—A Italia. Me han trasladado a Italia. ¿Contenta? ¿Me dejas hablar ahora? —Giorgio empezaba a ponerse nervioso.

—¿A Italia? ¿Tan lejos?

Pasado el estupor inicial, Ylenia empezó a preocuparse seriamente.

—Pero... ¿por qué precisamente a Italia? Papá... ¿qué voy a hacer con el instituto?

—Yo resuelvo lo del instituto, descuida. Pero hay algo más... —Giorgio vaciló unos segundos, aunque luego zanjó de sopetón el punto que más

le preocupaba—: ¡Nos tenemos que marchar lo antes posible!

A él tampoco le resultaba fácil esa situación, y aunque trataba de aparentar calma y tranquilidad, la verdad es que estaba muerto de miedo, lleno de dudas e indecisiones. Y no cabía duda de que la actitud hostil que su mujer y su hija le demostraban no facilitaba las cosas.

—¿Y cuándo sería «lo antes posible»?

Ahora también Ambra empezaba a alterarse.

—Dentro de dos días.

Tras esas palabras, Ylenia rompió a llorar, y entre lágrimas le gritó a su

padre:

—Papá, ¿dos días? ¡Eso es imposible! ¡No quiero! Mis amigos... Mi vida... ¿Qué será de mí?

—¡Lo siento, pero ya está decidido!

Con los dedos de la mano derecha, Giorgio rebuscó en el bolsillo de la camisa, extrajo una cajetilla de Marlboro rojo, encendió un cigarrillo, y luego, con tono grave y pausado, le dijo a su hija:

—En Italia harás nuevos amigos, tendrás una nueva vida. Lo mismo nos pasará a tu madre y a mí.

—Pero, papá... —trató de replicar la chica.

—¡No hay peros que valgan, señorita! ¡Es así, y punto! No podemos hacer otra cosa. ¡Haceos a la idea! —la interrumpió inmediatamente su padre.

Ylenia se fue llorando a su habitación para llamar por teléfono a sus amigas más íntimas y contarles la noticia, mientras Ambra, enfadada, le pidió a su marido que la acompañara al dormitorio.

—No deberías ser tan duro con ella. ¿Has tratado de ponerte en su lugar? Justo ahora, que pese a todo había conseguido tener amigos y una vida... Además, podías evitar hablar cuando estamos sentados a la mesa, nos has

estropeado la cena a todos. ¿Esa es la manera de dar semejante noticia? No es propio de ti, ¿qué te está pasando? Ya no te reconozco.

Mientras su mujer lo regañaba, Giorgio mantenía la cabeza gacha, incapaz de soportar la dura mirada de Ambra, tratando de distraerse para no oír esas palabras que lo herían y que aumentaban su sentimiento de culpa. Si hubiese sabido la verdad, jamás le habría hablado de esa manera, pero desde luego no podía confesársela. No podía sino permanecer en silencio.

—Lo siento... No sabía cómo decíroslo.

Lo dejó ahí y salió de la habitación, por miedo a estallar.

Una vez sola, Ambra se sentó en el borde de la cama para reflexionar. ¿Qué iba a ser de ellos? ¿Cómo podían dejarlo todo e irse a vivir a otro país, así, de un día para otro? ¿Cómo iba Ylenia a dejar a sus amistades, su vida, a esa edad ya de por sí tan complicada? A saber cuánto tiempo iban a tardar en situarse, en hacer nuevos amigos. A saber cuánto iban a sufrir. No tenían ni un momento para pensar, no tenían tiempo para despedirse. Solo había que reaccionar, y deprisa, pero con la calma necesaria para mantener a la familia

unida, colaborar para que la partida fuera lo menos dolorosa posible. Por lo demás, de nada valía enfadarse con Giorgio. Tuvo remordimientos por la reprimenda que le había echado. Al fin y al cabo, él no era responsable de esa decisión, e indudablemente no era feliz. Se prometió que le pediría disculpas y que le ofrecería todo su apoyo. Nunca había dejado de amarlo y no quería incumplir la promesa conyugal: estar al lado de su marido en las buenas y en las malas. Pero antes había algo más importante que hacer, algo que tenía prioridad sobre todo lo demás.

Se levantó de la cama, salió del

dormitorio y caminó pocos pasos, que resonaron en el silencio de la casa. Llamó a la puerta de la habitación de Ylenia, aunque no recibió respuesta. Bajó el pestillo y cuando entró la encontró llorando, tumbada en la cama: le estaba contando por teléfono a una amiga que odiaba a su padre y su trabajo.

Necesitó mucho tiempo para conseguir calmarla, y al final Ylenia dejó de llorar, pero no hubo forma de aplacar la ira que sentía contra su padre. A pesar de todo, no era capaz de reprochárselo.

Cuando por fin la chica se quedó

dormida, bajó para hablar con su marido.

Giorgio estaba sentado en un sillón leyendo el periódico, pero detrás de esa máscara de aparente calma y tranquilidad lo atenazaba la angustia.

Tras recoger la cocina, Ambra decidió darse un baño caliente para aclararse un poco las ideas. Luego fue al dormitorio, eligió un camisón y fue a ver a su marido. Vaciló unos segundos en la entrada del salón, sin saber muy bien qué hacer, qué decir y cómo actuar, tremendamente cansada por todo lo que había ocurrido aquel día. Se preguntó si no era preferible dejar la conversación

para el día siguiente, pero enseguida se dijo que no habría sido justo.

—¿Te importa explicármelo mejor?  
—empezó mientras se sentaba en el brazo del sillón al lado de su marido, con las piernas cruzadas y la espalda contra la pared, y le pasaba un brazo detrás de los hombros y le acariciaba suavemente la cabeza.

—¿Qué es lo que quieres saber en concreto? —Giorgio se quitó las gafas y dejó el periódico sobre las rodillas, más por tomarse su tiempo que por otra cosa.

No era fácil fingir tranquilidad, su mujer lo conocía demasiado bien. Eran novios desde muy jóvenes y habían

crecido juntos: nadie en el mundo sabía leer sus pensamientos mejor que Ambra. Siempre había sido un libro abierto para ella, pero esta vez no, esta vez no se lo podía permitir.

—¿Cómo así, tan de repente? Y dentro de dos días... ¿No hay manera de retrasar la partida?

—No, lo siento. No se puede, de verdad, si se pudiera ya lo habría hecho. Lo cierto es que estaba en el aire desde hace días, pero hasta hoy no me lo han confirmado. ¡Lo siento!

Giorgio trató de justificarse, confiando para sus adentros en que la conversación no pasara de ahí.

—Pero... ¿dónde vamos a vivir? ¿Cómo lo vamos a hacer para encontrar casa en dos días?

Ambra estaba cada vez más confundida y perpleja, pero de nuevo dulce y cariñosa como siempre.

—Ya he pensado en eso. El presidente del banco, el señor Malton, ha sido muy amable y solícito y nos ha ofrecido una villa de su propiedad en la Toscana. ¡Mira, me ha dado una foto de la casa!

Tras decir eso, Giorgio buscó en el bolsillo de los pantalones, sacó la foto y se la dio a su mujer.

La mujer cogió la foto y comenzó a

girarla entre las manos. Estaba vieja y desteñida, y había que echarle mucha imaginación para poder apreciar el aspecto real de la casa.

—Me ha dicho que se encuentra en un pueblecito que se llama... Ciacina, Cicina... ahora no me acuerdo bien. ¡Espera, si no me equivoco está escrito en el reverso!

Ambra le dio la vuelta a la foto intrigada.

—¡Cecina! ¡Aquí pone Cecina!

—¡Eso es, Cecina! El presidente del banco me ha dicho que queda a poca distancia de Livorno. Tendrías que estar contenta, por fin se cumple tu gran

deseo: una casa lejos del caos de la ciudad. ¿No es eso lo que me has pedido siempre? Al principio podremos vivir ahí, y después... ya se verá.

Ambra se sintió un poco confusa por la afirmación de su marido. Habían discutido muchas veces sobre ese tema, pues él prefería una casa en pleno centro, con todas las comodidades de la ciudad, mientras que ella quería vivir en un sitio más tranquilo y reservado, apartado del tráfico y del caos urbano. Y al final Giorgio siempre se salía con la suya.

—Pero así, solo en dos días, ¿cómo voy a organizar la mudanza, el viaje?

—Descuida, yo me encargaré de todo.

Giorgio acarició dulcemente la mano de su esposa, confiando en haberla tranquilizado. La mujer aún no estaba plenamente convencida, pero al observar el aspecto cansado y afligido de su marido, decidió no insistir. Sonriendo, le devolvió la foto de la villa y le dio un beso suave en la frente para intentar animarlo.

—De acuerdo, confío en ti.

Después, bajando la cabeza y poniendo expresión triste, prosiguió:

—Siento mucho haberme enfadado antes contigo. Pero es que, verás, esa

noticia, dada así tan de repente, me ha pillado de sorpresa, y he tenido una reacción desmedida. Yo...

Giorgio le puso un dedo en los labios y con una mirada cómplice le susurró:

—Chissst... ¡No hace falta que te disculpes! Descuida, lo comprendo perfectamente.

Ambra lo abrazó con fuerza y lo besó apasionadamente, como no lo hacía desde hacía tiempo. Luego exclamó:

—Venga, ahora vámonos a la cama, ya es tarde y tú no me pareces precisamente en forma. Nos esperan días difíciles y no quiero que te canses

demasiado. Sabes que luego me preocupas... —A continuación se levantó, apagó la luz que había al lado del sillón del marido y lo invitó a subir con ella.

Pero Giorgio hizo un gesto negativo con la cabeza y sonriendo le dijo que iba a quedarse todavía unos minutos más. Prometió que no tardaría en subir al dormitorio.

Entonces Ambra lo besó en los labios para desearle las buenas noches y subió las escaleras, envuelta en una bata de seda rosa, los cabellos sueltos, la cara ya sin maquillaje y el perfume delicado de un gel de almizcle blanco.

Por fin solo, Giorgio lanzó un profundo suspiro. A oscuras, dejándose guiar por la luz tenue de la luna, que, entrando por las cortinas semiabiertas, teñía de plata el suelo, salió de la habitación, dejó atrás las escaleras y se dirigió a su pequeño despacho, ubicado al lado de la cocina. Encendió la luz, fue hasta un pequeño armario empotrado debajo de la ventana, buscó en su interior durante unos minutos y al final sacó una carpeta azul un poco desgastada, llena de hojas y con las esquinas ligeramente ajadas, de tanto abrirla y cerrarla. Se agachó al lado del armario y pasó suavemente la mano por

las letras escritas en la tapa con rotulador negro: «Ylenia».

Suspiró, y luego abrió la carpeta. Repasó las hojas y las leyó varias veces. Ahí dentro estaba todo el historial clínico de su hija: los resultados de las distintas pruebas, los informes médicos y todas las hipótesis, siempre equivocadas. Habían consultado a muchos especialistas en el intento de dar un nombre a la enfermedad de la chica, pero nadie había sido capaz de ofrecer un diagnóstico exacto. Les habían repetido una y otra vez que no había nada que hacer, que no había cura ni manera de

averiguar lo que tenía, como una sentencia irrevocable dictada por un juez.

Sus padres, pues, habían procurado ofrecerle una vida lo más normal, serena y feliz posible, luchando para que no sufriera la enfermedad, impidiéndole que se cansara demasiado y que se expusiera a emociones excesivas que podrían resultarle fatales.

Afortunadamente, Ylenia nunca había necesitado ser hospitalizada, dado que la sintomatología se limitaba a esporádicas crisis que sus padres habían aprendido a afrontar: desmayos, ataques de pánico o dificultades respiratorias.

Se sentó al escritorio, con una copa de Baileys. Posó la mirada en las hojas, pero la mente no lo dejaba leer. Cobró forma delante de sus ojos un momento que quería olvidar como fuera. Recordó el miedo y el desconsuelo que habían pasado en la primera crisis: la ambulancia, que no llegaba, la carrera al hospital, el pánico a perder a su hija, aún tan pequeña, los médicos, que no daban respuestas.

Pero las crisis, que al principio habían sido esporádicos momentos de terror, se habían vuelto cada vez más frecuentes, y el último examen médico daba a la chica solo unos meses de vida.

Precisamente por eso había acudido al doctor Kovacic: para encontrar un fallo, un error, una esperanza. Pero nada de todo eso se había producido. La única certeza que había obtenido era la de que el corazón de su hija era demasiado débil y la de que pronto, por un motivo que nadie era capaz de descubrir, por una enfermedad que nadie sabía explicarse y a la que nadie sabía poner nombre, dejaría de latir.

Giorgio recogió los papeles. Intentando no dejarse vencer por el desconsuelo y guardó la carpeta dentro del armario, en el mismo sitio de donde la había sacado. Trató de recomponer

tanto sus pensamientos como su alma. Tenía que haber una manera de salir de aquella pesadilla. Se levantó, extrajo del bolsillo otro papel, el del último informe médico, el que condenaba a muerte a su hija, y en vez de guardarlo en la carpeta lo escondió entre los documentos de trabajo. Tras lo cual apagó la luz y salió de la habitación.

Caminando a oscuras, tratando de no hacer ruido, empezó a pensar en todo lo que tenía que hacer al día siguiente para organizar la mudanza. Miró a su alrededor, procurando grabar en su memoria los recuerdos de aquella casa, que a pesar de todo había servido de

marco a una etapa muy importante de su vida.

Se arrepintió, solo durante un instante, de haberle mentido a su mujer, de haberle contado que ese día había estado en una cita de trabajo, y no en la consulta del doctor Kovacic, pero por otra parte sabía perfectamente que Ambra no habría podido soportar semejante carga, tamaño dolor. Él tendría que sobrellevarla solo mientras pudiera.

Una vez en la cama, antes de dormirse, evaluó de nuevo la situación y se preguntó por un momento si estaba bien mentirle también a su hija, no

contarle la verdad sobre su estado de salud y hacerle creer que solo estaba muy débil en un sentido emocional, que no podía soportar demasiado estrés. Siempre le habían dicho que ese era el único problema, su fragilidad, y que no eran preocupantes los desmayos que sufría ocasionalmente.

Ahora, sin embargo, se preguntaba si no habría sido mejor contarle que en realidad nadie sabía qué enfermedad tenía y que le quedaban pocos meses de vida. En definitiva, hacerla partícipe de la verdad.

Alejó inmediatamente esos pensamientos. Ningún padre, se dijo,

revelaría semejante verdad a su hija. Además, estaba seguro de que a su hija se le pasaría el odio que le tenía. Por el contrario, si hubiese llegado a conocer la verdad, jamás habría podido dejar de odiar la vida. Como le había pasado a él.

Esa mañana Ylenia se levantó antes de lo habitual, se vistió rápidamente y bajó a desayunar. En la cocina encontró a su padre y a su madre. Como siempre, su padre estaba sentado en su sitio de la mesa y leía el periódico a la espera de que el desayuno estuviese listo. Su madre canturreaba mientras calentaba la leche al fuego. Al ver a su hija, no disimuló su estupor y exclamó:

—¡Buenos días, cariño! Hoy te has

levantado pronto.

Ylenia no respondió al saludo, se acercó a su madre para darle un beso en la mejilla y para coger el pan para tostar del armario sin mirar a su padre. No se sentó a su lado, como hacía siempre, sino en el lado opuesto de la mesa.

—¿Durante cuánto tiempo piensas estar sin dirigirme la palabra?

Giorgio había apartado durante un momento la atención de las noticias del día, pero inmediatamente volvió a la lectura, sin sorprenderse de no haber obtenido respuesta.

—Mamá, hoy no voy al instituto.

Ylenia rompió así el pesado silencio

que estaba impregnando la habitación, lo que agradó a sus padres en su fuero interno.

—¿Y eso? —preguntó Ambra con cierta calma.

—Porque Ashley ha organizado una especie de fiesta de despedida en su casa. Pasaremos toda la mañana con otras chicas y comeremos juntas. Hemos pensado que de todas formas debo dejar el instituto, y que un día más o menos no va a cambiar mucho las cosas. ¿No te parece?

—Pregúntale a tu padre qué opina.

—No me interesa lo que él opine —respondió Ylenia. Luego, irritada,

elevando el tono de voz y poniendo los brazos en jarras como solía hacer, añadió—: ¡Todo esto es culpa suya, así que no tiene por qué interesarle cómo pase mis últimos días aquí!

El padre no replicó a las palabras de su hija, soltó con fuerza el periódico sobre la mesa y, sin haber comido nada, se levantó. Cogió el maletín y la gabardina, y salió de casa sin despedirse, dando un portazo.

Ambra suspiró y con tono firme regañó a su hija:

—No me gusta que te dirijas a tu padre de esa manera. No tiene la culpa de que lo hayan trasladado; además, por

mucho que le guardes rencor, la situación no va a cambiar. ¡Así que procura cambiar tu actitud, señorita!

Calló unos segundos para darle tiempo a su hija para reflexionar, pero lo único que obtuvo fue que Ylenia se encogiera de hombros. Resignada, continuó:

—En cuanto a lo de esta mañana, de acuerdo, siempre que estés de vuelta a primera hora de la tarde, porque tienes que preparar tus maletas.

—Sí, sí —contestó resoplando Ylenia—, descuida, llegaré a casa a tiempo. Bueno, más vale que me vaya, si no el día va a durar poquísimo.

Siguiendo el ejemplo de su padre, se levantó de la mesa y salió sin despedirse dando un portazo.

Ambra suspiró nuevamente. Observó el desayuno que acababa de preparar: leche, tostadas con mantequilla y mermelada, café y galletas. Un desayuno hecho con el mayor cariño pero del que, en vez de reunir a la familia, disfrutaron los perros de casa, pues también a ella se le había quitado el apetito. Esforzándose por encontrar el lado cómico de la situación, mientras recogía la cocina exclamó entre dientes:

—¡De tal palo, tal astilla!

Esa mañana Giorgio fue a la oficina para solventar los últimos asuntos antes de su partida. Joseph Malton había depositado en él mucha confianza, asignándole la dirección del banco unos años antes y, ahora que se había encontrado en esa difícil tesitura, había demostrado ser no solamente un excelente jefe, sino además un amigo estupendo y generoso.

Precisamente por eso quería dejarlo todo en orden antes de marcharse.

Sin embargo, esa mañana se dio cuenta de que había algo diferente en el ambiente. En el pasillo todos lo miraban, y muchos colegas que creía que

lo odiaban le prodigaban sonrisas y saludos. No pudo entender el motivo de ese cambio repentino, pensó que sencillamente habían recibido la noticia de su traslado y que estaban encantados.

Pero todo le quedó claro al final de la mañana, cuando la mayoría de los empleados habían salido a comer y un colega que le caía bastante mal, un tipo falso y oportunista, entró en su despacho diciendo que tenía un importante negocio que proponerle.

—Lo siento, pero ya no me incumben los negocios colombianos. A partir de mañana me encargaré de nuestra filial italiana. De modo que no

tienes nada que ofrecerme.

Giorgio había tratado de quitárselo de encima, pero el otro no se arredró.

—¡No digas no tan rápido, querido Luciani!

Ese hombre tenía la voz ronca y una cara que no prometía nada bueno, recordaba a uno de esos mafiosos de las películas sobre la Sicilia de antaño.

—Siéntate y escúchame. Creo que tengo algo que puede interesarte mucho.

Giorgio optó por sentarse y escucharlo, aunque poco convencido:

—¡Pues explícate rápido! No puedo perder mucho tiempo, tengo que terminar de organizar mi marcha.

—Iré enseguida al grano.

Tras decir eso, el hombre encendió un cigarrillo, se arrellanó en la silla que había delante de la mesa y cruzó las piernas sobre esta.

A la vista de esa actitud Giorgio pensó en despedirlo, pero luego se dijo que esa era la última vez que lo veía y que no valía la pena estropearse el día por un ser tan despreciable. Sin duda, no se podía imaginar lo mucho que iba a arrepentirse de esa decisión. En efecto, cuando este empezó a hablar, se le heló la sangre en las venas.

—He sabido que necesitas un corazón.

—¿Cómo lo has sabido?

Giorgio se arrepintió enseguida de esa pregunta lanzada tan impulsivamente. Pero ya la había hecho.

—Así que es verdad... Deberías saber que las paredes oyen, querido Luciani.

—¿Qué diablos quieres? —Giorgio apretaba los puños, como hacía siempre cuando estaba nervioso.

En otra época no habría vacilado en partirle la nariz de un puñetazo, pero en ese momento y en ese lugar, y después de todo lo que había hecho para conseguir su posición, no le quedaba más remedio que contenerse. No le

gustaba el hombre que tenía delante, y menos aún el cariz que estaba tomando la conversación. Además, no acertaba a entender su extraño comportamiento. Antes de continuar, en efecto, se había levantado de la silla —y al hacerlo había tirado la ceniza del cigarrillo encendido a la alfombra—, luego había abierto la puerta y comprobado que no había nadie en el pasillo. Ahora se le había acercado y lo miraba con sus ojos pequeños y muy juntos, como si quisiera escrutarlo por dentro. Era un tipo bajo y flaco, de aspecto baboso, que no se trataba con nadie como no fuera con unos pocos colegas tan miserables e

idiotas como él, a los que Giorgio había despreciado siempre.

—¿Y bien? ¡Si no tienes nada que contarme, puedes coger la puerta y desaparecer!

—Estamos un poquito nerviosos, ¿eh? —Hablaba con un tono de voz tan bajo que a Giorgio le costaba oírlo pese a que tenía su boca a pocos centímetros de distancia—. Supongamos que, dado que eres un amigo, con unos setenta mil pesos puedo encontrarte un buen corazoncito, tal y como el que quieres. Desde luego, si necesitaras un riñón o una córnea sería más fácil, bastaría con la mitad, pero comprenderás que un

corazón en perfecto funcionamiento es difícil de conseguir. Así que, si quieres, a cambio de una retribución, naturalmente, podría contactar con un amigo que en dos días te conseguirá lo que estás buscando. Luego hay otro amigo que, siempre a cambio de una retribución, podría hacer la operación. Digamos que con ciento treinta mil pesos todo quedaría arreglado y no se hablaría más. ¿Qué te parece?

Silencio.

—Te veo pensativo... ¿no será por motivos económicos? Una persona con tus posibles no debería ni plantearse el problema cuando se trata de salvar la

vida de su hija... —Aquel hombre proseguía insinuante.

Ciento treinta mil pesos eran unos cincuenta mil euros. La cifra para conseguir un corazón.

La adrenalina a mil. Taquicardia, respiración entrecortada. Las manos cosquillean, las uñas se clavan en la carne, pese a que los puños están cerrados. No es verdad. No puede ser verdad. Pero los oídos nunca mienten. Ganas de romperle la cara. Ya lo ve. Oye cómo los huesos de su nariz se parten. Cómo su cara se tiñe de rojo. Cómo todo se tiñe de rojo. La expresión de su rostro. Pero no, no puede hacerlo.

Ni aquí ni ahora. Y el cabrón lo sabe. Cabrón de mierda. Aunque una cosa sí se puede hacer. Sí, eso sí. Claro que se puede.

Giorgio se levantó de golpe, tirando la mitad de los objetos que había en el escritorio. Asió al hombre por el cuello de la camisa, levantándolo del suelo.

—¿Qué coño dices, eh? ¿Qué coño estás diciendo? ¿Es que no sabes que eso es ilegal? ¿No sabes de dónde provienen los órganos de los que hablas? ¿No sabes que, para vender sus órganos, raptan y matan a niños? Niños inocentes a los que torturan, a los que seccionan vivos. ¿Comprendes lo que

estás diciendo? ¡Podrían ser tus hijos!  
¿Cómo se te ocurre proponerme  
semejante cosa? ¡Eres un hijo de puta!  
¡Tendría que denunciarte! ¡Lárgate ahora  
mismo de aquí!

Giorgio lo empujó lejos con todas  
sus fuerzas, haciendo que se cayera a la  
alfombra y que se golpeará con la silla.

«Perfecto. Te lo mereces. Tendrías  
que romperte la pierna. Gusano  
asqueroso. Calma. Calma. Mantener la  
calma». Necesita romper algo. Lo que  
sea, pero no su cara. «Luego ponte a  
explicar por qué le has roto la cara. El  
cristal es otra cosa, el cristal de la caja  
del extintor. Eso sí, total, luego lo pago.

Qué más me da. Lo hago. Qué más me da».

—Oye, ¿qué coño haces? Pero ¿qué coño...?

Sangre. Sangre en la mano, sangre en el cristal, trozos de cristal y sangre en el suelo. «Coño, escuece, pero había que hacerlo».

El otro, que no esperaba una reacción así, acostumbrado como estaba a tratar con desesperados dispuestos a todo con tal de conseguir que sobreviviera un ser querido, habría querido responder, habría querido reaccionar, pero no pudo hacer nada, porque los gritos de Giorgio y el ruido

del cristal roto atrajeron a su despacho a toda la gente de la planta. Para evitar sospechas y complicaciones, prefirió escabullirse haciéndose el tonto, cojeando y medio asfixiado.

Giorgio decidió no hablar con nadie de lo ocurrido, limitándose a señalar que había sido una discusión entre colegas, y que el cristal roto había sido un simple accidente.

Cuando por fin consiguió calmarse, recogió sus cosas y dejó el banco, jurándose que, si toda aquella historia acababa bien, se dedicaría personalmente a la lucha contra el tráfico ilegal de órganos.

En el camino hacia casa, atascado en el tráfico exasperante, recordó que en un programa de televisión de hacía unas semanas contaban de un niño de cuatro años que precisamente allí, en Bogotá, había sido ingresado en un hospital por una diarrea y había salido sin ojos. Y que en Kabul otra niña, también de cuatro años, había sido raptada, y que pocos días después su cadáver había sido encontrado por sus padres, o por lo menos lo que quedaba de él: el cuerpo, en efecto, no tenía los órganos vitales. Asimismo, en Mozambique muchos niños habían sido raptados para alimentar el tráfico clandestino de

órganos: no era una película de terror, sino la triste realidad que denunciaban con valor las monjas misioneras.

Se estremeció de solo pensarlo. Por televisión, aquellos hechos parecían lejanos. Los había olvidado enseguida tras apagarla, pero después de lo que acababa de vivir sentía en su propia piel toda la podredumbre del mundo. Haber trabajado codo con codo y durante años con semejante tipejo hacía que se sintiera sucio. Quién sabía cuánta gente desesperada había caído en las manos de ese cabrón.

Se miró la herida de la mano derecha. ¿Cómo se lo explicaría a

Ambra? La enésima mentira.

«Perdona, amor mío. Lo hago por ti. Y por nuestra hija».

Se preguntó si no debía informar a las autoridades de lo ocurrido. Ese cabrón no podía irse de rositas, pero se dio cuenta de que el asunto habría requerido tiempo y dinero. Su palabra contra la de él. Ningún testigo.

Además, las investigaciones, las pruebas, los abogados... mucho tiempo, demasiado. La prioridad estaba en otra cosa, como en la vida de su hija, que estaba antes que todo.

A veces conviene tener amigos en la policía. Amigos de confianza, amigos de

verdad, que saben hacer las cosas. Amigos capaces de hacer que se pudra en la cárcel un sujeto como ese sin que tu nombre salga a relucir, al menos durante el tiempo necesario. Amigos dispuestos a creerte sin necesidad de pruebas. Amigos dispuestos a iniciar una investigación. Amigos que, como tú, están cabreados con el mundo. Amigos a los que algún día les devolverás el favor.

Cambio de rumbo.

# 6

La tarde pasó rápidamente para todos. Giorgio hizo algunas visitas para despedirse de los amigos más íntimos en nombre de la familia y del suyo propio, prometiendo llamarles por teléfono y mandar postales.

O al menos eso le contó a su mujer.

Ambra estaba muy atareada guardando en cajas lo estrictamente necesario, mientras que Ylenia, con la música a todo volumen, tumbada en la

cama de su habitación, recorría con la mente los días felices que había pasado con sus mejores amigos. Trataba de imaginarse su nueva vida en Italia, a sus nuevos compañeros de instituto. Daba vueltas entre las manos a los pequeños regalos que sus amigas le habían preparado para la ocasión: una foto recuerdo tomada en una excursión, un CD con las canciones que habían servido de banda sonora a los momentos de ternura que había vivido con el chico al que quería, una libretita llena de frases breves escritas por ellos y un vídeo rodado esa misma mañana. Pero lo más importante de todo era sin duda

una pequeña concha que alguien había recogido ese verano para ella. Alguien que le había robado el corazón y un beso, y también algo más, por primera vez. Un caballero al que le había dicho adiós esa mañana.

Se levantó de la cama y rebuscó en un cajón lleno de ropa interior. Extrajo un pequeño diario con las tapas rosas y, con él apretado contra su pecho, volvió a tumbarse.

Una manchitas oscuras se dibujaban sobre las páginas a medida que las pasaba, instantes de felicidad capturados para siempre en el papel, congelados de tan maravillosos como

eran, tanto que el paso del tiempo no podía desgastarlos, y ahora marcados por lágrimas derramadas por la nostalgia y por el recuerdo de tardes que habían pasado juntos, de noches en el cine, de encuentros secretos en la biblioteca del instituto, para poder estar solos unos minutos entre clase y clase, y de tardes en la playa, que servían de fondo a románticos paseos cogidos de la mano.

No quería abandonar aquellos lugares, no quería ni podía, una parte de ella la retenía. Evocó su fabuloso verano, un verano maravilloso, quizá único, y aquella conchita era el testigo

de un amor que había surgido en primavera y que enseguida había sido sometido a dura prueba.

Las lágrimas se transformaron en un río desbordado por el recuerdo de aquella noche... Solo la lluvia, el mar y ellos dos, el deseo de juntarse más, escalofríos que recorrían la espalda y suspiros profundos, ropa que se quita y manos que se entrelazan, la arena sobre todo el cuerpo... El bochorno, el miedo y luego la felicidad de aquel pequeño dolor, la dicha de ser como uno solo y luego quedarse ahí, echados, mojados por la lluvia y por las olas del mar, mirando las estrellas e inventando el

mañana... y una excusa para justificar la tardanza, reír, bromear, sentirse una persona nueva, más hermosa, mujer al fin, y no querer ya marcharse, besar otra vez y una vez más, una noche mágica de agosto.

Y así, acunada por los recuerdos y con los ojos todavía húmedos por las lágrimas, indiferente al volumen de la música, Ylenia se quedó dormida, estrechando entre sus manos su pequeño tesoro, y en el corazón, las promesas de llamadas de teléfono, de correos electrónicos, de vacaciones que pasarían juntos, pero sazonadas por la amargura de no poder verse de nuevo,

por culpa de ese puñetero fútbol sala, tan importante que les impedía un último beso, un último abrazo.

Solo unos minutos después de que se hubiera abandonado en brazos de Morfeo, la madre entró en la habitación, mosqueada porque no oía ningún ruido aparte de la música. Al encontrarla dormida, muy a su pesar la despertó dulcemente, regañándola por no haber empezado todavía a guardar sus cosas.

—Mamá, ¿crees que seremos felices en Italia? —le preguntó Ylenia, todavía amodorrada, mientras se sentaba con las piernas cruzadas sobre la cama y con las manos se frotaba los ojos.

—Estoy segura de que sí —la tranquilizó—. ¡Ya verás como allí también encontrarás buenas amigas, y a lo mejor hasta un nuevo amor! —le dijo sonriendo y con el tono de prever lo que iba a suceder.

Un poco azorada, Ylenia no respondió nada, pero pensó para sus adentros que no necesitaba encontrar un nuevo amor. No quería sufrir más por eso. El que tenía estaba muy bien, pese a todos sus defectos y a su puñetero fútbol sala. Aunque seguramente habría pensado de otro modo si hubiese sabido que la excusa del fútbol sala era una rubia que en ese preciso instante estaba

improvisando para él un alegre striptease en el chalet de papá, entre copas de champán y sábanas de seda. Es verdad que muchas historias serían diferentes si las personas contasen menos mentiras, pero no podemos impedirlo; si las cosas son de una manera significa que hay un motivo por el que deben ser así.

—¿Quieres que te ayude con toda esta ropa? —preguntó solícita la madre.

Ylenia hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Ahora me pongo manos a la obra. Verás como para la cena estará todo listo y ordenado.

La madre asintió poco convencida, porque sabía perfectamente que no podía fiarse mucho. En efecto, Ylenia se pasó no solamente toda la tarde, sino buena parte de la noche guardando sus cosas en las cajas, y al día siguiente no estaba segura de haber cogido todo lo necesario, y temía haberse olvidado de algo importante.

Así, cuando sus padres ya estaban listos para partir, ella seguía revolviendo los cajones y los armarios para asegurarse de que había cogido lo necesario para los primeros días en Italia.

—¡Ylenia! —gritó la madre desde la

planta baja—. ¿Quieres darte prisa? Solo falta meter tus cosas en el coche para que nos podamos ir.

—¡Voy, voy!

Antes de bajar, Ylenia se detuvo a mirar un instante las paredes desnudas de su habitación, que hasta unas horas antes estaban llenas de fotos y pósters. Los muebles ya no contenían sus cosas, una gran tristeza la embargó e hizo denodados esfuerzos para no llorar. Sin mirar atrás, cogió la maleta y bajó corriendo las escaleras.

—Me da miedo haberme olvidado de algo.

—No te preocupes, el resto llegará

dentro de pocos días con el transporte internacional. De modo que, a menos que se trate de algo de vital importancia, puedes estar tranquila.

Ambra le sonrió a su hija, le puso una mano en la barbilla y le dio un beso en la mejilla.

Ylenia abrazó con fuerza a su madre y de nuevo procuró no llorar; aun así, alguna lágrima silenciosa resbaló por su rostro, dejando una huella en sus ojos brillantes.

Hubo un momento de silencio, tras el cual Ambra se dirigió a su marido:

—¿Por qué tenía que pasarte precisamente a ti, Giorgio?

En esos instantes, durante los cuales realmente se despedían de su vida, muchas dudas acuciaban su mente, aunque trataba de ocultarlo.

—La competencia es un enemigo despiadado, también para los bancos.

Giorgio intentó por todos los medios evitar la mirada de su mujer, porque sabía perfectamente que si le escrutaba los ojos descubriría enseguida que estaba mintiendo.

La suerte quiso que los perros de casa, Rómulo y Remo, jugaran a perseguirse, y que pasaran entre los dos, chocando con Ambra, casi tirándola al suelo. Todo ello bajo la mirada alegre

de Ylenia, feliz de que al menos sus mascotas siguieran a su lado, llenándole los días también en Italia.

—Vale, ya estamos todos.

Giorgio dio un tirón y la puerta del maletero se cerró. El ruido sordo de la carrocería retumbó en el aire amenazador.

Con un nudo en la garganta, Ylenia no pudo hacer otra cosa que acercarse tristemente al coche y sentarse en el asiento trasero.

Mientras el coche se alejaba por la avenida, la chica se volvió un instante para dar su último y melancólico adiós. Ahora que la imagen de la casa, de su

casa, se empequeñecía cada vez más, le venían a la mente los recuerdos de los amigos y de su amor, a los que quizá no volvería a ver más. No pudo contener los sollozos.

Al revés que Ambra, Giorgio no trató de consolarla, sabedor de que aquella había sido una decisión difícil, pero que había tomado con el afán de brindar una vida nueva y quizá mejor a su hija.

Esta vez había perdido los papeles. Ya no aguantaba más las continuas decepciones que le ocasionaba su hijo. Lo estaba persiguiendo alrededor de la mesa, armado con un palo de escoba. Naturalmente, no tenía intención de hacerle daño. Lo único que pretendía era que las amenazas hicieran que ese chico de dieciocho años sentara por fin la cabeza, ya que no había conseguido nada por las buenas. Pero la verdad es

que nada podría cambiar su naturaleza perezosa e insolente.

—Papá, espera... ¿Me explicas al menos qué he hecho? —preguntaba Ale, que en realidad se llamaba Alessandro, mientras corría alrededor de la mesa tratando de escapar de la cólera de su padre.

—¿Quieres saber qué has hecho? ¡Mejor sería preguntar qué no has hecho! ¡Para, infeliz!

Pietro Cutrò era obrero especializado en una papelera y vivía en Cecina desde hacía muchos años, pero por sus venas corría sangre siciliana. Había emigrado a la Toscana en los

años del boom económico y, aunque varias veces se había prometido hacerlo, nunca había regresado a su tierra natal. Pero ya se sabe que la sangre siempre tira, y por eso en las maneras, en las expresiones y en las ideas de Pietro anidaba el rasgo indeleble de la mentalidad de su pueblo.

—Pero, papá, razonemos... —  
trataba de justificarse el muchacho.

—¿Acaso tú razones? No te aguanto más, ¿te enteras? ¡No te aguanto más! Siempre la misma copla: «Su hijo no se esfuerza lo suficiente, a su hijo no le da la gana estudiar, y patatín, patatán...», nunca me puedo sentir orgulloso de ti.

¡Nunca! ¿Sabes qué me han dicho hoy tus profesores?: «¡Su hijo jamás ha tocado un libro!»». ¿Te das cuenta?

Exasperado, el hombre ya había renunciado a esa inútil persecución. El peso de los años empezaba a hacerse notar, y después de esa carrera ya tenía flato.

Ale también estaba jadeando y aprovechó para descansar un poco.

—Mira, ¿lo ves? ¡Eso no es verdad! ¡Sí que he tocado los libros!

—¿No me digas? ¿Cuándo, para ser exactos?

—¡Cuando los compré!

Ale rompió a reír con ganas, pero el

padre no pilló la broma. Al revés. Ciego de rabia, se quitó un zapato y lo lanzó al otro lado de la mesa. Ale lo esquivó con un salto atlético, y el zapato se estrelló contra una mesita que había en un rincón, de la que se cayó al suelo una imagen de la Virgen rodeada de flores artificiales y velas encendidas, una de las cuales se rompió.

La recogió una viejecita, que, indiferente a lo que estaba ocurriendo, rezaba en silencio arrodillada en el reclinatorio mientras desgranaba el rosario que tenía entre las manos. Una vez que hubo recogido la vela que se había caído al suelo, sin quejarse,

volvió a sus oraciones.

—¿Lo ves? ¿Ves como siempre tienes la culpa? ¡Y encima te atreves a hacerte el gracioso! ¿No te da vergüenza? No eres más que un inútil. ¡Para empezar, ya te puedes ir olvidando del coche!

—¡Pero, papá, no me puedes hacer eso! ¡Acabo de sacarme el carnet, no puedes quitarme el coche! Ponme a hacer trabajos forzados, pégame, hazme daño, lo que quieras... Pero ¡el coche no, por lo que más quieras! ¡Lo necesito para practicar! ¡Ya sabes que no conduzco muy bien!

—¡Cierra el pico! ¡Tienes el carnet

solo porque el buenazo de tu tío es el dueño de la autoescuela y te lo ha regalado, pero no te lo mereces! ¡Eres un inútil, has tardado un año en enterarte de un par de cosas sobre cómo se lleva un coche, pero sigues sin saber conducir! ¡Das pena, deshonoras a la familia! Pero no voy a quitarte solo el carnet.

El padre se acercó, lo cogió de un brazo y tiró de él sin hacerle daño.

—También te voy a quitar la paga, así no podrás dedicarte a vagar con esa pandilla de zoquetes con los que te juntas. Y que te quede claro, la próxima vez que un profesor me diga que no has

estudiado, te saco del instituto y te mando a trabajar, ¿te enteras? ¡Me da todo igual, te saco aunque estés en el último curso!

Calló unos segundos, tratando de calmarse y de recuperar el aliento, pero sin soltarle el brazo. Luego prosiguió:

—Y ahora vete a tu cuarto y no aparezcas hasta que no hayas terminado de estudiar. ¿Ha quedado claro?

Le soltó el brazo y lo empujó fuera del salón.

Pero enseguida lo hizo regresar. Se puso delante de él y extendió la mano. Ale lo miró con gesto interrogante.

—Entrégame lo.

Pietro Cutrò hablaba con un tono inusualmente amenazador.

—¿Qué, perdona?

—¡Qué va a ser, idiota! El carnet. ¡Contigo nunca se puede estar seguro!

—Pero, papá... y si me paran en un control, ¿qué hago?

—¡Claro, lo sabía! ¡Estaba seguro! ¡Tenías pensado conducir el coche de tus amigos! ¡Es de locos! ¿Es que no has entendido nada? ¡Que no, hijo, un castigo es un castigo, hasta que no apruebes la selectividad no vuelves a tocar un volante!

—¡Papá, seré el hazmerreír de todo el mundo! ¿Cómo lo haré para salir con

chicas?

—¡Pues sales con ellas en autobús!  
¡O si lo prefieres, en taxi! Me da igual,  
ahora dame el carnet.

—Pero, papá...

—¡Oye, como no me lo des, yo mismo te lo quitaré por la fuerza!

Ale sabía cuándo había llegado el momento de ceder con su padre, y para su desgracia lo único que podía hacer ya era obedecer sin rechistar. Pietro tenía la cara roja y las venas del cuello hinchadas: iba a estallar en cualquier momento.

Muy a su pesar extrajo la cartera del bolsillo trasero de los vaqueros, la

abrió, sacó el carnet, que todavía olía a nuevo, y lo puso en las manos de su padre.

—Míralo bien, porque no lo volverás a ver antes de julio. ¿Te has enterado? —dijo el hombre riendo.

Ale dio media vuelta y, abatido y cabreado, despotricando entre dientes contra su padre, los profesores, el instituto y contra todo aquello de dudosa naturaleza que debía tenerla tomada con él, a la vista de la mala pata que tenía, se refugió en su habitación.

En cuanto el hijo hubo abandonado el salón, Pietro Cutrò se dirigió a la anciana que rezaba en su rincón.

—¡Qué vergüenza! ¿Te haces cargo? ¡Ya estamos a mitad de curso y todavía no ha abierto un libro! ¿Cómo piensa construirse un futuro? ¡Es de locos! Pero... ¿mamá? ¿Me escuchas, mamá?

La mujer estaba en realidad tan concentrada en su rosario que no había oído una sola palabra de lo que le había dicho su hijo, quien, todavía más airado, salió de la habitación murmurando:

—Desde que hace tres años vio a la Virgen parece sordomuda. ¡Qué vida! Un hijo que pasa de todo y una madre atontada... ¡Bah!

Mientras tanto, Ale se había encerrado en su habitación, que más que

una habitación parecía realmente una pocilga: desorden por todas partes, la cama deshecha, la televisión encendida con la PlayStation puesta, con un juego en pausa desde a saber cuánto tiempo. Había ropa aquí y allá, también en el suelo; las hojas del armario y los cajones estaban abiertos. Una guitarra y unos bongós estaban tirados en el suelo. En las paredes había pósters de futbolistas, algunos con las esquinas rotas, y un calendario de una famosa modelo con el pecho desnudo. Sobre una cómoda llena de pegatinas estaba la foto de su madre, y al lado, en una estantería, una polvorienta colección de latas y de

botellas de cerveza. Había una valiosísima (al menos para él) colección de tebeos esperando imperturbable a alguien que se decidiese a leerlos, pero lo peor eran los restos de comida esparcidos por todas partes.

Absolutamente indiferente a ese manicomio, el chico encendió el equipo de música, que estaba al lado de la foto de su madre, y se sentó en la silla giratoria. Resoplando, abrió un libro al azar que había sacado de la mochila y empezó a leer unas páginas con muy pocas ganas. Lo rescató el timbre del móvil. Encantado con aquella interrupción inesperada, Ale le

respondió a Claudio, su mejor amigo desde hacía años, un chico tan desganado y vago como él, o incluso más. El amigo lo llamaba para contarle que esa mañana por fin había conseguido aprobar el examen para el carnet de conducir, y que después de una larga espera se lo habían entregado.

—¿Qué me dices, te paso a buscar a las nueve y media?

Ale le contestó a su pesar que tenía que quedarse en casa estudiando, porque se lo había mandado su padre, y le contó también cómo pocos minutos antes había sido privado de su bien máspreciado, a su entender injustamente.

—¿Estás seguro? Están mis primas... ¡esas que te gustan tanto!

—Oye, de verdad que no puedo.

Viendo que no podía convencerlo, Claudio dejó de insistir.

—De acuerdo, otra vez será. ¡Adiós!

Ale colgó el móvil y se puso nuevamente a estudiar, o por lo menos intentó hacerlo, pero su mente estaba en otra parte.

Al cabo de una media hora se dio cuenta de que esa noche no iba a conseguir enterarse de nada. De modo que, sin pensarlo dos veces, salió de la habitación y se dirigió a paso rápido al salón.

El padre estaba sentado a la mesa, cenando solo; la abuela seguía arrodillada en su rincón rezando.

—¿Papá?

El tono de voz de Ale ocultaba mal su temor de provocar otra discusión.

—¿Qué quieres?

—¡Déjame salir, por favor! No puedo más, voy a volverme tarumba...

Ale se puso de rodillas en el suelo, con las manos juntas en señal de

súplica.

—¡Ni hablar!

Pietro Cutrò parecía impasible.

—Papá, anda... Total, es inútil; o, mejor dicho, peor. Si me quedo en casa no estudio, porque me apetece salir, y si no salgo tampoco estudiaré mañana porque luego tendré más ganas de salir. Así que es preferible que me dejes salir esta noche, así mañana ya no me apetecerá salir y me quedaré en casa estudiando. ¿No?

El razonamiento era impecable, y el padre, confundido por todas esas palabras pronunciadas como una ráfaga de metralleta y más nervioso todavía

porque la voz de su hijo impedía oír la televisión, impidiéndole oír las noticias, prorrumpió:

—¡Uf, no te aguanto más! ¡Haz lo que quieras, total... nunca me haces caso! Eso sí, que una cosa te quede clara, esta noche sales, pero ay de ti como mañana por la tarde asomes la nariz fuera de casa. ¡Inténtalo y verás! ¿Te has enterado?

—Gracias, papá. Te prometo que a partir de mañana me pasaré todas las tardes en casa estudiando. Pero tienes que dejarme salir por la noche... ¿Qué dices?

Se quedó esperando, pero, al no

recibir respuesta, pensó que su padre por fin se había calmado y decidió llegar más lejos.

—No será que a lo mejor tú...

Antes de que pudiera terminar la frase el hombre lo interrumpió:

—Te he dicho que el carnet estará confiscado hasta que apruebes la selectividad. Y, como no respetes el trato que tú mismo me acabas de proponer, puede ser todavía peor.

—No, papá, te juro que lo respetaré.

Tras decir eso el muchacho se apresuró a desaparecer. Aunque su tono parecía convincente, lo cierto es que no tenía la menor intención de respetar las

condiciones que le había impuesto a su padre.

Y en el fondo Pietro Cutrò era más que consciente de ello.

Finalizada la conversación, Ale voló literalmente a su habitación, corriendo el riesgo de resbalarse con un par de calcetines sucios y malolientes que había dejado esa mañana en el suelo. Cogió el móvil, buscó el número de su amigo y esperó impaciente hasta que oyó que respondía.

El pobre Claudio se había quedado dormido en la cama, con un auricular del iPod en la oreja. El timbre del teléfono lo despertó de mal humor.

—¿Diga?

—Claudio, soy yo, Ale.

—¿Se puede saber qué quieres?

Estaba echando un sueñecito muy rico...

—¿Cómo, ya dormías? ¿A esta hora?

¡Venga, pasa a buscarme y salimos!

—Pero habías dicho que tu padre...

—No te preocupes, ya está todo arreglado. ¡Date prisa!

—Pero ¡yo ya estaba durmiendo!

—Ya sé que estabas durmiendo, pero... ¿y tus primas?

—Ya han quedado.

La euforia de Ale se apagó tras oír esas palabras.

—¡De todas formas, pasa a

buscarme, no me apetece quedarme en casa!

—De acuerdo, me visto y te espero en tu puerta.

Después de apagar el móvil, Ale se preparó para la noche.

Al cabo de pocos minutos, el dueño de un viejo Fiat 127 trataba ruidosamente de aparcar debajo de la casa de Ale.

Alertado por el estruendo, Ale se asomó a la ventana y le sorprendió ver el «bólide» llevado por Ale, que intentaba, con escaso éxito, maniobrar para meterse entre dos coches.

—¡Claudio! ¡Eeeh, Claudio!

Al oír que lo llamaban, Claudio bajó la ventanilla, que chirrió espantosamente, sacó la cabeza y miró hacia arriba.

—¿Quieres dejar de armar tanto jaleo?

—¡Perdona, no sabía que hacía ruido!

Claudio decidió renunciar a sus intentos de maniobra y apagó el motor. Mientras tanto, Ale se había puesto la cazadora y había salido de casa. Una vez en el coche tuvo que tirar varias veces la puerta hacia sí antes de poder cerrarla.

—Podías darme un bocinazo...

—Si funcionase...

—Pero ¿de dónde has sacado esta pieza de museo?

—Lo dejó mi abuelo en herencia, y como no lo quería nadie ahora lo tengo yo.

Claudio lanzó una carcajada y arrancó el coche. Sin embargo, pocos segundos después el motor se apagó, sin duda por algún motivo inexplicable.

—¡No entiendo por qué cada vez que arranco e intento poner el coche en marcha el motor se apaga!

Perplejo, Ale le pidió que lo intentase de nuevo.

—Trata de soltar lentamente el

embrague.

Claudio asintió, luego giró la llave y soltó el embrague de golpe. El coche dio un respingo, y Ale se estrelló contra la luna del parabrisas.

—¡Así no, gilipollas! ¿Eres memo? ¡Ve despacio! ¿Se puede saber quién te ha dado el carnet?

—¿Adónde?

—¡Con el pie! ¡Ve soltando despacio el embrague! ¡Tienes que ser delicado con los pedales!

Hasta Ale se sorprendió de lo competente que era en el tema. Y empezó a despotricar otra vez contra su padre. Le habría gustado decirle:

«¡Fíjate, al menos he aprendido eso! ¡No es verdad lo que dices de que en un año de autoescuela no he aprendido nada!».

Claudio se volvió hacia su amigo.

—¿Qué haces? ¿Ahora hablas solo?

Ale se apresuró a ponerse el cinturón y se colocó bien en el asiento.

—¡Déjalo! ¡Mi padre está convencido de que soy un inútil, pero antes o después tendrá que reconocer que está completamente equivocado!

—¡Yaaa! ¡Por supuesto! ¡Genio y figura, hasta la sepultura, querido amigo! ¡Si naces inútil, serás un inútil toda tu vida! ¡Acéptalo!

—¡Sobre todo si uno tiene amigos

gilipollas como los que tengo yo! —Ale le dio un puñetazo amistoso a Claudio —. Y, entre todos, tú eres el rey de los gilipollas, ¿verdad, Clà?

El amigo no respondió. Ale prefirió cambiar de tema.

—Bueno, ¿qué hacemos? ¿Nos vamos o no?

Por suerte, tras varios intentos fallidos, por fin el coche empezó a moverse dando tirones por la carretera.

—Esta noche nos quedamos en Cecina, así puedo practicar un poco en estas carreteras, que tienen menos tráfico que las de la ciudad. ¿Vale?

—Lo seguro es que por aquí no va a

costarnos encontrar carreteras vacías, nunca hay nadie... ¡Qué coñazo!

A Ale no le gustaba ir por las carreteras del pueblo donde se había criado. No es que el lugar estuviera mal, había playas y pinares preciosos, pero él prefería ir a la ciudad, a Livorno, o, cuando se podía, a las otras capitales toscanas, porque allí había discotecas, pubs, cines, salas de billar y muchas cosas más. Al menos podías divertirte, pasar una noche alegre en compañía.

—Anda, no me apetece ir por la autopista... ¿Y si tengo un accidente?

—¡Haz el favor! ¿Y por qué no vamos a Vada o a Rosignano?

—¿Bromeas? ¡Están muy lejos!

—¡Qué dices!... ¡Vada quedará como mucho a cuatro o cinco quilómetros!

—Te he dicho que no. ¡Esta noche nos quedamos aquí!

—¡Mira que eres coñazo!

Resignado, Ale tiró de la palanca que había a la derecha de su asiento, al lado de la puerta, pero no pasó nada. En efecto, tuvo que dar un fuerte puñetazo al respaldo para que se bajase, haciéndose daño en los nudillos de la mano.

—¡Ay! ¡Este coche es una mierda!

—¡Yo al menos tengo coche! ¡Y

carnet! ¡Así que confórmate, y para!

Claudio apartó un segundo las manos del volante y le hizo un gesto inequívoco.

Ale miró mal a su amigo y respondió con otro gesto inequívoco, tras lo cual, suspirando, se tumbó sobre el asiento, se puso las manos detrás de la cabeza y procuró relajarse mientras el otro se divertía al volante.

Casi se había dormido cuando lo despabiló un brusco ruido de claxon. Oyó a Claudio murmurar alguna injuria, y amodorrado le preguntó:

—¿Qué coño haces?

—¡Pasa, capullo!

—¿Qué...?

—¡No te lo digo a ti, idiota!

Claudio no quitaba los ojos del espejo retrovisor.

Ale se volvió y vio que llevaban un coche detrás muy pegado a ellos. Tuvo que entornar los ojos, porque la potencia de las luces largas lo estaba cegando.

El coche no hacía nada por adelantar; es más, tocaba el claxon con mayor insistencia. Claudio se puso nervioso, y en el intento de parar se salió a la cuneta, destrozando la llanta anterior derecha del 127. También el coche que iba detrás de ellos paró al borde de la cuneta.

—Pero ¿quién coño es este memo?

—Bah, bajemos a ver...

Ale se frotaba la rodilla, que al chocar se había golpeado contra el salpicadero. Iba a salir del coche, pero su amigo lo retuvo tirándole de la chaqueta.

—¿Qué haces? ¡Espera! ¿Y si es un maleante que nos quiere matar?

—No digas chorradas. ¡Ves demasiadas películas! Vamos a averiguar quién es.

Con un movimiento decidido, Ale se soltó, abrió la puerta y bajó del coche. Asustado, Claudio lo siguió, ocultándose detrás de él.

La sorpresa de ambos fue mayúscula cuando vieron que el conductor de aquel viejo Ritmo era su amigo Pietro, llamado irónicamente el Guaperas. No precisamente un Adonis, pese a lo cual estaba convencido de que era un verdadero latin lover. Menos mal que tenía gustos muy especiales en cuestión de chicas: le parecían preciosas las que los demás no habrían ni siquiera mirado, de manera que nunca le faltaba compañía femenina.

—Pero ¡si es el imbécil de Pietro!

—Entre tu coche y el de Pietro la verdad es que me siento como en un museo.

—¡Mira quién habla! Nosotros por lo menos tenemos coche.

Claudio se acercó al muchacho, seguido por Ale.

—¡Me he sacado el carnet hoy, idiota! ¿Qué puñetas haces? ¿Querías que nos la pegáramos? ¡Nunca cambiarás!

—Nunca cambiarás, ¿eh? ¡Gilipollas! —remachó Ale.

—¡Eh, calmaos, solo quería divertirme un poco, no hay por qué ponerse así!

—¿Querías divertirme? Nos podría haber pasado algo... ¡imbécil!

—Vale, perdona, madre mía, qué

plastas sois... ¿Adónde ibais?

—¡A ninguna parte! ¡Solo estaba intentando practicar en paz y tranquilidad, con permiso de los idiotas! De todas formas, más te vale apagar los faros y la radio si no quieres quedarte sin batería...

Pietro se volvió y vio que, en efecto, se había dejado las luces y la música del coche puestas. Así pues, se alejó unos pasos para apagarlas.

Ale aprovechó para acercarse a Claudio. Lo cogió de un brazo y se puso a hablarle en voz baja para que no lo oyera Pietro.

—¡Ahora va a contarnos que ha

conocido a una chica que se parece a una modelo o a una azafata de la televisión! Como la otra vez, cuando...

No pudo terminar la frase, porque el amigo ya estaba junto a ellos.

—¡Oh, casi lo olvidaba! Esta noche he conocido a una chica que es la copia exacta de la que trabajaba en *Los vigilantes de la playa*... ¿cómo se llama?

Ale y Claudio se miraron y rompieron a reír. Luego, sin poder contenerse, preguntaron al unísono:

—¿Quién, la Anderson?

—¡Sí, ella! Era idéntica, de cara y de...

Y se puso las manos delante del pecho, para que entendieran que tenía una talla muy grande de sujetador.

—¡Sí, claro, cómo no! ¡Como la de la otra vez, que debía ser igual a Monica Bellucci y en cambio parecía la gemela de King Kong!

Cuando los dos terminaron de desternillarse, Pietro propuso:

—¿Qué me decís de ir a la ciudad a ligarnos a unas chicas?

Ale y Claudio se miraron sin saber qué hacer. Luego Ale se acercó al oído de su amigo.

—Si tenemos que ligarnos a las que le gustan a él, no merece la pena.

—Anda, vamos, por lo menos nos reiremos un poco. ¡Total, no tenemos un plan mejor!

—A ver, ¿qué secretitos tenéis? ¡Subid al coche y vámonos, venga!

Pietro sacó del bolsillo las llaves y se dirigió hacia su coche. Los dos finalmente se convencieron. Sin embargo, Pietro los detuvo.

—Pero ¿qué hacéis? ¡Dejad aquí ese trasto! ¡Vamos en mi coche, que está mejor; por lo menos así estamos seguros de causar sensación!

Aunque sabía perfectamente que su coche era una chatarra, Claudio no aguantaba que nadie se lo hiciese notar,

de modo que le advirtió a su amigo que más le valía no pasarse con las ofensas. Tras lo cual trató de aparcarlo bien en la cuneta y, una vez que los tres hubieron subido al Ritmo, emprendieron la marcha rumbo a Livorno.

El frío gélido cortaba como la hoja de un cuchillo la piel blanca de Ylenia, que durante un instante se arrepintió de no haberle hecho caso a su madre y de no haberse puesto algo más abrigado. Era realmente brusco el contraste entre la tibieza que había dentro del aeropuerto y el frío de la calle, en la parada de taxis.

Por suerte, no fue difícil encontrar uno. Ella y la madre se sentaron en el asiento de atrás, mientras el padre

ayudaba al taxista a meter el equipaje en el maletero.

Durante el trayecto Ylenia miró alrededor, tratando de encontrar algo bonito en el nuevo paisaje. En su corazón, nada podría reemplazar jamás Bogotá, la ciudad que tanto quería, el escenario de su adolescencia. Los años más hermosos de su vida.

Procuró distraerse, pues las primeras lágrimas amenazaban con anegarle los ojos.

—Mamá, ¿cuánto falta? ¿La casa queda lejos?

—No lo sé, pregúntaselo a tu padre.

—¡Bah, déjalo! Ya no quiero

saberlo...

Ambra le dio un codazo a su hija, y, entre dientes, sin que la oyera su marido, le dijo que dejara de comportarse como una niña. No había vuelto a hablar con su padre, y no parecía tener intención de hacerlo.

En el avión montó un pollo para no sentarse al lado de sus padres y, dado que los asientos estaban asignados, una señora amable, a la que le hicieron gracia sus antojos, le cedió su sitio.

—¡Llegaremos dentro de media hora!

El taxista, que hasta ese momento no había pronunciado palabra, se sintió

obligado a responder a la pregunta de la chica.

—¿Tanto tiempo? ¡Qué coñazo!

Ambra levantó la mano para darle un sopapo a su hija, que rápidamente agachó la cabeza y la esquivó.

—¡Cuando quieras dejar de hablar tan vulgarmente ya será demasiado tarde!

—¡Uf! Quizá quieres decir que el día que descubras que tu madre también dice «qué coñazo» ya será demasiado tarde.

—¡No metas a la abuela en esto!

—¡Y tú deja de jorobar!

—¡Parad las dos! ¡Y modera tu

lenguaje, señorita, o te dejo sin paga un mes!

Giorgio había terciado para cortar la discusión. Su tono era severo y tenía una ceja enarcada, lo que le sucedía únicamente cuando estaba realmente enfadado. Ambas comprendieron enseguida que era preferible no continuar.

Resoplando, Ylenia se acomodó mejor en el asiento, cogió el móvil, lo encendió y trató de llamar, pero no obtuvo señal. Tras innumerables intentos sonó una llamada, pero al otro lado de la línea no contestó nadie. Lo volvió a intentar varias veces sin éxito. Entonces

guardó el móvil en el bolso y miró el reloj: según el taxista aún faltaban veinte minutos para llegar. Sin dejar de resoplar, se acurrucó sobre las piernas de su madre y, vencida por el cansancio del viaje, se quedó dormida.

Cuando se despertó el taxi estaba cruzando una enorme verja de hierro forjado de color gris muy oscuro, que la penumbra volvía aún más majestuosa.

—¡Cariño..., despierta! ¡Venga, ya hemos llegado! —Ambra la estaba sacudiendo suavemente.

Ylenia abrió los ojos, pero necesitó un rato para acostumbrarse a la oscuridad. Se estiró en el asiento y

observó delante de ella un larguísimo camino, consiguiendo a duras penas entrever a lo lejos el perfil de una casa inmensa. Su estupor aumentaba a medida que se acercaban a la vivienda. Ya completamente despierta, se quedó boquiabierta cuando el coche se detuvo delante del portal de una maravillosa villa decimonónica.

—¡Dios mío, pero... es magnífica! ¡Es la casa más hermosa que he visto jamás!

Se apeó corriendo del coche y fue a la fuente que había en el centro del patio. Desde ahí podía ver la enorme villa en todo su esplendor.

La villa era grande, tenía dos plantas o quizá más. Ylenia no alcanzaba a ver hasta dónde llegaba y se quedó pasmada. Delante de ella había un largo camino asfaltado delimitado por pequeñas luces, y a los lados se extendía el jardín, que parecía infinito.

Cuatro escalones, largos y estrechos, llevaban al portal de entrada, protegido por una gran lámina de cristal blanco con un dibujo abstracto que permitía entrever el interior de la vivienda. Encima, tres columnas blancas sostenían el balcón de la planta superior.

—¡Caray, es fantástica! ¡Si la viese Ashley, se moriría de envidia!

Sacó el portátil para tomar unas fotos, pero desde donde estaba no podía encuadrar bien, y además estaba oscuro.

Mientras tanto, todos habían bajado del coche, y su padre, sonriendo, se acercó y le rodeó los hombros con un brazo.

—Mañana por la mañana tendrás tiempo para hacer todas las fotos que quieras. ¡Ahora es mejor que entres; si no vas a coger un resfriado!

Ylenia no respondió, pero Giorgio lo intentó de nuevo.

—¿Has visto cómo al final merecía la pena? Puede que Italia tenga muchas cosas hermosas que ofrecernos...

—¡Pero si esta casa ni siquiera es nuestra! ¡Solo es prestada... menudo chollo! Además, la casa de Bogotá, nuestra casa, no estaba nada mal...

Ylenia había asumido la misma expresión enfurruñada de cuando era pequeña. Ante esa carita, Giorgio nunca había podido evitar enternecerse.

—Tienes razón, pero hagamos lo siguiente: si me garantizan que ya no tenemos que trasladarnos, te prometo que haré todo lo posible para comprarla...

Ylenia, que no daba crédito a sus oídos, preguntó tímidamente:

—¿En serio?

Giorgio asintió con la cabeza, sonriendo dulcemente.

Presas de la euforia, su hija se arrojó al cuello de su padre. Olvidándose de su rabia, exclamó:

—¡Gracias, papá, de verdad, mil gracias! Te quiero, y perdona si he estado desagradable contigo...

Aquellas palabras fueron capaces de hacer templar los corazones de ambos. Padre e hija se estrecharon en un fuerte abrazo, tan fuerte que ya no sintieron frío, sino solamente el calor de su afecto. A veces pasa eso, basta un abrazo para borrar todo rastro de rencor.

A veces.

Ambra, que había presenciado la escena, sonrió, feliz de que a su hija se le hubiese pasado por fin la rabia contra su padre y de que fuera receptiva a las emociones de una nueva vida.

Se acercó a su marido.

—¡Tengo que reconocer que en vivo da otra impresión! De todas formas, no me atrevo a imaginar todo el trabajo que hay que hacer... ¡todo debe de estar sucio y lleno de polvo! Si no me equivoco, has dicho que el señor Malton no viene a esta casa desde hace años...

—No, no te equivocas, pero el señor Malton se ha asegurado de que encontremos la casa limpia y ordenada.

Hay personal que se ocupa cada semana de la villa y también del jardín. Y no solo eso, Joseph me ha dicho que, si quieres, sus asistentas están a tu disposición.

—¡Qué amable! Pues me temo que las necesitaré. No puedo ocuparme sola de una casa tan grande.

—¡Pues estupendo! Mañana por la mañana lo llamaré y le diré que avise a las asistentas de que las necesitaremos. Pero pasemos, Ylenia nos está llamando.

Mientras marido y mujer charlaban, el taxista había sacado el equipaje del coche y había dejado rápidamente todas

las maletas en la entrada.

Giorgio le pagó y el taxista se alejó.

Al tiempo que los padres empezaban a poner un poco de orden, colocando la ropa en cajones y las cosas de primera necesidad en su sitio, Ylenia inspeccionó toda la casa, emitiendo un sonoro «Oh» cada vez que abría una puerta o descubría un nuevo espacio. Al final de su recorrido de exploración estaba realmente entusiasmada, y la excitación llegó a las estrellas cuando abrió la puerta de la que debía de ser su habitación. En lo primero que reparó fue en un majestuoso dosel, con unas telas de un delicado rosa antiguo tapando la

cama matrimonial. Las cortinas que colgaban de las paredes eran de la misma tela y del mismo color y ocultaban una ventana enorme, que ofrecía una vista maravillosa del jardín. Las paredes estaban pintadas de un rosa un poco más oscuro, con algún detalle blanco y dorado. El resto de los muebles, de estilo decimonónico, hacían juego con la cama y convertían esa habitación en una auténtica joya.

Ylenia creía que estaba soñando. La habitación era más hermosa de lo que jamás se hubiese podido imaginar.

La madre fue a verla, también encantada con la nueva casa. En efecto,

su dormitorio era maravilloso, y no tenía nada que envidiarle al de su hija. Ambas inspeccionaron todas las habitaciones, quedándose sin adjetivos para describir cada detalle.

Fueron interrumpidas por el sonido del timbre: por consejo del taxista, quien se había ofrecido amablemente a llamar por él, Giorgio había encargado la cena a un restaurante situado allí cerca, y el repartidor había llegado con el pedido. Giorgio abrió la puerta y lo invitó a poner la comida sobre una mesita de la entrada. Tras dejar el paquete humeante, el muchacho extrajo del bolsillo un recibo y se lo tendió.

—Son cuarenta y cuatro euros con cincuenta céntimos.

El señor Luciani abrió la cartera, cogió un billete de cincuenta euros y otro de diez y se lo entregó al repartidor, que lo miró sorprendido y un poco perplejo.

Giorgio, al intuir las dudas del muchacho, se apresuró a aclarar la situación.

—Esto es lo de la cena, y quédate con el cambio; y esto... —dijo señalando el otro billete—, ¡esto es de propina!

Incrédulo, el repartidor le dio sinceramente las gracias y salió de la

villa, felicitándolo por su hermosa casa.

Giorgio cogió el paquete y fue al comedor, donde su mujer y su hija habían puesto rápidamente la mesa.

—¡Por fin se come! Mmm... ¡Qué olor tan rico!

Tras echar un vistazo al paquete, Ylenia ayudó a su madre a sacar las viandas, luego se sentó a la mesa entre sus padres y juntos disfrutaron alegremente de su primera cena en la casa nueva, haciendo planes para el futuro inmediato e imaginándose qué sorpresas les depararía Italia.

# 10

Al otro lado de la ciudad, Ale, Claudio y Pietro estaban buscando a unas chicas guapas con las que pasar la noche. Por la calle encontraron a tres que paseaban, reían y bromeaban entre ellas. Pietro se acercó con el coche, y Claudio, que estaba sentado delante, bajó la ventanilla e intentó llamar su atención.

—Eh, chicas, ¿qué decís de dar una vuelta en coche con nosotros?

Al oír que las llamaban, una de las

chicas se volvió hacia Claudio.

—Perdona, ¿qué coche?

—¿Cómo que qué coche? ¡Este! —  
contestó el chico señalando el vehículo  
en el que iban.

Pietro, que no comprendía qué  
quería decir la desconocida, se arrimó a  
Claudio para que lo vieran.

Las tres rompieron a reír; Ale y sus  
amigos se miraron cortados, pero todo  
se aclaró cuando la más mona abrió la  
boca.

—O sea, que esto es un coche...  
¡Creía que era una choza!

Y de nuevo se echaron a reír con  
ganas.

Ale se estiró en el asiento trasero, tratando de esconderse detrás de Claudio por la vergüenza. Las tres chicas siguieron su camino sin dignarse echar una mirada siquiera. Humillado, Pietro arrancó haciendo chirriar los neumáticos, y dio la vuelta en la primera esquina.

—A lo mejor deberíamos intentarlo con un coche nuevo.

—¡Yo creo lo mismo!

Claudio y Ale se miraron. Ambos sabían que ni con un Ferrari aquellas chicas se habrían dignado mirar a Pietro. Pero indudablemente él no se desanimaba por tan poco.

—¡Venga! ¿Ya os rendís? ¿Por tan poco? Sabed que con este coche he enamorado a las más bellas de Italia...

—¡Sí, del mundo! —le tomó el pelo Ale.

Lleno de una mal disimulada confianza en sí mismo y en su coche, Pietro convenció a sus amigos de seguir la búsqueda. Pasaron la noche cosechando humillantes rechazos y burlas de chicas guapísimas, y cuando ya no pudieron más, Ale suplicó a sus amigos que terminaran con esa tortura. Su autoestima estaba por los suelos.

Por el contrario, Pietro y Claudio estaban especialmente eufóricos esa

noche, quizá a causa de las numerosas cervezas que habían tomado a lo largo del camino. Entonces Claudio tuvo una especie de golpe de genio.

—Pietro, se me ha ocurrido una idea fabulosa... ¡Gira a la derecha, en el próximo cruce!

El chico que conducía no respondió, limitándose a asentir. Enseguida intuyó las intenciones de su amigo e hizo lo que le pedía. Ale, en cambio, que no conocía bien esa zona de la ciudad, no conseguía explicarse aquel repentino cambio de rumbo.

—Pero ¿puede saberse adónde diablos queréis ir?

Los otros dos se miraron y rompieron a reír. Luego Claudio se volvió hacia su amigo con una sonrisita maliciosa dibujada en la cara.

—A un sitio estupendo, ahora lo verás, confía en nosotros.

Cada vez más confundido y menos convencido, Ale miró alrededor y no tardó mucho en comprender. La carretera estaba oscura, no había iluminación ni mucho tráfico. Aquel no era un buen barrio, y a los lados de la carretera había una especie de bosquecillo, ideal para apartarse. En ese preciso instante cayó en la cuenta de quién frecuentaba el lugar.

—¿Adónde coño vamos? Aquí es donde se ponen...

Antes de que pudiera terminar la frase, Pietro, excitadísimo, lo interrumpió:

—¡Las prostitutas!

Ale le lanzó una mirada llena de odio a Claudio, quien se justificó.

—¿Qué crees? Es solo para mirar, para echarnos unas risas, nada más que para eso. ¡Relájate, venga!

Ale quiso responder, pero se le cortó la respiración cuando Pietro, al reparar en dos mujeres semiocultas por un matorral a la derecha, empezó a señalarlas, soltando las manos del

volante y la vista de la carretera.

—¡Mirad esas muñequitas, miradlas!

—Pero qué coño...

Rápidamente, Claudio, sin siquiera terminar la frase, cogió el volante, para evitar que el coche derrapara y se estrellara contra un muro.

—¡Agarra el volante, imbécil, y mira por dónde vas!

Ale nunca se había arrepentido tanto en toda su vida de no haberse quedado en casa.

—Ay, perdonad, pero ¿habéis visto a esas? ¡Estaban buenísimas!

—Si tú lo dices...

Pietro aminó la marcha, y Claudio

se pegó literalmente a la ventanilla para admirar a aquellas bellezas semidesnudas que esperaban en la cuneta la llegada de clientes, invitándolos a detenerse.

Aunque contrariado por la situación, Ale no pudo evitar echar también una mirada, sobre todo porque su amigo no hacía más que ensalzar la sensualidad y las formas de aquellas chicas. Por otra parte, podía entenderse el motivo de tanto entusiasmo: Claudio todavía no había tenido ocasión de hacer el amor con una mujer, y sentía el apremio de llegar a la meta de la «primera vez». Mejor dicho, al punto de partida más

que a la meta.

Pietro avanzó otro tramo de carretera; luego Claudio le rogó que parara.

—Oye, ¿qué quieres hacer, te quieres ir con esas? ¿Estás loco? —Ale ahora estaba cabreadísimo—. ¡Vámonos, Pietro, venga, arranca!

El coche no se movió ni un milímetro. Pietro, en efecto, bastante divertido con la situación, había parado el coche unas manzanas más allá y no tenía ninguna intención de moverse.

—¡Oye, déjalo! ¿Es que eres su padre? Ya es bastante mayorcito para decidir solo lo que quiere hacer.

—Pues sí, Ale, métete en tus asuntos.

—¿Al menos tendrás preservativos? O eres tan capullo para arriesgarte a pillar algo...

Claudio echó una rápida ojeada a la cartera.

—La verdad es que no...

—¿No qué?

—¡Que no tengo!

—¡Pues no vas a ningún sitio!

Pietro ahora también estaba de acuerdo.

—Ale tiene razón... Comprendo que te lo quieras pasar bien; hasta ahí, vale, pero no tiene sentido que arriesgues tu

vida por liarte con una de esas...

—Anda, qué bonitas palabras, te llamarán el Dante de los pobres...

—¡Lo siento, chicos, pero es más fuerte que yo, tengo que ir! ¡Ya es hora! Además, necesito practicar con una mujer experta; si no, ¿qué papelón voy a hacer cuando salga con una chica? ¡Me da miedo no ser capaz de satisfacerla, quedar como un inexperto! No quiero ser un novato... ¡eso ya me pasa en el instituto!

Claudio abrió la puerta e hizo ademán de bajar, pero Pietro lo retuvo.

—Espera un momento... yo debo de tener uno...

Pietro se puso a buscar en la cartera y Ale hizo lo mismo en su bolsillo. Pero su amigo lo detuvo.

—Déjalo, yo tengo... ¡Toma!

Pietro le tendió a Claudio el pequeño envoltorio plateado.

—Gracias, te debo un favor.

—No es nada, somos amigos.

Ale recelaba cada vez más de sus amigos. Estaba seguro de que tenían algún propósito raro. Mientras Claudio se alejaba a la carrera, se asomó por la ventanilla y le gritó:

—¡Haz lo que te parezca, y suerte mañana!

Tras lo cual se estiró en el asiento,

cerró los ojos e intentó relajarse. Pietro hizo lo mismo.

Al oír las palabras de su amigo, Claudio se detuvo un momento. ¿«Suerte mañana»? ¿Qué quería decir?

Pero no se paró a reflexionar mucho, tan excitado como estaba por la situación. Ya nada podía desanimarlo, y, en efecto, después de encogerse de hombros y de echar una rápida ojeada a la cartera, siguió su carrera, feliz de brindarse un poco de placer.

Desde el coche, Pietro comentó el extraño aspecto físico de la prostituta con la que se estaba alejando Claudio, la cual, vista de frente parecía una chica

realmente guapa, pero que por su «lado b» dejaba un poco que desear.

—¡Puede que tenga buenas tetas, pero también unos hombrazos que asustan!

—Pues sí, tampoco me convence su forma de andar...

Ale sabía que eso le convenía a su amigo: era su primera vez, y hacerlo con una chica normal —siendo inexperto— podía arruinarle la reputación; ya que no podía presumir de buena reputación, con una prostituta no podía fallar.

Estaba absorto en sus reflexiones cuando de golpe oyó los gritos de Claudio, que corría hacia el coche como

si quisieran matarlo. Unos segundos después, vio a la musculosa prostituta persiguiéndolo descalza, con los zapatos de tacón alto en la mano.

—¡Arranca! ¡Arranca!

¡Marchémonos pitando de aquí!

Pietro, presa del pánico, puso el motor en marcha y salió corriendo sin siquiera darse cuenta de que Claudio no había llegado a subir.

—¡Pietro... para! ¡Has dejado fuera a Claudio!

—Ay, coño, tienes razón.

Pietro retrocedió, hizo subir a Claudio y volvió a partir haciendo rechinar los neumáticos.

—¡Corre!

—Pero ¿qué pasa?

—¡Sal de aquí, luego te lo explico!

Durante los primeros minutos de trayecto en el coche reinó el silencio; luego Claudio se decidió a hablar.

—Muchachos... ¡qué pesadilla! ¿Habéis visto qué tetas? ¡Quién iba a imaginarse que debajo escondía un palo de escoba!

Ale y Pietro empezaron a desternillarse de risa.

Claudio, abochornado, no pudo sino unirse a ellos.

—¡Jamás me hubiera imaginado que era un hombre!

—¡Uau! ¡A esa sí que no le faltaba nada!

A la mañana siguiente, para gran sorpresa de Claudio, desde el instante en que cruzó la verja del instituto, todos, hasta los chicos a los que no conocía, se pusieron a mirarlo riéndose en su cara. Pero lo más raro era seguramente el dibujo en el muro de enfrente de su casa. Reparó en él en cuanto salió del portal. Un dibujo llamativo, hecho con espray rojo fosforescente, que representaba un palo de escoba.

Claudio, medio dormido y como siempre un poco distraído, no prestó mucha atención al dibujo, y aún menos se le ocurrió que podía referirse a él. Ahora que en el instituto todos tenían ese extraño comportamiento, le había asaltado alguna duda inquietante.

Ale estaba apartado, rehuyendo a los compañeros para evitar preguntas y chismes, pero sobre todo por miedo a que saliese a relucir también su nombre. Aunque nadie le había dicho nada, estaba seguro de saber de qué se reían.

Cuando Claudio lo vio en el pasillo se acercó a él, feliz de encontrar por fin una cara amiga.

—¿Qué les pasa a todos hoy?  
¡Parece que me he convertido en el  
hazmerreír del instituto!

—Anda, ¿qué habrá pasado? ¿Qué  
motivo puede haber para que te tomen el  
pelo?

Claudio se encogió de hombros.

—¿No recuerdas lo que te grité  
anoche?

—¿Anoche? ¿Cuándo?

Como siempre, estaba en la luna.

—¿Anoche, cuando te fuiste  
corriendo hacia esas «guapas  
señoritas», imbécil! ¿Por qué crees que  
te deseé buena suerte para hoy? ¿Qué  
creías, que nadie más que nosotros se

iba a enterar de tu aventura? ¿No se te ocurrió que en cuanto llegáramos a casa alguien llamaría a medio mundo para contar tu hazaña?

—Quieres decir que el cabrón de Pietro...

—¡Exactamente! —Ale empezó a aplaudir con ironía—. ¡Por fin caes! Pondría la mano en el fuego. Con toda seguridad lo hizo después de que nos dejara en tu coche. Pese a todo, te diré que tampoco lo lamento tanto, puede que así no se te vuelva a ocurrir ir con esas, mejor dicho, con esos...

—... ¡putos! —terminó la frase un compañero que pasaba a su lado,

gritando para que lo oyeran todos y carcajeándose con su grupito.

—¡Mira qué bochorno me haces pasar! —Ale le dio una palmada a su amigo.

—¿Y yo qué culpa tengo? ¿Cómo iba a saber que ese era un hijo de puta?

—¡Oye, ya está bien de hablar de putas a estas horas de la mañana! ¡Aunque mira que fue gracioso que encontraras a un superdotado en vez de a una señorita! ¡Menuda sorpresa, ¿eh?, ese palo de escoba!

Ale se partía de risa.

—Ahora por su culpa todos pensarán que soy una especie de

maníaco pervertido... ¡Qué cabrón! ¡No creía que ese idiota tuviera la lengua como el culo! ¡Vaya papelón!

—Es un puñetero poli. Que al menos te sirva de lección...

—¿Cómo?

—¡Digo que al menos habrás aprendido la lección!

—No, ¿qué has dicho antes?

—¿Antes de qué?

—Antes de eso de la lección...

—Ah, que es un puñetero poli... Son dichos sicilianos. Mi padre tiene uno para cada ocasión.

—Muy bueno... ¡puñetero poli! Diría que da la idea de quién es, me

gusta: ¡Pietro: el puñetero poli!

Claudio ya estaba maquinando su venganza. En ese preciso instante sonó la campana que anunciaba el principio de la primera hora de clase. Cuando los dos se disponían a entrar en el aula, los retuvo un compañero, que se les acercó y empezó a hablarles. Ale y Claudio se quedaron bastante sorprendidos, ya que ese chico solía estar siempre solo y casi nunca hablaba con nadie. Imaginándose el tema de conversación, Claudio se le adelantó.

—¡Oye, si tú también vienes a decirme lo depravado que soy, te lo puedes ahorrar, porque te aseguro que

me he dado cuenta solo, así que te puedes largar!

Tras decir eso dio media vuelta y empezó a caminar hacia el aula. Tímidamente, el chico le dio alcance, se acercó a su oído y le susurró algo que Claudio no entendió.

—¿Qué has dicho? Oye, sube un poco la voz, no te he entendido; ¿de qué tienes miedo?

El chico miró primero alrededor, evidentemente abochornado, luego se acercó de nuevo, esta vez tratando de que también lo oyera Ale.

—¿Me lleváis con vosotros la próxima vez que vayáis?

—¿Adónde?

Claudio, que en realidad había comprendido a qué se refería el chico, de todas formas prefirió que hablara con claridad.

—A donde estuvisteis anoche... Yo también iba antes, pero hace mucho que no voy. Eso sí, una cosa, ¡yo quiero chicas de «verdad»!

Ale se echó a reír, y ya iba a decirle que se fuera, pero las palabras se le quedaron en los labios, porque Claudio se le adelantó.

—Vale, de acuerdo, se puede hacer. Pero tendrá que ser mañana por la noche, hoy no puedo. Quedemos a las

nueve en punto en el local que hay aquí detrás, al lado del instituto. Como no seas puntual, no vamos a ningún sitio.

Ale, incrédulo, no tuvo tiempo de objetar nada, porque el chico ya se había ido corriendo, de lo más contento. Sin saber aún si reír o llorar, su amigo lo había cogido del brazo y lo estaba arrastrando hacia el aula.

Ale se paró de golpe y se soltó.

—¿Te has vuelto loco? ¿Piensas antes de hacer las cosas o esa cabezota que tienes está totalmente vacía? Entiendo tu empeño en «practicar» para no hacer el ridículo con una chica, pero ¿no crees que te estás pasando?

—Relájate, coño, ¡qué pesado te pones! ¡No pasa nada! ¡Al revés, a partir de pasado mañana se reirán de él y no de mí! Además, la verdad es que anoche me lo pasé bien. Aunque no hice nada todo el mundo habla de mí, así que por qué no hacerlo de verdad. Todo el mundo sabe qué ha pasado, de modo que por qué privarme de semejante experiencia. ¡Me convertiré en el rey del sexo!

—Si fuese tú no iría tan campante. De todas formas, ya me tienes hartó, haz lo que quieras, total, tú solito te metes en líos. Pero ni se te ocurra pedirme que te acompañe. Y ahora vámonos, que ya

es tarde...

En efecto, hacía varios minutos que la campana había sonado y ellos seguían hablando en el pasillo.

Ale empezó a andar, pero el otro se quedó parado donde estaba.

—¿Qué clase de amigo eres? ¿Qué significa esto? ¡Tú mañana vienes conmigo y no hay excusa que valga!

—No jodas, ya tienes con quién ir, no pienso ir a ninguna parte...

—¿Quién, ese chiquillo? ¡Si es un chavalín, todavía menor que nosotros! Además, ¿te has fijado en él? ¿Cómo quieres que me divierta con alguien así? ¡Venga! Paso a recogerte a las nueve

menos cuarto. Y ahora démonos prisa, que es tarde.

—No me gusta ese tío, yo no voy si él te acompaña. —En realidad, Ale solo estaba buscando excusas, porque no le apetecía nada ir con Claudio.

—¡Uf! ¡Menos mal que eres mi mejor amigo! Pues iré solo. ¿Estás contento?

—¿Solo? ¿Qué vas a hacer solo? ¡De verdad, no has entendido nada!

—Entonces, ven conmigo.

—Y si luego resulta que ese es como Pietro, dime con qué cara me presento al día siguiente en el instituto.

—¡Hombre! Ese no abre la boca ni

cuando los profesores le preguntan algo. Venga, por lo que más quieras, hazme este favor y no volveré a pedirte nada en lo que queda del curso.

—No.

—Por favor...

—Ni hablar.

—Te traeré al instituto y te llevaré a casa durante un mes.

—Qué bien, así no solo llegarás tarde tú, sino también yo, un plan sensacional...

Claudio permaneció unos segundos en silencio, sin saber si jugarse o no su última carta. Por fin se lanzó:

—Pues si no me acompañas, le

contaré a todo el mundo que anoche estabas conmigo.

—Nadie te creerá.

—Es mi palabra contra la tuya.

—Justamente... ¡Mira que eres gilipollas! Esto se llama chantaje, ¿sabes?

—Ya, ¿ves hasta dónde me haces llegar? ¿Qué clase de amigo eres? Tengo que suplicarte para convencerte de que salgas conmigo.

—¡Uf! Vale, de acuerdo, acepto para que en lo que queda de día no me jodas más. —Ale estaba resignado—. Pero démonos prisa, que es tardísimo.

—Vale, vamos, y mil gracias, verás

como no te arrepientes.

—Ya, seguro que no.

Echaron a correr por el pasillo, y cuando ya casi habían llegado al aula, Claudio paró de golpe.

—Eh, ¿qué coño haces? —Ale también se detuvo.

—¿Ayer estudiaste?

—Nunca he estudiado tanto en toda mi vida —contestó Ale, recordando la regañina de su padre del día anterior.

—Pues deja que copie los ejercicios antes de entrar en clase, porque no los he hecho.

Claudio retuvo a su amigo por la cazadora: Ale, en efecto, se disponía a

llamar a la puerta del aula.

—¿Ejercicios? —preguntó retirando el brazo—. ¿De qué ejercicios hablas?

—¡Los de matemáticas, idiota!

Claudio apartó de la puerta a Ale, temiendo que la profesora los oyese.

—Pero si hoy es martes, y no tenemos matemáticas los martes.

—¿Qué dices? ¡Hoy es miércoles, memo! Tenemos matemáticas las dos primeras horas. ¡Despierta, bello durmiente!

Claudio lanzó una sonora carcajada.

—¡Chissst! ¿Quieres que nos oigan? ¡Joder, tienes razón!

Tras mirar la fecha en su reloj de

pulsera, Ale se dio un manotazo en la frente.

—¡Hoy es miércoles! Estaba convencido de que era martes. ¿Y ahora qué hago? Como me suspendan otra vez, me juego la selectividad.

El muchacho trató de imaginarse cómo reaccionaría su padre ante semejante noticia. Nunca le habría creído que se había confundido de día, y ya se veía condenado a trabajos forzados, moviendo enormes piedras bajo el sol, empapado de sudor, muerto de sed y hambriento.

Se acordó del examen de historia del día anterior, que no había sido un

examen propiamente dicho, sino una interpretación teatral: según él, los franceses no habían tomado la Bastilla, sino que se habían subido a la Bastilla, y Garibaldi había obligado a mil hombres a llevar camisa roja a saber por qué extraño motivo.

Si seguía así, a buen seguro tendría las puertas del teatro abiertas, pero otra cosa es que su padre valorara su talento.

—¡Joder, estoy acabado!

—Hagamos lo siguiente...

Tras reflexionar unos minutos, Claudio tuvo uno de sus típicos golpes de genio. Ale se asustó todavía más, porque sabía perfectamente, incluso por

experiencia propia, que las ideas de su amigo no podían en ningún caso definirse como brillantes; es más, solían ocasionar problemas. Pero ya estaba resignado a lo peor.

—Veamos... —dijo abriendo los brazos y mirando hacia el cielo, como para hacer una silenciosa llamada de socorro.

—Podrías fingir que estás pachucho, así también justificaríamos el retraso.

Ale miró el reloj. Llevaban más de media hora de retraso.

—Podríamos decirle a la profe que te has sentido mal en el pasillo y que hemos ido al lavabo. De ese modo

justificamos el retraso. Luego diremos que sigues pachucho, y unos minutos después necesitarás volver al lavabo y yo te acompañaré. Pasaremos ahí toda la hora y cuando volvamos la profe ya habrá terminado de hacer las preguntas; así yo también me habré salvado. ¿No es una idea genial?

Claudio podía imaginarse ya toda la escena. Lástima que Ale no la encontrara nada genial. Al revés, la idea le parecía disparatada, pero a esas alturas, con tal de salvarse, le daba lo mismo jugarse el todo por el todo.

—¡Bueno, intentemos hacer lo que dices, y que Dios nos ayude!

Se acercó a la puerta, pero antes de llamar se santiguó.

—¡Adelante!

La profesora, desde el interior del aula, los invitó a pasar. Claudio pasó primero, con su cara de pillo, y detrás de él Ale, que a duras penas trataba de fingir que se encontraba mal con la mano contra el estómago, quejándose y mirando el suelo por temor a que la profesora descubriese la patraña.

—¡Perdone el retraso, profesora! — empezó Claudio antes de darle tiempo de que abriera la boca—. Mi compañero se ha sentido mal esta mañana en el pasillo, de modo que he tenido que

acompañarlo al lavabo y he esperado hasta que ha podido sostenerse en pie.

Sentada detrás de su mesa, la mujer no dijo nada, limitándose a asentir. Con un gesto les indicó luego a los chicos que se sentaran. En su fuero interno, Ale rogaba que todo saliera bien y que Claudio no hiciese una de las suyas. Se sentó en su sitio y apoyó la cabeza en el pupitre, procurando poner cara de dolor. Entonces, la profesora, mientras hojeaba las páginas del libro de calificaciones, preguntó:

—Y bien, ¿qué es lo que le pasa exactamente a nuestro Cutrò?

Ale abrió la boca para responder,

pero Claudio se le adelantó.

—Problemas de estómago, creo. Hace poco ha vomitado hasta el alma...

Tras esas palabras, un murmullo general se elevó desde los pupitres. Los compañeros, que conocían bien tanto a Ale como a Claudio, intuían cuán poco de cierto había en aquello.

Ale seguía rogando que su amigo guardase silencio, porque estaba seguro de que, como siempre, no tardaría en meter la pata.

—¿No me diga? —La docente elevó la mirada del libro de calificaciones, y dirigiéndose a Ale añadió—: Se ve que ayer tuvo indigestión de ejercicios...

La ironía de la frase hizo que todos, incluido Claudio, rompieran a reír. Ale estaba empezando a tener sudores fríos y para escapar de esa situación pidió permiso para volver al lavabo con Claudio, con la excusa de que tenía náuseas y un fuerte dolor de estómago.

Aunque poco convencida, la profesora los dejó salir.

Apenas habían salido del aula cuando Ale lanzó un suspiro de alivio.

—¡Uf... creía que no iba a salir bien! Pero tampoco hacía falta que fueras tan trágico...

—¿Encima te quejas? Tendrías que darme las gracias, porque se notaba a la

legua que estabas fingiendo. ¡O peor aún, de no ser por mí, la profe nos habría descubierto y nos habría preguntado por los ejercicios enseguida!

—Sí, claro...

—Mira que eres desagradecido...

—¿De qué hablas?, oye, que yo...

La discusión la interrumpió un hombre distinguido de unos cuarenta años, apuesto, con chaqueta y corbata, que les preguntó por el despacho del director. Ale y Claudio se apresuraron a decirle dónde estaba y en cuanto el hombre se alejó siguieron discutiendo animadamente.

Pocos minutos después, Giorgio

Luciani, de regreso del despacho del director, volvió a pasar a su lado y se despidió de ellos, y una vez más les dio las gracias por las indicaciones.

—¿Ves a ese? Tiene que ser un pez gordo —dijo Ale.

—Pues sí, creo que esta vez tienes razón, solo hay que verle la ropa...

Lo siguieron con la vista, luego se asomaron por la ventana para ver qué coche tenía. Lo vieron alejarse en un Mercedes de gran cilindrada.

—¡Caray, ese tiene que estar forrado para permitirse un coche así! ¡No como nosotros dos, puñetas! Hay gente con suerte. A algunos les sobra el dinero, y

otros apenas tienen. Qué injusticia, joder.

—Pues sí, ¿te imaginas que nosotros fuéramos en un coche así en vez de en mi cafetera? Tendríamos a las mujeres más guapas a nuestros pies...

—Ajá, de modo que tú mismo reconoces que tu coche es una pieza de museo.

—Vale, ¿y qué? ¡Eso no te da ningún derecho a criticarlo! Además, no eres más que un desagradecido. Da las gracias, anda, que a pesar de sus años mi coche te lleva a todas partes; de no ser por él tendrías que moverte a pie.

—¡Uf, qué plasta eres! Haz algo útil,

mira por el ojo de la cerradura y fíjate en cómo van con las preguntas.

Claudio se agachó para curiosear lo que estaba ocurriendo en la clase por el pequeño agujero de la puerta, y tuvo la impresión de que la profesora ya no le estaba preguntando a nadie.

Con un gesto le indicó a Ale que se acercase y le dijo en voz baja:

—Creo que ya ha acabado, podemos pasar.

Tras decir eso llamó, esperó que le diera permiso, abrió y dijo:

—Profesora, Cutrò ya se encuentra algo mejor, ¿podemos entrar?

La mujer los observó durante un

segundo, luego bajó la vista para repasar el libro de calificaciones que tenía abierto sobre su mesa. Ambos aprovecharon para contemplar a la joven profesora. No tenía más de treinta años y un físico impresionante, que resaltaban aún más la falda ceñida y la camiseta ajustada. Era alta y esbelta, y siempre llevaba zapatos de tacón. Tenía también una cara bonita, ojos muy grandes y un estupendo pelo negro azabache que le caía suelto sobre los hombros.

Claudio y Ale acababan de sentarse en su sitio y estaban cruzándose miradas cómplices, dando rienda suelta a su

imaginación.

La profesora estropeó sus fantasías pidiéndole a Claudio que le enseñara su cuaderno de ejercicios. El chico asintió y, con gesto tranquilo, fingió que buscaba dentro de la mochila: por suerte era muy creativo y siempre tenía un montón de recursos.

Ale empalideció y, asustado, puso nuevamente la cabeza sobre el pupitre con la cara de dolor de antes.

—Lo siento, no lo encuentro. Creo que me lo he olvidado en casa. — Claudio se justificó así, rascándose la cabeza con aire afligido.

—Bueno, pero has hecho los

ejercicios, ¿no?

—¡Claro! —mintió descaradamente.

—Entonces no tendrás ningún problema en desarrollarlos de nuevo en la pizarra, ¿no? Vamos, ven a hacer el ejercicio de la página ciento veinticinco, el número diez.

Ahora Claudio no sabía qué hacer, pero encontró otra excusa.

—Justo el que no he hecho, no lo he entendido...

—Vale, pues ven a hacer el ejercicio número once de la misma página.

—Ejem... Ese tampoco lo he hecho...

La profesora lo miró directamente a

los ojos, se quitó las gafas y le pidió que dijera la verdad.

—Vale, está bien, en realidad no he hecho ninguno, no he podido...

La mujer no dijo nada y se limitó a marcar en el libro de calificaciones un dos, que pasó a engrosar una larga serie de malas notas. A la vista de su trayectoria, a buen seguro no iba a ser la última antes de final de curso.

Claudio bajó la vista al libro que tenía delante y ya no se atrevió a alzarla más durante el resto de la clase.

La mujer se dirigió luego a Ale.

—Y tú, Cutrò, ¿quieres venir a desarrollar algún ejercicio en la

pizarra?

«Joder. Me ha pillado. Joder, ¿ahora qué le cuento? Qué horrible sensación la de saber que no sabes. Y pensar que ayer estudié. Al menos un cuarto de hora. Bueno, diez minutos. Pero ya es algo. ¿Qué voy a hacerle si no entiendo las matemáticas? ¿Qué voy a hacerle si creía que hoy era martes? Pero si lo cuento nadie me creerá. ¡Y solo es la segunda hora! ¡Vaya día de mierda! Ya, pero mientras tanto, ¿qué le digo a esta? Joder».

—¿Y bien, Cutrò? Estoy hablando contigo, ¿es que se te ha comido la lengua el gato?

«Oh, no, de eso nada, tengo lengua, si quieres te la enseño, pero como yo quiera, como me gusta a mí. ¡Ya veremos si después sabes mantenerte alejada de mi lengua!»

—La verdad es que todavía no me encuentro muy bien —fue la única respuesta que pudo pronunciar.

La profesora, soltando sobre su mesa el bolígrafo, que rodó por encima de las páginas del libro de calificaciones, regañó al muchacho elevando ligeramente el tono de voz.

—Espero que comprendas cuál es tu situación.

Luego cruzó las piernas, tratando de

mantener una actitud severa.

—¡Es más, espero que los dos lo comprendáis! ¡Me refiero también a ti, Claudio! Estamos a mitad de curso y todavía no habéis respondido bien a ningún repaso, mejor dicho, nunca habéis venido a ningún repaso. Solo tenéis una serie de notas de mala preparación en el libro de calificaciones. ¿Sabéis que si seguís así no vais a ser admitidos en los exámenes? ¿Puede saberse cómo pensáis recuperar?

Ale, que tenía todavía la cabeza en el pupitre, se vio estimulado por el triángulo negro de las braguitas de

encaje de la profesora, que solo él, desde esa posición, podía entrever en ese rápido movimiento de piernas.

«¿Que cómo pienso recuperar? ¿Y hace falta preguntarlo?»

—A lo mejor sexualmente...

Una extraña sensación lo asaltó en cuanto esas palabras se le pasaron por la cabeza. Era como si sobre él pesase algo, como si alguien le estuviese lanzando una mirada dura, violenta, llena de odio y de desprecio. Solo al alzar la mirada y cruzarse con la de la profesora, se dio cuenta de que había pensado en voz alta.

—¿Qué has dicho?

La profesora ahora estaba de pie al lado de su mesa.

Sin saber bien qué hacer, Ale masculló algo que nadie pudo entender, y ella se irritó todavía más.

—¡Sal inmediatamente! —gritó señalando la puerta, con la cara roja y con la voz temblando de cólera.

Mortificado, el chico se levantó y salió del aula en silencio, imaginándose condenado ya no a trabajos forzados, sino, en el mejor de los supuestos, directamente al patíbulo.

—¡Cariño, por fin! Esta mañana has salido tempranísimo, ni siquiera te he oído cuando te has levantado. Pero ¿dónde has estado?

Sonriendo, Giorgio le dio a Ambra un tierno beso en los labios, feliz de que su mujer siguiese siendo igual que cuando se habían casado: una mujer joven un poco nerviosa, a veces incluso demasiado, pero dulce y llena de atenciones y de afecto.

—Echa un vistazo a la calle, al camino. —Giorgio la cogió de la mano y la llevó hasta la ventana—. Tengo una sorpresa para ti.

Su mujer se acercó a la ventana, apartó la cortina y vio un Mercedes gris aparcado en el camino de delante de la villa.

—Pero... ¿es nuestro?

—Lo he alquilado esta mañana. Usaremos este hasta que lleguen los nuestros de Bogotá. Y hay algo más...

Antes de continuar cogió la caja de galletas, la abrió y sacó dos. Le dio un bocado a una con ganas y la otra se la tendió a su mujer.

—He estado en el instituto, en ese del que te hablé ayer, y he hablado con el director sobre la incorporación de Ylenia. No debería haber problemas. Es más, creo que pronto podrá volver a estudiar. ¡Le encantará! Parece un instituto estupendo, bien llevado; he visto los programas y creo que no tendrá especiales problemas de adaptación. Siempre le ha gustado leer los clásicos de la literatura italiana, y en el colegio privado al que iba en Bogotá le han dado una excelente preparación en las asignaturas más importantes. Es una buena noticia, ¿no?

Su mujer le sonrió con gratitud.

Giorgio solo necesitó unos segundos para descifrar el mensaje. Sonriéndole a su vez, le cogió la cara entre las manos y le arrancó de los labios un trocito de galleta.

—Ya te había dicho que podías confiar en mí. Ahora voy a conocer a los vecinos, nos vemos más tarde. Te quiero, cariño...

Le dio otro beso rápido en los labios y salió canturreando.

Ambra lo vio por la ventana recorrer el camino, cruzar la verja y dirigirse a la villa de al lado.

—Ojalá que haya alguna chica para que Ylenia pueda hacer pronto nuevas

amigas. No soporto verla así.

—Mamá, ¿con quién hablas? —  
Ylenia la sacó de sus pensamientos en voz alta.

—Oh, con nadie, cariño, qué quieres, me estoy haciendo mayor y hablo sola.

Un poco abochornada, siguió fregando las tazas del desayuno.

En efecto, Ylenia, tras la euforia de la primera noche, estaba de nuevo triste y desconsolada. Había pasado buena parte de la mañana al teléfono con Ashley y se había deprimido muchísimo. Echaba de menos a sus amistades, la vida en Bogotá, sus costumbres, pero lo

que peor llevaba era el silencio de su móvil, no tener noticias de alguien que parecía haberla olvidado y borrado de su vida para siempre.

Entretanto, Giorgio había llegado a la villa de los vecinos. Era un poco más pequeña y un poco más vieja que la suya, precisaba de unos pequeños arreglos aquí y allá, pero no dejaba de ser una vivienda preciosa. Llamó al timbre y esperó unos segundos.

Cuando la puerta se abrió, apareció delante de él una chiquilla un poco más baja que su hija, pero igualmente hermosa, pelirroja y con los ojos verdes, que debía de tener más o menos

la misma edad que Ylenia. Y le estaba sonriendo.

—¡Hola! ¿En qué puedo servirle?  
¿Qué desea?

Giorgio empezó a rascarse la cabeza, un poco azorado.

—Bueno, a decir verdad no busco a nadie en concreto. Llegué ayer de Colombia con mi familia y vivimos en la villa de al lado —dijo señalándole a la chica su casa.

—¡Ah, sí!

—Por eso he pensado venir a presentarme. Espero no haber molestado.

La chica sonrió de nuevo e invitó al

hombre a pasar.

—¿Qué dice? ¡No molesta para nada! Al revés, ha hecho muy bien en venir. ¡Encantada, soy Virginia!

Se estrecharon la mano, y Giorgio entró en la casa.

—Gracias, muy amable. Me llamo Giorgio, Giorgio Luciani, encantado de conocerte.

—Por favor, siéntese en el sofá. Voy a llamar a mi hermano, espéreme solo un segundo.

Giorgio asintió, se sentó donde le había indicado la chica y aprovechó para echar un vistazo alrededor. La casa estaba bien cuidada, bien decorada y

brillaba como un espejo. Minutos después Virginia regresó acompañada por un chico alto y delgado, moreno y con los ojos azules, indudablemente mayor que ella.

—Él es mi hermano Ivan.

Giorgio sonrió al recién llegado. Luego Virginia le dijo a su hermano:

—Es nuestro nuevo vecino, llegó ayer con su familia. Se llama Giovanni, vienen de Colombia.

Ivan le tendió la mano, y el hombre se apresuró a corregir:

—¡Giorgio, Giorgio Luciani! Ese es mi nombre. Espero no haber molestado.

Se fijó en el pelo mojado del chico

mientras le estrechaba la mano. Ivan intuyó los pensamientos del nuevo vecino y lo tranquilizó.

—Descuide, no molesta en lo más mínimo. Acabo de ducharme. ¡Es un placer conocerlo!

—¡El placer es mío! ¿Vuestros padres no están en casa?

Silencio.

—Perdonad, ¿he sido indiscreto?

Giorgio se sintió un poco violento por la rara expresión de los dos chicos. Enseguida se dio cuenta de que había algo que no era normal.

—A decir verdad —empezó Ivan, claramente incómodo—, nuestros padres

se separaron hace mucho tiempo y nosotros ahora vivimos solos.

—Disculpádmeme, no quería...

—Descuide —intervino Virginia recuperando la sonrisa—. Ya ni nos acordamos de eso. Por suerte nos las arreglamos bien solos. Además, hay cosas peores en la vida, ¿no?

Giorgio no pudo contradecirla, y le encantó encontrar en esa chiquilla un carácter tan optimista como el de su hija. Supuso que no tardarían mucho en hacerse amigas. Sin pensárselo dos veces, los invitó a los dos a su casa.

—Tengo una hija de aproximadamente tu edad. Dieciocho

años, ¿no? Estoy seguro de que os caeréis bien. Ella todavía no ha conocido a nadie por aquí, de modo que estará encantada.

—Iré de todas formas —exclamó ella—. ¡Tengo diecinueve años, pero un año de diferencia no significa nada! ¡A mí también me encantará conocerla!

—Lamentablemente, yo no puedo —intervino Ivan disgustado—. Dentro de un rato tengo que irme al trabajo, pero le aseguro que pasaré otro día; si puedo, mañana mismo.

—¡Perfecto! Pues te esperamos más tarde, Virginia.

—¡Sin falta!

—Ahora tengo que dejaros, porque tengo que arreglar un montón de cosas. ¡Espero veros pronto, adiós y gracias por todo!

Giorgio les estrechó de nuevo la mano. La mirada de Virginia se le quedó grabada. Con lo joven que era ya había visto desmoronarse a su familia, pese a lo cual conservaba una expresión dulce y serena. Otro en su lugar sentiría rencor contra todo el mundo. Aquella chica era una cachorrita, pero muy madura para su edad.

Virginia e Ivan lo acompañaron a la puerta y se despidieron de él calurosamente. El muchacho volvió a

entrar rápidamente en casa, mientras que su hermana se quedó un rato en el umbral, siguiendo al vecino con la mirada mientras se alejaba. Vio cómo abría y cerraba la enorme verja de su villa y cómo a mitad de camino una guapa chica morena salía a su encuentro, abrazándolo y dándole un beso en la mejilla. Luego, riendo, se alejaron hacia casa. No pudo ver más, porque los grandes árboles del jardín se lo impedían.

«¡Parecen una bonita familia, quién sabe si se dan cuenta de lo afortunados que son!», pensó mientras cerraba la puerta y entraba en casa. Un manto de

nostalgia se le imprimió en el rostro, que se le ensombreció durante un segundo. «No debo estar triste —se dijo moviendo la cabeza—. Tengo a mi hermano, no estoy sola...»

Aquel pensamiento la hizo sonreír, se enjugó una lágrima y continuó con las tareas domésticas, que había interrumpido cuando había sonado el timbre.

—¿Piensas ir a ver hoy a los Luciani? —le preguntó Ivan antes de salir.

—No lo sé, tengo muchas cosas que hacer en casa, no sé si me dará tiempo.

—Oye, de vez en cuando puedes

tomarte un descanso. ¡Desde que acabaste el instituto apenas sales! Además, me quedo más tranquilo si no te dejo sola.

Ivan le acarició el pelo con cariño.

—Anda, no soy tu perrito —protestó ella con los brazos en jarras, sonriendo y apartando la cabeza—. Ya veremos; de todas formas, te mandaré un SMS diciéndote qué hago. No vienes a cenar, ¿verdad?

Él negó con la cabeza y se encaminó hacia la salida, acompañado por Virginia.

—Venga, que si no llegas tarde... ¡Te quiero, hermanote!

Antes de que se marchara lo abrazó con fuerza y esperó en el umbral, como una esposa atenta, a que el muchacho se hubiera alejado en coche por la carretera.

Entre una cosa y otra se hizo enseguida de noche y Virginia miró alrededor, feliz de haber hecho todo lo que tenía que hacer. Así pues, decidió visitar a sus nuevos vecinos: había pasado la tarde preparando una deliciosa tarta de manzana para no presentarse con las manos vacías, esperando que les gustara.

Ya estaba lista para salir y se estaba poniendo la cazadora cuando oyó un gran traspiego en el jardín de los Luciani. Se asomó por la ventana y vio que había un gran camión aparcado delante de la villa. Unos chicos estaban llevando cajas y muebles a la casa, bajo la dirección de doña Ambra.

Supuso que era el camión de mudanzas procedente de Colombia y pensó que no era el momento apropiado para presentarse. Seguramente tenían que colocar todas sus cosas y una visita solo habría sido un engorro.

Así que se quitó la cazadora, guardó la tarta en la alacena y comenzó

tristemente a prepararse una frugal cena: pan de molde con jamón y mayonesa. Luego encendió el televisor e hizo un repaso de todos los canales con el mando a distancia, pero no había nada que mereciese la pena. Cuando hubo acabado de cenar, volvió a su habitación, se echó en la cama y siguió leyendo el libro que había comprado hacía unos días.

Era una historia ambientada en la Sicilia de antaño, que narraba el amor entre una chica y un policía, forzados a dejarse por culpa de un jefe mafioso, y de su reencuentro ya mayores, convencidos de que ya no había lugar

para los sueños o para el amor: en cambio, la vida es capaz de sorprenderte incluso cuando crees que ya nada maravilloso te puede ocurrir.

En su última lectura había dejado a la pobre chica a merced de unos hombres que la habían raptado, y ahora tenía curiosidad por ver qué pasaba.

Se acordó de la dependienta que le había recomendado ese libro, diciéndole que se trataba de una historia real.

Durante un instante apartó los pensamientos de la lectura.

Ella también se moría de ganas de enamorarse y asimismo, al igual que otras chicas de su edad, había perdido la

fe en el amor y en la vida. Sin embargo, si aquel libro contaba una historia real, quizá aún cabía la posibilidad de vivir aquel cuento de hadas con el que tanto soñaba. ¡Quién sabe, a lo mejor incluso a los ochenta años! ¿Qué importa la edad? ¡Lo que importa es vivir tu propio cuento de hadas!

—¡Qué pena que los Luciani no tengan también un hijo! —exclamó riendo.

Aunque no lo hacía notar, en realidad se sentía muy sola y le habría encantado pasar una velada acompañada, pero esa noche había salido así.

Por la ventana que había dejado abierta alcanzaba a oír los gritos de Ylenia, quien, en el jardín, mostraba la inmensa alegría de ver a Rómulo y Remo, los dos perros de casa que ladraban y meneaban el rabo, felices de estar de nuevo con ella.

Cuando por fin todas las cajas estuvieron colocadas dentro de casa, Giorgio le informó a su hija de que pronto podría volver a un instituto muy parecido al que tenía en Colombia. Naturalmente, había elegido para ella el mejor de Livorno. La muchacha se

mostró realmente encantada. Ya estaba harta de quedarse en casa y no veía la hora de hacer nuevas amistades.

Después de cenar, cuando se retiró a su habitación, Ylenia vio la luz encendida de los vecinos. Recordó lo que le había contado su padre de aquella mañana y se dijo que si la chica que vivía a su lado no había ido a verla, iría ella a llamar a su puerta.

Volvía a estar serena, quizá porque había recuperado todos los objetos de la vieja casa, que le devolvían una parte de su pasado reciente. Ahora podía empezar de nuevo. Su madre y su padre estaban cerca de ella, Rómulo y Remo

estaban ahí, y una nueva amiga estaba a punto de entrar en su vida. Y, además, reanudaría los estudios, que era algo que le gustaba, y conocería a gente nueva con la que compartiría las etapas bonitas y feas de su nuevo camino. Durante un instante sintió cómo la adrenalina circulaba por su cuerpo, pero consiguió mantener la calma.

Antes de dormirse cogió el móvil y, como todas las noches, lo llamó. Y, como todas las noches, no obtuvo respuesta. Y también esa noche, mientras trataba de conciliar el sueño, volvió a hacerse mil interrogantes a los que no sabía dar respuesta.

Al atardecer del día siguiente, mientras la familia Luciani se hallaba reunida en el salón —una mirando la televisión, otro leyendo el periódico y otra sencillamente disfrutando de la presencia en casa de la hija y del marido —, sonó el timbre, e Ylenia, tras abrir la puerta, se encontró enfrente de su primera amiga italiana.

—¡Por fin! —La reconoció enseguida por la minuciosa descripción

que le había hecho su padre—. ¡Tú debes de ser Virginia! No veía la hora de conocerte. ¡Pero pasa, que fuera hace un frío espantoso!

Virginia asintió y un poco cohibida entró en la casa. Le tendió a Ylenia la tarta que había preparado el día anterior y conoció a Ambra Luciani, que entretanto había salido a recibirla al vestíbulo como buena anfitriona.

—¡Mamá, mira lo que ha traído Virginia!

—No hacía falta que te molestaras —dijo Ambra sorprendida.

—Si no ha sido ninguna molestia, me encanta preparar postres.

En realidad era la primera vez que preparaba esa tarta y únicamente se decía: «¡Ojalá que esté, no digo rica, al menos pasable!».

Madre e hija la hicieron pasar al salón, donde la dejaron en compañía del señor Luciani, y fueron a la cocina a preparar un té caliente, que luego tomaron todos juntos alegremente, y felicitaron a Virginia, puede que mintiendo un poco, por lo bueno que estaba el postre. Después de cuatro frases las dos chicas ya habían roto el hielo.

Más tarde Ylenia la invitó a subir a la segunda planta, a su habitación, para

conocerse mejor y charlar lejos de ojos y oídos indiscretos.

—¡Vaya, qué maravilla, felicidades! Es una habitación preciosa.

—Gracias, pero el buen gusto en la decoración no es mía. Cuando llegué ya me lo encontré todo así.

Ylenia era una chica sencilla y le encantaba que los demás se sintieran a gusto a su lado. Mientras hablaba, se descalzó y se tumbó en la cama, invitando a Virginia a que hiciera lo mismo.

—¿Cómo te encuentras aquí? ¿Echas mucho de menos tu ciudad?

—Bueno, verás, todavía no he salido

de casa y, aparte de ti, no he conocido a nadie. Así que ahora siento mucha nostalgia de Bogotá, pero estoy segura de que con el tiempo me acostumbraré al cambio.

—Si quieres, una de estas tardes te llevaré a dar una vuelta por la ciudad con mis amigos. Así te presento a gente, ¿no?

Ylenia asintió, feliz, y Virginia prosiguió:

—Pero dime, ¿cómo es que os habéis trasladado a Italia?

—Por motivos de trabajo de mi padre. ¡Si hubiese sido por mí, nunca me habría movido de Colombia! Pero he

tenido que seguir a mi familia.

—Me imagino que has tenido que dejar a muchas personas queridas...

Ylenia asintió con una expresión de amargura en el rostro.

Virginia continuó:

—Pero ahora el teléfono e internet impiden que notes la distancia. Siempre se encuentra una forma de mantener el contacto con los demás. Si las relaciones son sólidas, la distancia no puede estropearlas, ¿no crees?

Ylenia no respondió, pero sus ojos empezaron a llenarse de lágrimas.

—¿Me he metido en lo que no debía? Lo siento, en serio, no quería

herirte...

—No, descuida. ¡Solo estaba pensando en un chico que decía que me quería, pero desde que me fui a Colombia no se ha dignado mandarme un simple SMS! La última vez que hablé con él fue el día antes de venir. Intenté contactar con él desde el aeropuerto y luego de nuevo al llegar a Italia, pero no me respondió. Desde hace cuatro días no tengo noticias tuyas. Además, cada vez que lo llamo su teléfono está fuera de cobertura o no responde. Le he mandado miles de mensajes: no da ninguna señal de vida. Creo que lo nuestro se ha acabado. ¡Y yo que

pensaba que era el amor de mi vida! Tienes razón, si las relaciones son sólidas, si hay auténtico cariño, la lejanía no puede destruir nada. Solo puede hacerte más fuerte. Sin duda, en esta historia solo yo veía algo auténtico y fuerte. ¡Qué tonta he sido!

—Lo siento... Pero, desgraciadamente, muchas veces los chicos son así. —Virginia estaba bastante enfadada y se desahogaba con la inocente almohada que estrechaba entre los brazos—. ¡Yo también salía hasta hace poco tiempo con un tío que parecía el príncipe azul, todo mimos y atenciones, y al final resultó que no era

más que un cabrón al que le gustaba pasárselo bien con las prostitutas!

—¿En serio? ¡Es horrible!

—Al principio lo pasé muy mal, pero ya me he hecho a la idea. Si aceptas un consejo, no te fíes de los chicos italianos: están hechos en serie, todos están cortados con el mismo patrón. ¡Todos son iguales, todos son unos cabronazos!

A Ylenia le dio risa la exclamación de su amiga, pero la recriminó:

—No puedes meter a todos en el mismo saco. Comprendo que habrás sufrido mucho, pero estoy segura de que algún día encontraremos a un chico que

sabr  cicatrizar las heridas que nos han dejado los otros.

— Baja de las nubes, princesa! Dej  de creer en esas cosas hace mucho tiempo.

—Entonces  no crees en el amor?  Y eso?

—Sí que creo en el amor, lo único que pasa es que no tengo mucha confianza en los chicos.  Son malas p coras!

—Si no confías en los chicos,  c mo crees que podrás enamorarte de nuevo?

Siguieron unos minutos de silencio. Virginia volvió un momento con el corazón y con la mente a su situación

familiar; luego respondió:

—Puede que tengas razón. La verdad es que debo decir que al separarse mis padres comprendí que el amor no es más que una gran ilusión. Todas las relaciones, hasta esas que parece que nunca pueden acabar, antes o después se van al traste. La gente quiere creer que ama y es amada solo porque siente la necesidad de aferrarse a algo, y al final resulta que una mujer llega hasta el extremo de anularse con tal de conservar sus ilusiones.

—¿Te refieres a tu madre?

Virginia asintió.

—Pese a que sabía desde hacía

tiempo que mi padre la engañaba con otra, seguía viviendo con la esperanza de que un día las cosas volvieran a ser como antes. Pero lo cierto es que si el amor termina no hay forma de hacerlo renacer.

Ylenia guardó silencio, realmente no sabía qué decir, mientras Virginia proseguía:

—Hasta que un día mi padre salió y nunca volvió. Mi madre estuvo angustiada días enteros, pensando que le había pasado algo malo, pero un tiempo después descubrió que había huido a Francia con su amante. Desde entonces no hemos vuelto a tener noticias de él.

Para mi madre fue un duro golpe, pero al final lo superó y rehízo su vida. Ahora tiene un nuevo compañero con el que vive en el sur. Hablamos a menudo, pero de todas formas la echo de menos. La verdad es que me gustaría que estuviese aquí, aunque para ella es demasiado doloroso vivir en Cecina, en la casa en la que pasó días felices con mi padre. Por eso prefiero sufrir un poco, pero por lo menos sé que ella es feliz. Nunca podría pedirle que volviera, después de todo lo que ha pasado.

—¿Y no puedes irte con ella?

—A lo mejor algún día, cuando mi hermano esté situado. Pero si me fuese

ahora, no habría nadie que lo cuidase.

—¡Qué buena eres! —Ylenia tenía los ojos brillantes y se sorbía la nariz.

—Casi un año después de que mi padre se marchara conocí a mi ex novio, el único que me hizo olvidar mis problemas. Pero después descubrí lo que hacía todas las veces que yo no estaba con él. En ese momento decidí que nunca volvería a enamorarme de nadie. No necesito a un chico, estoy bien sola, mejor dicho, estoy mucho mejor sola.

Mientras hablaba, Virginia mantenía la cabeza gacha para ocultar su rostro, enrojecido por el esfuerzo de contener

las lágrimas. Jugeteaba con las orlas de la almohada que había encontrado sobre la cama, tratando de que su tono fuera bajo y distante, casi como si aquella historia no tuviera nada que ver con ella.

Ylenia comprendió que Virginia debía de haber sufrido mucho en la vida. La habían traicionado varias veces, primero sus padres y luego su chico.

—Apuesto que te haré cambiar de idea sobre el amor.

Sonriendo, le cogió la mano y la obligó a mirarla a los ojos. Virginia tenía una expresión recelosa.

—Si te empeñas... ¡Pero te advierto que no será fácil! Soy muy cabezota y

muy mayor para creer todavía en los cuentos de hadas.

Ylenia asintió sin responder nada, abrazándola con fuerza.

—¡Todavía no te conozco y ya te adoro!

A Virginia la dejó estupefacta esa muestra de cariño y guardó silencio.

—Te prometo que a partir de ahora te cuidaré y te defenderé de todo el mundo. No permitiré que nadie te vuelva a hacer daño. Seré tu guardaespaldas, tu ángel de la guarda —le dijo Ylenia con cara seria.

—¡No hace falta! Sé defenderme sola, ya he aprendido a hacerlo. En

cambio, me parece que tú todavía tienes que pasar por muchas cosas...

Ylenia comprendió que nunca había sido consciente de su buena suerte: ella nunca había tenido esa clase de problemas, nunca había conocido la soledad ni el sufrimiento, sus padres nunca la habían traicionado. La vida siempre había sido generosa con ella, brindándole todo lo que era lícito desear. Aún no podía imaginarse que era precisamente lo más valioso, la salud, lo que le estaba negado. No podía saber cómo iban a ir las cosas, no podía prever cuánto iba a necesitar y cuán valiosa iba a serle la amistad de

Virginia. La vida es así, revela a cada instante los secretos que guarda. Solo hay que esperar. Tener paciencia y esperar.

—Será mejor que me vaya. Mi hermano no tardará en volver y no le he dicho que iba a salir. Se preocupará si no me encuentra en casa.

A la vez que se levantaba de la cama Virginia dejó en su sitio la pobre almohada que le había servido de desahogo.

—Claro, te acompaño a la puerta.

Ylenia se levantó también y, tras calzarse, acompañó a Virginia hasta la planta baja. Virginia se detuvo en el

salón para despedirse de los Luciani, quienes le pidieron que se quedara a cenar con su hermano. Ella rechazó la invitación amablemente, diciendo que lo más seguro era que estuviese muy cansado y que no tuviera ganas de compañía esa noche.

—Quizá en otra ocasión —dijo agradecida.

Luego, en el umbral de la puerta de casa, las dos chicas se despidieron.

—Mil gracias por la tarta y por los buenos consejos. Me ha encantado hablar contigo. ¡Estoy segura de que nos haremos grandes amigas!

—Lo espero de verdad.

—¡Estoy convencida!

Virginia sonrió y, tras despedirse nuevamente, se alejó por el camino. Ylenia esperó a que la muchacha hubiese cerrado la verja tras de sí para cerrar la puerta de casa. Luego fue al salón para charlar con su madre.

Después de cenar, sola en su habitación, vio su móvil por enésima vez con la esperanza de encontrar un mensaje, aunque solo fuera una llamada perdida, que le hiciese saber que él seguía pensando en ella y que no la había olvidado. Pero tuvo el enésimo desengaño, y cuando tras muchos titubeos decidió llamar hizo un amargo

descubrimiento: una amable voz femenina informaba de que el número ya no estaba disponible. Presa del desconsuelo y de la decepción, tiró el móvil al suelo y pensó en las palabras de Virginia. Pensó en cuánta razón tenía su amiga: ella había creído en aquella historia, le había querido, se había entregado a él en cuerpo y alma, por primera vez. Con él había vivido momentos mágicos. Le había dicho que la quería y ahora se había deshecho de ella como si fuese un juguete viejo que ya no sirve para nada, sin darle una explicación siquiera.

Como en un cruel juego de manos

había desaparecido en la nada, dejándola sola con un vacío en el alma.

«Quizá sea verdad, quizá el amor no existe, no es más que una ilusión...»

De golpe se levantó de la cama, fue al dormitorio de sus padres y cogió el teléfono inalámbrico. Regresó a su habitación y llamó a Ashley para desahogarse, porque tal vez ella, su mejor amiga desde que iba al parvulario, pudiera consolarla.

Juntas formaban una extraña pareja. Ella, alta, morena y con el pelo corto; Ashley, justo lo contrario, bajita, el pelo largo y rubio, los ojos azul celeste. Sin embargo, algo tenían en común: las dos

estaban enamoradas del mismo chico. La diferencia residía en que Ashley estaba perfectamente al corriente de eso, e Ylenia no.

Ya se sabe, la mentira tiene las patas muy cortas. No hay motivo que te haga sentir la necesidad de contar la verdad. La sientes y punto. Tal vez porque tienes la conciencia tan sucia que no eres capaz de seguir así, entonces la cuentas. A veces te escondes detrás del auricular de un teléfono, porque es más fácil, porque no te deja mirar al otro a los ojos. Si además os separan muchos kilómetros, tanto mejor.

Y esperas que el otro te absuelva de

tus pecados. Esperas que te comprenda. Lo cuentas todo de un tirón, cuentas lo que ha pasado, tratas de explicarte, dices que lo sientes. Que lo sientes un montón, que no pudiste evitarlo.

Ylenia no hablaba. Contenía la respiración. Estaba pálida. El corazón le latía a mil por hora mientras escuchaba la voz de Ashley, quien, entre lágrimas, le pedía perdón por todas las mentiras, por todos los embustes, por todas las veces que se habían visto a escondidas, por todas las veces que la había traicionado, porque ahora él le había dicho que la quería y ella necesitaba descargar su conciencia, después de lo

que le había hecho a su mejor amiga. A su ex mejor amiga.

Finalizada la llamada, entre gritos, llantos, amenazas y desconsuelo, Ylenia sacó del cajón del escritorio su pequeño diario rosa. Lo abrió y con rabia empezó a arrancar las hojas, de una en una.

Ahora comprendía cómo debía de sentirse Virginia: traicionada, humillada, ofendida y espantosamente herida.

¡Su mejor amiga! ¡La había traicionado con su mejor amiga! Que solo ahora se había atrevido a confesar. Llevaban juntos desde hacía meses, y ella se había callado todo ese tiempo. ¿Y él? Él nunca había dicho nada, nunca

se había atrevido. Sencillamente había desaparecido.

La de veces que Ylenia le había contado a Ashley sus dudas, sus miedos, la de veces que le había llorado sobre el hombro por el temor de que las sospechas que albergaba sobre él estuviesen fundadas... ¿Y ella? La consolaba, la reconfortaba, le decía que no fuera paranoica. ¡Qué valor! Y fingía ser su amiga.

Lo tiró todo a la papelera, y luego la papelera al suelo. Se metió bajo las mantas, prometiéndose no volver a enamorarse nunca de nadie. Incapaz de razonar, de aceptar, de dejar de llorar,

de sollozar, incapaz de reaccionar. Incapaz de creérselo, de imaginárselo, con ese dolor desgarrador en el corazón que le quitaba la respiración, el hambre, el sueño, las ganas de vivir, dejándola abatida, postrada.

De un solo golpe había perdido a dos personas a las que había querido, pero ahora había aprendido la lección. Nunca volvería a dejar que nadie la hiriera de esa manera, porque era verdad, era como decía Virginia, «todos los chicos son iguales, todos son unos cabronazos, y no merece la pena perder el tiempo con ellos. ¡No existe el amor, no existe la amistad, no existe nada! La

gente cree amar y ser amada. La gente se engaña. La gente da asco. El mundo da asco». Su vida daba asco.

Se levantó a por un pañuelo de papel y un vaso de agua, para calmarse, pero se apoderó de ella una sensación extraña. Las piernas le flaqueaban, ya no la sujetaban. La habitación daba vueltas y se le nublaba la vista. Tenía un sudor frío, le parecía que se quedaba sin aliento. Trató de agarrarse a la pared para no caerse al suelo, pero no tenía fuerzas en los brazos. Aunque abrió la boca para pedir ayuda, no pudo emitir siquiera un débil sonido. Luego, de repente, la oscuridad.

Entretanto, Ambra había ido a su dormitorio para llamar por teléfono. Al no encontrar el teléfono inalámbrico, fue a buscarlo a la habitación de su hija. A su lado, esparcidos por el suelo, vio los pedazos de las páginas arrancadas de su diario. Inmediatamente, como solo les pasa a las madres, comprendió qué había pasado. Sin dejarse llevar por el pánico, llamó a su marido, que fue corriendo al piso de arriba.

—¿Qué ha pasado?

—¡Ylenia ha vuelto a desmayarse!

Ambra estaba tratando de levantarla del suelo y de echarla sobre la cama con la ayuda de su marido.

—Voy por las sales. Tú quédate con ella.

Ambra corrió escaleras abajo.

Giorgio estrechó con fuerza contra su pecho a su hija, que seguía sin conocimiento, y empezó a llorar. Cada vez estaba peor. No quedaba mucho tiempo, había que darse prisa, encontrar un corazón nuevo. Tenía que salvarle la vida, incluso a costa de arrancarse él el suyo propio.

—¡Ya estoy aquí!

Ambra había vuelto. Giorgio se enjugó los ojos y se levantó de la cama para hacerle sitio al lado de su hija.

Ylenia no tardó en recobrase.

Cuando hubo pasado lo peor, los dos lanzaron un suspiro de alivio.

Ambra se quedó toda la noche en la habitación de su hija para cerciorarse de que no volvía a encontrarse mal y para tranquilizarla. No hacía más que repetirle que todo estaba bien y que no había nada de que preocuparse, que tenía que estar tranquila y descansar. Pero en su fuero interno, aunque no se atrevía a confesarlo, albergaba la atroz sospecha de que la expresión desesperada y la extraña actitud de su marido eran síntomas de una realidad mucho peor. Tenía la sensación de que estaba a punto de ocurrir algo terrible.

Esa tarde estaba totalmente decidido a ponerse manos a la obra: sabía que si se lo proponía podía estudiar en serio y que al día siguiente seguramente quedaría bien en el instituto si le preguntaban la lección.

Decidió empezar por derecho: las personas jurídicas.

Se puso a leer las primeras palabras: «Por personas jurídicas se entiende el conjunto...». Estaba solo en

mitad de frase y su mente ya vagaba por otro lugar. Miró la hora: apenas habían pasado cinco minutos. Colocó entonces la cabeza sobre la mesa, pero a las agujas del reloj les costaba avanzar. Luego se levantó de la silla y comenzó a moverse de un lado a otro por la habitación, como un preso en su celda. Quería demostrarle a su padre que algo había cambiado, pero no había nada que hacer: el tiempo no pasaba, se sentía atrapado, a punto de estallar. No conseguía sentarse, la silla le parecía repleta de espinas. Empezó a escribir y a dibujar sin ton ni son. Estaba preocupado, además, por la noche que le

esperaba: se preguntaba si debía llamar a Claudio para anular la cita, quizá fingiendo un resfriado, pero sabía perfectamente que nunca le habría creído, que se habría presentado en su casa y que lo habría hecho salir contra su voluntad. Realmente estaba atrapado.

Había mirado el reloj al menos mil veces, con la esperanza de que la noche llegase pronto. Una bocanada de aire no deja de ser al menos mejor que quedarte encerrado en tu habitación haciendo como que estudias, malgastando un montón de tiempo.

Por desgracia, como todos los relojes, el suyo tampoco mentía.

Tuvieron que pasar varias horas antes de que su padre lo llamase para que se sentase a la mesa.

Cuando se levantó, una vez que hubo terminado de cenar, dijo que después iba a salir. Ya resignado, su padre no puso ninguna objeción. En el fondo, el muchacho esperaba que no le diese permiso, así por lo menos habría tenido una buena excusa para no salir. Pero ante el silencio de su padre se dio por vencido y fue a su habitación a prepararse.

Como a las nueve Claudio todavía no había llegado se puso más nervioso y se le quitaron las ganas de salir. Pero ya

no se podía echar atrás, así que se tumbó en la cama a esperar.

Por fin, una media hora después, oyó un claxon justo debajo de su ventana. Se asomó, seguro de ver a Claudio, pero vio un Peugeot 206 completamente nuevo. Volvió a entrar y a echarse, pero cuando no habían pasado ni cinco minutos sonó de nuevo y desde la otra habitación su padre le gritó:

—¡Ale, creo que es Claudio!

El chico, gritando a su vez, respondió:

—¡No, papá, no es él! ¡Claudio tiene un coche viejo, y además no le funciona bien el claxon!

Pero, tras oír sonar por tercera vez el claxon, también a Ale empezó a parecerle raro, mientras su padre lo llamó de nuevo:

—Ale, ¿quieres salir? ¡Te he dicho que es Claudio!

«¿Claudio? No es posible que sea él. ¿De dónde ha sacado ese coche?»

Mientras se ataba los zapatos y se ponía la cazadora, Ale hablaba para sí. Cuando llegó al patio, el misterio quedó enseguida desvelado. Claudio estaba ahí, pero no al volante. El coche era de Andrea, el compañero de instituto que les había pedido que lo dejaran salir con ellos esa noche.

—Ya me parecía extraño que tuvieses un coche nuevo —le dijo Ale a Claudio.

—¡Graciosito! ¡Venga, sube, date prisa!

—Y bien, ¿adónde vamos esta noche?

—Todavía no lo sé.

Andrea puso en marcha el coche y arrancó.

—¿Te acuerdas del camino, Andrea?  
—preguntó Claudio.

—¡No! La verdad es que ya hace mucho tiempo que no voy.

—¿No me digas? ¿Y eso?

—Porque me eché una novia, así que

lo dejé.

—¿Y ahora ya no sales con tu chica?

—No, lo dejamos hace poco. Por eso me he dicho que era hora de volver a esto.

—¡Te entiendo muy bien!

—Tú qué vas a entender, si nunca has tenido novia... —se entrometió Ale.

—¿En serio?

Andrea rompió a reír y puso los ojos en blanco.

—¡Sí, en serio! ¡Claudio no ha estado nunca con una chica!

—Oye, ¿por qué no te metes en tus asuntos? ¡Como si tú hubieses tenido cientos de chicas!

Claudio se volvió para darle una bofetada a su amigo, pero el cinturón se lo impidió.

—Vale, venga, en el fondo eso no tiene nada de malo. Todavía no has encontrado a la adecuada para ti —trató de animarlo Andrea.

—¡Bueno, para él cualquier chica sería adecuada, lo malo es que las mujeres huyen de su presencia! —respondió Ale por él.

—¡Mira que eres capullo, Ale! ¡Un gran amigo, desde luego!

—Solo he dicho la verdad.

—Vamos, no os peleéis —terció Andrea—. A ver, si no me equivoco,

tengo que entrar en la autopista y luego salir a la carretera para Livorno, ¿no es así?

—Eso mismo.

Siguieron unos minutos de silencio, que interrumpió Andrea:

—Oye, ¿a vosotros qué tipo de chicas os gustan?

—¡Las guapas! —contestó Ale sin pensarlo un segundo.

—¡Qué listo! ¡Siempre dándotelas de gracioso! A mí me gustan las rubias y las pelirrojas, con tal de que sean altas y flacas. Las morenas no son de mi estilo.

—Da igual que sean rubias, morenas o pelirrojas, mi querido Claudio, porque

no ligas con ninguna.

—¡Ale, para ya! ¡Mira que eres gilipollas!

Andrea se lo pasaba bomba viendo cómo discutían esos dos.

—Y tú, Andrea, ¿cómo las prefieres? —Ale optó por cambiar de tema para aplacar la ira de su amigo.

—¡A decir verdad, a mí me vuelven loco las gordas!

—¿Las gordas? —Ale y Claudio se miraron sorprendidos.

—¿Quieres decir las que son un poco rechonchitas?

—¡No, no, las gordinflonas! ¡Y solamente esas! ¡Me excitan un montón!

Las flacas no me dicen nada... ¡no hay nada que tocar!

Los otros dos no respondieron. No sabían qué comentar. Una cosa era cierta, Andrea era un tío raro de verdad.

—Ya hemos llegado a la salida; Andrea, dobla aquí.

Recorrieron unos kilómetros de carretera, siguiendo las indicaciones de Claudio, y bien pronto llegaron al sitio de la noche anterior.

—Aquí está. Este es el paraíso. Como dice la canción: «No creías que el paraíso...». —Claudio empezó a canturrear mientras miraba alrededor y se escondía bajo la ventanilla, por si

estaba el travesti del que había huido.

—¡Pero estas son repulsivas! ¡Ya os llevo yo a un buen sitio! ¡Vámonos de aquí!

Andrea no parecía en absoluto satisfecho. De repente aceleró y en el primer cruce cambió de carretera.

La decepción se pintó en el rostro de Claudio, mientras que Ale estaba cada vez más preocupado.

—Pero ¿adónde vas? Aquí no se ve un pimiento, era mejor que te hubieras quedado en el otro sitio.

—¿A que no? ¡Ya verás como te llevo a un sitio fantástico!

—¡Sí, claro! No hay nada como eso

en la ciudad. ¡Qué coñazo! ¡Vuelve atrás!

—¡Yo te digo que hay algo mejor, confía en mí!

—Ale, por favor, dile que tengo razón —continuó Claudio dirigiéndose a su amigo.

—¿Me lo pides a mí? ¿Y qué quieres que sepa yo, perdona?

—Uf, ¿me quieres creer? —dijo Andrea.

—¡No!

—¿Nos apostamos algo?

—Vale. ¿Qué nos jugamos?

Desde el asiento trasero, Ale le hacía un gesto negativo con el dedo a

Claudio, porque su sexto sentido le decía que la cosa iba a acabar mal, pero el otro no tenía la menor intención de hacerle caso.

—¡La elección de la mujer! Si aquí cerca hay algo interesante, gano yo y elijo por todos. ¡Si no hay nada, tú elegirás por nosotros!

—¡Eh! ¡Os recuerdo que yo no pinto nada! ¡Yo me quedo al margen! ¡Haced lo que queráis, pero no me incluyáis! — se apresuró a aclarar Ale.

—Vale, en cambio, a mí me parece estupendo. Total, ya tengo la victoria asegurada. Te arrepentirás amargamente —dijo Claudio con seguridad.

—Si estuviese en tu lugar, no estaría tan convencido —se mofó de él Andrea.

—¡Dejad de comportaros como niños! ¡Vayámonos a otro sitio, venga! ¿Qué hacemos aquí? ¿Por qué no vamos a un buen local a buscar chicas decentes? —trató de convencerlos Ale.

—¡Qué coñazo de tío! ¡Me parece que aquí el único niño llorica eres tú! ¡Deja de quejarte siempre, puñetas!

—Oye, ¿de qué coño vas? Yo no quería venir, tú me has obligado. —Ale estaba empezando a ponerse nervioso.

—¡De todas formas, hemos llegado!

Andrea aparcó y se quitó rápidamente el cinturón. Luego se apeó

del coche. Los otros dos se quedaron dentro y lo vieron acercarse al portal de un edificio viejo.

—Pero ¡esa es una casa abandonada! ¿Qué diablos hacemos aquí? —preguntó Ale sorprendido.

—¡Para mí que este tío está loco!

—¿Por qué será que cuando uno sale contigo acaba siempre igual? ¿Con qué clase te juntas? ¿Y por qué siempre te haré caso?

Entretanto, Andrea, tras echar un vistazo alrededor, había dado un empujón al portal y había entrado en la vieja vivienda, haciendo señas a los otros para que bajaran del coche.

—¡Aunque la apuesta era muy tonta, me temo que ha ganado él! —dijo Ale dándole a Claudio una palmada en el hombro—. ¡Buena suerte, querido amigo!

—¿Crees que me tengo que preocupar?

Por toda respuesta, Ale se encogió de hombros, tras lo cual bajaron juntos del coche y entraron en el edificio.

Seguido por Ale, Claudio empujó el enorme portal de madera medio podrida. Enseguida los golpeó un penetrante olor a moho. Dentro no había una sola luz, y los dos muchachos tuvieron que esperar un poco para acostumbrar los ojos a la oscuridad. Pocos segundos después, una puerta del fondo se abrió y un haz de luz se dibujó sobre el suelo.

Detrás de la puerta había una escalera que conducía a la planta

inferior. La bajaron y se encontraron en un local repleto de maravillosas chicas en ropa interior. A los lados del amplio local había butacas en las que unos hombres retozaban con chicas, y en un rincón había un pequeño bar con mesitas.

En los altavoces sonaba una música suave. Las lámparas emitían una tenue luz roja que volvía aún más cálido el ambiente, y los focos que colgaban del techo trazaban extraños juegos de luces de colores en las paredes.

—Pero ¡esto es una casa de citas! — Ale no daba crédito a sus ojos: nunca había visto tantas chicas guapas juntas.

—¡No sabía que estuviesen aquí!  
¡En cualquier caso, él tenía razón, esto es el paraíso, no el de la carretera! —  
exclamó Claudio excitado.

Una de las chicas se acercó a Ale y le mordisqueó una oreja para azuzarlo, dejándole una mancha de carmín escarlata de recuerdo.

Claudio, extasiado por tanta belleza, no sabía realmente dónde mirar.

Una mujer muy sensual, que parecía que solo llevaba puesta una provocadora bata de seda azul, se acercó a Andrea y le susurró algo al oído. Luego se dirigió a Ale y a Claudio, y los invitó a pasar a otra

habitación para elegir a la mujer de su preferencia. Los dos chicos ya iban a irse con ella cuando Andrea los retuvo.

—Eh, ¿y la apuesta que he ganado? ¡Elijo yo! ¡Y si tú también quieres participar, tienes que respetar el acuerdo!

—¡Ni hablar! ¡No me apetece nada estar aquí!

—¿Estás tonto? ¿Vas a perderte una oportunidad así? —Claudio no podía comprender la actitud de Ale.

—Querido amigo, si quieres un consejo, pasa. ¿Estás seguro de que te quieres enrollar en este momento? A mí esta situación no me estimula nada.

Mientras tanto, unas chicas trataban de abordarlos, los besaban en el cuello y les acariciaban el pelo, a lo que no estaban acostumbrados: las chicas de su edad no solían prodigar gestos tan seductores.

—Me marcho. Si queréis quedaros, os espero en el coche.

«¿Por qué seré tan idiota? — pensaba Ale—. ¿Por qué tengo que verme en una situación así? ¡No pienso pagar por hacer el amor! Ni siquiera por una chica que me guste llegaría a eso».

—Quiero largarme de aquí. ¡No va conmigo la idea de pagar por sexo, lo siento! Solo tenemos dieciocho años, y

recién cumplidos. Si ya ahora tenemos que recurrir a las prostitutas, ¿qué será de nosotros cuando tengamos cuarenta? ¿Acaso estamos tan desesperados que tenemos que pagar por sexo? ¡Joder! ¿Alguien como Pietro el Guaperas consigue ligar y nosotros no? En cualquier caso, me marchó. Vosotros haced lo que queráis.

Los otros dos, tras reflexionar un poco, parecían menos decididos, aunque no dejaban de tacharlo de aguafiestas.

—Me parece que esta vez tiene razón... —Claudio apoyaba a Ale—. ¡Prefiero tener a una chica, aunque sea menos guapa, que esté conmigo porque

le gusto, y no porque le pago!

—¡Pues tendrás que esperar por toda la eternidad! —rompió a reír Andrea, orgulloso de su ocurrencia.

A Ale y a Claudio, que ya se disponían a salir, los besuqueaban otras chicas semidesnudas, que trataban de retenerlos como fuera. Al final también Andrea, aunque contrariado, los siguió refunfuñando sobre la traición de los amigos; una vez que estuvieron cerca del coche parecía que ya se había calmado, pero de pronto estalló contra los otros dos, acusándolos de ser culpables del fracaso de la noche.

—¡Soy dos coñazos, eso es lo que

sois, nos podríamos haber divertido y en cambio estamos aquí, de vuelta a casa como tres memos, sin haber hecho nada!

Tras decir eso, le dio un empujón a Claudio, que era el que tenía más cerca, quien le respondió con una bofetada. Ale estaba agotado, e intentaba calmar los ánimos.

—¿Queréis parar? ¿Os peleáis por algo así? ¡Ya es tarde, y mañana tenemos que ir a clase! ¡Dejadlo, venga! Yo creo que hemos hecho muy bien en salir de ahí... ¡mejor dicho, larguémonos de una vez! —dijo esperando que le hicieran caso mientras se interponía entre los dos, pero se cruzó en la trayectoria de la

bofetada que Claudio le devolvió a Andrea. Los largos cabellos rubios de Ale flotaron—. ¡Ya basta! ¡Quiero irme a casa! —gritó cabreadísimo—. ¿No habéis visto qué hora es?

Por fin, después de unas cuantas palabras de más, los tres subieron al coche y emprendieron la marcha rumbo a casa. Hubo unos minutos de silencio, que rompió Andrea.

—Te pido perdón, Claudio, me he pasado.

—Sí, pegarse es de niños tontos —respondió Claudio—. Pero tranquilo, son cosas que ocurren.

—La verdad es que yo también he

cobrero. Pero da igual. Creo que hemos hecho lo mejor que podíamos hacer. Me niego a pagarle a una chica para tirármela, me parece miserable, como la última tabla de salvación. Pensadlo y me daréis la razón. Y tú, Clà, deberías además darme las gracias: ahora que conocemos los gustos de Andrea, no puedo ni imaginarme qué peso pesado te habría adjudicado.

Llegaron a casa tardísimo, y Ale demostró toda la habilidad que tenía para entrar sin que su padre lo oyese, tras lo cual se tumbó en la cama extenuado y se durmió al momento, a pesar de la adrenalina que aún le

circulaba por la sangre.

# 16

Al día siguiente, como cada mañana, a las siete y cuarto el despertador de Ale se puso a sonar, pero el muchacho, demasiado cansado y alterado por todo lo que había ocurrido la noche anterior, lo apagó y continuó durmiendo. Por suerte, más o menos un cuarto de hora después fue despertado por el ruido de la perforadora de unos obreros que trabajaban cerca de su casa. Molesto, Ale cogió el despertador para mirar la

hora, convencido de que todavía no había sonado. No bien comprobó que eran más de las siete y media, salió de la cama de un salto, se vistió corriendo y, sin peinarse ni lavarse la cara, cogió la mochila, salió de casa y se fue a toda prisa al instituto. Ya era inútil esperar el autobús, llegaría todavía más tarde.

Durante todo el trayecto lo atormentó la sensación de que se había olvidado de algo, pero por mucho que se esforzaba no podía acordarse de qué: «Lo he cogido todo, cuadernos, libros, dinero, ¿de qué me habré olvidado?».

Cuando por fin llegó al instituto ya era bastante tarde. Se percató de que sus

compañeros de clase no estaban en el pasillo. Seguramente habían pasado al aula, lo que significaba que el profesor ya había llegado.

Como si se hubiese convertido ya en una costumbre, esa mañana todos los chicos que había en el pasillo lo miraban y se reían de él, exactamente lo mismo le había pasado dos días antes a Claudio.

Enseguida supuso cuál era el motivo e imprecó para sus adentros: «¡Ya lo sabía! ¡Ya lo sabía! ¡El cabrón de Andrea habrá ido contando por ahí cualquier cosa, y eso que no hicimos nada! ¡Ya no quiero saber nada de

Claudio! ¡No volveré a salir con él ni con los imbéciles de sus amigos!». Mientras renegaba, con la cabeza baja por la humillación y sin atreverse a mirar a la cara a nadie, llegó a la puerta de su aula. Totalmente confundido, entró sin llamar.

En cuanto abrió la puerta y alzó la mirada, todos rompieron a reír. El profesor, sin siquiera mirarlo, lo regañó con tono enojado:

—¡Cutrò, nunca cambiarás! ¿No te han enseñado a llamar a la puerta?

Ale bajó de nuevo la cabeza. Todavía más humillado, pidió disculpas y fue a sentarse a su sitio. Sin embargo,

advirtió que el pupitre de Andrea estaba vacío. Se preguntó cómo era posible que, si Andrea no había llegado, todos estuvieran enterados de su aventura de la noche anterior. Enseguida supo cuál era el nombre del culpable.

«Claudio... —pensó—, por fuerza tiene que haber sido él».

Cada vez más confundido, Ale se volvió inmediatamente hacia el pupitre de Claudio. Su sorpresa fue mayúscula cuando vio que también el suyo estaba vacío. «Pero ¿qué diablos está pasando?», se preguntó sin poder darse una explicación.

Entretanto, el profesor había

empezado a pasar lista, pero justo cuando iba a anotar la ausencia de Claudio, llamaron a la puerta y este entró, exclamando:

—¡Presente, profe!

El profesor, siempre colérico, regañó también a Claudio:

—A ti, en cambio, te han enseñado a llamar, pero no a esperar que te den permiso antes de abrir. ¡La verdad es que no sé cuál de los dos es peor, si tú o tu amigo Cutrò! Además, ¿quieres explicarme por qué hoy también llegas tarde?

—Discúlpeme, profesor, mi padre se encontraba mal...

—¡Ya, claro! ¡Cada día una excusa nueva! ¡Vete a tu sitio, anda!

Claudio fue a sentarse a su pupitre, medio dormido, como siempre, y Ale lo llamó en voz baja para que no lo oyera el profesor. En cuanto el muchacho se volvió hacia él, lo miró y se echó a reír.

—Te ríes, encima te ríes... ¿Qué te crees, que no me he dado cuenta? —estalló Ale—. Le has contado a todo el mundo que anoche fuimos a esa casa de putas, pero sin aclarar que no hicimos nada.

En ese instante la clase cayó en un silencio total. También el profesor dejó de pasar lista. Todos se volvieron a

mirar a Ale y a Claudio. Este, absolutamente cortado, la tomó con su amigo.

—Ale, ¿estás tonto? ¿Te has mirado al espejo esta mañana? ¿Has visto qué pintas tienes?

—¿Y tú te atreves a cambiar de tema? —replicó Ale con evidente irritación.

—¡Ale, mírate en el espejo, por favor!

Una de sus compañeras le tendió un espejito. Ale abrió el pequeño estuche blanco y cuando vio su imagen reflejada habría querido que se lo tragara un remolino y hundirse hasta el centro de la

tierra. Tenía todo el pelo revuelto y pegajoso por los restos de gomina, tal y como se le había quedado por la noche, pero lo peor era la cara, llena de marcas de carmín y de maquillaje negro. Y el cuello estaba repleto de arañazos y de marcas rojas.

Soltó el espejito y, con la cara colorada por la vergüenza, sin siquiera pedir permiso, se fue corriendo al lavabo para arreglarse un poco. «¡De esto era de lo que me había olvidado esta mañana! ¡No me he lavado la cara ni me he peinado! Anoche estaba demasiado hecho polvo para hacerlo, y ahora... ¡No me lo puedo creer, no me

lo puedo creer! ¡Qué capullo! ¡Encima, ahora todos saben que anoche nos fuimos de putas! ¡Vaya papelón!»

Mientras corría por el pasillo trataba de mantener la cabeza baja para taparse todo lo que podía el pelo. No reparó en que en la dirección opuesta venía una chica espléndida, alta, morena y de ojos verdes. Al verlo llegar a toda prisa, trató de apartarse, inútilmente, porque la arrolló de lleno y le cayó encima con todo su peso.

Los dos chicos acabaron tumbados juntos en el suelo, con las caras pegadas y mirándose a los ojos, abochornados, sin saber qué decirse. Ale la miró con

sorpresa. «¡Qué criatura tan maravillosa! —pensó—. ¡Es un ángel caído del cielo!» La chica no era de la misma opinión, es más, parecía molesta y un poco amedrentada por esa situación engorrosa. Lo apartó con los brazos y exclamó:

—¡Ay! ¡Me estás haciendo daño!

Extasiado por su belleza, Ale no se había dado cuenta de que estaba encima de ella con todo su peso. Se levantó inmediatamente, le pidió perdón y la ayudó a ponerse en pie, tratando de arreglarle el traje elegante, que se había arrugado por la caída.

—Oye, ¿sabes dónde está el

despacho del director? —le preguntó Ylenia sin conseguir ocultar su estupor por el extraño aspecto del muchacho.

Ale se acordó de golpe de sus pintas y, sin responder, se fue corriendo, sin dejar de repetirse: «¡Vaya papelón! ¡Mejor dicho, vaya doble papelón! ¡Qué día!».

Ylenia siguió observando unos segundos a aquel chico raro hasta que lo vio desaparecer en el lavabo, después de haber estado a punto de estrellarse contra el marco de la puerta.

—¡Qué gente tan rara! —exclamó al tiempo que continuaba con su búsqueda.

Mientras, delante del espejo, Ale

estaba tratando de eliminar las marcas de maquillaje, pero no era tan fácil. Cuanto más se pasaba las manos mojadas por la cara, más se extendían las manchas negras, dejándolo como un fantoche. Al final metió directamente la cabeza debajo del agua, pero estaba helada, y, al levantarla instintivamente, se golpeó la nuca contra el grifo. El agua salpicó por todas partes, mojándole también el jersey. Entonces el pobre Ale empezó a gritar por nerviosismo, humillación y rabia. Sus gritos llegaron a oídos de Ylenia, que entretanto había conseguido encontrar el despacho del director.

Cada vez más sorprendida, la muchacha pensó que era un tío realmente extraño, aunque simpático, alguien con quien seguramente una no se aburría. Sin vacilar, llamó a la puerta y el director la invitó a pasar.

—La señorita Luciani, si no me equivoco. Por favor, siéntese, la estaba esperando.

Ylenia dio las gracias educadamente y se sentó al escritorio, pidiendo disculpas por el ligero retraso.

—¡No encontraba su despacho!

—Descuide, señorita, no pasa nada. Su padre ya me ha hablado de su traslado. Lamento mucho que no haya

podido terminar el bachillerato en su antiguo instituto, pero estoy seguro de que aquí también se encontrará muy bien. En los primeros días alguien podrá ayudarla a ponerse al día con lo que ya se haya hecho del programa. Estoy convencido de que no tendrá grandes problemas: ha estudiado en un instituto italiano prestigioso y con excelentes resultados, por lo que me ha contado su padre.

—Yo también estoy convencida. Adoro la cultura italiana y mis padres siempre me han hablado de nuestro país de origen: ¡he venido muchas veces con la mente! —respondió Ylenia, sonriendo

contenta.

—¡Perfecto! Pues entonces no me queda sino desearle un feliz fin de curso en su nuevo instituto. Espero que la experiencia aquí le guste. Y, por favor, cuando necesite algo, no dude en acudir a mí, estoy a su entera disposición.

—Se lo agradezco, señor director, es usted muy amable.

—¡Faltaría más! ¡Solo cumplo con mi obligación!

El director se levantó de su asiento, se acercó a Ylenia y le estrechó la mano.

—Y ahora vamos, la acompañaré al aula, así podré presentarla a sus nuevos

compañeros.

Ylenia asintió, luego salió de la habitación acompañada por el director. Recorría los largos pasillos muy emocionada: ¿cómo serían sus nuevos profesores, sus nuevos compañeros, sus nuevos amigos? ¿Iría todo bien? No tardaría en descubrirlo...

Tras arreglarse un poco, Ale volvió a clase. La sorpresa de Ylenia fue mayúscula cuando el director la presentó a sus nuevos compañeros: entre los pupitres, ni que lo hubiera hecho adrede, vio a aquel chico gracioso, alto y demasiado flaco para su gusto, ya sin esos manchurroneos de maquillaje y ahora con el pelo más o menos peinado. Pero sin duda fue mayor la sorpresa de Ale: el director estaba presentando a la

misma chica a la que poco antes había arrollado en el pasillo, el ángel con ojos de hada.

Mientras todos escuchaban las palabras del director, Ale le hizo un gesto a Claudio para hacerle notar lo guapa que era la nueva compañera. En respuesta, Claudio lanzó un silbido de admiración, que no solo oyó Ylenia, haciendo que se ruborizara, sino también el director. El profesor expulsó inmediatamente a Claudio de la clase, y hasta que no hubo salido el director no siguió hablando:

—Por favor, chicos, intentad que se sienta como en su casa. No queremos

que se arrepienta de haberse trasladado a Italia...

Ale recibió la frase como si se la hubiese dirigido a él. Se puso enseguida a trazar un plan para ocuparse de la recién llegada. Su posición parecía perfecta: se sentaba en la última fila, cerca de la ventana, y a su lado Claudio, mientras que el pupitre que se hallaba junto al de este estaba vacío. El siguiente era el pupitre de una chica que se llamaba Gilda.

El profesor invitó a Ylenia a sentarse en el sitio vacío entre Claudio y Gilda, pero Ale, aprovechando el momento de distracción en que el

director se despedía de la clase, cogió rápidamente la mochila y las cosas de su amigo y las puso en el otro pupitre, para que la recién llegada se sentara a su lado. Ylenia, que se había percatado de la maniobra, comprendió enseguida el motivo de aquel gesto y se molestó un poco: habría preferido sentarse al lado de la compañera de la cara simpática antes que en medio de aquellos dos, que sin duda tenían intenciones poco nobles con ella.

Así, dirigiéndose a Ale, exclamó:

—Oye, ¿este no es el pupitre del chico al que han echado de clase?

A lo que Ale se inventó sobre la

marcha una excusa.

—Bueno, verás, es un nómada. Se sienta aquí y allá. De hecho, su verdadero sitio es el pupitre de más allá —respondió luciendo una de sus mejores sonrisas.

Sin saber si insistir, Ylenia se sentó en el único sitio vacío, un poco perpleja. Al final se convenció de que el de Ale había sido un gesto inocente y poco después le correspondió con otra sonrisa.

Una vez que el director se hubo marchado, el profesor reanudó su clase. Y Ale se puso a sudar de nuevo. Antes de la llegada de Ylenia, en efecto, el

profesor le había pedido que hiciera un breve resumen de lo que habían estudiado en las clases anteriores, y él, que no tenía ni idea, se había librado gracias a la oportuna interrupción. Ahora, si el profesor se acordaba, ya nada podría salvarlo.

—Bueno, ¿en qué nos habíamos quedado? ¡Ah, sí! Cutrò, si no me equivoco, ibas a intervenir. Ánimo, hazlo ahora que hay una nueva compañera de clase. Explícale qué es lo que hemos estudiado hasta ahora...

Ale empalideció, no quería hacer otro papelón, el tercero de la mañana. Se levantó despacio, sin saber qué decir

o hacer, cuando por suerte el profesor cambió de parecer.

—No, no, espera, siéntate. ¡Prefiero que lo haga otro!

Tras decir eso se dirigió hacia la puerta y la abrió, indicando a Claudio que pasase. Ale lanzó un suspiro de alivio: volvía a estar a salvo.

Claudio fue a su pupitre, pero lo encontró ocupado por Ylenia. Iba a pedir explicaciones cuando el profesor intervino:

—A ver, ¿te quieres sentar? ¡No pierdas el tiempo bromeando con Cutrò! Mejor, ya que hace poco nos has demostrado todo lo bueno que eres

silbando, quisiera que ahora le demostraras a Luciani tu talento para hacer resúmenes. Empieza a explicar, luego dejaremos que siga tu amigo...

Ale había cantado victoria demasiado pronto: durante un instante se había sentido fuera de peligro, pero ahora de nuevo notaba un sudor frío. Claudio intentó tomarse su tiempo, y luego empezó muy cortado:

—Bien, esto... si no me equivoco, sí; en la última clase dijimos que... eso es, me parece que...

—Oye, ¿has estudiado o no? —lo interrumpió el profesor irritado.

Claudio iba a inventarse cualquier

excusa, pero la suerte acudió en su ayuda: en ese preciso instante llamaron a la puerta y una bedel entró para decir que preguntaban por el profesor al teléfono. Este salió, y permaneció fuera del aula durante buena parte de la hora de clase.

Ylenia aprovechó para conocer a sus nuevas compañeras, todas las cuales se reunieron alrededor de su pupitre. Ale se sintió decepcionado, porque le hubiese gustado conversar un poco con ella y pedirle disculpas por lo que había ocurrido en el pasillo. Claudio, por su parte, esperaba que la campana sonara antes de la vuelta del profesor, pero

desgraciadamente no fue así: justo diez minutos antes de que terminara la hora, el profesor se presentó en el aula.

—¡Y bien, Claudio! —exclamó desde la puerta tras pedir disculpas por su ausencia—. ¿Qué decíamos? ¿Te has preparado o no?

—¡Ejem, la verdad es que he estudiado, lo único que pasa es que en este momento tengo una laguna!

—¡Claro! Vamos a ver... Luciani, ¿en su antiguo instituto habían empezado a estudiar a Giacomo Leopardi?

Ylenia asintió y se puso en pie. El profesor le preguntó hasta dónde habían llegado, y ella comenzó a exponer con

brillantez la parte del programa ya desarrollado, agradeciendo mentalmente a su padre que le hubiera dado la oportunidad de ir a un excelente instituto.

Ale aprovechó para mirarla bien, se demoró en la soltura de los movimientos, en la perfección del perfil, en el rostro delicado, en la voz melodiosa y, sobre todo, en ese acento extranjero que la hacía aún más mona. Cuando la chica hubo terminado, se sentó nuevamente en su sitio y el profesor volvió a pedirle a Claudio que expusiera algo. Una vez más, el muchacho trató de ganar tiempo y al

final el profesor le puso un suspenso en el libro de calificaciones.

Iba a dirigirse a Ale cuando la campana sonó, decretando el final de la hora.

Claudio se enfadó.

—¡La muy jodida! Justo ahora tenías que... no podías hacerlo hace dos minutos, ¿eh?

Mientras, Ale reía disimuladamente por el peligro del que se había librado.

La mañana prosiguió alegremente. Ylenia se presentó a todos los profesores, le explicó a cada uno el motivo de su traslado, la parte del programa a la que había llegado, los

libros de texto que había utilizado y los temas que le quedaban por ver.

Al finalizar las clases, Ale, que solía ser el primero en salir con Claudio, esperó que Ylenia cogiese todas sus cosas para poder acompañarla por el pasillo. No bien la chica estuvo fuera del aula, se levantó para alcanzarla, como si fuese algo completamente casual. Cuando ya tenía los pies fuera de la puerta, el profesor de la última hora lo retuvo para echarle un sermón y recordarle que quedaban pocos meses para el final de curso, así que más valía que empezara a hacer algo. Cuando por fin el profesor lo dejó

marcharse, Ale echó a correr por los pasillos con la esperanza de encontrarla fuera, pero no había rastro de ella. Enfadado con el profesor que le había hecho perder tiempo, dio una patada a una papelera que había cerca del portal de entrada, volcando su contenido.

Por el cristal de la puerta, Ale vio que llegaban el director y su profesor de italiano, y decidió que era preferible recoger la basura desparramada por el suelo. Cuando el director lo encontró arrodillado, metiendo la basura en la papelera, se sorprendió y le dijo:

—Cutrò, ¿qué haces?

—¿Quién, yo?

—¡Sí, claro! ¿Cuántos Cutrò hay?  
¿Puede saberse qué estás haciendo?

—Yo, pues... ¡he visto que había basura en el suelo, y he decidido recogerla! Por echar una mano.

El director lo felicitó:

—¡Eres un chico excelente! ¡Te felicito! ¡Todo un modelo a seguir!

—¡Sí, desde luego! ¡Un modelo a seguir! —repitió irónicamente el profesor de italiano.

—Tendremos en cuenta su buena voluntad, ¿verdad, profesor? —continuó el director.

—¡Por supuesto! —respondió el otro con una cara que no prometía nada

bueno. Lo cierto es que para Ale esa afirmación sonó más a una amenaza que a otra cosa.

Supuso que pronto lo habrían puesto a limpiar los servicios del instituto, a la vista de su buena voluntad, y en cualquier caso estaba seguro de que ese profesor, con el que nunca se había llevado bien, le iba a complicar la vida en los exámenes finales.

Acababa de recolocar la basura cuando sin darse cuenta le dio otra patada a la papelera, que esta vez rodó por el pasillo, desparramando su contenido.

Se volvió para asegurarse de que los

dos ya se habían marchado y tuvo una agradable sorpresa: a su espalda, en efecto, le sonreía Ylenia.

—Estás un poco nervioso, ¿eh?

Ale también sonrió un poco cortado, rascándose torpemente la cabeza y sin saber qué decir. Se sentía un perfecto idiota, esa mañana no le había salido nada a derechas. Encima, la chica añadió:

—Hace poco te he visto correr como un loco. No es una buena costumbre, ¿sabes? Puedes hacerle daño a alguien. Venga, te ayudo a recoger la basura...

Hechizado por su sonrisa, Ale se dijo que jamás consentiría que esas

manos delicadas se ensuciaran, y rechazó educadamente su ayuda.

—¡No, déjalo, en serio! Yo me ocupo, no tardo nada. La verdad es que estaba tratando de matar un bicho que se había escondido debajo de la papelera...

Ylenia lo miró con reproche, como dándole a entender que a ella no se le podía tomar el pelo. Ale, todavía abochornado, trató de cambiar de tema.

—¿Cómo es que sigues aquí? Creía que te habías ido.

—Me he quedado en el pasillo hablando con nuestras compañeras de clase. Son muy simpáticas. Además,

estoy esperando que venga mi padre a recogerme.

—Bien. ¿Y te han contado algo interesante?

A pesar de todo, Ale estaba encantado de poder intercambiar unas palabras con ella.

—¡A decir verdad, me han aconsejado que tenga cuidado contigo y con tu amigo Claudio! Dicen que tenéis costumbres raras, pero no sé muy bien a qué se refieren.

Ylenia rompió a reír, divertida por la situación y por la evidente turbación de Ale, que se puso de mil colores. Sin saber qué decir para disculparse, de

nuevo cambió de tema.

—De todas formas, quería excusarme por el accidente de esta mañana. Espero que no te haya hecho daño.

—¡Oh, no, en absoluto! ¡Qué dices! ¡La cosa no ha sido tan terrible! Oye, todavía no me has dicho cómo te llamas.

—Perdóname, tienes razón.

Se levantó del suelo y se limpió la mano derecha en los vaqueros, a la altura del muslo, y se la tendió exclamando:

—¡Soy Ale!

Ylenia lo miró con recelo, sin corresponder al saludo, y el muchacho,

chocado por esa actitud, bajó la mirada hacia su mano y la retiró enseguida, porque vio que tenía el envoltorio de un bollo pegado a los dedos. ¡Ese día estaba destinado a quedar reiteradamente por los suelos!

Ylenia se rió nuevamente con ganas.

—¿Sabes que eres realmente gracioso? Y yo me llamo...

—¡Ylenia! —se adelantó él.

—Exactamente. ¡Después de tantas veces como me he presentado en clase a los profesores, no es difícil recordarlo!

—Hizo una pausa y continuó—: ¡Espera un momento! Voy a salir para ver si ha llegado mi padre.

Ale la observó alejarse y aprovechó para amontonar toda la basura en un rincón con el pie. Luego la siguió fuera del instituto, hasta la calle de enfrente. Cuando llegó a su lado reparó en aquel hombre distinguido que el día anterior los había abordado a Claudio y a él en el pasillo.

—¿Quién será ese ricachón? —dijo muy gallito, tratando de hacerse el chistoso—. ¡Estoy por preguntarle si tiene una hija para que me conceda su mano!

Ylenia sonrió.

—¿Y si es fea?

—Pues si es fea no la aceptaría.

Tendría que ser de un tipo de belleza un poco especial: morena, alta, de ojos verdes, con un buen cuerpo... —Y tras decir eso la miró intensamente a los ojos para darle a entender que era su belleza la que le interesaba.

Incómoda, ella bajó la mirada, se puso roja y no respondió nada.

Ale pensó que, cuando se ruborizaba, Ylenia se ponía todavía más guapa.

—¿Y tú? ¿Cómo es tu chico ideal? —le preguntó para distraerla.

—No tengo un chico ideal. Me conformo con que me quiera y me respete, con que no me traicione y me

haga sentir única.

—¡Pides poco!

—¡Creo que es lo mínimo que se debe pretender de tu chico si se quiere que la historia funcione, pero ya no tengo ese problema!

Ale notó que había pronunciado esas palabras con tristeza y supuso que detrás había algún desengaño amoroso.

—¿Y qué opinas de un despistado que te arrolla en el pasillo del instituto?

Ella bajó nuevamente la mirada y se puso roja. Podría haberle dicho la verdad, pero prefirió ser amable.

—¡Muy mono!

—¡Anda, no me tomes el pelo!

—¡No, en serio! Estabas muy mono... —siguió mintiendo sin levantar la vista, un poco incómoda.

—¿Quieres decir que ahora ya no te parezco mono?

Ale se le acercó. Se sentía como hipnotizado y extasiado por su belleza, y, aunque se daba cuenta de que estaba yendo demasiado lejos, no podía contenerse.

Halagada, pero a la vez irritada y confundida por sus flirteos, Ylenia se alejó de golpe, sin siquiera despedirse de él.

—Pero ¿adónde vas?

—¡Me tengo que ir, nos vemos

mañana! —le gritó sin volverse mientras avanzaba por la acera.

—Sí, pero ¿adónde vas? ¡Tu padre todavía no ha llegado!

Ale se movió para seguirla, pero su respuesta lo detuvo.

—¡Te equivocas, está aquí!

—¿Dónde? —preguntó el muchacho mirando alrededor, pero Ylenia no podía oírlo porque ya había subido al Mercedes de aquel hombre distinguido, al que ahora saludaba con un beso en la mejilla—. ¡No me lo puedo creer! ¡Vaya día! ¡Otro papelón! ¡No puedo creerme que ese sea su padre! ¿Cuándo aprenderé a tener la boca cerrada?

—Cariño, ¿qué tal te ha ido en tu primer día de clase? —gritó Ambra desde la cocina al oír que llegaban su marido y su hija.

Ylenia fue a la cocina para responderle a su madre, donde le encantó encontrar a Virginia, que estaba ayudando a preparar la comida.

—¿Qué haces tú aquí? —le preguntó, y le dio un beso en la mejilla; enseguida fue a besar también a su

madre.

—Había venido para saber cómo te había ido en el instituto, pero todavía no habías llegado y me han invitado a comer. Mi hermano se ha ido al trabajo, así que estaba sola. Tu madre ha sido muy amable.

—¡No sabes cuánto me alegro! ¡Tengo un montón de cosas que contarte! ¡Mmm, qué olor tan rico! ¿Qué hay de comer?

—Es una sorpresa, una receta de Virginia. Ve a lavarte las manos, que la comida está casi lista.

—¡Voy enseguida! —respondió Ylenia mientras corría por el pasillo.

Pocos minutos después regresó, feliz con aquel ambiente familiar y acogedor.

—Mamá, ¿cómo te encuentras en una casa tan grande? —le preguntó—. No habrá sido fácil colocarlo todo...

—Ha sido complicado, pero al final, gracias también a la ayuda del personal que el señor Malton ha puesto a nuestra disposición, me las he arreglado rápido. Ya casi he terminado. ¿Y a ti cómo te ha ido? Cuéntanos algo del instituto.

—Pues nada, todo bien. El instituto es estupendo, el director es muy amable, los programas son más o menos iguales que los que tenía, y los compañeros son simpáticos...

—¿Ya has hecho algún amigo? — preguntó Virginia intentando que no la oyera la señora Luciani.

—Bueno, sí, con un tío raro. Se llama Ale, creo. Pero no me parece muy serio. Tiene pinta de ser un fanfarrón rompecorazonas, que solo piensa en una cosa —murmuró Ylenia.

—¡No creo que te convenga!

—¡Dejadlo ya, siempre hablando de chicos! —las riñó afablemente la madre —. ¡Venga, haced el favor de llevar los platos a la mesa!

Una vez que hubieron terminado de comer, las dos chicas ayudaron a quitar la mesa y a recoger, y luego se

encerraron en la habitación de Ylenia para charlar con un poco de tranquilidad.

—Bueno, ¿qué me decías del tal Ale...?

—¿Ale? Ah, sí, mi compañero de clase. En fin, es mono, no puedo negarlo, muy mono... pero me ha dado la impresión de que ya estaba intentando ligar conmigo. ¡Y ni siquiera me conoce! Imagínate cómo es. —Recordando la mañana, Ylenia rió con ganas y encendió el equipo de música.

—¡Deja que yo te presente a un chico simpático, un chico perfecto para ti! —le dijo sonriendo Virginia.

—¡No, gracias, de momento no me apetece! He terminado con el amor, no quiero oír hablar de chicos durante al menos un año. Es más, considérate afortunada de que te brinde mi amistad...

—¡Qué dices! ¿Adónde han ido a parar todo el entusiasmo y el romanticismo de ayer? Me preocupas.

—Mira dónde, ahí. —Ylenia señaló la papelería con las páginas arrancadas de su diario—. ¡Ahí dentro, con todo lo que tiene que ver con ese capullo! ¡Y con mi querida amiga Ashley! Tú tenías razón, suscribo tus palabras: ¡todos los chicos son unos cabrones!

—Pero ¿qué te ha pasado para cambiar de opinión tan de repente? ¿Y quién es Ashley?

—Olvídalo, mira...

—No, venga, cuéntame... ¿Cómo vamos a hacernos amigas si no me cuentas lo que te pasa?

—¿Quieres saber lo que ha pasado? Nada especial. Sencillamente, ayer llamé a Ashley, o sea, mi ex mejor amiga, y me dijo que desde hacía meses se acostaba con mi chico. Eso es lo que ha pasado.

—¡Qué asco! ¿Y te lo cuenta ahora?  
Ylenia asintió.

—¿Y él?

—¿Él? Ya no existe, está muerto y enterrado.

—¡Me lo imagino! De todas formas, no me refería a eso. ¿Cómo se ha justificado?

—No ha dicho una sola palabra, ni siquiera se ha atrevido a hablar conmigo.

—¡Qué cabrón! ¡Y ella, qué capulla!

—Mira, ya me da igual, no quiero ni pensar en ello. Es un capítulo cerrado; a partir de hoy, paso página.

—¡Estupendo! Lo siento un montón y créeme que te entiendo; es muy difícil de digerir, lo sé perfectamente.

Se abrazaron con fuerza, buscando y

ofreciéndose apoyo. Ylenia derramó unas lágrimas, y su amiga guardó silencio, dándole tiempo para desahogarse. Luego, cuando se hubo calmado, Virginia pensó que era mejor cambiar de tema.

—Sé que no tiene nada que ver, pero hablas bien el italiano, ¿y eso?

—Muy sencillo, más allá del hecho de que mi familia y yo tenemos nacionalidad italiana, mi padre ha insistido siempre en que lo hablásemos en casa y en que yo lo estudiase en el colegio. Está convencido de la importancia de no olvidar los orígenes.

—¡Entiendo! Aunque el acento

extranjero se nota mucho, creo que pronto se te pegará el toscano. ¡Será divertido oírte hablar con la ce aspirada! ¿Os pensáis quedar mucho tiempo en Italia?

—Sinceramente, no tengo ni idea, todo depende de mi padre y de su trabajo. Pero te diré una cosa, no me molestaría regresar a Bogotá, al menos para romperles la cara a algunos.

—Deja de hablar de ellos, solo te haces daño.

—¿Y qué quieres que haga? Es más fuerte que yo, no puedo evitarlo. — Ylenia se encogió de hombros.

—Te comprendo... solo el tiempo

puede curar ciertas heridas. Sé que es una frase hecha, pero me temo que es la verdad.

—Pues espero que este año termine rápido, porque ha empezado realmente mal.

—Ahora tampoco exageres, no hace falta tanto tiempo. Verás que cuando acabes el bachillerato toda esta historia no será más que un recuerdo lejano.

—Ojalá tengas razón.

—Se me ha ocurrido una idea genial... ¿Sabes cuál es la mejor terapia para olvidar?

Ylenia sacudió la cabeza.

—¡Salir de compras! ¿Qué me

dices? ¡Vámonos al centro a recorrer tiendas, verás cómo te olvidas de todos tus disgustos!

—¡Síiiiiiiii! —Ylenia se puso a dar saltos por la habitación—: ¡Qué idea tan fantástica, es lo que necesito! ¡Voy ahora mismo a buscar a mi padre para pedirle la tarjeta de crédito! ¡Ojalá nos acompañe!

Tras decir eso corrió escaleras abajo, seguida por Virginia, quien estaba encantada de haber conseguido levantarle la moral a su nueva amiga.

Ale no podía quitarse de la cabeza el rostro de Ylenia y no sabía cómo resolver los papelones. Casi había llegado a casa cuando se le ocurrió una idea. Se apeó en la primera parada del autobús y regresó al instituto corriendo como un loco. Llegó a la verja en el instante en que los bedeles salían. Jadeando y con el bazo que le dolía por el esfuerzo, se dirigió a uno de ellos.

—¿Ya se ha ido Roberto, el

secretario?

El bedel no lo sabía y le aconsejó que fuera a ver, pero tenía que darse prisa, si no se quedaría encerrado en el edificio. Ale subió a toda velocidad las escaleras, corriendo el riesgo de desnucarse, pero alcanzó a parar al secretario, un hombre bajo, de unos sesenta años, que estaba saliendo de su despacho para irse a casa.

—¡Roberto, Roberto, te necesito, por favor, es una emergencia!

—Oye, ¿qué pasa? ¿De verdad es tan importante? Iba a cerrar, ya es tarde.

—El hombre parecía un poco molesto.

—¡Es un asunto de vida o muerte! —

exageró Ale, preocupando a Roberto, que esperó a que el muchacho se calmase y recobrase el aliento.

—¡Alessandro, no me digas que te has metido en un lío, como siempre! — exclamó nervioso.

Ale había corrido mucho, el bazo estaba a punto de estallarle y tenía la garganta seca. No conseguía hablar, solo dijo entre jadeos:

—Necesito...

—¿Qué necesitas, un permiso para salir antes? Ni hablar, esta semana ya me lo has pedido cuatro veces.

Ale, que aún no se había recobrado, le hizo un gesto negativo con la cabeza,

y el otro continuó:

—¿Quieres un permiso para llegar tarde mañana?

Ale le hizo de nuevo un gesto negativo.

—Entonces, ¿puede saberse qué quieres?

—¿Sabes quién es la chica que ha llegado hoy? —logró por fin decir, todavía jadeando.

—Sí, ¿y?

—Necesitaría su número de teléfono...

—¿Y crees que le voy a pedir el número a una chica que tiene cuarenta años menos que yo?

—¡No, qué dices! El número debería estar anotado en los documentos del instituto... ¡no en tu agenda personal!

—Ya, claro, pero son datos personales, hijo, no puedo dártelos. ¡Me podrían meter en la cárcel, existe una ley sobre privacidad, no puedo hacer eso!

Ale juntó entonces las manos como si rezara y con una expresión que movía a la compasión empezó a suplicarle:

—¡Te lo ruego! ¡Por lo que más quieras! Es muy importante para mí, por favor, tengo que llamarla...

—Oye, ¿no se lo puedes pedir directamente a ella cuando la veas?

Ale pensó un poco: en efecto, podía, pero eso significaba esperar hasta el día siguiente, y le urgía oírla ese mismo día.

—Por favor, te prometo que no te pediré nada más el resto del curso.

—¡Sí, ya! ¡Y esperas que te crea! ¡Por favor! Oye, esa chica debe de gustarte mucho, ¿eh? —dijo el secretario rompiendo a reír.

Ale asintió, tratando de que se compadeciera de él, y Roberto, en nombre del amor, se dejó convencer.

—¡Bueno, vale! Pero no le digas a nadie cómo has conseguido el número o tendré problemas, confío en que lo comprendas.

De lo más feliz, Ale le juró que se llevaría el secreto a la tumba y ayudó al simpático Roberto a buscar el número en el archivo. Cuando por fin lo encontraron, le dio efusivamente las gracias y regresó a casa con su pequeño tesoro en el bolsillo.

Pasó toda la tarde delante del teléfono, sin atreverse a llamar. Cada vez que lo intentaba, colgaba antes de marcar el último número, o bien marcaba todos los números, y colgaba en cuanto empezaba a sonar el tono de llamada.

Se sentía como un tonto y tímido crío de primaria. Nunca le había pasado nada

así y desde luego nunca le había costado tanto llamar por teléfono a una chica. Comprendió que le estaba sucediendo algo raro, algo muy bonito, que le quitaba el apetito y no lo dejaba pensar en nada más.

Cuando por fin se decidió, era casi la hora de cenar. Respondió Ambra Luciani.

—¿Diga?

—Buenas noches, ¿es la casa de la familia Luciani?

—Sí, ¿quién es?

—Hola, soy un compañero de instituto de Ylenia, me llamo Ale. ¿Puedo hablar con ella?

—Lo siento, pero ahora no está en casa. Si quieres, puedes dejarme tu teléfono para que te llame cuando vuelva, o, si es urgente, te dejo su número de móvil.

—No, no se moleste, no es necesario...

—¿Quieres que le diga algo?

—No, no, en serio, no quería decirle nada importante. Solo llamaba para saber cómo estaba, qué hacía, eso es todo...

—¡Aaah, entiendo! Bueno, pues le diré que has llamado, ¿vale?

—De acuerdo, mil gracias, señora, y le pido perdón por la molestia.

—No ha sido ninguna molestia, hijo.

¡Adiós!

—Adiós.

La excitación de Ale se convirtió enseguida en una enorme decepción. Como no sabía qué hacer, pensó en llamar a Claudio para desahogarse un poco con él, pero luego se dijo que probablemente le propondría alguna noche de las suyas, y no le apetecía nada.

«¡Qué pensaría Ylenia de mí, si llegase a enterarse de algo así! —dijo para sí, y en ese preciso instante comprendió lo imposible que era que esa chica se enamorase de él—. Joder,

hay un abismo entre los dos. Ella es guapa, inteligente, rica, culta, elegante, y seguramente tendrá un montón de cualidades más, mientras que yo soy solamente un pobre tonto sin un céntimo, y encima ignorante. ¡Qué injusta es la vida! ¡Nunca conseguiré que se enamore de mí! Es inútil, tengo que quitármela de la cabeza».

Mientras estas ideas lo angustiaban, pensó en ponerse a estudiar algo, aunque solo fuera para no hacer otro papelón delante de ella al día siguiente. Se seguía tachando de idiota, pensando que tenía que olvidarse de ella, cuando el teléfono sonó.

Corriendo, Ale fue al salón, donde estaba su padre, y le pidió que respondiera y dijera que no estaba en casa. Temía, en efecto, que fuese Claudio, y no tenía la cabeza para enfrentarse a él ni a su sarcasmo esa noche.

Abatido, volvió a su habitación, donde pocos minutos después apareció su padre.

—¡Oye, ha llamado una tal Ylenia! Quería hablar contigo, pero le he dicho que no estabas...

—¿Cómo? —Ale saltó de la cama, no se lo podía creer—. ¡Repite lo que has dicho! ¿Ha llamado Ylenia?

—Sí, así es, eso es lo que ha dicho.

Y yo le he dicho que no estabas.

—Ay, papá, ¿por qué lo has hecho?

—Ale se metió las manos entre los cabellos desesperado.

—¿Cómo que por qué lo he hecho...?, ¡me lo has pedido tú! ¡Mira que estás raro esta noche!

—Papá, ¿todavía no has comprendido que debes hacer lo contrario de lo que te digo? ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué seré tan tonto? —Y tras decir eso empezó a estrellar la cabeza contra la pared. Luego, de golpe, se detuvo—. ¡Aunque puede que sea una señal del destino! ¡La señal de que no

debo estar con ella, sí, seguro!

Su padre le tendió el teléfono.

—Si tanto te importa, ¿por qué no la llamas? Dile que habías salido a comprar pan y que acabas de volver. ¡Así de fácil!

El padre salió entonces de la habitación y cerró la puerta.

—¡Claro, claro, ahora la llamo!

Ale se decidió a marcar el número. El teléfono sonó una sola vez y Ale colgó.

«¡Uf, no me atrevo! ¿Qué le digo, qué le digo? ¿Por qué me habré vuelto tan tonto?», se preguntó, y se pegó un susto cuando el teléfono sonó en su

mano.

—¿Diga? —contestó sin siquiera pensarlo.

—¿Se puede saber de qué vas?

Al oír su voz, Ale empalideció. No sabía qué hacer, qué decir...

—¿Eres tú?

—Claro que soy yo, Ylenia, ¿quién esperabas que fuera?

—¿Cómo puedes ser tan tonto? ¿Me explicas por qué llevas toda la tarde haciendo sonar el teléfono de mi casa?

A Ylenia le costaba mantenerse seria, debido a las caras que ponía Virginia, que estaba sentada a su lado en la cama, sacando de las bolsas la ropa

que acababan de comprar.

—¿Quién, yo? Bueno, pues... no, ¡te equivocas! Y oye, ¿cómo has conseguido mi número?

—¡Esa pregunta te la tendría que hacer yo! El tuyo lo he encontrado en la pantalla de mi teléfono. Y mi madre me ha dicho que durante toda la tarde ha recibido llamadas del mismo número, sin darle tiempo a responder.

—Ah, ya, claro, comprendo... Lo cierto es que en casa tenemos problemas con la línea telefónica, y a veces se corta después de los primeros timbrazos.

Ale estaba totalmente confundido.

¿Por qué tenía que hacer solo papelones con ella, y nada más?

—Sí, ya, ya. —Ylenia se había dado cuenta de que no era más que una excusa —. Y tú, en cambio, ¿cómo has conseguido mi número?

—Bueno, verás, no te lo puedo decir.

—¿Y por qué no? ¿No habrá detrás algo ilegal?

—Más o menos...

—Deja que lo adivine... ¿Has fisgado en los documentos de la secretaría del instituto?

—¿Cómo lo sabes?

—¡Así que lo he adivinado!

Virginia se acercó al auricular para oír la voz de Ale.

—No, lo siento, no lo has adivinado —mintió de nuevo él.

—Yo creo que sí, ¡ja, ja, ja! De todas formas, supongo que tendrás algo importante que contarme, ya que te has esforzado tanto para conseguir mi número...

—Solo quería recordarte el horario de las clases de mañana.

Ylenia se fingió ligeramente decepcionada.

—¿Solamente eso? ¿Solo eso?

—No, la verdad es que no quería decirte solo eso. También quería saber

cómo te ha ido el primer día de clase.

—¡Qué detalle tan simpático; gracias, es muy amable por tu parte!

—¡Hombre, no es nada!

—Pues diría que todo bien, todos me han dado una buena impresión.

—¿Todos?

—Sí, todos...

—¿Yo también?

—Sí, tú también. Pero antes aclárame una cosa: ¿siempre tratas de ligar con la primera a la que conoces?

Virginia tuvo que salir corriendo de la habitación, porque era incapaz de contener las carcajadas, mientras su amiga le pedía con gestos que evitara

que el otro la oyese. Ale, que no se esperaba semejante pregunta, se molestó un poco.

—¿Crees que soy de los que trata de ligar con todas?

—Pues sí, me has dado esa impresión.

—Pues lo siento, pero tu impresión está equivocada. Trato de ligar solo con las chicas que realmente me gustan...

—¡Ah, ya, entonces supongo que serán muchas!

—Lo cierto es que ahora solo me gusta una...

Desde la cocina, Ambra llamó a las chicas para que bajaran a cenar, e

Ylenia estuvo encantada de poder dejar la conversación, que empezaba a ser incómoda.

—Perdona, pero tengo que irme.

—Ah, vale, si no te queda más remedio.

—Anda, no seas así, nos vemos mañana...

—Vale, nos vemos mañana, buenas noches.

—Dulces sueños.

—Serán muy dulces si sueño contigo.

—Qué tonto eres.

—¡Gracias!

—De nada.

—¡Hasta luego, entonces!

—Hasta luego.

Ale colgó el teléfono, feliz como no se sentía desde hacía tiempo, mientras que Virginia, feliz a su vez por su amiga, exclamó:

—Creo que aquí alguien se está enamorando...

—¿Yo? ¿Hablas de mí? ¡Qué dices, yo he terminado con el amor! Te lo he dicho, no quiero volver a hablar de amor. Me gusta que me cortejen, eso es todo. —Ylenia escondió la cara entre las almohadas.

—¡Sí, claro, seguro! ¿Y esos ojos en forma de corazoncito? ¿Y esos

mofletillos tan rojos?

Virginia trataba de arrancarle las almohadas de las manos.

—¡No es verdad!

—Si quieres un consejo, yo me lanzaría...

—¿Lanzarme? ¿Con alguien que trata de ligar conmigo sin siquiera conocerme? ¿Estás loca?

—A lo mejor ha tenido un flechazo... Piénsalo, también podría haber esperado hasta mañana para conseguir tu número. Y, en cambio, a saber lo que habrá hecho para conseguirlo hoy. Además, ha sido muy simpático por teléfono, ¿no crees?

—Sí, sin duda es un chico especial. Pero bajemos, si no mi madre se enfadará, y todavía tengo que decirle cuánto me he gastado esta tarde...

—Vale, bajemos; pero, de todas formas, piensa en lo que te he dicho.

Virginia se levantó de la cama, colocó las almohadas y estiró el edredón, como una buena ama de casa.

—Déjalo, total, dentro de poco me acostaré. Y descuida, seguiré el consejo que me has dado. Menos mal que estabas en contra del amor, ¿eh? ¿Qué ha sido del cinismo de ayer?

—¡Oye, que yo no estoy en contra del amor, estoy en contra de los

capullos!

—¿Y cómo puedes saber que él no es un capullo como los demás?

—¡Mi sexto sentido! —Virginia le guiñó un ojo a su amiga—. Además, si no te gusta, dame su número, que a lo mejor yo le echo el ojo.

Ylenia la miró con recelo.

—Qué dices, si es menor que tú...

—¿Y qué pasa? El amor no tiene edad.

—Nunca lo harías.

—¿Quién te lo dice? Ni siquiera me conoces... ¡Te lo puedo quitar cuando me dé la gana!

—¡Serás capulla! —Ylenia se

abalanzó riendo sobre su amiga, de modo que ambas acabaron de nuevo en la cama, una encima de la otra.

Tratando de soltarse, Virginia exclamó entre risas:

—¡Ay, me haces daño! ¡Oye, que no eres tan ligera como crees! Además, ya lo sabía... ¡eres celosa!

—¿Qué dices? —replicó Ylenia intentando sosegarse.

—¡Sí, sí! ¡Eres celosa!

Virginia se fue corriendo escaleras abajo.

Ylenia la vio desaparecer en el piso de abajo y se quedó un momento sola mirando el suelo, sin lograr dar nombre

a esa extraña sensación: por mucho que se esforzaba, no podía creer que aquel chico tan guapo y simpático fuese igual que todos los demás.

Oyó que la llamaban desde abajo:

—¿Quieres darte prisa? ¡Nos estamos muriendo de hambre!

—¡Sí, ya voy! ¡Bajo ahora mismo!

Giorgio Luciani estaba realmente preocupado. Había pasado un mes desde que había regresado con su familia a Italia y todavía no había resuelto la situación de su hija. El tiempo empezaba a apremiar, ya estaban a principios de marzo y parecía imposible encontrar un corazón para Ylenia. O mejor dicho, había consultado a especialistas y en los mejores hospitales toscanos, pero las listas de espera eran largas y no había

forma de acelerar los tiempos. Por suerte, Ylenia al menos estaba tranquila. Pasaba mucho rato con Ale o con Virginia. En el instituto se las arreglaba bien, y la nueva ciudad tenía mucho que ofrecerle. A lo mejor por los aires nuevos, o por la despreocupación con que vivía aquellos días, no había tenido más crisis después de la que había sufrido recién llegada a Italia.

Ylenia empezaba ya a hacer planes para el verano y a pedir a sus padres permisos para ir de excursión y de viaje con sus amigos. Al oírla hablar tan ilusionada se le encogía el corazón pensando que quizá no llegaría siquiera

a ver el verano.

—Giorgio, ¿Ylenia no ha vuelto aún?

La pregunta de Ambra lo sacó de sus pensamientos. Su mujer estaba un poco inquieta porque su hija no solía llegar tarde sin avisar.

—No te preocupes, querida, ha dicho que esta noche iba a llegar un poco tarde. Además, está aquí al lado, en casa de Virginia, ¿qué puede pasarle?

—No lo sé, estoy angustiada, ¡hoy me ha dicho que tenía dolores aquí! — dijo señalándose con el dedo debajo del pecho, a la izquierda.

—¿Ahí?           —preguntó           Giorgio

señalándose en el mismo sitio y empalideciendo.

—Sí, en el corazón. Ojalá no sea nada preocupante. Le he dicho que descansa un poco, es tan débil... Quizá, por nuestro afán de que lleve una vida normal y de que no se sienta diferente de los chicos de su edad, estamos subestimando su enfermedad. Porque lo cierto es que, desgraciadamente, nuestra hija está enferma.

De repente Giorgio Luciano se sintió desfallecer. Se le cayó el periódico de las manos y empezó a sollozar.

En ese momento, en casa de Virginia, Ylenia le estaba confiando a su amiga sus sentimientos por Ale. Ambas evaluaban los detalles de la situación. Ylenia quería saber si debía seguir dedicándole gran parte de sus pensamientos, o bien concentrar sus energías en el estudio.

Esa tarde Ale y ella habían quedado para estudiar juntos, cosa que ya ocurría a menudo. Desde que Ylenia había entrado en su vida, Ale había cambiado mucho. Se esforzaba en el instituto, se cuidaba más, era más ordenado, pasaba

menos tiempo con Claudio y había abandonado algunas malas costumbres.

Ylenia, por su parte, agradecía las atenciones que le prodigaba. Hasta un ciego habría advertido lo colado que estaba por ella. Ale, sin embargo, había aprendido a cortejarla con elegancia, a no pretender nada y a conformarse con las sonrisas que esta le dedicaba, sin pedir nada a cambio.

—¡Mira qué ricura! —Ylenia sacó de la mochila una jirafa de peluche, con guantes de boxeo, despeinada y con los ojos negros a causa de un puñetazo.

Virginia la cogió para mirarla mejor.

—Si tú lo dices... ¡a mí me parece

espantoso!

—Me lo ha regalado Ale —  
prosiguió Ylenia ruborizándose.

—No me cabía la menor duda.

—Te explico. Me lo ha regalado porque hoy se cumple un mes desde el día que nos conocimos, y la primera vez que lo vi me arrolló en el pasillo y tenía más o menos estas pintas...

—¿En serio? ¡Menudo espectáculo!  
¿Puede saberse por qué tenía esas pintas? ¿Es que boxea?

—¿Quién, él? ¡Qué dices, con esos brazos raquíuticos! —Ylenia rompió a reír; luego miró mejor el peluche—. ¿Por qué crees que ha elegido una jirafa

como animal que lo representa?

—Y yo qué sé, todavía no me lo has presentado... —Virginia le devolvió el peluche.

—Es verdad, pero yo no tengo la culpa de que no se haya dado la ocasión.

—¡Ya, claro! Excusas. ¡Lo que yo creo es que tienes miedo de que se quede deslumbrado por mi belleza!

Virginia empezó a poner caritas, e Ylenia rompió a reír.

—¡Oye, felicidades! ¡Debo decir que eres la modestia personificada! De todas formas, entérate de que él solo tiene ojos para mí...

—Y eso te encanta. ¿Reconoces que

te molestaría que se enamorase de otra?

—No.

Ylenia no estaba muy convencida y Virginia resopló.

—¡Mira que de nada te vale mentirme! Bueno, ¿por qué llevaba esas pintas?

—Nunca me lo ha querido decir. Se lo he preguntado varias veces, pero dice que le avergüenza mucho contármelo. Cosas tuyas...

—¡Ya, claro! ¡Cosas tuyas! Estoy segura de que te mueres de ganas de saberlo.

—No, por Dios. Aunque te diré una cosa, nos conocemos desde hace poco y

es como si lo conociese de toda la vida. Estoy bien con él, me encanta haberlo conocido.

Ylenia tenía una mirada ensoñadora mientras le abría su corazón a su amiga y evocaba todas las tardes hermosas que había pasado con Ale, con sus atenciones y sus mimos.

—¡Tendrías que verte la cara!  
¡Parece que llevas escrito en la frente que te gusta!

Ylenia, abochornada como una niña a la que han pillado robando caramelos, escondió la cara roja entre las manos y sacudió la cabeza.

—¡Anda! ¡A mí no me tomas el pelo!

Oye, si te gusta tanto, ¿por qué no se lo dices? —preguntó Virginia sonriendo.

Ylenia trató de sincerarse con su amiga: a veces era un poco pesada, pero seguía siendo una gran amiga, de esas a las que siempre perdonas, incluso cuando te hacen perder los nervios.

—No lo sé, no puedo. Después de lo que me pasó en Colombia, ya no soy capaz de confiar en nadie.

Virginia la miró con cariño e hizo una mueca graciosa.

—¿Tampoco en mí?

—Anda, no bromees, en serio, me espanta que pueda acabar mal, que las cosas se compliquen y entonces perderlo

todo, hasta su amistad, porque eso no lo soportaría. No creo que pueda prescindir de él... —Y tras decir eso le dio un golpecito con la jirafa que sostenía entre las manos.

—¡Cariño, estás perdidamente enamorada!

Ylenia negó con la cabeza.

—No, te equivocas, no creo que esté enamorada. Nunca podría enamorarme de él.

—¿Y por qué?

—Porque estoy convencida de que en el fondo es un cabrón con las chicas: la mayoría de mis compañeras me lo repiten desde el primer día que fui a

clase.

—Bueno, pero a lo mejor ha cambiado.

—¿Y si no ha cambiado?

—¿No te apetece correr el riesgo?

—¡No, créeme, siempre recelaría de él, estaría paranoica! Además, no tengo ganas de empezar una nueva relación, todavía es demasiado pronto.

—¿Y eso por qué? Al menos inténtalo. ¿No me dirás que todavía piensas en ese capullo?

—A veces.

—¡No me lo puedo creer!

—¡Bueno, vale! No, no pienso en él, pero...

—¡No hay peros que valgan! Puedes hacer dos cosas: o te lanzas, y que salga lo que tenga que salir, o le aclaras las cosas y le dices que se olvide.

—¿Y si desaparece? Le tengo mucho cariño, es un amigo, eso es todo...

—¡Si no haces nada, te estarás portando como una egoísta! ¡Él lo está pasando mal, créeme!

—Lo sé. Hoy, por ejemplo, ha habido un momento en el que me ha parecido que quería besarme. —Ylenia enrojeció de solo pensarlo.

—¿En serio? ¿Y tú?

—Pues eso, al principio estaba tentada, pero luego lo he evitado. He

tenido una reacción rara, yo misma no sé decirte por qué. Me he enfadado, le he soltado una bofetada y me he ido corriendo, llamándolo cerdo a gritos. ¡Mira que soy idiota!

Virginia se asombró.

—Pero ¿por qué?

—De verdad que no lo sé, créeme, es lo que me ha salido. Mañana le pediré disculpas.

—Creo que es lo que tienes que hacer. Si quieres un consejo, no dejes que se te escape. Si se tira mucho de la cuerda, tarde o temprano se rompe, y él podría hartarse de tus continuos rechazos. Y te digo otra cosa por

experiencia personal: en estos tiempos es difícil encontrar a un chico tan mono y amable y que esté tan pendiente de una sin pedir nada a cambio. Pero, sobre todo, no es fácil encontrar a un chico que haga que te sientas bien.

Ylenia no respondió, solo se ruborizó y sonrió.

—¿Quieres saber la verdad? ¡Te derrites por él! Lo único que te pasa es que te da miedo reconocerlo.

Ylenia se ruborizó de nuevo.

—A lo mejor tienes razón.

—¿Qué has dicho?

—Nada...

—¡Oye, que te he oído!

—Pues, ¿por qué preguntas?

—Solo quería estar segura.

—¡Uf!

—En lugar de resoplar, muévete y dile lo que sientes.

—Ya veremos.

—Pero ¿por qué eres tan cabezota? ¿Sabes cómo acabará esto? Perderás a ese chico. ¡Cuando por fin te atrevas a confesarle tus sentimientos, ya será demasiado tarde, porque él habrá encontrado a otra, una que lo merezca más que tú!

—Gracias, ¿eh? ¡Eres una gran amiga!

—Oye, es lo que pienso.

—Pues ojalá te equivoques...

—Sí, ojalá, pero ojo, que rara vez me equivoco.

—¡Menuda suerte me vas a dar!

—¡No trates de echarme la culpa! ¡Tú y tu testarudez sois las únicas culpables! ¡Además, yo solo puedo dar buena suerte! ¡Algún día, cuando seáis una parejita felizmente casada, me lo agradecerás!

—Sí, claro...

—¿Quieres hacerme caso al menos una vez? ¡Mira que, si no te decides, me voy a tomar en serio lo que te he dicho antes!

Ylenia no respondió. Virginia echó

un vistazo rápido al reloj que había colgado en la pared.

—Oye, será mejor que te marches, tu madre estará preocupada.

—¡Sí, mamá! ¡No sé cuál de las dos es peor, la madre adoptada o la madre verdadera!

—¿Y tú por qué no creces un poco, así ya no necesitarás dos madres? Y ahora venga, te acompaño...

—No hace falta, conozco perfectamente el camino. Saluda a tu hermano de mi parte cuando lo veas. Parece que desaparece a propósito cuando estoy yo...

—¡Sí, anda! Está siempre en el

trabajo. De todas formas, le saludaré de tu parte. Buenas noches.

—Buenas noches.

Las dos amigas se dieron un beso en la mejilla; luego Ylenia se fue a su casa.

Mientras iba por el camino sacó del bolsillo el móvil y mandó un SMS: «¡Es inútil que lo intentes, porque contigo seguramente no querría ligar! De todas formas, gracias por los consejos, mami. ¡Mañana hablaré con Ale!».

A los pocos segundos llegó la respuesta: «¡Víbora, sabes que nunca haría nada que pudiera herirte! ¡Y no me empeñaría tanto en darte la tabarra si no quisiera lo mejor para ti! ¡Dulces

sueños!»).

Acababa de subir los escalones de su casa cuando oyó que el móvil sonaba de nuevo: «Y otra cosa, ¡sí que querría ligar conmigo! ¡Puedes estar segura!».

Esa era Virginia, odiosa como solo ella sabía ser a veces. No le respondió, y se guardó el móvil en el bolsillo trasero de los vaqueros. Durante un instante la asaltaron muchas dudas. No, desde luego no era el tipo de chica que le iba a Ale. Estaba segura. O más o menos segura. De todas formas, nunca podrían enamorarse. Pero, de todas formas, más valía prevenir que curar. ¡También confiaba en Ashley ciegamente

y había hecho muy mal! Lo mejor era que se conocieran lo más tarde posible. No habría soportado otra puñalada traperera. Si Virginia fuese solo menos, menos... Era mejor dejarlo.

Se encogió de hombros e introdujo la llave en la cerradura. Cuando cerró la puerta, advirtió que sus padres estaban discutiendo acaloradamente en el salón. Para no molestar, se quedó en el vestíbulo, sin ser vista. Oyó que el padre sollozaba y se asustó, no podía imaginarse qué estaba pasando. Mil pensamientos empezaron a pasársele por la cabeza: «¿No será que mis padres se quieren divorciar? ¿No será que nos

hemos arruinado?»». Se acercó para oír mejor lo que estaban diciendo.

—¿Qué te pasa, Giorgio? ¿Te encuentras mal?

—¡Ambra, tengo que contarte algo terrible! ¡No puedo seguir guardándome este secreto!

Ylenia estaba en el umbral del salón.

—Verás, la verdad es que no nos hemos trasladado a Italia por mi trabajo, sino por un motivo mucho más serio...

—¿Qué estás tratando de decirme?

—Escúchame, Ambra, tienes que ser fuerte, tienes que serlo por nuestra niña, porque ella ahora nos necesita, porque ella... verás, ella está...

Presa del pánico, Ylenia decidió aparecer y pedir explicaciones.

—¿Estoy qué, papá? ¿Qué? ¡Habla, por Dios! ¿Qué me está pasando?

Ylenia rompió a llorar. Hacía tiempo que sospechaba que su padre le ocultaba algo, y ahora tenía la certeza.

—Ylenia, ¿qué haces aquí? ¿Cuándo has llegado? —Ambra estaba sorprendida de no haberla oído.

Giorgio lloraba como un chiquillo, pero al ver a su hija trató de contenerse. Salió a su encuentro y la abrazó.

—¡Todo va bien, pequeña, todo va bien! ¡Nosotros te salvaremos! ¡Mamá y yo te salvaremos! No quería que lo

supieras así, te lo juro, es lo último que hubiera querido, yo... —No pudo terminar la frase, porque le sobrevino otro ataque de llanto.

Ambra levantó la voz.

—Oye, ¿quieres decirme qué pasa? ¿Qué es lo que nos ocultas? ¡Dímelo, venga! ¡Habla! ¡Así me estás matando!

—Sentaos, por favor, sentaos aquí... —dijo Giorgio; luego se dirigió a su mujer—. ¿Te acuerdas de ese especialista que me aconsejó mi colega, el doctor Kovacic?

Ambra asintió.

—Bueno, verás, fui a su consulta unos días antes de nuestra partida y me

dijo que el corazón de nuestra hija está muy afectado, y que precisa un trasplante; si no ella...

—¿Moriré? ¿Voy a morir, papá? ¿Eso es lo que estás tratando de decir? Me estoy muriendo, ¿no es eso? — Ylenia comenzó a dar puñetazos contra el sofá desesperada.

—¡No es posible! Tiene que haber un error, es imposible, dijiste que no debíamos preocuparnos, que todo saldría bien, dijiste... — Ambra estaba muy alterada, no podía creerse lo que había oído, no podía dejar de temblar, la verdad la había dejado consternada—. ¿Por qué nos lo has ocultado, por qué?

¿Cómo has podido? ¡Teníamos derecho a saberlo, debíamos saberlo! —Y tras decir eso empezó a asestar puñetazos en el brazo de su marido—. ¡Tendrías que habérselo dicho, tendrías que habérselo dicho enseguida! ¿Cómo has podido? —Pero no pudo continuar porque sus palabras se ahogaron con los sollozos.

—Lo siento, cariño, lo siento, no sabía qué hacer. ¡Pero ya verás cómo todo esto se arregla, ya lo verás! El médico me dio una esperanza, me dijo que puede intentarse un trasplante, y por eso hemos venido a Italia, porque hay muchos donantes, y, como Ylenia nació

aquí, tiene preferencia en la lista de espera, ¿comprendes?

Ni Ambra, ni aún menos Ylenia, podían entender en ese momento nada de lo que decía Giorgio. Las dos estaban demasiado alteradas y destrozadas por el dolor.

—¿Cuánto tiempo me queda de vida? —preguntó al fin Ylenia con un hilo de voz.

—Oh, cariño, eso no tiene importancia, ya verás, vas a vivir mucho tiempo, tendrás un corazón nuevo, y todo saldrá bien.

Ylenia interrumpió a su padre, gritando entre lágrimas:

—¡Dímelo! ¡Quiero saberlo! ¡Tengo derecho a saberlo! ¡Debes decírmelo!

En cuanto Giorgio confesó que solo le quedaban unos meses de vida, Ylenia se fue corriendo a su habitación, en la que se encerró dando un portazo.

—¿Por qué, Giorgio, por qué precisamente a ella? ¡Es tan joven! ¿Por qué precisamente a ella?, no es justo — logró decir Ambra con un hilo de voz.

Giorgio abrazó a su mujer, pero en ese momento oyeron que Ylenia bajaba jadeando las escaleras. Estaba sufriendo una de sus crisis, tenía hiperventilación y no podía respirar. Trataba de pedir ayuda, pero la respiración demasiado

agitada no se lo permitía. Tenía los brazos apretados contra el pecho, le parecía que mil cuchillos le atravesaban los pulmones. Sentía un dolor agudo y las piernas le flaqueaban.

Giorgio y Ambra recuperaron la calma y la lucidez habituales, y en poco tiempo lograron controlar la crisis, tranquilizar a Ylenia y normalizar su respiración. Mientras Giorgio la cogía en brazos para tumbarla en el sofá, Ambra fue a la cocina a por una bolsa de papel, se la acercó a la boca y le tapó la nariz, le hizo respirar dentro y pocos minutos después la situación había vuelto a la normalidad. Luego la

acompañó a su habitación para que descansara un poco. Pasados unos minutos, Giorgio también subió. Se sentó en la cama, al lado de su hija, le cogió una mano y comenzó a pedirle disculpas.

—¡Lo siento, pequeña, lo siento! ¡Sé que tendría que haber sido sincero contigo, de verdad que lo siento! ¿Podrás perdonarme?

Ylenia volvió la cabeza hacia el otro lado. En ese preciso instante sonó el teléfono. Ambra se levantó y fue a su dormitorio para responder; luego volvió con el inalámbrico y se lo tendió a su hija.

—Cariño, es Ale, quiere hablar contigo. Dice que tienes el móvil apagado.

Ylenia, aún demasiado consternada, gritó entre lágrimas:

—¡Dejadme en paz todos, no quiero hablar con nadie! ¡Dile que me deje en paz!

Ambra volvió a la habitación de al lado y un poco violenta dijo que Ylenia tenía mucho que hacer y que no podía ponerse al teléfono. Pero Ale había oído los gritos de la muchacha al otro lado de la línea y se había quedado turbado. Sin duda, no podía imaginarse lo que estaba ocurriendo en esa casa, por eso atribuyó

la extraña actitud de Ylenia al beso que le había tratado de arrancar por la tarde.

«¡Soy un idiota! —se dijo tras colgar el teléfono—. ¡No soy más que un idiota! ¡Lo he estropeado todo, como siempre! ¡Yo con mi puñetera prisa! Es que no podía esperarme un poco más... ¡Ahora le he confirmado sus sospechas sobre mí y no querrá volver a verme! ¡Ahora pensará que soy un mal bicho! ¡Soy un gilipollas!»

Se tumbó en la cama con la cabeza entre las manos, pero, pasados los primeros momentos de desconsuelo, la rabia reemplazó a la angustia: en el fondo no había hecho nada tan malo. Es

normal que si a un chico le gusta una chica tenga ganas de besarla. Era ella quien había tenido una reacción desmedida: le había dado una bofetada que no se merecía, le había gritado que era un cerdo y se había ido corriendo, y ahora no quería ni hablarle por teléfono. No, eso no era en absoluto justo. A lo mejor era demasiado mimada y presuntuosa. ¿Qué se esperaba, que la estuviera persiguiendo toda la vida, hasta que se la llevara un hijo de papá, con un cochazo de gran cilindrada y también una moto a las excursiones de verano? Y pensar que había cambiado un montón por ella, hasta había

descuidado a su mejor amigo para hacerla feliz, pero quizá ni siquiera se había dado cuenta.

«No. Ya basta. ¡Desde mañana volveré a ser el Ale de siempre! ¡Y si quiere, puede venir ella a pedirme perdón; si no se acabó, estoy harto de ser su esclavito, estoy harto de esperar a que se decida! ¡No se lo merece!»

Decidido a borrar a Ylenia de su corazón, se levantó, rebuscó en la mochila y tiró a la papelera una pinza para el pelo que ella se había dejado una vez en clase y que él había recogido pero nunca entregado a su dueña, encantado de tener algo que conservase

su aroma. Hizo lo mismo con un CD que le había prestado. Cogió luego los cuadernos con sus apuntes y los juntó con los otros, con el firme propósito de devolvérselos al día siguiente, porque, total, ya no los iba a necesitar, le tenía sin cuidado catear el curso. Y si su padre lo mandaba a trabajar, aún mejor, porque así ya no volvería a ver a ciertos profesores coñazo.

«¡Basta! ¡He terminado con ella! ¡Estoy harto! Menudo coñazo. Pues sí, no la aguanto más. Ya me tiene hasta las narices».

Sin duda, no podía imaginarse que Ylenia estaba derramando en su cama

ríos de lágrimas, con el cuerpo sacudido por temblores y sollozos. El sueño de un futuro con Ale nunca podría cumplirse porque quizá no llegaría a vivir lo suficiente para hacer los exámenes de selectividad. No digamos, pues, una verdadera relación, una verdadera relación con él.

Como el muchacho tampoco podía suponer que a ella le hubiese encantado que en ese momento la estrechase con fuerza entre sus brazos, que la consolase y que le prometiese que todo iba a salir bien, que vivirían felizmente juntos.

Y aún menos podía saber que ella, entre lágrimas, no podía siquiera

recordar las facciones del chico de Bogotá al que había creído amar, porque solamente ahora había descubierto el amor, ahora que su mente y su corazón estaban ocupados por el rostro de Ale. Nunca habría creído que ella, mientras apretaba con fuerza el peluche que le había regalado ese mismo día, había pronunciado entre lágrimas tres palabras: «Ale, te quiero».

Al día siguiente Ylenia no fue a clase y se quedó en cama durmiendo hasta tarde, o por lo menos intentando dormir, porque tenía la cabeza llena de recuerdos y de ideas absurdas. Le parecía que todo le pasaba por delante de los ojos. Empezó a imaginarse el día de su boda, un futuro con su amor, recordó a sus amigos lejanos y sintió una punzada de dolor, de desesperación.

Cuando su padre regresó del trabajo

fue enseguida a verla. Habría hecho y dado cualquier cosa por salvarla y por devolverle la sonrisa.

—¿Puedo pasar? —preguntó llamando y abriendo suavemente la puerta.

Ylenia, ya despierta pero sin ganas de levantarse, se dejaba mimar por las sábanas y no respondió nada. Se hizo la dormida, esperando que se marchase.

—¡Sé que estás despierta! —exclamó él.

Se sentó a su lado en la cama, rozándole las piernas como para animarla a levantarse y para que recuperase su vida, para que no se

abatiera. Acercó la nariz al pelo de la chica para oler su aroma.

—Venga, pequeña. No podemos darnos por vencidos. Lo conseguiremos, ya está casi todo listo para tu operación, pronto tendrás un corazón nuevo y esta etapa solo será un mal recuerdo.

—¿En serio, papá? —preguntó ella sorprendida.

—Por supuesto, cariño —respondió él.

No se atrevía a contarle cuál era la situación real, pero habría preferido que ni siquiera se enterase de la verdad, sobre todo de aquella manera.

—¿Y si la operación sale mal?

—Mira, tendremos a los mejores especialistas del mundo. No correrás ningún riesgo, te lo garantizo.

Ylenia estaba cada vez menos convencida y albergaba pocas esperanzas. Después de aquella noche terrible, casi se había resignado y no quería ilusionarse en vano. En cualquier caso, prefirió guardarse para sí esos pensamientos. Los caminos de la vida parecían llevarla hacia un túnel, y la luz que acababa de vislumbrar en el horizonte iba a apagarse pronto, sin posibilidad de mostrarse de nuevo.

—Y bien, ¿nos levantamos? Hace un día espléndido, y además quiero que

demos una vuelta por el jardín, tengo que enseñarte algo —la invitó su padre.

Ylenia se subió las mantas hasta la nariz.

—Ahora no me apetece...

—Te prometo que no te arrepentirás.

¡Ánimo!

Giorgio le quitó las mantas, luego se levantó de la cama y descorrió las cortinas, dejando que los rayos de sol acariciaran suavemente el rostro de su hija.

—Anda, vístete, te espero abajo —le dijo mientras salía de la habitación.

Pocos minutos después, ya resignada, Ylenia estaba delante de la

puerta. Solo desentonaban los ojos hinchados y rojos por el llanto y la expresión gélida de su cara. Parecía de plástico o de porcelana, tal y como decía siempre su padre: una muñeca de porcelana a punto de romperse en mil pedazos.

—¡Ánimo, princesa, vamos! —dijo Giorgio ofreciéndole el brazo.

Esforzándose por sonreír y por ser simpática como siempre, Ylenia aceptó la invitación. Los dos se encaminaron del brazo por el espléndido jardín, que empezaba a florecer en esos últimos días de invierno.

—¡Dentro de poco será primavera,

este jardín tiene que ser precioso cuando todo esté florecido!

Aquella frase le dejó una sensación amarga en la boca, pensando que tal vez fuera la primera y la última vez que lo veía florecer. Ya se sentía morir por dentro, y lo más difícil era conseguir que nadie lo notase.

—Claro, cariño, será tan maravilloso como tú.

Giorgio le pasó un dedo por la nariz; luego, tras unos minutos de silencio, le dijo:

—Bueno, pero ahora tienes que cerrar los ojos, y no los abras hasta que yo te lo diga. ¿De acuerdo?

Ylenia, que llevada por la curiosidad había recobrado un poco la serenidad, obedeció. Guiada por su padre dio unos pasos más y por fin pudo ver, dentro de un cerco verde, a una yegua blanca trotando al lado de un caballo negro.

—¡Son para ti, cariño!

—¿Para mí? ¿En serio? ¡Oh, gracias, papá, gracias! ¡Es el regalo más hermoso que he recibido jamás! ¡De verdad, no sé cómo agradecértelo!

Los dos animales le devolvieron un poco de la felicidad y de la despreocupación que corresponden por derecho a toda chica de dieciocho años.

Al abrazar a su padre, comprendió que tanto él como su madre habrían luchado y hecho cualquier cosa por darle una buena vida. Se dio cuenta de que para recompensar sus esfuerzos debía recuperar la esperanza y la confianza, que no podía abandonarse al desconsuelo. No debía rendirse, ni por ella ni por todas las personas que la querían y que habrían sufrido horriblemente su falta.

—¡Eh! ¡Eh! —oyeron que alguien gritaba a lo lejos—. ¡Eh, que tengo celos!

Ambos se volvieron y vieron a Virginia asomada por la ventana de su

habitación.

—¡Virginia, ven, tengo que enseñarte algo! —le gritó Ylenia haciendo megáfono con las manos.

—¡Vale, ya voy! Pero ¿los perros están encerrados?

—Sí, descuida, no hay peligro —respondió Giorgio, y un instante después Virginia apareció en el jardín.

—Os dejo solas.

Giorgio abrazó de nuevo a su hija con fuerza y le susurró al oído:

—Quiero verte siempre con esta sonrisa. Tenemos que ayudarnos, verás cómo todo esto será solo un mal recuerdo. Hasta luego.

La muchacha asintió, mirándolo intensamente a los ojos para darle a entender que había comprendido el mensaje. No apartó la mirada hasta que su padre entró en la casa.

Virginia la hizo volver a la tierra.

—¿Hoy has salido antes de clase?

—¡La verdad es que no he ido! —

Ylenia no se atrevía a mirarla.

—¿Y eso? ¿Qué ha pasado? ¿No ibas a pedirle disculpas a tu Ale? ¿No debías confesarle lo que sientes realmente por él?

Al oír pronunciar aquel nombre, Ylenia sintió una punzada en el corazón. ¿Cómo explicar a su amiga que el suyo

era un amor imposible, cómo explicarle su triste situación? Trató de ahuyentar de su mente esos espantosos pensamientos.

—Esta mañana no me encontraba muy bien. ¡Y no creo que tenga que disculparme por nada! ¡Además, no me apetece hablar de él ahora! —le contestó.

Virginia advirtió que sus ojos se estaban llenando de lágrimas. Intuyó que había pasado algo, pero supo que era mejor no hablar del tema. Se limitó a abrazarla, sonriéndole dulcemente.

—Oye, no te preocupes. Sea lo que sea lo que te pase, verás cómo todo se arregla...

—Sí, pero ahora...

—Déjalo, no tienes por qué decírmelo. Ya me lo contarás cuando te apetezca, ¿vale? En ningún caso debes sentirte obligada conmigo.

Ylenia guardó silencio unos segundos.

—¿Y esos dos caballos son un regalo de tu padre?

—¡Sí! ¿Sabes montar a caballo?

Virginia asintió poco convencida.

—¡Sí, antes montaba, pero no sé si recuerdo cómo se hace!

—¡Oh, es pan comido! Si lo aprendes una vez, lo recuerdas toda tu vida.

Virginia rompió a reír.

—¡Más o menos como hacer el amor!

—Sí, exacto, como hacer el amor. Venga, vamos a dar una vuelta. —Ylenia esbozó una breve sonrisa.

Esa mañana el pupitre situado junto al de Ale estaba desoladoramente vacío.

El chico, que casi se había olvidado de su enfado del día anterior, pensó que Ylenia lo seguía evitando y volvió a enfadarse con ella.

Claudio llegó silbando alegremente, como siempre, y le preguntó con cierta sorna:

—¿Cómo es que tu chica no ha venido hoy?

—¡Oye, que no es mi chica! Es solo una amiga. ¡Y creo que por poco tiempo!

—¡Vale, perdona! Como vais siempre emparejaditos. Bueno, si hoy no has quedado con ella, ¿te apetece que demos una vuelta por la tarde?

Aunque no lo aparentaba, Claudio tenía celos de todo el tiempo que Ale, su amigo de siempre, pasaba con Ylenia. Tenía la impresión de que a ella no le caía muy bien y, en efecto, nunca lo llamaban cuando los dos quedaban.

—Vale, de acuerdo. Si quieres, después de clase nos vamos a comer a algún sitio. ¿Qué te parece?

—Perfecto; así después nos damos

una vuelta en coche. Ah, de todas formas, esta noche...

Claudio no pudo terminar la frase, porque en ese preciso instante el profesor de italiano, que acababa de entrar en el aula, empezó a pasar lista: ahora que los exámenes finales estaban cerca, se cuidaban mucho de que no los amonestaran. Así, con un gesto Claudio le hizo saber a su amigo que seguirían hablando más tarde.

En realidad, Ale no tenía muchas ganas de salir con él y se arrepintió casi en el acto de haber aceptado. Lo único que le apetecía era irse a casa a reflexionar para intentar encontrar una

explicación a la extraña actitud de Ylenia, o presentarse en su casa para que le explicara por qué la noche anterior no había querido hablar con él ni siquiera bajo tortura, al menos a juzgar por el tono de su voz. Sin embargo, no se atrevía.

Al final se convenció de que un poco de distracción le sentaría bien: eso al menos le impediría pensar en ella y seguir machacándose inútilmente la cabeza.

La mañana pasó rápidamente.

Ale miraba continuamente el móvil por si Ylenia daba señales de vida, quizá para explicarle el motivo de su

ausencia, pero se quedó con un palmo de narices.

A la salida los dos muchachos fueron a comer a un restaurante de pasta próximo al paseo marítimo, y después de la comida pasearon hasta el quiosco de la playa para tomar una cerveza. Aunque la primavera aún no había empezado y todavía se notaba el frío invernal, aquel sitio estaba siempre lleno de gente. Lo que Claudio deseaba en el fondo era conocer a una chica guapa, mientras que Ale esperaba que un milagro le llevase a Ylenia hasta allí: al menos se habrían aclarado las cosas entre ellos de una vez por todas.

Antes de salir del restaurante la había llamado, pero su móvil estaba apagado. Se convenció una vez más de que la chica se estaba empeñando en evitarlo y no se explicaba el motivo. Mientras caminaba en silencio con Claudio, miraba alrededor, con la esperanza de verla. Cada lugar le recordaba a ella, sentía como si una importante y preciosa historia de amor hubiese terminado, y le parecía absurdo, porque entre ellos nunca había habido nada más que un inocente beso en la mejilla.

¿Qué estaba pasando? ¿Por qué Ylenia había cambiado tan de repente,

sin ninguna explicación? ¿Solo porque había tratado de besarla?

Cuanto más lo pensaba, menos comprendía. Estaba tan abstraído, que no se percató de que su amigo se había parado, porque ya habían llegado al quiosco. Siguió andando, con la cabeza ida, y solo unos metros más allá se dio cuenta de que Claudio no estaba a su lado. Se volvió y lo vio delante del quiosco, haciéndole señas para que regresara.

—¡Mira que estás distraído! Oye, ¿se puede saber qué te pasa? —preguntó asombrado Claudio cuando Ale le dio alcance—. ¿Acaso ha pasado algo con

Ylenia?

Ale no sabía si debía contarle a su amigo lo que había ocurrido, pero en el fondo seguía siendo su mejor amigo y decidió sincerarse con él; a lo mejor su opinión le servía de ayuda.

—No ha pasado nada, o al menos creo que no. No lo sé. Todo iba bien hasta ayer por la tarde; luego intenté besarla, pero de manera muy inocente, me salió con absoluta naturalidad, estábamos muy cerca el uno del otro... Pensé que ella también quería que nos besáramos, o al menos esa fue la impresión que me dio...

—¿Y ella?

—Me dio una bofetada y desapareció gritando, y después no he podido hablar con ella. ¡Tú mismo lo has visto, hoy no ha venido a clase! Hace poco la he llamado, pero tiene el móvil apagado. ¡Anoche, cuando la llamé a su casa, la oí decir claramente que no quería hablar conmigo! ¡Ya no sé qué pensar; cuanto más la trato, menos la entiendo!

—¡Si quieres un consejo, debes quitártela de la cabeza! ¡Esa chica es demasiado estirada para ti! Además, no creo que su familia te acepte. Querrán para su hija a un hombre todavía más rico que ellos. Puede que sus padres le

hayan prohibido verte...

—No me parecen esa clase de personas; además, en el amor el dinero no importa —dijo Ale aún más desmoralizado—. Por otro lado, ¿tú qué sabes de estas cosas si nunca te has enamorado?

—Es cierto, pero sé lo que necesitas para recuperarte. ¡Esta noche yo me encargo de levantarte la moral!

Ale supuso que su amigo iba a proponerle otra vez que salieran de putas, por eso se le adelantó, inventándose una excusa para que no le pidiese que lo acompañara.

—¡Esta noche ya he quedado, lo

siento! ¡De todas formas, gracias!

—Qué pena, porque esta noche mi hermano da una fiesta en casa. Te lo iba a decir esta mañana, pero luego, como ha entrado el profe, se me ha olvidado.

—Bueno, lo siento, pero da igual. Tampoco tengo nada que celebrar...

—Pues te sentaría bien. ¿No podrías anular la cita?

—No, lo siento.

—Pero ¿con quién has quedado?

—Con una vieja amistad.

—¿Hombre o mujer?

—Eso no es asunto tuyo —dijo Ale un poco cortado.

—¡Mira que estás raro! Llama y

anula la cita.

—¡Ni hablar!

Para que se callara su amigo, Ale fingió que le estaba sonando el móvil. Se apartó unos pasos y simuló una conversación, luego volvió al lado de Claudio, mientras guardaba el móvil en el bolsillo de los vaqueros.

—¿Quién era?

—La vieja amistad...

—¿Y qué quería?

—Nada, ha anulado la cita.

¿Contento?

—Claro que sí, así esta noche puedes venir a la fiesta en mi casa, ¿no? Es a las nueve y media.

—No lo sé...

—¿Qué vas a hacer en casa solo?

¡Ya no te reconozco! ¿Qué ha sido del viejo Ale?

—¡Bah! No sé, en serio. Quizá me anime más tarde...

—Sí, pero, ya que te has peleado con Ylenia, ¿con quién vas a venir?

—¿Con quién voy a ir?

—Hay que ir con pareja. Ya sabes, para que no haya líos.

—Anda, soy tu mejor amigo...

—¿Y eso qué tiene que ver? ¡Yo no organizo la fiesta, sino mi hermano!

En realidad, Claudio habría podido ceder, pero le guardaba un poco de

rencor a Ale. En su fuero interno esperaba que Ylenia y él rompiesen, así ellos podrían volver a ser los amigos juerguistas y holgazanes de siempre.

—¿Y dónde quieres que encuentre a una chica para ir a la fiesta?

Ale pensó por un momento en volver a llamar a Ylenia, pero enseguida descartó la idea: era ella quien esta vez tenía que dar señales de vida.

—¡A lo mejor tendrías que volar más bajo!

—¿Volar más bajo? ¿Qué quieres decir?

Claudio señaló a una chica alta, rubia y espigada que iba sola por el

paseo marítimo. Parecía muy triste, y la larga cabellera, que le despeinaba el viento, le daba un aspecto casi artificial. Era la chica más bonita, admirada y cortejada de todo el instituto. Muy pocos habían conseguido salir con ella, pero ninguno, de entre los afortunados, había logrado robarle el corazón.

—¡Lo de picar más bajo es una manera de decir! ¡Hay un abismo! Silvia es una preciosidad, ¿por qué no la invitas? Sería estupendo poder llevarla a la fiesta...

Ale no respondió y Claudio pensó que su amigo estaba valorando seriamente su propuesta. Lo miró

asombrado, y luego le dijo:

—¡No me digas que estás pensando de verdad en invitarla! Oye, ¡que estaba bromeando!

—¿Por qué, qué hay de malo?

Claudio rompió a reír.

—Los chicos más guapos del instituto ya lo han intentado y ella les ha dicho siempre que no. Dudo que tengas alguna esperanza. Es una partida perdida de antemano, olvídalo.

—¿Quién te ha dicho eso? A lo mejor le gusto... Además, nos conocemos desde primaria, no veo por qué tiene que decirme que no...

—¡De acuerdo! ¿Nos apostamos

cincuenta euros a que no lo consigues?

—¡Vale! ¡Pero ya puedes ir preparando el dinero, porque lo has perdido! —exclamó Ale bastante seguro de sí—. Y ahora llévame a casa, ya no me apetece ir por ahí —añadió dirigiéndose de nuevo hacia el coche.

Una vez en casa, Ale se sentó a su escritorio con los codos sobre el tablero y la cabeza entre las manos, sin saber qué hacer. ¿Estaba bien invitar a Silvia a la fiesta? ¿Qué diría Ylenia si llegaba a enterarse? Seguramente no habría nadie que la conociera, de modo que nadie podría contárselo, aparte de la propia Silvia y de Claudio, pero, hasta donde él sabía, las dos chicas no eran amigas y Claudio nunca lo traicionaría. A lo

mejor era una manera de darle celos, así por fin sacaría a relucir sus auténticos sentimientos.

Había otro gran problema: ¿qué hacer si Silvia no aceptaba? Al final, Claudio tenía razón: era la más guapa del instituto, no resultaba nada fácil invitarla a salir, y él seguramente tenía poquísimas esperanzas. Esa tarde, en parte movido por la rabia que sentía contra Ylenia y por la provocación de Claudio, se había dejado arrastrar y se había convencido de que podía conseguirlo, pero ahora estaba delante del teléfono sin decidirse a llamarla.

«¡Basta! ¡O todo o nada! Me pongo

en manos del destino, no puedo hacer otra cosa, que decida por mí». Cogió el auricular, marcó el número y esperó a que alguien contestase.

—¿Diga?

—Sí... ejem... ¡hola, soy Ale!

—¡Ah, hola!

—Te estarás preguntando por qué te llamo... Bueno, verás, como resulta que el hermano de Claudio ha organizado una fiesta en su casa, he pensado preguntarte si te apetecía venir conmigo...

—¿Quieres invitarme a la fiesta? ¿Y para hacer qué?

—¿Cómo que para hacer qué? Para

divertirnos un poco, ¿no?

—Ah, ¿sí? ¿Y cómo nos divertiremos un poco?

—Pues bailando, bromeando, lo que se hace siempre en las fiestas; oye, pero ¿por qué me preguntas eso? ¿Es que pasa algo?

—A lo mejor; verás, no soy Silvia, sino su madre...

Tras oír esas palabras, Ale sintió que se moría, y mentalmente imprecó, pero se recuperó a tiempo.

—Le pido disculpas, señora. ¿Podría hablar con Silvia, por favor?

—Ahora la llamo. De todas formas, conviene que sepas algo...

—¿Qué? ¡Dígame!

—¡Si acepta tu invitación, quiero que me la devuelvas tal y como te la doy, te va en ello la vida!

—Sí, desde luego, descuide, se la devolveré entera, no tenía la menor intención de...

—Ya, ya, qué buen chico...  
¡Silviaaaa, al teléfono!

Ale se había quedado muy impresionado con aquella mujer. Su voz sonaba juvenil, pero a la vez era mordaz y desconfiada.

—Menudo carácter —resopló, creyendo que ya no estaba al teléfono.

Pero, para su mala suerte, al otro

lado de la línea, la mujer, aún más mordaz, le preguntó:

—¿Tienes algún problema?

—¡No, no, en absoluto! ¡Hablaba con mi abuela!

—Ah, ya me parecía que había oído mal... Te pongo con mi hija... — concluyó la mujer, y mientras el auricular pasaba de la oreja de la madre al de la hija, Ale alcanzó a oír cómo aquella le decía a esta que tuviera cuidado, porque el que estaba al teléfono era un ligón.

—¡Qué dices, mamá, calla! — exclamó Silvia mientras se acercaba el auricular a la boca.

—¿Diga?

—¿Silvia? ¿Eres tú?

—¡Sí, soy yo, tranquilo! —La muchacha rompió a reír—. Mi madre se ha marchado. Pero ¿quién eres?

—Soy Ale.

—¡Ah, Ale, hola!

—Simpática, tu madre...

—Supongo que te habrá torturado, como suele hacer.

—¡No, no! Solo me ha hecho alguna pregunta, pero estoy acostumbrado. Mi abuela hace lo mismo, es muy agobiante...

Tras contar esa mentira, Ale pensó en su abuela, quien desde hacía años no

hacía sino rezar a la Virgen, sin cruzar una palabra con los demás.

—¿En serio? Creía que tu abuela no tenía muy buena salud. Fíjate las cosas que se inventa la gente...

—Ah... pues sí... claro, claro...

—Y bien, ¿a qué debo el honor de tu llamada?

—Bueno, verás, quería decirte que...

—¿Sí? Dime.

—Yo... quería decirte...

—¿Sí?

—Bueno, verás...

—¿Qué querías decirme? ¡Venga, habla!

—Quería decirte que ya no me acuerdo de lo que quería decirte...

—¡Qué gracioso eres!

Silvia rompió a reír de nuevo. En ese momento tenía el corazón en un puño y no le importaba cuál era el motivo de la llamada. Solo le importaba que él quisiese hablar con ella.

—Ah, sí, ahora me acuerdo. He llamado para decirte que esta noche hay una fiesta en casa de Claudio, y me preguntaba si te apetecería... En fin, que me gustaría... —Ale no se atrevía a terminar la frase por miedo a que la chica le respondiese mal.

—¿Qué te gustaría? ¿Te has

olvidado de lo que querías decir?

—No, no, pues... ¡me gustaría que vinieras conmigo! ¡Me encantaría invitarte, eso es!

—¡Vale!

Ale no daba crédito a sus oídos. No podía ser tan fácil, Silvia era deseada por todos y los rechazaba a todos... No podía ser...

—¿En serio? ¿Estás segura?

—Sí, en serio, claro que estoy segura, ¿por qué preguntas eso? ¿Y por qué estás tan sorprendido?

—Porque no me lo esperaba, ya que al noventa y nueve por ciento de los chicos del instituto que te han invitado a

salir les has dicho que no.

—¡Eso significa que me interesaba solo el uno por ciento que faltaba! Ahora perdona, pero debo dejarte, tengo mucho que hacer. Entonces, te espero esta noche. ¿Vendrás en coche, supongo?

Tras esa pregunta, Ale se sintió como petrificado: ese sí que era un gran problema...

—Ale... ¿sigues ahí? ¿Es que hay algún problema?

—No, no, no hay ningún problema...

—Entonces, ¿nos vemos esta noche?

—¡Sí, a las nueve estaré en tu casa!

¡Hasta luego!

—¡Hasta esta noche!

Una vez terminada la conversación, Ale se sintió peor que antes. Ante todo, todavía no sabía conducir muy bien, y encima ni siquiera tenía coche...

Se asomó por la ventana y vio que su padre acababa de volver del autolavado. Al menos, un problema estaba resuelto. No sería fácil coger el coche a escondidas, pero de todas formas debía hacerlo. Lo que no podía hacer era echarse atrás.

—¡Ahora tengo que encontrar a alguien que me enseñe a conducir bien en un par de horas! —exclamó el muchacho rascándose la cabeza. Hasta que, de repente, se le ocurrió quién era

la persona idónea: Claudio.

Ale fue corriendo al garaje y sacó su scooter, una Piaggio Si muy vieja y destartalada, que usaba únicamente en casos de emergencia. Montó y, sin atarse el casco siquiera, salió hacia casa de Claudio. Como por suerte la casa de su amigo no quedaba lejos de la suya, tardó pocos minutos en llegar. Una vez allí, aparcó la scooter, llamó al timbre y unos segundos después apareció la madre de Claudio.

—Buenos días, señora.

—Hola, Ale, ¿qué haces por aquí?

—He venido a buscar a Claudio.

—Claudio no está, me ha dicho que

se iba a estudiar.

Ale se quedó asombrado.

—¿A estudiar? ¿Y dónde?

—¡Me ha dicho que se iba a tu casa, pero por lo que parece me ha mentido!

—¿A mi casa?

Ale guardó silencio unos segundos. Se dio cuenta de que con esa visita por sorpresa había puesto en aprietos a su amigo y quería encontrar una solución. Así que improvisó sobre la marcha.

—¡Ah, sí, claro! ¡Ahora sé lo que ha pasado! Pues sí, habíamos quedado en mi casa, pero me he olvidado y he salido. Seguramente, Claudio estará esperándome delante de casa, más vale

que vaya a buscarlo. Así que adiós, señora, y mil gracias...

Sin darle tiempo a replicar, Ale montó en su scooter y se precipitó a la ciudad.

¿Dónde podía estar Claudio en ese momento? Pensó un poco y enseguida se le ocurrió un sitio: seguramente lo encontraría jugando una de las tragaperras de la sala de juegos del centro. Se dirigió directamente hacia allí y encontró aparcado su coche. Por suerte, había pensado bien. Cuando entró, Claudio estaba pegado a la pantalla. Encima estaba muy tenso, porque ya había perdido una gran

cantidad de dinero y esa era la jugada decisiva: o lo perdía todo o ganaba una suma gorda de dinero.

Ale lo agarró por la solapa del polo, obligándolo a bajar del taburete.

—¿Quieres salir de ahí?

—¿Qué te pasa? ¿Te has vuelto loco?

—¡Cuando le digas a tu madre que estás en mi casa, lo menos que puedes hacer es avisarme si no quieres que te meta en líos! Y otra cosa, ¿qué haces aquí si nunca ganas? ¡Solo vienes a tirar el dinero!

—Estaba haciendo mi última jugada.

—¡Para ya! —lo regañó Ale—. ¿No

te da vergüenza? Tu padre se sacrifica para sacar adelante a la familia, y tú vienes aquí a despilfarrar.

—Oye, ¿qué te pasa? ¿Desde cuándo eres filósofo?

En ese preciso instante, la máquina tragaperras empezó a sonar con estruendo: una cascada de monedas tintineaban al caer en la bandeja. Claudio había ganado. En pocos minutos, sin embargo, el grupito de gente que se amontonaba alrededor ya había asaltado la bandeja y había huido: al pobre muchacho solo le quedaban unas monedas.

Desconcertado, Claudio miró a su

amigo a los ojos, sin saber si asestarle un puñetazo en la cara o si darle una patada en los mismísimos.

—¿Lo ves? ¡Por tu culpa se han llevado todo mi dinero! ¿Y ahora quién me lo va a dar? ¡Gilipollas!

Bastante abochornado por la situación, Ale trató de disculparse.

—¡Lo siento, no lo he hecho a propósito! Pero ahora estamos a la par: hace poco te he salvado el culo diciéndole a tu madre que muy probablemente me estabas esperando en mi casa...

—¡Que te den! ¡Con la cantidad que había ahí, y lo he perdido todo! ¿Y se

puede saber por qué me estás buscando?  
¿Qué diablos quieres?

—Necesito que me echés un cable. Tengo que practicar un poco... Con el coche, quiero decir. No sé si soy capaz de conducir.

—¿Y has venido hasta aquí a joderme solo porque quieres que te enseñe a conducir? ¿Qué pasa, que tu adorada Ylenia ya se ha cansado de andar?

—¿Qué pinta en esto Ylenia? ¿Es que tienes que meterla en todo? Anda, es muy importante, hazme este favor. Además, tampoco tienes que enseñarme, solo tienes que comprobar que recuerdo

cómo se hace, nada más.

A pesar de todo, Claudio quería mucho a Ale y, tras hacerse de rogar todavía un poco, decidió echarle una mano a su mejor amigo.

Lo que más lo empujó a olvidar lo de la máquina tragaperras era la certeza de que esa tarde, con Ale haciendo prácticas de conducción, iba a ser realmente divertida. Al menos se echaría unas buenas risas.

—¿Adónde vas?

Claudio no respondió.

—Oye, ¿quieres parar? ¡Olvida ya ese asunto!

—¡Claro, para ti es fácil, como no has perdido todo ese dinero! Pero más vale que no me lo recuerdes, porque ni siquiera sé por qué diablos te estoy ayudando. ¡No te merecerías nada!

—¡Madre mía, qué materialista eres! Mira que el dinero no da la felicidad.

—¡Puede que no, pero ayuda a conseguirla! ¡De todas formas, no pienso hablar más contigo!

—¿No me digas? Pero oye, si no vas a dirigirme la palabra, ¿cómo piensas darme clases prácticas de conducir?

Claudio no respondió.

—¡Ya caigo, no eres solo materialista, sino también infantil! Ahora te pondrás a lloriquear y llamarás a mamá... —Ale rompió a reír, y Claudio frenó en seco.

—Oye, ¿estás loco?

—¡Baja!

—¿Qué?

—¡Te he dicho que bajes del coche!

—¿Te has vuelto tarado? ¿Has visto dónde estamos? ¿Cómo voy a volver a casa? ¡No seas idiota!

Claudio tenía la cara roja y la mirada endurecida. Pocas veces Ale lo había visto así.

—Hay dos alternativas: o bajas ahora mismo de este coche, o te estás calladito hasta que te dé permiso para hablar. ¿Entendido?

Ale estaba un poco perplejo.

—Pero, hombre...

—¡Baja!

—¡De acuerdo, de acuerdo! Haremos lo que tú digas, ¿vale? Pero procura calmarte, te estás pasando un

pelo, ¿no te parece?

Claudio le lanzó una ojeada, luego giró la llave y arrancó. Ale se colocó bien en el asiento y para pasar el rato se puso a mirar por la ventanilla. Poco después se dio cuenta de que su amigo estaba dando vueltas sin rumbo por el pueblo.

—¿Se puede saber adónde coño vas?

—No me parece que te haya dicho que puedes hablar, ¿has decidido que te bajas aquí?

—Uf, cambia el rollo, que empiezas a resultar cargante. Bueno, ¿quieres decirme adónde diablos estás yendo?

—¡Estoy buscando un puñetero sitio en el que tú puedas tratar de conducir sin destrozar el coche, allí es donde voy! ¿Contento?

—¡Pues podrías habérmelo dicho! Sé dónde podemos ir. ¿Conoces el antiguo aeropuerto? El que está en las afueras y no se usa desde hace años.

Claudio asintió.

—No hay un sitio mejor. Disponemos de toda la pista y es una recta perfecta. Y, además, tenemos el aparcamiento, que es inmenso, y no corro el riesgo de chocar con nada ni con nadie. Si te das prisa, en pocos minutos estaremos allí.

Claudio no respondió, pero siguió el consejo de su amigo. Dobló en el primer cruce y unos diez minutos después llegaron al lugar.

—Bien, para aquí.

—¿Aquí?

—Sí, claro. ¿Por qué, qué tiene de malo? Aquí no hay nadie y, sobre todo, no hay riesgo de accidentes.

—Pero ¿estás tonto? ¡Mira alrededor! En la pista hay ladrillos, grava y hierro: en mi pueblo eso se llama material de construcción. Y allí están todas las herramientas de trabajo. Y, también en mi pueblo, eso significa que no estamos en absoluto solos, sino

que seguramente en algún sitio habrá obreros trabajando. Más vale que nos larguemos.

—¿Qué dices? ¡Tú y tus paranoias! Todo el material que hay alrededor está aquí desde hace al menos un par de siglos. Hace bastantes años decidieron reestructurar el aeropuerto, con la idea de abrirlo de nuevo, pero ya sabes cómo funcionan las cosas en Italia, empiezan las obras y las dejan a medias. Siempre es así.

Claudio aún no parecía convencido.

—Oye, hazme caso por una vez. ¡Confía en mí, y deja de joder!

—¡Encima!

Al final Claudio se dejó convencer y decidió parar. Puso el freno de mano y sin apagar el motor abrió la puerta y le cambió el sitio a Ale.

—Bien: este es el volante, y los pedales que tienes a los pies son el freno, el embrague y el acelerador. El freno está en el centro, a la derecha está el acelerador, y a la izquierda, el embrague. Y esta es la palanca de cambios.

—¡Uf! ¡Oye, que todo eso lo sé! ¡Te recuerdo que me he sacado el carnet, aunque a todos parece sorprenderos! Lo único que tienes que hacer es darme clases prácticas.

Claudio comprendió las intenciones de Ale y se apresuró a quitar la llave del salpicadero, temiendo que arrancase sin su permiso.

—Puede que haya un detalle que todavía no te he aclarado: si quieres usar mi coche, se hace como digo yo o te olvidas. ¿Entendido? ¡Venga, repite lo que te acabo de explicar!

—¡Qué coñazo! ¿Desde cuándo eres un maestrillo? ¡Dame esa llave y no jodas!

Con un gesto veloz del brazo, Ale le arrancó de la mano la llave a su amigo, la introdujo, la giró y el coche se puso en marcha. Empezó a acelerar, pero no

pasó nada.

—A este coche le pasa algo... fíjate: acelero, pero como si nada, lo único que hace es gastar el depósito de gasolina. ¡Deberías llevar este trasto a un buen mecánico, o puede que te cueste menos desguazarlo!

—¡Mira que eres tonto! ¡Francamente no sé qué hago aquí perdiendo el tiempo contigo! ¡No lo intentes más, eres un negado! ¡Déjalo: ve en bicicleta, a lo mejor la sabes llevar!

—Oye... ¿qué culpa tengo yo de que el coche no funcione?

Claudio se tapó la boca con las

manos haciendo embudo.

—¡Imbécil! ¡Si quieres que el coche se mueva tienes que quitar el freno de mano! ¡Idiota! ¡Eso lo saben hasta los niños de parvulario! ¿Dónde encontraste el carnet? ¿En un huevo de pascua o en una bolsa de patatas fritas?

Ale apagó el motor y bajó la mirada hacia la palanca del freno.

—¡Solo tenías que decirlo! Seguro que a ti, que eres un piloto profesional, estas cosas no te pasan, pero es la primera vez que me pongo al volante después de mucho tiempo.

—¡Claro, hombre! Tú tienes razón, ¿de acuerdo? ¿Ahora me vas a hacer

caso? Ya es tarde, y si es verdad que quieres aprender a conducir de manera decente hoy mismo, más vale que nos demos prisa.

Ale asintió y esbozó una sonrisita irónica.

—Vale... te escucho, jefe.

Claudio se esmeró en enseñar a su amigo a conducir. Pero, en los meses que llevaba sin coger un volante, Ale se había olvidado de lo poco que había aprendido en la autoescuela. En efecto, en cuanto avanzaba unos pocos metros, el coche se apagaba. Pasada una hora de explicaciones seguían aún en el punto de partida.

—¡Qué pesadez! ¡Un mono al volante lo haría mejor que tú! ¿Cuántas veces tengo que repetirte que no debes soltar el embrague tan bruscamente? Y me debes el dinero de la gasolina; fíjate: me he quedado casi sin una gota por tu culpa.

Ale intentó por enésima vez avanzar y por fin consiguió recorrer un buen trecho de carretera sin que el coche se parase.

—¿Has visto? Solo tengo que ganar confianza con este cacharro... ¡ahora voy como el viento!

—Claro, un as...

—¡Fíjate!

Llevado por la euforia, Ale aceleró al tiempo que cambiaba de marchas. Cuando vio que ponía quinta, Claudio empezó a preocuparse seriamente.

—¡Oye, ve despacio, que no eres Schumacher!

—¿Qué pasa? ¿Te molesta que el alumno supere al maestro?

—¿Qué dices? Solo estoy preocupado por la integridad de mi coche y de mi persona.

Ale se volvió hacia su amigo.

—¿Qué problema hay? Aquí no hay muros contra los que me pueda estrellar. Tu pieza de museo y tú no corréis el menor peligro.

—Pero ¿qué haces? ¡Mira la carretera mientras hablas conmigo, idiota!

Ale miró de nuevo al frente y delante de él se materializó un cartel en el que ponía PELIGRO.

—Reduce, ¿no has visto esa señal? —exclamó Claudio preocupado.

—¡Memo! ¿No has visto que estaba todo oxidado? A saber desde hace cuántos siglos está ahí. ¡Mira que eres ingenuo! O será que ya no sabes qué inventarte para que reduzca... Lo siento, pero debes reconocer que lo hago mucho mejor que tú.

—¡Aleee! ¡Te he dicho que no

apartes la vista de la carretera! ¡Ale, rápido, reduce!

La advertencia de Claudio no pudo impedir que el pobre 127 se estrellase primero contra una barrera de contención, y que acabase luego metido en un foso cavado por los obreros que estaban reestructurando el antiguo aeropuerto. Afortunadamente, los dos muchachos salieron con cardenales y magulladuras sin gravedad, pero el coche estaba medio destrozado. El parachoques delantero se había partido, los faros se habían hecho añicos y el capó se había aplastado como un acordeón, estropeando buena parte del

motor y de la carrocería. El parabrisas, además, se había hecho completamente trizas. En una palabra, ahora el coche sí que estaba para el desguace.

Tras salir del habitáculo por la ventanilla trasera, Claudio no hizo nada por ayudar a Ale, que se había quedado bloqueado dentro. Rodeó el coche y, cuando se percató del estado en que había quedado, se cayó al suelo desmayado.

Las agujas del reloj marcaban las ocho en punto, y Ale estaba delante del espejo peinándose con esmero los cabellos rebeldes. Tras la experiencia que había tenido en el instituto un mes antes, pero también gracias a su amistad con Ylenia, había aprendido a cuidarse más y a ir siempre bien arreglado.

Encendió el equipo de música y empezó a canturrear una canción en inglés, pensando que por suerte nadie lo

estaba escuchando: ¡no pronunciaba una palabra bien ni siquiera por equivocación!

Cuando se apartó del espejo, ya eran las ocho y veinte. Después de echarse un último vistazo de admiración (sentía que esa noche estaba realmente guapo), pensó en cómo resolver el último problema: robar el coche de su padre. Lo ideal sería birlarle también el carnet, pero su padre lo guardaba bajo llave y era prácticamente imposible quitárselo sin que se diese cuenta. Lo único que podía hacer era confiar en que todo saliese bien.

Fue al salón para saber cuál era la

situación, y comprobó que su padre estaba sentado en el sillón, viendo, como siempre, una película en la televisión. Se acercó de puntillas para observar mejor, y confirmó que esa noche también se había dormido.

Furtivamente se puso a buscar las llaves del coche. Por suerte, estaban sobre la mesilla de cristal del salón, junto a las gafas, los cigarrillos y la cartera. A paso rápido, para no llegar tarde, se dirigió hacia la puerta de entrada, pero paró de golpe, porque tuvo como la impresión de que la abuela había dicho algo. Se volvió hacia ella y aguzó el oído, pero no oyó nada más. Se

detuvo entonces un instante para mirarla bien, pero comprobó que no había cambiado nada. Como siempre, estaba arrodillada en el reclinatorio, delante de la imagen de la Virgen, rezando el rosario. Aun así, seguía mosqueado, porque le había parecido que le había dicho: «¡Ten cuidado con lo que haces!», pero eso era imposible, porque no abría la boca desde hacía años. Seguramente habían sido imaginaciones suyas, una broma de la mente fruto de la tensión por aquel pequeño hurto. Así que, sin dar mayor importancia, abrió la puerta, procurando hacer el menor ruido posible, y la cerró tras de sí. Mientras

se dirigía hacia el garaje, repasaba mentalmente todo lo que le había enseñado Claudio esa tarde. Quedaba por ver cómo iba a arreglárselas.

Una vez en el garaje, para no despertar a su padre, quitó el freno de mano del coche y con el motor apagado lo sacó del patio del edificio. Con cierta dificultad lo arrancó y cambió de marcha sin apretar el pedal del embrague, haciendo un gran estruendo, pero estaba demasiado lejos para que su padre pudiese oírlo y despertarse.

Cuando llegó a casa de Silvia miró el reloj y comprobó que era justo la hora a la que habían quedado. Tocó tres

veces el claxon y esperó a que bajara, mientras se reprochaba que no se le hubiera ocurrido comprarle unas flores: a las chicas les encantan y en las películas siempre dan buen resultado.

Pero ya era demasiado tarde. Se apeó del coche y miró alrededor, para ver si había alguna flor que se pudiera arrancar en el jardín de los vecinos; pero nada, no había ni rastro de una flor en varios kilómetros a la redonda. Un poco decepcionado, volvió a subir al coche.

Quién sabía, a lo mejor la noche, con flores o sin ellas, salía bien, aunque lo más importante era que se quitara de

la cabeza a Ylenia. Temía que Silvia se diese cuenta de que en realidad pensaba en otra, y en ningún caso quería que eso ocurriese.

Se sentía especialmente nervioso esa noche, aunque no sabía si se debía al hecho de que iba a salir con la chica más guapa del instituto o a la historia con Ylenia. Probablemente, la segunda hipótesis era cierta, pero no quería reconocerlo. ¡Y encima, estaba conduciendo sin carnet!

Sin embargo, una cosa era segura: llevaba esperando más de veinte minutos, y seguía sin haber señales de Silvia. Aquello empezaba a molestarle

bastante. Pensó que quizá la chica no había oído los toques de claxon, así que decidió bajar del coche y llamar al timbre. Le respondió al portero automático la hermana menor, que le pidió que tuviera un poco de paciencia, asegurándole que Silvia bajaría en pocos minutos. Sin embargo, un cuarto de hora después el portal aún no se había abierto.

Realmente enfadado, Ale se prometió regañarla en cuanto apareciera. Por su culpa iban a llegar muy tarde y estaba casi tentado de marcharse y dejarla allí plantada, para enseñarle al menos un poco de

educación.

Lo cierto es que se sentía muy culpable por Ylenia y aquella larga espera le parecía un castigo divino. Pero ¿por qué?

En el fondo, Ylenia lo había rechazado; Silvia, en cambio, parecía que lo miraba con buenos ojos. ¿Por qué tenía que tener tantos miramientos? ¿Por qué se sentía tan ruin?

En un instante, como por arte de magia, esos pensamientos se esfumaron cuando, tras media hora de espera, vio por fin a Silvia delante del portal de su casa, hermosa y sensual como nunca, envuelta en un elegante vestido negro y

con el pelo recogido. En ese momento se convenció de que no debía arrojar al viento la oportunidad que se le presentaba aquella noche. Se olvidó de todas las palabras que había preparado durante la espera para que supiera lo enfadado que estaba por su conducta: también la irritación se había disipado con el rocío nocturno. De repente su mente se había quedado en blanco, se sentía extasiado, en el paraíso.

Y lo mejor estaba aún por llegar, porque cuando ella se acercó a la ventanilla para disculparse por el retraso, la mirada de Ale quedó atrapada por el impresionante escote de

aquel vestido tan sexy que dejaba muy poco margen a la imaginación. Silvia enseguida se dio cuenta de su reacción, que no le molestó en lo más mínimo. Como principio no estaba mal, en efecto.

Abochornado e hipnotizado por tanta belleza, Ale reparó en la mirada de la muchacha, pero le sorprendió que no se ruborizara ni bajara los ojos. ¡Claro, qué tonto, no estaba saliendo con Ylenia! ¡Esa noche iba con una chica que tenía ganas de pasárselo bien, igual que él, y que no rechazaría sus atenciones ni sus galanteos!

—¡Espero que no te haya hecho

esperar mucho!

Silvia dio media vuelta para subir al coche, caminando lentamente a propósito para que Ale pudiera admirarla en todo su esplendor.

—¡Qué va, llevo aquí como mucho una media hora, eso no es nada! ¡Por ti esperaría una eternidad!

—¡Ah, menos mal! La verdad es que creía que te había hecho esperar más de la cuenta.

Poco antes sí que se había hartado de estar tanto rato en el coche, y durante un momento pensó de nuevo en hacérselo notar, pero enseguida su mirada volvió a posarse en aquel

maravilloso escote, y las palabras que le salieron de la boca no fueron precisamente de enfado.

—Tranquila, no me había dado cuenta. Bueno, ¿nos vamos?

Silvia asintió, y Ale giró la llave. El cuadro se encendió y el motor se puso en marcha, pero estaba tan excitado que se olvidó de todo lo que Claudio le había enseñado. ¿Qué debía hacer para arrancar el coche? Apretaba el acelerador y no pasaba nada.

—¿Hay algún problema con el coche?

—No, tranquila, este coche hace siempre lo mismo. Le he dicho mil

veces a mi padre que lo lleve a revisar, pero...

Ale hizo más intentos, pero el coche no se daba por enterado. Reflexionó un poco, y luego le dijo a Silvia:

—Perdóname un momento, tengo que hacer una llamada.

Abrió entonces la puerta, bajó del coche y buscó en la agenda del móvil el número de Claudio. El chico estaba en su casa recibiendo a los invitados que empezaban a llegar. Cuando respondió a la llamada, Ale solo oyó una música ensordecedora.

—¡Claudio! ¡Claudio! Pero ¿qué es ese jaleo? Claudio... ¿me oyes?

—Pero ¿quién es? ¿Diga?

—Claudio... ¿me oyes?

—Sí, pero ¿quién eres?

—¡Soy yo, Ale! ¡No seas capullo, anda! ¿No seguirás cabreado por lo que ha pasado hoy?

—¿A quién busca? ¿A Pullo...? ¡Lo siento, pero se ha equivocado!

Claudio colgó, y Ale, cada vez más nervioso, se apresuró a llamarlo otra vez.

—¿Diga?

—¿Claudio?

—Pero ¿quién eres?

—¡Claudio, soy Ale! ¡Aaale!

—¡Ah, Ale, eres tú! ¿Por qué no me

lo has dicho antes?

—La verdad es que llevo media hora tratando de decírtelo. Bueno, olvídalo. ¡Más bien, escúchame, estoy metido en un buen lío!

Ale oyó que Claudio hablaba con otro.

—¡Claudio, coño! ¿Me quieres escuchar?

—¡Perdona, pero están llegando los invitados y los tengo que saludar! Por cierto, ¿tú dónde te has metido?

—¿Qué has dicho? ¡No te oigo!

—Espera un segundo, que me voy a otro sitio.

—¡Sí, pero date prisa, porque no

tengo saldo en el móvil y estoy en una situación jodida!

—¡Vale!

Claudio salió al jardín, y por fin los dos pudieron hablar.

—Y bien, ¿se puede saber qué coño quieres? ¿Has decidido romperme también los huevos, además del coche?

—¿Eh? ¿Qué te ha pasado? ¿Qué ha sido del Claudio de hace un instante?

—¡Agradece que todavía te dirija la palabra! Ahora mismo estaba delante de los invitados y solo por eso no te he insultado.

—A ver, escucha, estoy en casa de Silvia y no consigo que el coche de mi

padre arranque.

—¡Bum!

—¿Eh?

—¡Ve con ese cuento a otro!

—Pero si es verdad...

—¡Seguro, latin lover de los cojones!

—¡Te digo que es verdad, idiota!

—¡Y yo te digo que te vayas con ese cuento a otro, yo tengo cosas que hacer!  
¡Adiós!

Claudio colgó de nuevo, y Ale lo llamó por tercera vez, cada vez más nervioso.

—¿Se puede saber qué quieres?  
Total, es inútil, no me creo que estés con

Silvia.

—¡Joder! Estoy solo, ¿vale? ¿Ahora me quieres decir qué tengo que hacer para que arranque este coche?

Claudio guardó silencio unos segundos. Ale parecía realmente enfadado.

—¿Has quitado el freno de mano?

Ale se dio una palmada en la frente y colgó sin siquiera dar las gracias a su amigo.

Mientras tanto, Silvia, al oírlo gritar, se había asomado por la ventanilla para saber qué estaba pasando.

—Ale, ¿ocurre algo? ¡Anda, vámonos! ¡Estoy harta de esperar!

¡Encima! ¡Qué cara!

El pobre Ale entró en el coche y se dio cuenta de que, en efecto, Claudio tenía razón. El problema era precisamente ese, se había olvidado de quitar el freno de mano. Se apresuró a bajar la palanca y el coche arrancó sin problemas.

Se preguntó cuál era la manera más rápida de llegar a casa de Claudio, pero luego decidió ir por una calle secundaria, por temor a cruzarse con un coche patrulla, pese a que eso significaba alargar mucho el camino. «Lo único que nos falta es que nos pare la policía», pensó.

—¡Estás preciosa esta noche! —dijo —. «Oh my darling, you are wonderful tonight...»

Eran las únicas palabras que había conseguido aprender de la letra de una canción, precisamente para la ocasión.

Cuando por fin consiguieron llegar a casa de Claudio, Ale aparcó de cualquier manera. Llevó a Silvia de la mano hasta el portal de la casa de su amigo. Tocó el timbre, y el mismo Claudio abrió la puerta. El muchacho reparó en la presencia de Ale, pero no en la de Silvia, que se había apartado unos pasos para responder a una llamada del móvil.

—¡Mis cincuenta euros, gracias! —

exclamó alargando la mano.

Divertido, Ale lo miró con una sonrisa socarrona. Se acercó a Silvia, que estaba guardando el móvil en el bolso, la agarró de la mano y la hizo pasar. Luego, dirigiéndose a Claudio, que no daba crédito a lo que veía, exclamó con aire de suficiencia:

—No te preocupes por mis cincuenta euros, ya me los darás mañana...

—Perdóname un momento, Ale, voy al baño a arreglarme el maquillaje, no tardo nada. —Silvia le dio un beso en la comisura de los labios antes de alejarse, y él, que no cabía en sí de gozo, se acercó al oído de su amigo.

—O mejor, quédatelos, así ya no estaré en deuda contigo por el dinero que te he hecho perder en la máquina tragaperras y por el coche que te he destrozado —le susurró.

Claudio aún no había conseguido abrir la boca. No podía creerse que Silvia hubiese aceptado salir con Ale. Con todo lo que había sucedido por la tarde, ni siquiera se había acordado de preguntarle a su amigo cómo le había ido con ella.

—¡No creerás que te vas a librar tan fácilmente! Yo... —reaccionó, pero no pudo terminar la frase.

En ese preciso instante se les

aproximó a los dos su compañero Pietro, ese al que todo el mundo llamaba el Guaperas, y Claudio se alejó inmediatamente, todavía molesto con él porque había ido contando por ahí la historia de las prostitutas.

—¡Hola, Ale! —lo saludaron dos chicas que a él le parecían espantosas pero que a Pietro le debían de gustar mucho, a la vista de cómo las estrechaba.

—¿Qué tal? —Ale no tenía ganas de estar con él.

Pietro señaló a las dos chicas.

—Mejor, imposible. ¿Y tú? Has venido solo, ¿verdad? Qué se le va a

hacer, son cosas que pasan, no te preocupes. O por lo menos, son cosas que les pasan a los que son como tú...

Tras esas palabras, las dos chicas rompieron a reír.

—Bueno, la verdad es que he venido con Silvia. —Y entonces la señaló mientras ella se acercaba a él sonriendo.

Las dos chicas dejaron de reír, y Pietro ya no supo qué decir. Cuando Silvia estuvo a su lado, Ale le rodeó la cintura con un brazo y luego preguntó:

—¿Conoces a Pietro, mi compañero de clase?

Ella contestó que lo conocía de vista.

—Y bien, Pietro, ¿no nos presentas a tus amigas? —continuó Ale con ironía.

—¡Oh, perdona, lo había olvidado! Estas son mis dos chicas. Ella es Serena, y ella, Valentina.

—¿Tus dos chicas? —intervino Silvia con curiosidad—. ¿Cómo es que tienes dos chicas?

—¡Porque se lo puede permitir! —exclamaron a coro las dos damas.

Pietro le guiñó un ojo a Ale.

—¿Qué dices?

—¿De qué?

—¿Cómo que de qué? ¡De estos dos ángeles! ¿No crees que Serena se parece a Belén Rodríguez, y Valentina a

Elisabetta Canalis?

—¡Pues sí, ahora que lo dices, son idénticas! ¡Es realmente impresionante!

Silvia tuvo que hacer un gran esfuerzo para no echarse a reír.

—Nosotros nos vamos a bailar. ¡Nos vemos! —dijo Ale mientras se alejaban, porque ya no aguantaba más a aquel idiota.

—¡Madre mía, vaya mostrencos! —dijo luego al oído de Silvia, que por fin pudo reír con ganas.

Cuando entraron en la sala de baile, todos los chicos miraron a Ale con no poco estupor. Muchos estaban sorprendidos porque Silvia los había

rechazado al menos una vez. Otros, que nunca habían visto a la pareja, tenían solo envidia, pero aquellos que conocían bien a los dos no daban crédito a lo que veían: era francamente impensable que la chica más guapa del instituto hubiera podido aceptar la invitación de un chico como Alessandro Cutrò.

Ale, en cambio, halagado por aquellas miradas de envidia y admiración, y pinchado por las continuas provocaciones de Silvia, había conseguido olvidarse, al menos por esa noche, del nombre y del rostro de Ylenia. Era como si no existiera

nadie aparte de Silvia.

Entre bailes y cócteles, risas con los amigos y muchas miradas de complicidad entre los dos, la fiesta pasaba rápidamente. Empezaron los bailes latinos y las carcajadas aumentaron porque el chulito de turno trataba de lucirse, pero no conseguía seguir el ritmo ni los pasos del grupo, un auténtico cachondeo que provocaba la hilaridad de todos.

Eran casi las dos y una melodía dulce y lenta sacó de nuevo a la pista a todas las parejitas.

Ale se arrodilló y le besó la mano a Silvia.

—Madame, ¿me concede el honor de este baile?

—Claro, cómo no —exclamó ella levantándose de la silla y sin pensar en sus pies, doloridos por los tacones altos.

Puede que no hubiera una chica más feliz sobre la faz de la tierra cuando al compás de las notas de «I'll Be Missing You» Silvia se abandonó a los brazos de su compañero y apoyó la cabeza en su pecho. Ale podía oler su perfume, y sus labios abiertos parecían reclamar un beso.

¿Por qué no acceder a esa dulce petición? Inclino ligeramente la cabeza hacia sus labios, pero en ese preciso

momento sintió que le daban unas palmaditas en el hombro. Se volvió y vio a Claudio, que como siempre había aparecido para estropearlo todo. Su amigo, en efecto, estaba bailando un lento con Gilda, su compañera de clase, y le murmuraba algo al oído.

—¡Quiero la revancha!

Ale le pidió por señas que se explicase mejor, y cuando estuvieron de nuevo cerca Claudio dijo:

—¡Te apuesto cincuenta euros a que no consigues hacer nada!

Con un nuevo gesto Ale le hizo saber que no entendía, y en la tercera vuelta, cuando la canción estaba a punto de

terminar, Claudio le susurró:

—¡Una declaración de amor!

Ale había intuido que se trataba de una apuesta, pero no sabía muy bien qué estaba en juego. Sin embargo, no cabía duda de que la apuesta la tenía perdida de antemano: era imposible que Silvia se enamorase de él. ¡Si no lo había conseguido con Ylenia, cómo iba a conseguirlo con ella! ¡Ylenia... qué estaría haciendo, con quién estaría, cómo se lo tomaría si se enterase de que había ido a esa fiesta con Silvia!

—¡Oye, Ale, que la canción ha terminado! —Silvia le estaba sonriendo dulcemente.

Estaba tan absorto en sus pensamientos que se seguía balanceando en medio de la pista. Ni siquiera se había dado cuenta de que las luces estaban de nuevo encendidas.

Paró de golpe y para ahuyentar los pensamientos propuso:

—¿Salimos un rato? Aquí dentro hace un calor...

Silvia aceptó enseguida; es más, parecía encantada de la propuesta.

Fuera hacía un frío espantoso, y Silvia llevaba puesto solo un abrigo ligero. Como todo un caballero, Ale se quitó la chaqueta y se la puso sobre los hombros. Ella le sonrió para darle las

gracias y se apretó contra él.

—¿Me abrazas? —preguntó mirándolo directamente a los ojos.

Ale no necesitó que se lo dijera dos veces.

Permanecieron así, abrazados, sin hablar. El único ruido que se oía era el silbido del viento, que, envolviendo a la muchacha como una inmaculada manta, difundía su suave perfume.

—¿Me acompañas un momento al coche? Me he dejado el móvil.

Ale asintió y, cogiéndola de la mano, fue con ella hacia el coche.

Una vez allí, apretó el botón de la alarma. Los cuatro intermitentes se

encendieron y el coche se abrió. Justo en ese instante recordó que la había visto sacar el móvil del bolso cuando iban a entrar en casa de Claudio. ¿Por qué, entonces, le había pedido ir al coche?

Mientras tanto, Silvia abrió la puerta, se sentó en el asiento trasero y ni siquiera fingió estar buscando nada. Lo estaba invitando a entrar.

—¿Por qué has querido venir aquí?  
—le preguntó mientras cerraba la puerta.

—¡Ya te lo he dicho, quería coger el móvil! —respondió Silvia riendo.

—Pero ¡si el móvil lo tienes en el bolso!

—Vale, me has descubierto...

De repente, abandonó la actitud provocadora que había mantenido toda la noche y se transformó en una chica tímida, capaz también de abochornarse y de ruborizarse.

—¿Por qué te has puesto roja?

—¡Porque quería estar a solas contigo! —Silvia no se atrevía a mirarlo a la cara.

Ahora Ale sí que se sentía trabado, no sabía cómo comportarse.

—¿Cómo es que no tienes novio? Hay un montón de chicos detrás de ti.

—Ya, pero no me interesan.

—¿Ahora mismo no te interesa

ninguno?

—A decir verdad, sí hay un chico que me interesa, pero él nunca se ha fijado en mí y creo que está enamorado de otra.

Ale no dijo nada.

—Me gusta desde que estábamos en primaria, pero nunca me he atrevido a confesárselo. Y él nunca se ha dado cuenta —prosiguió.

—¿Y quién es el afortunado?

—Tú, Ale...

Se quedó petrificado. La chica más guapa del instituto, con la que todos soñaban, a la que todos deseaban, la que pocos habían conseguido, le estaba

diciendo que estaba enamorada de él desde primaria. ¡Y él, como un ciego, como un idiota, nunca se había dado cuenta de nada! Y pensar que siempre había soñado con un momento así, lo consideraba un sueño imposible, y ahora en cambio ella estaba ahí, en carne y hueso, preciosa, dulcísima y frágil, y le estaba pidiendo que la quisiera.

Embargado por la emoción, sintió un sabor nuevo en los labios, el sabor de una chica maravillosa que lo besaba con pasión, ardor y desesperación.

Era como si estuviese viviendo un sueño, no controlaba su cuerpo, era como si actuase por su cuenta, el poder

de su mente estaba anulado. Silvia lo estrechaba, y él le besaba la frente, la barbilla, el cuello, los labios, le mordisqueaba la oreja, y más abajo, ese escote que había desaparecido, porque los tirantes se le habían caído y el vestido ya estaba sobre el asiento delantero, junto con el sujetador. Ahora la acariciaba por todas partes, tenía entre los dedos el elástico de sus braguitas, y era más fuerte que él, no conseguía parar, no podía frenarse, la quería, la deseaba ardientemente, quería poseerla y hacerla suya, suya por fin. Ella empezó a temblar como una hoja en otoño, quizá no estaba preparada para

llegar hasta ahí, creía ser madura, pero solo era una chica necesitada de cariño y de mimos.

—¡Ale, tengo miedo! Debo decirte algo... nunca lo he hecho —dijo Silvia con la voz palpitante y los labios sobre los suyos.

Ale paró de golpe, abrió los ojos y la miró. Tenía los ojos entornados y la cara roja. Parecía hambrienta de besos y de caricias, solo deseaba la boca y las manos de él sobre su cuerpo, solo pedía ser amada. Nada más.

—Lo siento, no puedo... —Ale se sentó, dejándola ahí medio desnuda, tumbada en el asiento, con los ojos

brillantes y un deseo que él no podía satisfacer, porque en su cabeza solo tenía un nombre. Un nombre que, por mucho que se esforzase en olvidar, era de otra.

—¿Qué significa eso? —preguntó Silvia incrédula. Instintivamente intentó taparse con los brazos los pechos desnudos.

—Lo siento, pero estoy enamorado de otra. No puedo hacerte esto. No puedo ser el primero, no me lo merezco. En algo tan importante... Lo siento.

Ale hablaba y se vestía, mientras Silvia se había estirado en el asiento para recoger sus cosas sin mirarlo.

—Me he equivocado, no tendríamos que haber llegado hasta esto. Espero que puedas perdonarme.

Silvia rompió a llorar.

—¿Perdonarte? ¿Te das cuenta de lo que me estás haciendo? ¡Eres un cabrón! ¿Por qué me has ilusionado? ¿Por qué me has invitado esta noche? ¿Por qué hemos llegado hasta esto? ¿Y por qué ahora me dejas aquí, de esta manera? ¿Comprendes cómo me puedo sentir? ¿Comprendes lo humillada que puedo sentirme? Es por culpa de esa, ¿verdad? ¿De esa putilla extranjera a la que te pasas la vida persiguiendo? ¡Pues, por si no te habías enterado, a ella no le

importas un pimiento! Ni un pimiento, ¿te enteras? Eres un pobre iluso.

—¡No la llames putilla! ¡Ni siquiera la conoces! ¡No tienes derecho a juzgarla!

Silvia estaba aturdida. No replicó nada, y se limitó a agacharse en el asiento para llorar desconsolada.

—Te espero fuera, al lado del coche. Avísame cuando hayas terminado de vestirte, estás demasiado alterada para quedarte en la fiesta. Te llevaré a casa.

Silvia se vistió rápidamente y se quedó unos minutos sola en el coche, demasiado desconsolada para hablar.

Ale le gustaba muchísimo, y le había

hecho albergar ilusiones. La había llevado a la fiesta, le había hecho creer a saber qué, la había desnudado, la había tocado, y cuando por fin estaba a punto de hacerla feliz se había echado atrás, porque en realidad no la quería a ella, sino a otra. Ella solo era un pasatiempo, la diversión de una noche. Su corazón, su mente y sus gestos eran para Ylenia, que en cambio no se merecía ni una sola de todas aquellas atenciones.

Sin hablar, abrió la puerta de Ale, y él entendió que podía subir. Se sentó y, poniéndole una mano en el hombro, le dijo:

—De verdad que lo siento, te juro que no quería, no creía... Espero que podamos aclarar...

—¡No me toques! —le gritó ella volviéndose de golpe.

Tenía el maquillaje corrido, los ojos hinchados, deshecho su bonito peinado, el corazón destrozado.

Ale comprendió que era mejor guardar silencio, esta vez había metido bien la pata. La había herido profundamente y era probable que jamás pudiera perdonarlo.

Arrancó el coche y emprendió rumbo hacia casa de Silvia.

—¿Qué me podía esperar de alguien

que va de putas? ¡Qué tonta! ¡Creía que para gustarte tenía que ser sensual e intrigante! ¡Vaya idiota! ¡Lo bien que te lo vas a pasar con tus amigos cuando les cuentes cómo me has humillado esta noche, y cómo se van a reír ellos de mí!

—¡Oye, que yo no soy así! ¡No es verdad que vaya de putas, y no pienso contarle a nadie lo que ha pasado esta noche! Además, por si te sirve de algo, debes saber que si todo esto hubiese ocurrido unos meses antes no habría dudado un segundo en hacer el amor contigo, y si tú hubieses querido habría sido tu novio encantado de la vida, pero ahora es demasiado...

Silvia lo interrumpió gritando y pegando puñetazos contra el salpicadero.

—¡Calla, calla, no quiero oír excusas, no me interesan tus mentiras! ¿No te das cuentas de que así solo me haces más daño? ¡Te odio, no quiero volver a verte! ¡Cabrón! ¡Te odio!

Durante el resto del trayecto los dos permanecieron en silencio. Ale tenía una jaqueca terrible a causa del alcohol y de todo lo demás.

Había rechazado a Silvia. Había perdido una oportunidad única, ella no volvería siquiera a saludarlo, ¿y todo eso por qué? Por el amor probablemente

no correspondido de una chica a la que quizá jamás conseguiría.

Pero había hecho lo que debía. Si se hubiese enrollado con Silvia, no se habría vuelto a atrever a mirar a Ylenia a los ojos. Qué raro, hasta hacía poco no habría tenido tantos reparos por una relación tan insegura, ni tampoco por una muy segura. Nunca habría dejado que se le escapara una ocasión semejante, ni aun a costa de pelearse con un buen amigo o con una buena amiga. Hasta hacía unos meses era una persona diferente, apenas un chiquillo. Nunca había estado realmente enamorado.

Silvia se apeó del coche dando un portazo, sin despedirse. Había tratado de arreglarse como mejor pudo para que su madre no le hiciera preguntas, pero durante todo el camino no hizo sino sollozar desesperadamente.

Ale esperó a que hubiese entrado en casa para marcharse. Durante un segundo lo asaltó el temor de que pudiese hacer una locura, pero enseguida comprendió que la herida cicatrizaría pronto.

Ale se encontró solo en la carretera, con el único deseo de hablar con Ylenia y de verla. Eso le habría bastado para ser de nuevo feliz, pero al llamarla descubrió que su teléfono seguía apagado. Eso sí, ya era muy tarde, se dijo, probablemente estaba durmiendo.

Guardó el móvil en la guantera y apartó durante un segundo la mirada de la carretera. Cuando levantó la cabeza, vio delante un control de policía.

«¡Joder! ¡Qué idiota! ¡Tendría que haberme ido por la periferia! ¡Con todo lo que ha pasado esta noche, se me ha olvidado! ¡Coño!»

Miró por el retrovisor para ver si había más coches detrás del suyo, pero la carretera estaba desierta. Además, tenía prisa por volver a casa, destrozado como estaba, y por eso había apretado el acelerador más de lo debido. Los policías seguramente se habrían dado cuenta y lo pararían.

Sus sospechas, en efecto, se confirmaron: un policía en el centro del carril levantó el disco y le hizo señas para que se detuviera.

«¡Cono! ¡Coño, coño, coño!»

No sabía qué hacer. ¿Huir? Eso no. ¿Parar? No le quedaba más alternativa. Lo mirase por donde lo mirase, estaba metido en un buen lío.

—Deme su carnet de conducir y el permiso de circulación, por favor —dijo el policía, que entretanto se había acercado a la ventanilla.

—¡Sí, claro! —Ale, tratando de mantener la calma, le tendió el carnet de identidad y el permiso de circulación.

El hombre lo miró mal.

—¿Hay algún problema, agente?

—¿Que si hay algún problema? ¡Al menos dos! Para empezar, ¿qué hacemos

con el límite de velocidad? Luego, aquí tenemos solo el carnet de identidad y el permiso de circulación. No me has dado el de conducir.

—¡Ah, sí, claro! Espere un segundo... —Ale sintió que se desmayaba, pero fingió rebuscar en los bolsillos de los pantalones.

Impaciente, el agente lo invitó a bajarse del coche.

—Oye, ¿tienes o no el carnet de conducir?

—Ejem, realmente no... —confesó el muchacho sonriendo y rascándose la cabeza.

—¿Qué quiere decir con «realmente

no»?

—¡No, o sea, en realidad lo tengo!

—Pues ¿qué esperas para dármelo?

¡Deprisa, venga, que no tenemos tiempo que perder!

—¡Verá, agente, el hecho es que lo tengo... pero no lo tengo!

—¿Me estás tomando el pelo?

—No, deje que me explique, me he sacado el carnet, solo que no lo llevo encima, eso es todo, me lo he dejado olvidado en casa. ¡La verdad es que me lo ha confiscado mi padre!

—Pues estupendo. Tengo que ponerte una multa por conducir sin carnet, otra por exceso de velocidad y

una tercera por no llevar cinturón de seguridad. ¡Y, ya puestos, miremos si ha pasado la itv!

Ale tenía el corazón en un puño. Ni siquiera sabía de qué le estaban hablando, pero confiaba en que todo estuviera en regla.

El policía miró el permiso de circulación y le dijo que no había pasado la itv.

—Así que en total son ochocientos euros de multa, además del secuestro del coche por la itv caducada.

El policía sacó su libreta y empezó a rellenar la primera página.

—¡No!

Ale le arrancó instintivamente el bolígrafo de la mano, con lo que lo puso aún más nervioso.

—Oye, ¿qué haces? —dijo el policía mientras hacía señas a su colega para que acudiera.

—¡Por favor! ¡He tenido una noche horrible! Le he robado el coche a mi padre para impresionar a una chica, que sin embargo no es la chica a la que realmente quiero, porque quiero en realidad a otra, que nunca me ha mirado y solo me considera un amigo. Pero la primera es la más guapa del instituto, y aun así la he rechazado después de que me confesara que siempre le he gustado,

y estábamos a punto de hacerlo, se dan cuenta, pero me he echado atrás porque era su primera vez, y también por miedo a la reacción de la otra chica, la que me gusta de verdad, y la he herido seriamente, y ahora no va a querer volver a mirarme a la cara, y...

—¿Cuál de las dos? ¿La de esta noche o la que te gusta de verdad?

El segundo policía, que en el fondo solo tenía unos pocos años más que Ale, parecía interesado en la historia, pero el primero le dio un codazo en el costado.

—¡La de esta noche! ¡Y ahora no sé siquiera si he hecho bien, porque si Ylenia va a seguir rechazándome, habría

desaprovechado una oportunidad magnífica! En el fondo, antes de que llegase ella, Silvia siempre me había gustado, pero ahora para mí solo existe ella y no consigo pensar en nadie más, pero a la vez no logro entenderla, porque parece que le gusto, pero cuando me acerco a ella me rechaza. Por no hablar del instituto, mis profesores me detestan, tengo unas notas pésimas y no sé si podré presentarme a la selectividad. Además, si vuelvo a suspender, mi padre me ha amenazado con sacarme del instituto y con mandarme a trabajar. ¡En fin, se lo pido, por favor, mi vida ya está bastante

embrollada! ¡Pónganme la multa, pero no me secuestren el coche; si no mi padre me matará! ¡Hablo en serio, cuando quiere puede ser muy violento! ¡Se lo ruego, tengan compasión de mí!

Los dos hombres se miraron a la cara, sin saber qué hacer. Ale parecía sinceramente desesperado, y el policía más joven se había encariñado con aquel pobre muchacho.

—¿Qué le parece, sargento, si le ponemos la multa, pero no nos llevamos el coche? —propuso el policía más joven.

—En el fondo, no parece mal chico.

—¿Qué debo hacer, entonces?

—Ponle la multa y déjalo marchar.

Cuando los policías le pusieron la multa, Ale los miró, preguntándose dónde encontraría el dinero para pagarla. Suspirando se puso al volante y se encaminó hacia casa.

Una vez que hubo llegado, fue al salón para ver a su abuela. Se acercó a ella, pero parecía que, como siempre, estaba ausente. Antes de irse a su habitación le musitó al oído:

—Quizá sea mejor que la próxima vez no digas nada. ¡Vaya noche de mierda!

Ya habían pasado dos semanas desde la última vez que había hablado con Ylenia, y Ale empezaba a estar seriamente preocupado. ¿Qué podía haberle pasado? No era propio de ella faltar tantos días al instituto; además, tenía el móvil siempre apagado y en casa respondía el contestador automático.

Le había dejado mil mensajes, pero no le había devuelto ninguna llamada.

También le había mandado SMS, pero era probable que, si no tenía encendido el móvil, no los hubiera leído.

Tal vez había cambiado de número. Podía ser que no quisiera volver a dirigirle la palabra ni verlo, que siguiera enfadada con él, que le hubieran llegado rumores, quizá de la fiesta en casa de Claudio, con Silvia. A lo mejor por eso no lo había vuelto a buscar. Si solo le hubiese dado la posibilidad de explicarse...

Ale estaba en la cama, todavía medio dormido, sin encontrar respuesta a sus preguntas. Habría querido que fuese siempre domingo por la mañana.

Qué bien poder quedarse en la cama hasta mediodía, con la luz de la primavera abriéndose camino por las ventanas entornadas y esos ruidos de vida fuera, en la estación de las promesas.

Por raro que parezca, se había despertado temprano ese día. Pocas veces ocurría que a las diez de la mañana, un domingo, ya tuviese los ojos abiertos. Se volvió hacia el otro lado y se subió las mantas para dormir un par de horas más, pero el móvil empezó a sonar.

—¡Qué coñazo! ¿Quién será a estas horas...?

Se levantó para coger el teléfono, que estaba bajo la montaña de ropa esparcida sobre el escritorio. Cuando vio el número en la pantalla casi no daba crédito a lo que veía.

—¿Diga? Ylenia, ¿eres tú?

—Sí, soy yo, Ale. Hola, ¿cómo estás? —Ylenia tenía la voz cansada y triste.

—Estoy perfectamente. Pero ¿y tú? ¿Dónde te habías metido? ¡No has vuelto a dar señales de vida, creía que estabas enfadada conmigo!

—No, no es eso, es solo que he tenido un poco de fiebre. De hecho, quería pedirte disculpas por la forma en

que me he comportado contigo estas dos semanas. He escuchado tus mensajes en el contestador, pero no te he llamado porque he pasado por momentos complicados. Desgraciadamente, no paso por una buena etapa. De todas formas, no te preocupes, no tiene nada que ver contigo.

—¡Menos mal! Yo también he pasado unos días espantosos y he comprendido que no puedo oponerme a la voluntad del destino...

—¡Qué raro! Yo también, precisamente en estos días, he comprendido lo mismo. El destino de cada persona está escrito, y nadie puede

hacer nada para cambiarlo.

«Qué dulce. Cuánto la quiero...», pensó Ale para sí. Luego dijo:

—¿Qué te ocurre? Tienes la voz rara, ¿ha pasado algo? ¡Oye, si no te apetece hablar, da igual! No tienes por qué contarme nada si no quieres.

«Qué dulce, cuánto lo quiero. ¡Oh, Ale, es verdad, algo pasa! ¡Creo que te quiero, pero nunca podremos estar juntos, porque me estoy muriendo! Qué bonito sería poder gritar la verdad por teléfono y llorar hasta mañana. Eso es lo único que deseo realmente. Pero no puedo. No puedo. Perdóname, amor mío. No puedo decir la verdad. Quisiera

hacerlo, lo juro. Pero no puedo».

—¿Ylenia? ¿Estás ahí?

—Sí, perdóname, me había distraído un poco.

—¿Y bien... pasa algo?

—¡No, no pasa nada, tranquilo! Sigo con un poco de gripe, eso es todo. Ya te he dicho que he tenido fiebre, y también un fuerte resfriado. Te llamo precisamente por eso. ¿Te apetece que nos veamos esta tarde para estudiar un poco? Así podré ponerme al día y recuperar lo que me he perdido en los días que he faltado a clase... ¿Te apetece?

—¿Y me lo preguntas? ¡Por

supuesto, encantado de la vida!

Ale estaba pletórico. Por fin podía serle útil de algún modo, pero, sobre todo, había reencontrado a su Ylenia de siempre, la única en el mundo capaz de hacerle palpar el corazón y olvidar a todas las demás.

—¿Te espero a eso de las tres?

—De acuerdo, nos vemos por la tarde.

—¡Perfecto! Entonces, hasta luego...

—Espera un segundo.

—¿Qué pasa?

—Me ha encantado oírte. Te he echado de menos todos estos días.

«¡Yo también te he echado

muchísimo de menos, amor mío! ¡Pero no puedo decírtelo, lo siento, nunca podré decírtelo!»

—¡Deja de hacer el tonto! ¡Nos vemos más tarde! ¡Hasta luego!

Ylenia colgó sin darle tiempo siquiera a responder. Ale miró su móvil. Qué raro, todavía peor que las otras veces. Por regla general, le agradaba que él le dijera cosas bonitas, se ruborizaba y empezaba a reírse abochornada, pero esta vez ni siquiera había aceptado aquella pequeña confesión. Qué raro...

Pero qué más daba, lo único que importaba en ese momento era que ella

no estuviese enfadada y que quisiese verlo. Eso le bastaba para ser el chico más feliz del mundo.

Volvió a meterse en la cama, con una sonrisa de oreja a oreja en la cara, saboreando la dicha que experimentaría en cuanto estuviera de nuevo a su lado. Preparaba las palabras que le diría, prometiéndose no enfadarla, hasta que al final, acunado por esos pensamientos, se quedó otra vez dormido.

Cuando abrió los ojos, vio que ya eran las dos y cuarto de la tarde. Tenía cuarenta y cinco minutos para comer, vestirse e ir a la casa de Ylenia.

Fue corriendo a la cocina y abrió las

puertas del armario para buscar algo rápido de preparar. Rebuscando entre las provisiones encontró una lata de carne, que sin embargo era de una marca diferente de la que solía comprar su padre.

«¡Será una marca blanca!», se dijo mientras buscaba un tenedor en el cajón de los cubiertos. Al no encontrarlo, por acabar antes tiró de la lengüeta de aluminio y vació el contenido directamente en la boca, advirtiéndolo pocos instantes después que tenía un sabor repulsivo.

—¡Qué asco! —exclamó, y lo escupió todo en la basura.

Se limpió la boca, fregó la encimera de mármol sobre la que había puesto la lata, la tiró al cubo de la basura y se fue a su habitación.

En el pasillo se cruzó con su padre, que llegaba en ese momento con un cachorro de Yorkshire entre las manos. Un copo de pelos, rubio, con una cinta roja al cuello: una perrita.

—¡Buenos días! ¡Por fin te levantas! ¿Has visto el plato de pasta que te he dejado en la cocina? ¿Te lo has comido?

Ale, sorprendido, pensó que el mundo entero se estaba burlando de él.

—No, he comido lo que he encontrado. ¿Y este quién es? ¿Qué hace

aquí? —preguntó Ale señalando a la perrita.

—¿No es una preciosidad? La he comprado en la feria para tu abuela. Le hará compañía. Se llama Sissi.

—No creo que la necesite.

—Hazme un favor. ¿Me coges una lata de carne para perros? La he comprado esta mañana.

—¡Uf, papá, ya es tarde! Y tengo que darme prisa.

—¡Anda, qué te cuesta! La he puesto ahí, mira, en la segunda puerta de arriba del armario de la cocina, junto con las otras latas. —El padre le señaló, desde la puerta, el lugar al que se refería.

Ale tardó poco en darse cuenta de lo que había hecho. Fue corriendo a rebuscar en el cubo de la basura para comprobar si sus sospechas eran ciertas. En la etiqueta leyó: «Para perros llenos de vitalidad», y enseguida se fue al cuarto de baño a vomitar. Pensó que aquella criatura aún no había entrado en casa y ya había empezado a causar daños.

«El día está comenzando mal. Más vale que vaya a vestirme; si no llegaré tarde a casa de Ylenia».

No sabía qué ponerse, no quería cagarla. Empezó a probarse pantalones y camisetas, y al final se decidió por unos

vaqueros que se había comprado en el mercado unos días antes y por un jersey deportivo.

Cuando estuvo listo, bajó al garaje para coger su vieja scooter, pero en cuanto quitó el caballete vio que tenía una rueda reventada.

—¡Qué coñazo! —exclamó al tiempo que miraba alrededor en busca de una solución alternativa.

Hubiera podido volver a coger el coche de su padre, pero si lo descubría, esta vez sí que lo habría matado. Así que mejor ni pensarlo. Para pagar la multa, mejor dicho, la serie de multas que le habían puesto la noche que había

salido con Silvia, había tenido que vender su adorada PlayStation junto con los juegos y los accesorios, la guitarra, los bongós y su valiosísima colección de tebeos. Además, había tenido que pedirle un préstamo a una tía mayor, hermana de su abuela, con la promesa de hacerle chapuzas gratis en su casa.

Sus ojos se fijaron entonces en una vieja bici con la que antes salía su abuela: estaba olvidada en un rincón, mal tapada con una tela, y nadie la usaba porque tenía los frenos rotos.

«¡A grandes males!», se dijo sin pensarlo dos veces, y una vez montado empezó a pedalear hacia casa de Ylenia.

Estaba casi a mitad de camino cuando cayó en la cuenta de que se había olvidado de la mochila con los libros y tuvo que regresar para recogerla.

Para llegar antes decidió coger un atajo. Era una cuesta empinada que lo llevaba directamente a su casa. La bici empezó a ganar velocidad y, aunque apretaba con todas sus fuerzas los frenos, la bicicleta no hacía nada por parar. Para no estrellarse contra un coche o un muro, no le quedó más remedio que frenar con los pies, con lo que desgastó las suelas de los zapatos y a punto estuvo varias veces de caerse y romperse un brazo o una pierna.

Cuando por fin llegó a su casa, se cambió rápidamente los zapatos, cogió la mochila, guardó los libros y volvió a montar en la bicicleta.

Antes, sin embargo, paró a comprar unas flores, solo que no sabía qué comprar. ¿Un ramo de rosas? Mejor no, seguramente lo interpretaría mal y se enfadaría. ¿Unas orquídeas? Demasiado caras. ¿Unas violetas? Demasiado poco. ¿Unos girasoles? Demasiado grandes y difíciles de llevar en bicicleta.

Al final el florista, un hombre muy paciente, le enseñó unas pequeñas margaritas.

—¡Fantástico! —exclamó Ale,

encantado de la elección. Le parecían perfectas para Ylenia. Tenían su belleza sencilla, pura, de agua y jabón, y además eran orgullosas y dulces, como ella.

«¡Ojalá que le gusten!», pensó mientras pagaba y guardaba las flores en la mochila, confiando en que no se estropearan.

Cuando por fin llegó a la verja de casa de los Luciani la encontró entornada y entró sin llamar al portero automático. Dejó la bici apoyada contra el muro interior del jardín y avanzó por la vereda hacia el portal de entrada. Echó un vistazo rápido al vallado de Rómulo y Remo para ver si los dos

perros estaban en sus casetas y él a salvo: nunca se había llevado bien con los animales. El vallado parecía cerrado, e iba a seguir andando, pero paró en seco.

«¡Qué raro! ¡Me ha parecido oír unos gruñidos!»

Se volvió de nuevo hacia la derecha y descubrió su terrible error: el vallado estaba solamente entornado, no cerrado. Encima, los dos alanos estaban gruñendo detrás de él. Presa del pánico, se metió dentro de la zona vallada y se encerró, mientras los dos perros le ladraban desde el otro lado.

En ese preciso momento le sonó el

móvil. Era Ylenia, que, a causa de todo aquel jaleo y preocupada por la tardanza de Ale, había salido al jardín y lo estaba llamando.

—¿Se puede saber por qué tienes que llegar siempre tarde?

—¿Se puede saber por qué cada vez que vengo los perros están sueltos?

—¿Dónde estás?

—¡Sal y lo verás! —exclamó Ale mientras colgaba el teléfono.

Ylenia se dirigió hacia las casetas de los perros, atraída por los ladridos, para averiguar qué estaba ocurriendo, y no pudo contener la risa al ver la escena.

—¡Mira que estás gracioso dentro del vallado! ¿Qué haces ahí dentro?

—¿Que qué hago? ¡Trato de escapar de las garras de esas dos bestias! Me odian, lo sé, siempre pasa lo mismo. ¿Por qué nunca cerráis el bendito vallado?

—¡Anda, qué exagerado eres! ¡Si son dos angelitos! ¿No es verdad, mis pequeñines?

Ylenia se puso a acariciar a los dos perros, que se habían acurrucado a sus pies meneando el rabo, felices de verla.

—Sal de ahí, yo sujeto a los perros.

Titubeante, Ale salió del vallado y, en cuanto Ylenia encerró a los perros,

sacó de la mochila el ramo de margaritas y se lo tendió sonriendo.

—¡Gracias, son preciosas! No tendrías que haberte molestado... ¿Cómo sabías que son mis flores preferidas? —dijo Ylenia dándole un beso en la mejilla.

—Pues no lo sabía —respondió él, encantado de haber acertado.

—¡Venga, entremos, que ya es tarde! —lo invitó Ylenia cogiéndolo de un brazo.

Cuando estuvieron dentro de la casa llamó a sus padres:

—¡Mamá, papá, ha venido Ale!

—¡Hola, Ale! —se limitó a gritar el

padre desde el despacho.

—¡Buenas, señor Luciani! —  
contestó el muchacho.

Desde la cocina, Ambra prefirió en cambio salir al pasillo, para saludar a Ale y preguntarle si quería beber algo.

—Mamá, ¿te encargas tú de ponerlas en un florero? —preguntó Ylenia tendiéndole el ramo de margaritas.

—¡Por supuesto! Y tú, Ale, ¿estás seguro de que no quieres nada?

—¡No, en serio, se lo agradezco!

—Pues os dejo para que vayáis a estudiar —dijo Ambra al tiempo que regresaba a la cocina.

—¡Gracias, mamá! No entiendo qué

encuentra mi madre tan especial en ti — lo pinchó Ylenia mientras subían las escaleras—. Siente una especie de adoración por ti. Se pone tan contenta cuando vienes a estudiar aquí...

—¡A lo mejor piensa que soy el chico perfecto para su hija! —exclamó Ale riendo.

—¡Calla! Será mejor que saques los libros y nos pongamos a estudiar —lo amonestó Ylenia.

Antes de abrir el libro de historia los dos se miraron con intensidad. En ese momento parecía que el mundo entero estaba metido en aquella habitación. Lo tenían todo. O por lo

menos, todo cuanto hacía falta para ser felices. Solo faltaba una cosa: el valor de confesarlo.

Ylenia abrió el libro y le pidió a Ale que pusiera un poco de atención en lo que iba a leer, pero desde las primeras palabras la mente de Ale empezó a vagar llevada por la imaginación: ¡Ylenia sentada en sus piernas, en un magnífico paisaje exótico!

Ella se dio cuenta de que Ale estaba en otro lugar y le llamó la atención, trayéndolo de nuevo a la tierra.

—Me quieres escuchar, ¿o no?

—¿Huimos juntos?

—¿Qué?

—Imagina qué maravilla: tú, yo, el rumor del mar, palmeras, gaviotas volando en el cielo...

—Ale, ¿has fumado?

Ylenia rompió a reír, y Ale sacó del bolsillo el móvil. Con un simple clic consiguió captar aquella preciosa y fresca carcajada en su pantalla. Sin embargo, cuando alzó la vista, advirtió que Ylenia ya no se estaba riendo y que lo estaba mirando mal. Muy mal.

—¡Bórrala!

—No, anda, ¿por qué? ¡Es tan bonita!

Ylenia echó solo una ojeada al móvil, torció el gesto y puso los brazos

en jarras.

—¡Como no la borres, te echo de casa!

Sonriendo, Ale decidió contentarla, aunque de mala gana. No entendía a las chicas que estaban siempre convencidas de salir mal en las fotos. ¡Con lo hermosa y espontánea que había salido en esa!

—¿Y bien? ¿La borras o no? ¡He salido horrible! ¡Y no me vuelvas a hacer nunca una foto a traición! ¿Me lo prometes?

—¡Te lo prometo, te lo prometo!

Ale no tenía la menor intención de mantener su promesa, seguro como

estaba de que tendría otras mil ocasiones de poder fotografiarla. Y si le hubiesen dicho que en realidad estaba totalmente equivocado, jamás se lo habría creído.

La tarde pasó rápidamente. Ale e Ylenia estudiaron con alegría, haciendo de vez en cuando una pausa para descansar un poco y para charlar como buenos amigos.

—¡Uf, ya no puedo más! ¡Paremos, por favor! —rogó Ale a eso de las siete de la tarde, realmente exhausto.

—Vale, yo también estoy cansada. Creo que por hoy hemos estudiado bastante.

—¡Menos mal! Necesito estirar las piernas. Voy un momento al baño, ¿vale?

—De acuerdo, segunda puerta a la derecha. Te acuerdas, ¿no?

—Sí, sí, claro...

Al quedarse sola, Ylenia empezó a recoger la mesa. Guardó los bolígrafos en los estuches, cerró los libros y los cuadernos y los colocó en dos pilas, una con los suyos y otra con los de Ale. Luego cogió la agenda escolar de Ale y empezó a hojearla, como si quisiera descubrir algo de él. Estaba llena de frases escritas de forma casi incomprensible y de borrones, incluso había alguna página arrancada. Esas

hojas habían sido probablemente utilizadas para hacer bolitas de papel que lanzar a los compañeros. Aquí y allá había garabatos y dibujos, intentos desesperados de escapar al aburrimiento de las clases. Abrió una página al azar, todavía intacta, y en una esquina dibujó un pequeño corazón con bolígrafo rojo: al lado escribió su nombre. Tras lo cual la cerró y la guardó en la mochila de Ale.

En ese preciso instante Ale entró en la habitación y, atraído por los ruidos de la calle, se acercó a la ventana.

—¿Qué son esos disparos?

—¡No son disparos, son fuegos

artificiales! —Ylenia también se acercó a la ventana.

Ale le rodeó los hombros con un brazo y la atrajo hacia sí.

—¿Y eso?

Ylenia habría querido alejarse y huir, pero no tuvo fuerzas para hacerlo. Se abandonó a su abrazo, que esperaba que no terminara nunca. Estaban ahí, ambos sentían el aroma de sus cuerpos, se rozaban la piel, se buscaban, se deseaban. Si aquellos cohetes hubiesen dejado de estallar, se habrían oído los latidos acelerados de sus corazones. ¡Era más fuerte que ella, era tan hermoso cuando la estrechaba! Tratando de

disfrutar de aquel breve instante de dicha, cerró los ojos.

—Estamos cerca de Vada. Allí, en estos días, se celebra la fiesta en honor del santo patrón. Habrá un montón de gente.

—¡Anda, llevas poco tiempo aquí y ya lo sabes, y yo no!

Ale estaba emocionado como un niño y la estrechó con más fuerza. Ylenia, que se derretía entre sus brazos, asintió, pero luego, cuando dejaron de sonar los cohetes, para evitar el bochorno de la situación le propuso salir.

—Demos un paseo por el jardín,

necesito tomar un poco de aire.

Ylenia ya había salido de la habitación, pero Ale la detuvo.

—¡Espera un segundo! ¡Cojo la mochila, así luego vuelvo a casa directamente! —dijo mientras empezaba a recoger sus cosas.

—De acuerdo, como quieras.

Cuando estuvieron en el jardín, Ylenia lo agarró de la manga y echó a correr.

—¡Ven, tengo que enseñarte algo!

Recorrieron unos metros y se detuvieron delante de la valla de los caballos.

—¿No son una maravilla? Me los

regaló mi padre hace una semana —dijo Ylenia sonriendo.

—¡Caray, menudo regalo! — exclamó Ale un poco azorado.

¡Sin duda, si algún día conseguía que se enamorase de él, jamás podría hacerle regalos tan caros!

—¿Sabes montar a caballo? — preguntó Ylenia a la vez que abría la valla.

—¡No!

Ale la siguió al interior del cerco manteniéndose a distancia, un poco atemorizado por los dos animales.

—¡Prueba a montar el otro! — exclamó ella, ya montada.

—Ni hablar.

—¿Por qué no? ¡Venga, es fácil, miedica!

—¡Que no, no quiero desnucarme!

—Pues sube conmigo a este, así te enseño —le propuso Ylenia.

Sin pensárselo dos veces, Ale montó enseguida en el caballo.

—¡Podías dejar que terminara la frase! —bromeó ella, asombrada de la velocidad con la que Ale había montado.

Enseñándole los movimientos, le impartió una breve clase con los principios fundamentales.

—¿Has comprendido? —preguntó al

final.

—Creo que sí.

—¡Estupendo! ¡Entonces monta el otro, así nos damos una vuelta!

—De acuerdo, como quieras. Contigo no se puede discutir.

Ale estaba un poco decepcionado, porque el contacto de aproximación había durado demasiado poco. Con mil dificultades consiguió llevar el caballo por las calles de alrededor, en las que por suerte había poco tráfico, y juntos llegaron a un parque de juegos infantil cercano. Entonces pudo lanzar un suspiro de alivio.

—Desmontemos, tengo ganas de

pasear un poco —dijo Ylenia.

Tras atar las riendas a un poste, caminaron entre toboganes y tiovivos, que a esa hora estaban desiertos, y luego se sentaron en el columpio, uno al lado del otro, balanceándose ligeramente.

—¿Puedo hacerte una pregunta personal? —soltó de pronto Ale rompiendo el silencio.

—¿Qué quieres saber?

—¿Alguna vez has tenido novio?

—¿Por qué me lo preguntas?

—Ya sabes por qué...

—¡No, no lo sé!

—Solo por curiosidad...

—¡Ya, por curiosidad! Bueno, sí,

salía con un chico antes de venir a Italia.  
¿Y tú?

—He salido con alguna chica, pero todas han sido historias cortas. Nunca he dado con una chica con la que me apeteciera tener una relación seria. ¿Y por qué se acabó tu historia?

—¡Se acabó porque él era un cabrón!

—¿Te hizo sufrir?

—Bastante.

—¡Pues tendré que ir a Colombia para partirle la cara!

—¡No creo que merezca la pena! Además, con esos brazos tan flacos, dudo que pudieras derrotarlo. ¡Es más,

acabarías KO en el primer golpe!

Ale guardó silencio unos instantes, luego bajó del columpio y paró el balanceo.

—Yo nunca podría hacerte daño, lo sabes, ¿verdad?

Ylenia no respondió y volvió la cabeza hacia otro lado. Qué destino tan cruel, ahora tenía el amor, pero no la esperanza de soñar con él, de vivir con él.

Dulcemente, Ale le acarició la barbilla, obligándola a mirarlo a los ojos.

—¡Eres muy importante para mí! Yo nunca haría nada que te pudiera herir...

Ylenia, yo...

Sin terminar la frase, cerró los ojos y acercó sus labios a los de ella. Esta vez no hubo huidas ni movimientos bruscos.

Parecía que por fin Ylenia se había rendido a la necesidad de sentirse, por una vez, un poco más cercana, pero justo cuando iba a rozarle la boca, le dio un empujón que lo tiró al suelo. Sin darle tiempo a levantarse siquiera, saltó del columpio y, mientras desataba los caballos del poste, le gritó entre lágrimas:

—¿Por qué siempre tienes que estropearlo todo, Ale, por qué? ¿Cuándo

vas a enterarte de que entre nosotros nunca podrá haber nada? ¡Nunca! ¡Métetelo en la cabeza!

—¡Espera! —gritó estirando la mano hacia ella, pero ya era demasiado tarde.

Ylenia, al galope en su caballo blanco, ya estaba lejos y, por añadidura, también el caballo negro había partido al galope detrás de ella, dejándolo en el suelo.

—¡Maldito! —exclamó, tratando de limpiarse los pantalones.

Triste y abatido, Ale regresó a casa de Ylenia para recoger la bici. Cuando llegó encontró la verja entornada y entró

sin vacilar, esta vez seguro de que los perros estaban encerrados en el vallado. Mientras recogía la bici, dirigió una triste mirada hacia la villa, que se elevaba majestuosa a lo lejos, al final de la vereda. Sin poder encontrar una explicación a la conducta de Ylenia, suspiró y giró la bicicleta, listo para marcharse.

¡Y pensar que se había prometido no enfadarla! Esta vez, sin embargo, ella había sido por lo menos clara. Había dicho que nunca podría haber nada entre ellos, de modo que tenía que olvidarla. No era capaz de entender el motivo de esos continuos rechazos. Había dejado

que la abrazara cuando miraban juntos los fuegos artificiales, no había opuesto la menor resistencia. Es más, parecía feliz. Y no podía haberlo interpretado como el simple abrazo de un amigo, era evidentemente más, mucho más.

Así pues, era preferible terminar con aquella amistad: ¿para qué quería a una chica que solo lo dejaba hecho polvo? Nunca se conformaría con tenerla únicamente como amiga: ya estaba demasiado colgado de ella, y cada vez que se veían a solas únicamente deseaba estrecharla entre sus brazos y besarla.

Ya bastaba, iba a decirle adiós a Ylenia para siempre.

Maldita Ylenia, en ese momento podría estar dando paseos románticos con la hermosa Silvia si hubiese sido menos tonto e iluso. ¡Si solo hubiese estado menos enamorado de Ylenia!

Tras pensar eso dio una patada a la verja de la villa, que se cerró con gran estruendo. Un estruendo que atrajo la atención de Rómulo y Remo, que estaban sueltos por el jardín. Giorgio Luciani, en efecto, creyendo que Ale se había marchado, los había dejado salir del vallado mientras él e Ylenia estaban en el parque de juegos infantil.

Al verlos llegar corriendo, Ale, presa del pánico, cogió la bici, se la

puso al hombro y trepó con gran dificultad al muro. Pero cuando llegó a la parte de arriba se dio cuenta de que necesitaba tener las manos libres para bajar al otro lado de la calle. Así que no le quedó más remedio que tirar la bici desde arriba, la cual cayó con violencia contra el asfalto. Una vez en el suelo, la revisó y comprobó que las ruedas y el manillar se habían estropeado irremediablemente. Era imposible montarla, de modo que tuvo que irse a pie, solo con sus pensamientos, arrastrando la bicicleta, que tiró en el primer contenedor.

Una vez en casa, estaba tan cansado

y desconsolado que no tenía ganas ni de cenar. Se encerró en su habitación y se dejó caer sobre su cama.

No soportaba la idea de tener que olvidar a Ylenia, pero ¿qué otra cosa podía hacer? ¿Por qué tenía tan mala suerte? ¡Todas sus historias habían acabado siempre mal, por un motivo u otro, y con Silvia había sido realmente el colmo! La rabia que sentía hacia Ylenia por aquel episodio lo ayudaría al menos a olvidarla más fácilmente.

Trató de ponerse cómodo con el fin de descansar un poco, pero las corrientes de aire que entraban por la ventana abierta le daban escalofríos en

la espalda. De mala gana se levantó y la cerró, pero un último golpe de viento hizo volar unas hojas del escritorio, desperdigándolas por el suelo. Ale se agachó para recogerlas y las volvió a colocar en su sitio.

Se fijó en una pequeña agenda de teléfonos que no usaba desde hacía tiempo. Se sentó en la silla y empezó a hojearla. Entre los muchos números había algunos marcados con un círculo rojo. Eran los de sus ex.

Los copió en un papel, escribiendo al lado el nombre de la chica, y empezó a hacer su ronda de llamadas. A cada una de sus ex novias le preguntó el

motivo por el que lo había dejado y todas las respuestas que recibió fueron más o menos parecidas.

—¿Quieres saber por qué motivo te dejé? ¡Muy sencillo, porque nunca me quisiste a mí, sino a ella! —respondió la primera.

—Perdona, pero ¿quién es ella? —preguntó Ale, que no recordaba que la hubiera traicionado.

—¡Lo que tengo entre las piernas, querido Ale! ¡Y borra mi número, mamón!

La segunda le respondió que lo había dejado porque la había traicionado con su hermana; la tercera le

explicó que no tenía ni idea, ya que había desaparecido sin dar siquiera una explicación; la cuarta le dijo que era un cerdo, y la quinta y la sexta ofrecieron también respuestas semejantes.

En resumidas cuentas, la causa del fracaso de sus historias había sido siempre el sexo. ¡Y pensar que con Silvia había sido justo al revés! Se había enfadado con él porque la había rechazado justo en lo mejor. Pero ¿por qué había sido tan imbécil?

¿E Ylenia, entonces? Con ella ni siquiera había hablado jamás del tema. ¿Es que era tan pudorosa que se escandalizaba por un beso? ¡Imposible!

¡Le había confesado que ya había salido con un chico, y seguramente la había besado, y quizá no solo eso!

No soportó aquella idea. No podía imaginarse a su Ylenia en brazos de otro, le hacía demasiado daño en el corazón.

Ahuyentando de la mente aquella imagen se metió en la cama, con la esperanza de que al día siguiente todo se pudiera arreglar de algún modo.

Los días que siguieron fueron muy tristes para Ale. Con Ylenia ya solo se intercambiaban saludos. No habían vuelto a verse fuera del instituto desde que estuvieron en el parque de juegos infantil: ella había rechazado siempre sus invitaciones e incluso se había cambiado de pupitre, con la excusa de que desde la última fila le costaba leer la pizarra. El último SMS se lo había enviado para desearle que lo pasara

bien en las vacaciones de Semana Santa. Además, faltaba mucho a clase y tenía aspecto cansado y afligido. Una vez la había sorprendido llorando en el pasillo, pero en cuanto había intentado acercarse se había alejado sin darle explicaciones.

Para colmo, se le estaban quitando las ganas de estudiar. Desde que Ylenia no lo ayudaba, le costaba mucho pasar largas horas con los libros.

Sin embargo, lo peor era que no podía olvidarla. Es más, se preguntaba si algún día lo conseguiría. Cuanto más intentaba no pensar en ella, más recordaba su rostro. Se sentía atrapado,

como si nadie en el mundo pudiera salvarlo, salvo ella.

Por lo menos su viejo amigo Claudio no lo había abandonado y hacía de todo para levantarle la moral. También esa noche iba a pasar a recogerlo para dar una vuelta: le había dicho que le daría una sorpresa, quizá había conseguido reparar su viejo 127, que él había destrozado aquella fatídica noche.

El ruido de un claxon apartó a Ale de sus pensamientos. Se asomó por la ventana, convencido de ver a Claudio, pero en vez del viejo Fiat había un flamante Opel que parecía recién salido del concesionario. Se dijo que debía de

tratarse del novio de su vecina de enfrente, que cambiaba de coche cada mes, así que se apartó de la ventana.

Pasados unos segundos oyó sonar de nuevo el claxon. Probablemente, la chica estuviera tardando más de la cuenta en prepararse. Acababa de echarse en la cama cuando oyó que gritaban su nombre a voz en cuello.

Se asomó otra vez por la ventana y se dio cuenta de que la voz era la de Claudio, pero por mucho que lo buscaba con la mirada no podía verlo por ninguna parte.

—¿Cuándo vas a decidirte a bajar?  
—le gritó.

—¿Dónde estás?

—¡Aquí!

—¿Dónde es aquí?

—¡En el coche!

Casi le da un infarto cuando lo vio dentro de aquel cochazo.

—¿Qué coño haces ahí? ¡Baja enseguida, que como te pille el dueño hará que te arresten! —se apresuró a gritarle.

—Pero si el dueño soy yo.

—¿Tú? Pero ¿cómo...?

Ale corrió escaleras abajo y se precipitó a la puerta de entrada, ansioso de escuchar las explicaciones de su amigo.

—¡Papá, salgo! —gritó ya con un pie fuera de la puerta.

—¿Por qué no estudias, en vez de salir? ¿Es que solo piensas en divertirte? ¡Te advierto de que como te cateen, será mejor que no vuelvas a casa, porque te mataré! —respondió el padre con voz firme y decidida.

Su padre tenía toda la razón del mundo. Ya le resultaba imposible recuperar el curso y con seguridad habría decepcionado por enésima vez a aquel pobre hombre.

—Descuida, he estudiado bastante por hoy —mintió.

—¡No se te ocurra llegar tarde! —

fueron sus últimas palabras, pero Ale ya había cerrado la puerta.

—¿Puede saberse a quién le has robado este coche? ¿O a quién le has robado el dinero para comprarlo? —le preguntó Ale a su amigo, examinando el coche de arriba abajo.

—¿Qué dices? ¡He ganado el dinero en el casino!

—¿En el casino? ¿Estás chalado? ¿Es que se te han quedado pequeñas las tragaperras del pueblo y ahora necesitas el casino? ¡A este paso acabarás enganchándote! ¿Y cuánto has ganado?

—¡Un montón de billetes, querido amigo, y me los he gastado todos en esta

joyita!

—¿Qué casino, el de la ciudad? ¿Y cuándo has ido?

—Hace unos días. Verás, acompañé a mi madre al hospital...

—¿Está mal?

—No, tranquilo, solo está embarazada.

—¿Qué dices? ¿Y me lo dices así? ¡Enhorabuena!

—Bueno, gracias, pero no se trata de eso. Como había que esperar mucho rato, la dejé en el hospital, fui a dar una vuelta y pasé por casualidad por el casino.

—¡Ya, por casualidad, y yo te creo!

Dejaste a tu madre sola para ir a jugar al casino, ¡mira que eres un hijo desagradecido!

—¡Habló el santito! ¡Porque seguro que tú eres un hijo modélico! Oye, ¿me dejas que termine de contar esta puñetera historia?

—Habla, habla. ¡Madre mía, qué susceptible eres!

—Cuando me vi delante, sentí como una fuerza magnética que me obligó a entrar. ¡E hice bien, porque así he podido comprarme este bólido!

—¡Caray, qué potra! ¡Es fantástico!

—Y mira el equipo de música...

—Cojonudo...

—Y fíjate qué bien suena...

Más que la acústica, a Ale le gustó «Breathe», una canción de Midge Ure.

—Realmente sensacional.

—Sí, lo sé, es un equipo sofisticado, lee también MP3.

—La verdad es que me refería a la canción. Es uno de esos temas que valdría como banda sonora en un momento romántico.

—A mí más bien me hace pensar en un buen polvo.

—Eres el de siempre, nunca cambias. ¿Cuándo te decidirás a madurar un poco?

—Yo no tengo la culpa de no haber

encontrado a la chica adecuada.  
¡Dichoso tú, que sabes qué es el amor!

Ale guardó silencio para reflexionar. Él en realidad sabía aún muy poco del amor. Hasta ese momento no había comprendido gran cosa.

—Sí, el amor es un bonito sentimiento, pero tan complicado que puede hacerte perder la brújula de la razón. Además, soy infeliz en amores.

—¿Por qué?

—Porque he descubierto que todas las historias, igual que empiezan, tarde o temprano tienen un fin. Y no podemos hacer nada para impedirlo.

—Oye, ¿sabes que eso es verdad?

—¿Qué? ¿Que todas las historias tarde o temprano terminan?

—No, es verdad que se pierde la brújula de la razón si tratas de comprender algo. Yo, por tratar de seguirte, ya la he perdido...

Tras esas palabras, Ale rompió a reír. La canción terminó, y enseguida empezó otro tema, menos melódico y más rítmico.

—Es preciosa. Conserva este CD. Servirá como fondo para un momento hermoso de tu vida.

—¿Por ejemplo?

—Qué sé yo... Y ahora ¿adónde vamos?

—¡A Livorno!

—¿A qué?

—¡A follar con putas!

—¡Para ya! ¡Mejor piensa en encontrar novia, así podrás hacer el amor con ella todas las veces que quieras!

—¿Y dónde encuentro una chica? Las que me gustan ni siquiera me miran.

—Pues cambiemos de aires. Cerca de casa de Ylenia está la salida para Vada. Allí hay siempre un montón de gente.

Claudio no parecía convencido.

—¿Y si no encontramos a nadie en Vada?

—Si no lo pruebas, no lo sabrás nunca.

Ale subió el volumen del equipo de música, y siguiendo la estela de la noche los dos llegaron a su destino.

Ale y Claudio se sorprendieron gratamente cuando llegaron a Vada. En las calles había muchísima gente, pero sobre todo chicos de su edad.

Ale señaló una plaza a su derecha.

—¡Aparca ahí!

—Pero no hay nadie aparcado...

—¿Y qué quieres que hagamos? No hay sitio en ninguna parte.

—¡De acuerdo!

Una vez que se hubieron apeado, Ale

le dio una palmada en el hombro a su amigo.

—Querido Claudio, estoy seguro de que encontrarás a la mujer de tus sueños.

—¡Ojalá!

Dieron una vuelta de reconocimiento. Sin embargo, por mucho que Claudio trataba de llamar la atención de las chicas, todas parecían tener ojos solo para Ale.

—¡Uf, no me mira ninguna!

—No es verdad, esas tres, por ejemplo, te están mirando.

—¿Dónde?

Claudio volvió la vista, contento de haber encontrado por fin a unas chicas

interesadas en él, pero solo vio a tres viejecitas sentadas delante de un portal, que lo observaban con curiosidad.

—¡Para, capullo! ¿Te divierte tomarme el pelo? ¡Vaya amigo, joder!

—¡Perdona, anda, no te lo tomes así! ¡Vamos a un local, a lo mejor ahí tienes más suerte! —replicó Ale riendo.

—Yo preferiría regresar a casa.

—Venga, quedémonos un rato más, estoy seguro de que esta va a ser tu noche. Mira ese bar. Parece lleno de gente, entremos ahí.

—¡Uf! ¿Sabes que me gustas más cuando estás paranoico?

Ale y Claudio entraron y se sentaron

a la barra para pedir algo. Un chico muy mono se les acercó sonriendo y haciendo muecas inequívocas.

Ale rompió a reír de nuevo.

—Ves cómo has conquistado a alguien...

—¿Quieres parar? ¡Vámonos!

—¡Espera, espera un momento! ¡Esa tía te está mirando! ¡Ánimo, acércate a ella!

Ale señaló a una chica sentada a una mesita del fondo del local y empujó a su amigo hacia allí.

—No creo que sea una buena idea. No creo que a los que están con ella les guste. Ya me están mirando mal.

¡Vámonos!

—¡Todavía no hemos pedido nada!  
—protestó Ale, pero, advirtiéndole que su amigo estaba muy contrariado, aceptó  
—: De acuerdo, como quieras, vámonos.

Cuando regresaron al coche Claudio se encontró con una desagradable sorpresa, una papeleta debajo del limpiaparabrisas.

—¡Coño, una multa por haber aparcado mal!

—Pero si aquí no hay ningún letrero...

Ale miró alrededor y tuvo que desdecirse enseguida. Porque sí que había un letrero, semioculto por las

ramas de un árbol de la acera. Por eso ninguno de los dos lo había visto desde el coche.

—¡Esto explica que no hubiera nadie aparcado! ¿Por qué tengo que hacerte caso siempre? ¿Y ahora qué hago? Me he gastado todo el dinero que tenía en el coche... ¡No es justo!

En ese momento pasó a su lado el grupito que habían visto antes en el local, entre los que estaba la chica que miraba a Claudio.

—Fíjate quién está aquí... Tu Julieta sigue sin quitarte el ojo de encima — dijo Ale para quitar hierro al asunto.

—¡Sí, y se marcha con esos!

¡Genial!

Claudio y Ale subieron al coche.

—¡Anda, no seas así! A lo mejor la volvemos a ver, no te habrás enamorado ya...

—¿Cómo voy a haberme enamorado si ni siquiera la conozco?

—¿Y eso qué tiene que ver? Yo tampoco conocía a Ylenia cuando me enamoré de ella. ¡Así son los flechazos, guapo!

Claudio arrancó el coche y se encaminó hacia casa.

—¿Sigues enamorado de ella?

Ale guardó silencio durante unos segundos.

—Por desgracia, sí.

—Pero ¡si ya te ha rechazado dos veces! Además, te ha dicho con toda claridad que no quiere tener una relación contigo. —Claudio no lograba comprender la testarudez de su amigo.

—Lo sé, pero no puedo evitarlo. No consigo olvidarla. Por otra parte, estoy seguro de que le gusto, pese a que no quiere abandonarse a los sentimientos, y no me explico por qué. Es como si hubiera algo que la bloquea.

—¿Qué?

—Ojalá lo supiese... En las últimas semanas no he podido hablar un solo segundo con ella.

—¿Por qué no la invitas a la fiesta del instituto?

—¿La fiesta del instituto? ¿De qué hablas? No sé nada de eso.

—¿En qué mundo vives? Falta poco para que el curso termine, y en el instituto están organizando una fiesta, que siempre se hace en una discoteca. Y vendrán otros institutos.

—Ah, sí, ya caigo. La celebran todos los años, pero nunca hemos ido, ¿verdad?

—Así es, solo que he oído decir que este año, como alquilar una discoteca sale demasiado caro, probablemente se haga en la villa privada de uno de los

representantes de instituto.

—¿No me digas? Una especie de fiesta de fin de curso, en definitiva.

—Sí... ¿De verdad que no sabías nada? Falta todavía más de un mes, pero en clase no se habla de otra cosa. En estos días habrá que elegir el tema de la fiesta.

—Últimamente tengo la cabeza en otras cosas. Además, dudo de que Ylenia acepte.

—¿Por qué dices eso? ¿Tú mismo no has dicho que si no lo intentas no lo puedes saber?

—Créeme, con ella las cosas son muy diferentes. Está haciendo todo lo

posible por evitarme, aunque no entiendo el motivo, y estoy seguro de que nunca iría conmigo.

—Si tú lo dices... pero yo creo que tendrías que ponerla de espaldas contra la pared y obligarla a decirte la verdad. Tienes derecho a saber por qué no quiere estar contigo. De todas formas, te queda tiempo para reflexionar, la fiesta se celebrará unos días antes de los exámenes.

—Ya veremos. Es pronto para volver a casa, ¿por qué no vamos a otro sitio?

—¿Adónde?

—Vamos a tomar una cerveza al pub

de siempre, seguramente habrá algún conocido.

Claudio asintió y cambió de rumbo. En el pub al que solían ir encontraron a muchos de sus amigos, y entre cervezas y risas les dieron las tres de la mañana.

—¡Coño! —exclamó Ale mirando el reloj—. Mañana hay clase, vámonos a casa, es tardísimo.

—Sí, es mejor, me está entrando sueño...

Tras despedirse, los dos muchachos se marcharon.

Cuando Ale entró en casa, como siempre caminó a oscuras por el pasillo. No podía imaginarse que su padre había

puesto una silla delante de la puerta de su habitación, de modo que, por el ruido que haría al tropezarse, pudiera saber a qué hora había vuelto.

Todo, en efecto, ocurrió como estaba previsto. Ale tuvo que aguantar un fuerte rapapolvo, y cuando por fin se acostó ya eran más de las cuatro. Puso el despertador y, haciendo un cálculo rápido, se dio cuenta de que iba a dormir apenas unas horas.

Antes de cerrar los ojos oyó la sirena de una ambulancia, que rasgaba impetuosa el silencio de la noche. Apenas le prestó atención, por esa zona se oían muchas sirenas. Lo que no podía

era imaginarse a quién estaba llevando al hospital en ese momento.

Ylenia llevaba una hora dando vueltas en la cama porque no conseguía dormirse. Se levantó entonces para mirar el reloj, se tropezó con la alfombrilla y se cayó al suelo, causando un gran estrépito. Despertó a Virginia, que se había quedado a dormir en su casa.

—Ylenia, ¿qué pasa? —Virginia encendió la luz y encontró a su amiga tumbada en el suelo, con los ojos

brillantes y terriblemente pálida—. Ven, vuelve a la cama... —La estaba ayudando a incorporarse, pero le faltaban fuerzas.

—Me he tropezado con esta maldita alfombra.

—¿Qué te pasa? ¿Por qué lloras? ¿No consigues dormir? —Virginia estaba francamente preocupada.

Ylenia hizo un gesto negativo con la cabeza, pero luego, ya sin poder contenerse, rompió a llorar entre los brazos de su amiga.

—Cielo, ¿qué ocurre? ¿Qué te pasa? ¿Te encuentras mal? Estás tan pálida...

Pero Ylenia no pudo responder.

Empezó a temblar y enseguida se desplomó en los brazos de Silvia.

—¡Ylenia, Ylenia!

Virginia la llamaba a gritos mientras trataba de arrastrar el cuerpo inconsciente hasta la cama, dándole suaves cachetes en la cara para que se despertara. Sin embargo, viendo que no daba señales de vida, comenzó a preocuparse seriamente.

—¡Ambra! ¡Giorgio! ¡Vengan aquí, pronto!

No podía salir corriendo a llamarlos. Estaba aplastada por el cuerpo de Ylenia y le daba miedo dejarla sola.

—¡Ambra! —gritó aún más fuerte entre lágrimas—. ¡Giorgio! Por favor, vengan enseguida, está mal...

Afortunadamente, pocos instantes después los padres de Ylenia entraron en la habitación y la ayudaron a tumbarla en la cama.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Giorgio.

—No lo sé... me he despertado y la he encontrado en el suelo. Me ha dicho que se ha tropezado con la alfombra, luego se ha puesto a llorar y se ha desmayado. No sé lo que ha pasado, yo estaba dormida. —Virginia estaba alterada y no podía parar de sollozar—.

Hagan algo, por favor, está tan pálida, está mal, muy mal... ¡ayúdenla, por favor!

Ambra la cogió de la mano.

—No te preocupes, cariño, ahora estamos nosotros. Mi marido sabe lo que hay que hacer. Tú ahora ven conmigo a la cocina. Vamos a beber un buen vaso de agua, estás demasiado alterada.

—¿E Ylenia? No podemos dejarla aquí...

—Giorgio se ocupa de ella. Él ya sabe qué hay que hacer, tranquilízate. Ven, vamos.

Mientras bajaban las escaleras

Virginia no dijo nada. Cuando llegaron a la cocina se puso de nuevo a hacer preguntas.

—¿Qué ocurre? ¿Por qué se ha desmayado? Estaba blanca como el papel.

—Es una larga historia. En cuanto te hayas calmado, te lo contaré todo. Pero ahora bebe, anda, y respira profundamente.

Ambra le tendió un vaso de agua, y cuando la chica se hubo calmado le explicó la situación:

—Tienes que estar al lado de mi hija, necesita la ayuda de todos nosotros. Te quiere mucho, y tu

presencia va a resultarle indispensable.

Virginia no conseguía comprender, estaba asustada y preocupada, y tenía la impresión de que le ocultaban algo. En ese preciso instante entró Giorgio angustiado.

—He llamado a una ambulancia. Ylenia sigue sin recuperar el sentido y ya no sé qué hacer. ¡Llegarán dentro de un momento!

Luego volvió corriendo al lado de su hija.

Virginia se puso a llorar de nuevo.

—¿Me quieren explicar qué está ocurriendo? ¿Qué es lo que tiene Ylenia? ¿Le pasa algo?

Ambra procuraba por todos los medios disimular su preocupación por su hija, pero temía mucho por su vida.

—Virginia, escúchame, es mejor que te quedes aquí. Trata de tranquilizarte. Giorgio y yo iremos al hospital con Ylenia. Después te lo explicaremos todo, ¿de acuerdo?

La chica se limitó a asentir y justo en ese momento oyó que se acercaba la sirena de la ambulancia.

Ambra corrió a abrir la verja y rápidamente la luz roja intermitente de la ambulancia invadió todo el jardín y la entrada de la casa.

En pocos minutos los hombres de

urgencias colocaron a Ylenia en una camilla y se la llevaron con sus padres, dejando a Virginia sola en la casa, llena de dudas y de miedos.

¿Qué estaba pasando? ¿Qué tenía Ylenia? ¿Por qué no se recuperaba? Tenía la cabeza llena de interrogantes.

Esperó toda la noche en la cocina, y ya era pleno día cuando por fin pudo volver a abrazar a su amiga. Era la misma Ylenia de siempre, quizá solo un poco más pálida, pero aparentemente con buena salud.

—Cielo, ¿cómo te encuentras? — exclamó Virginia estrechándola con fuerza.

—Ahora estoy bien... —Ylenia esbozó una pequeña sonrisa.

—Y muy cansada, tiene que descansar un poco —le dijo Giorgio sosteniendo a su hija.

Virginia asintió y la vio subir las escaleras, ayudada por su padre. Ambra la cogió de la mano y la llevó al sofá, donde se sentaron juntas. La abrazó con fuerza y empezó a llorar como una niña. Virginia no entendía nada, quería consolar a aquella mujer, que siempre le había parecido muy fuerte y valiente, mientras que ahora parecía de repente débil y frágil. No sabía qué hacer ni qué decir, lo único que le salió con

naturalidad fue pasarle una mano por el hombro para que supiese que podía contar con ella para cualquier cosa.

—¡Perdóname, lo siento, no creía que pudiese hundirme así! —dijo Ambra cuando hubo recobrado la calma mientras se secaba los ojos con un pañuelo.

—No se preocupe.

—Creo que ha llegado el momento de decirte cuál es el estado de salud de Ylenia. Pero tengo que pedirte que seas fuerte, porque lo que voy a contarte no es agradable. Es muy importante que estés a su lado. Te quiere mucho, te considera como una hermana mayor, y

para nosotros eres una más de la familia.

A medida que Ambra hablaba de la enfermedad, de las crisis, de los médicos, de los hospitales, de los tratamientos que habían probado, Virginia no quería dar crédito a sus oídos. Tras cada palabra sentía una espantosa punzada en el corazón, no soportaba lo que oía. ¿Por qué todas las personas a las que quería tenían siempre que dejarla? ¿Por qué una pobre e inocente chica tenía que ser condenada a muerte tan joven? Se sintió tremendamente pequeña ante el enorme drama que le había tocado a aquella familia. ¿Cómo iba a despedirse de la

que ya se había convertido en su mejor amiga? ¿Cómo iba a conseguir estar con ella, sabiendo que tenía los días contados? ¿Cómo iba a poder seguir siendo la Virginia de siempre, ahora que conocía el triste destino de Ylenia?

El cojín que apretaba entre sus manos comenzó a empaparse de lágrimas. Ambra la abrazaba, ella también con los ojos rojos, y le pedía que fuera fuerte por las dos, por ella y sobre todo por Ylenia.

—Los médicos han dicho que estamos cerca de la fase terminal y que pronto será necesario ingresarla, porque tendrán que monitorizarla para

asegurarse de que todas las constantes siguen normales, pero si no se encuentra un corazón cuanto antes... —dijo Giorgio, que acababa de llegar al salón.

No pudo terminar la frase, porque ahora él también estaba sollozando.

Virginia de pronto sintió que estaba de más, y pensó que quizá era mejor marcharse y regresar más tarde, cuando Ylenia se hubiese despertado. Los Luciani no trataron de retenerla: los dos estaban cansados, la noche en blanco en el hospital había sido extenuante, y la angustia todavía los atenazaba.

Decidieron descansar un poco. Giorgio se echó en el sofá y Ambra

subió a tumbarse al lado de Ylenia, en el sitio que hasta hacía pocas horas ocupaba Virginia. De esa manera podrían afrontar enseguida cualquier eventualidad.

Durante un instante trató de imaginarse qué habría pasado si Virginia no hubiese estado con su hija esa noche y comprendió que ya no podían dejarla sola, ni siquiera un momento. Ylenia dormía tranquila. Ambra se arrodilló a los pies de la cama y empezó a rezar. Pidió morir ella en lugar de su hija. Tenía la terrible sensación de que no conseguirían salvarla y sabía que su vida dejaría de tener sentido.

Se levantó, le dio un suave beso en la mejilla y se metió bajo las mantas, pero no dejó ni siquiera un instante de observar aquella figura tan débil y hermosa.

Solamente cuando vio que abría los ojos pudo por fin encontrar un poco de serenidad. Habían pasado varias horas, y no se había dado cuenta. Estaba tan abstraída recorriendo, día a día, toda la historia de su hija, que no había advertido el paso del tiempo.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó.

—Bien, pero no consigo recordar lo que ha ocurrido.

—No tiene importancia.

—¿Dónde está Virginia?

—Se ha ido a su casa. ¿Quieres que

la llame?

Ylenia asintió. Ambra se levantó para llamar a Virginia por teléfono. Pocos minutos después sonó el timbre y Virginia apareció enseguida en la habitación, se sentó en la cama y se puso a acariciar dulcemente los cabellos de su amiga. Ambra prefirió dejarlas solas y bajó al salón para desahogarse un poco con su marido.

—¡Me has dejado preocupadísima!  
¡No lo vuelvas a hacer! Casi me da un infarto —dijo Virginia con los ojos

brillantes.

Ylenia le sonrió y luego, sin mirarla a la cara, le preguntó:

—¿Mi madre te lo ha contado?

Virginia asintió. Siguieron unos segundos de silencio.

—Saldrás de esta, estoy segura.

—Esta noche he creído que me moría. Ha sido horrible.

—Ya ha pasado, no pensemos más en ello, ¿de acuerdo? —propuso Virginia, que no sabía qué más decir—. ¡Tu madre me ha contado que la primera palabra que has pronunciado, después de recuperar el sentido, ha sido Ale!

Ylenia se ruborizó.

—¿En serio?

—Dime la verdad: ¿es por la enfermedad por lo que lo has alejado de ti?

Ylenia no respondió, y Virginia comprendió que había dado en el clavo.

—¿Por qué has decidido privarte de la felicidad? Sabes perfectamente que estás enamorada de ese chico. ¿Por qué no le permites que esté a tu lado, ahora que más lo necesitas? ¿Qué sentido tiene que decidas por los dos? ¡Así solo estáis mal los dos! ¿Por qué no le dices qué es lo que pasa y dejas que decida él? Descuida: si no quiere, él mismo te dirá que no. Pero ¡no puedes tratarlo así,

y encima sin una sola explicación! ¿Cómo crees que puede sentirse? Alejar a las personas a las que quieres no te ayudará a ti ni a ellas. Lo pasarán de todas formas mal sin ti. Es más, se sentirán traicionadas porque no las has considerado dignas de conocer la verdad. Y tendrán mala conciencia por no haber estado a tu lado como habrían querido.

Los ojos de Ylenia se llenaron de lágrimas.

—Ylenia, hazme caso. ¡Y no me salgas con que te da miedo que esté contigo solo por compasión, porque sabes mejor que yo que no es de esos!

No lo conozco, pero por lo que me has contado estoy segura de que lo que más desea en el mundo es poder estar cerca de ti, en lo bueno y en lo malo. Así que piénsalo, antes de que sea demasiado tarde.

La última frase heló la sangre de las venas de ambas. ¿Cómo se puede pensar que es demasiado tarde a los dieciocho años? Es terriblemente cruel e injusto, pero la cruda verdad.

Virginia abrazó con fuerza a su amiga y le enjugó las lágrimas.

—No te preocupes, estoy contigo. Nunca te dejaré sola, te lo juro.

Luego, sonriéndole, le apretó las

manos, para animar a su amiga y a sí misma, y en ese contacto el miedo a la enfermedad y a la muerte se esfumó, vencido por la fuerza de su amistad.

Esa mañana, le costó más de lo habitual levantarse de la cama.

—Pero ¿qué hora es? —se preguntó Ale en voz alta cuando sus sueños fueron interrumpidos por el sonido del despertador.

Alargó una mano para apagarlo y se volvió hacia el otro lado. Sin embargo, el despertador seguía sonando. Ale apretó de nuevo el botón, pero el pitido no lo dejaba en paz. Entonces se

incorporó para echar una ojeada y se dio cuenta de que lo que sonaba era en realidad el móvil.

—¿Dónde coño lo he metido? —se preguntó al tiempo que rebuscaba por todas partes.

Al final lo encontró dentro del bolsillo de los vaqueros que llevaba la noche anterior. Respondió sin mirar quién llamaba. Era Claudio, que lo invitaba a ir a estudiar a la playa con otros compañeros del instituto.

—Qué coñazo, las clases terminaron ayer, ¿y ya me hablas de estudiar?

—Tal vez has olvidado que dentro de dos semanas tenemos los exámenes

finales.

—Y a mí qué más me da, si de todas formas no los voy a aprobar.

—¡Deja de ser tan pesimista! Te permiten presentarte, ¿no? ¿Acaso no es el momento de jugárselo todo? Paso a buscarte dentro de media hora. — Claudio colgó el teléfono.

De pie en medio de la habitación, con el móvil en la mano, Ale pensó en la posibilidad de llamar a su amigo para decirle que no iba a ir. ¿Qué sentido tenía estudiar si estaba seguro de que no iba a aprobar los exámenes? Dejaban que se presentase por compasión, lo sabía perfectamente, aunque no lo

aceptaba de buen grado.

Abrió el móvil y seleccionó la última llamada recibida. Iba a apretar la tecla verde, pero cambió de opinión. Al fin y al cabo, ya estaba despierto, ¿y qué iba a hacer en casa? Era preferible salir, a lo mejor conocía a una chica guapa.

Menos de una hora después, Ale y Claudio llegaron a la playa.

—Uf... aquí siempre es complicado aparcar —resopló Claudio mirando alrededor mientras buscaba un sitio.

Ale señaló un lugar a su derecha.

—¿Por qué no aparcas ahí?

—¡Oye, hazme un favor! A partir de ahora elijo yo dónde aparcar, ¿de

acuerdo? ¡No quiero que me pongan otra multa por tu culpa!

—Haz lo que te parezca.

Claudio vio una plaza libre un poco más adelante.

—¡Aquí está muy bien!

Pasados unos minutos, los dos muchachos se unieron a sus compañeros. Todos estaban sentados en el quiosco, bajo una gran sombrilla de paja, con los libros abiertos y empuñando latas de bebidas heladas. Al verlos llegar los saludaron desde lejos, pero la atención de Claudio se vio atraída por un grupo de chicas que jugaban al voleibol en la arena.

—¿Por qué no vamos allí? — preguntó señalándolas.

Ale se volvió hacia donde había dicho Claudio, pero no tuvo tiempo de ver el balón que venía contra él y que le dio en plena cara. El golpe lo tiró al suelo, y se quedó inmóvil, frotándose la cara mientras imprecaba para sus adentros. Cuando por fin se hubo recuperado, se encontró delante a una hermosa chica pelirroja que llevaba puestos solo un biquini y una faldita vaquera con pliegues.

—¿Te has hecho mucho daño? —le estaba preguntando, sinceramente preocupada—. Lo siento muchísimo, no

lo he hecho a propósito... —trató de justificarse.

—Tranquilízate, es un hueso duro, no se ha hecho nada —intervino Claudio sin darle tiempo a responder.

Ale se tocó la frente fingiendo que sentía dolor.

—La verdad es que me duele un poco aquí...

La chica le frotó delicadamente en ese punto y luego preguntó:

—¿Mejor? Un poco de hielo vendría bien. ¿Quieres que vaya a buscarlo?

Encantado con las atenciones de la despampanante pelirroja, Ale decidió aprovecharse de la situación,

olvidándose por un segundo de Ylenia.

—Puede que sea mejor que me hagas la respiración boca a boca, porque creo que he tragado demasiada agua...

—Pero ¡si ni siquiera has entrado en el agua!

—Ah, perdóname, creía que me había ahogado...

Claudio, intuyendo las intenciones de su amigo, buscó una excusa para dejarlos solos, pero se le adelantó Ale, quien, una vez puesto en pie, pensó hacerle el mismo favor a su compañero y se alejó con un pretexto.

Un poco cortado, Claudio se presentó a la chica, pero para variar

inmediatamente cayó en la cuenta de que en realidad estaba interesada en Ale y no en él. En efecto, se disculpó enseguida diciendo que no podía perder más tiempo y que tenía que irse para seguir jugando con sus amigas.

Cuando fue al quiosco, Ale le preguntó:

—Y bien, ¿cómo ha acabado?

—La verdad es que ni siquiera ha empezado... me ha dejado plantado en cuanto te has marchado. Creo que le interesas tú.

—¿Qué dices? Seguramente la esperaban para acabar el partido...

—¡Sí, claro, cómo no!

En ese preciso instante Ale reparó en que la chica le estaba haciendo señas para que se acercara desde la plaza de delante del quiosco.

—Me parece que tienes razón. —Se levantó y fue hacia ella.

Cuando estuvieron cerca ella se presentó:

—Ni siquiera me has dicho cómo te llamas. Yo soy Virginia, encantada.

—Discúlpame, tienes razón, yo soy Ale.

Se estrecharon la mano; luego Virginia le tendió unas cartulinas de colores.

—He pensado darte esto para que

me perdones.

—¿Qué es? —preguntó Ale cogiendo las cartulinas.

—Dos invitaciones para la fiesta de esta noche, aquí en el paseo marítimo. Tu amigo y tú podéis entrar con ellas gratis. O, si lo prefieres, puedes traer a tu novia.

—¡No tengo novia!

—Ahora perdóname, pero me tengo que ir —dijo Virginia sonriendo complacida.

—Espera un momento...

—¿Qué pasa?

—¿Tú vas a ir?

Ella hizo un gesto afirmativo y

volvió a su partido en la playa.

Al quedarse solo, Ale también volvió a sentarse con sus compañeros.

Mientras los otros repasaban historia y filosofía, él y Claudio no conseguían apartar los ojos de los cuerpos de aquellas espléndidas chicas semidesnudas que jugaban en la arena, lanzándose para coger el balón y saltando para hacer un mate.

—¿Sabes que ninguno de nosotros entiende cómo demonios has conseguido recuperar las asignaturas en tan pocos días? Todos estábamos convencidos de que no ibas a poder presentarte a los exámenes finales —dijo un compañero

de Ale.

Ale calló un momento antes de responder con tono convencido:

—Trucos del oficio. No olvidaré nunca el día que la profe de matemáticas me mandó que fuera al despacho del director. En un momento dado, cuando estábamos en el pasillo, me miró directamente a los ojos y me dijo que si quería el aprobado tenía que hacer algo para merecérmelo. Acabé entonces dentro del viejo almacén. Ella me puso un dedo en los labios, dándome a entender que guardara silencio. Luego apoyó un pie en una silla y por la abertura de la falda apareció la pierna

velada con una media negra, sumida en la penumbra. «¡Enséñame lo que sabes hacer, Ale!», me susurró atrayéndome hacia sí por el cuello de la camisa, completamente dueña de mis labios y de mi boca. Mientras tanto, me desabotonaba la camisa y me bajaba la cremallera de los vaqueros. «Pero, profe...», traté de sosegarme echándome hacia atrás, incrédulo, asustado, pero al mismo tiempo terriblemente excitado. «Anda, demuéstrame que eres tan bueno como afirmas», y tras decir eso me cogió una mano, se la pasó debajo de la falda, luego por las braguitas y a continuación debajo: suspiraba, se

movía, jugaba con mis dedos. Sigo viendo esos ojos feroces, sedientos, ávidos, y ese cuerpo que se dejaba acariciar por mis manos, por mi lengua... mis temblores, mis estremecimientos, esos suspiros ahogados, los gemidos y la mano de ella que se movía de arriba abajo en mis pantalones. «Ven...», me susurró subiéndose la falda y descubriéndose por atrás. Chicos, ya lo sé, incluso a mí, que lo cuento, me parece absurdo, pero es la pura verdad, lo juro...

Claudio se quedó unos segundos patidifuso, con la boca abierta. Luego empezó a balbucir algo como:

—Tienen que haberte dado un golpe realmente fuerte para decir semejantes chorradas.

—Cuál pregunta harás, tal respuesta habrás. Otro dicho de mi padre. Habéis preguntado y yo he respondido; no me creas si no quieres, me da igual, ¡yo sé la verdad!

Ale, por supuesto, sabía la verdad, a la que aquella escena no se parecía ni por asomo. Pero en el fondo, si tenía que contar una trola, daba lo mismo marcarse un buen farol. Nunca habría contado lo que había ocurrido realmente, porque era demasiado humillante.

¿Qué habría dicho Claudio si hubiese sabido lo bajo que había caído? ¿Si lo hubiese visto suplicándole con los ojos hinchados a la profesora que le diera otra oportunidad, inventándose una historia lacrimógena llena de problemas: la falta de la madre, la relación con el padre, que lo obligaba a trabajar en casa y fuera? Sin dejar de llorar, había añadido algo también sobre la abuela, el comodín que los estudiantes utilizan siempre en los momentos de apuro. La abuela, la única persona que realmente lo quería, ahora aquejada de una enfermedad incurable, Alzheimer, y él era el único que podía

cuidarla, porque era su único nieto. Entonces la profesora, molesta por la situación, pero también compadecida por aquella escena deprimente, había decidido ayudarlo, con la condición de que aceptara tomar clases particulares. ¡Si sus amigos hubiesen sabido aquello, le habrían tomado el pelo para el resto de su vida!

—¿Ale?

—¿Sí?

—¿Qué te pasa? ¿Por qué tienes esa expresión atontada?

—¿Eh?

—Me parece que la profesora no se te ha metido solo en los calzoncillos,

sino también en el cerebro, amigo mío. No será que te has enamorado, ¿verdad?

Ale miró a Claudio, pero no respondió nada. Tras dejar de lado las fantasías sobre la belleza de la profesora y las imposibles consecuencias eróticas de su insuficiente rendimiento escolar, se despabiló rápidamente y se puso de nuevo a leer las páginas dedicadas a la Segunda Guerra Mundial.

La mañana pasó rápido. Los chicos y las chicas se divirtieron haciéndose preguntas, inventándose e imaginándose lo que iba a caer en las pruebas escritas. Comieron alegremente bocadillos, luego se tumbaron todos juntos en la arena a descansar. Solo al atardecer se despidieron para volver cada uno a su casa.

Ale, antes de marcharse, buscó a Virginia, pero no la encontró, lo que

lamentó mucho. Dio alcance a Claudio en el coche y lo encontró blasfemando como un loco.

—Oye, ¿qué te ha pasado?

—¿Que qué me ha pasado? Mira...

Ale miró el costado del coche y vio una raya blanca que iba de un extremo a otro.

—¿Te das cuenta? Algún cabrón me ha rayado todo el costado con una llave. ¡Mi coche... era nuevo!

—No la tomes conmigo, yo te he señalado otro sitio, y has sido tú quien ha querido dejarlo aquí.

—¡Tú cierra el pico, que hoy me caes fatal!

—¡Anda! Y no te enfades, es solo un coche.

—¿Solo un coche? Yo te... — Claudio se mordió la mano para no terminar la frase, sin duda carente de palabras dulces.

Se puso al volante y durante buena parte del camino no pronunció palabra. Cuando ya casi habían llegado, Ale recordó lo que le había dicho Virginia por la mañana y le habló de ello a su amigo.

—Esta noche hay una fiesta en el paseo marítimo. ¡Con baile en la playa y barra libre en el quiosco! ¿Te apetece ir? Tengo dos invitaciones.

—¿También irá Virginia?

—Sí.

—Entonces has conseguido olvidar a Ylenia, ¡por fin!

—¡En absoluto!

—Uf, ¿cuándo vas a aceptarlo? Si quieres un consejo, encuentra a una que te haga perder la cabeza, solo así te desengancharás. ¿No te lo ha dicho ella misma? ¡Puede que Virginia sea quien te alivie de tus penas de amor!

—¡Otra vez con lo mismo! Nos vemos esta noche, ¿vale? —Ale se apeó del coche.

—Vale, hasta luego —se despidió el amigo antes de dar marcha atrás y

alejarse.

Bajo la ducha, Ale no hizo más que pensar en las palabras de Claudio. Por desgracia, esta vez tenía razón, realmente había llegado el momento de olvidar a Ylenia de una vez por todas, no le quedaba elección y no podía seguir esperando en vano. Ahora que se habían terminado las clases, solo la vería en los exámenes y después probablemente nunca más. Virginia, aunque no era tan guapa como ella, tenía un encanto especial: lo había impresionado muchísimo y estaba seguro de que la atracción era recíproca. Quizá Claudio había dado en el clavo: Virginia sería

quien lo haría olvidar su triste amor no correspondido.

Esa noche, cuando llegaron al paseo marítimo, Ale se asombró de sí mismo: se moría de ganas de volver a ver a la chica a la que había conocido por la mañana. ¿No sería ella la auténtica mujer de sus sueños? Lo cierto es que no le costó mucho encontrarla, porque, en cuanto los dos amigos se acercaron a la barra del chiringuito para pedir algo de beber, ahí estaba ella.

—¿Tú qué haces aquí?

—¿Cómo que qué hago? ¡Trabajo!

—Virginia sonrió, y a Ale le pareció la sonrisa más hermosa del mundo.

—¡No me lo habías dicho!

Ella se limitó a sonreírle de nuevo.

Con la música a todo volumen, que retumbaba en los altavoces colocados justo encima de sus cabezas, era realmente imposible oír algo incluso a pocos centímetros de distancia.

Virginia le dio a entender con la mano que sería mejor continuar con la conversación más tarde, porque en ese momento tenía que atender a mucha gente.

Claudio y Ale se lanzaron entonces a la pista, donde bebieron y bailaron cuanto quisieron. Por fin, al final de la fiesta, destrozados, volvieron a sentarse

a la mesita del chiringuito, y Ale y Virginia encontraron un rato para estar a solas.

—Me alegro de ver que sigues vivo, después del balonazo de esta mañana.

Estaban paseando por la orilla, ella llevaba las sandalias en la mano y dejaba que las olas del mar le rozaran los pies.

—Ya, por desgracia sigo vivo.

Virginia paró de golpe y lo fulminó con la mirada.

—No digas tonterías. ¿Sabes cuántos chicos querrían gozar de tu salud?

—Hablabas por hablar... lo único que pasa es que estoy pasando por unos

días malos, eso es todo —se justificó Ale levantando las manos como para decir que no tenía ninguna intención de compadecerse de sí mismo.

—No, no, perdóname tú, no quería ser agresiva, pero es que hace un tiempo descubrí que mi mejor amiga está a punto de morir, por eso me pongo muy susceptible cuando se toca el tema, aunque sea solo en broma...

—Caray, se está muriendo, lo siento, debe de ser terrible, pero ¿cuántos años tiene? Y, si puedo preguntar, ¿cuál es la causa?

—Tiene solamente dieciocho años y padece una horrible enfermedad de

corazón que nadie ha podido diagnosticar con exactitud. Yo lo he sabido hace poco, ella lo sabe desde hace varios meses. Es realmente complicado, trato de estar cerca de ella, pero no sé cuál es la mejor forma de actuar.

Virginia se sentó en la orilla y empezó a dibujar circulitos en la arena con el dedo.

—Ya, claro... Pero ¿no hay esperanza de que se recupere? — preguntó Ale sentándose a su lado.

—No. Para ella ya no hay esperanza...

Como no sabía qué decir, Ale

prefirió guardar silencio. Nunca se había visto en una situación así.

Luego, para romper el embarazoso silencio, Virginia continuó:

—¿Y a ti cómo es que te molesta tanto estar vivo?

—No es que me moleste, es solo que, como te decía, no paso por un buen momento. La chica de la que estoy enamorado no me da bola.

—Qué tonta...

—¿Quién?

—¡La chica de la que estás enamorado!

—¿Y por qué?

—Si yo fuese ella, no te rechazaría.

Virginia oyó que la llamaban y se volvió de golpe. El dueño del chiringuito, su jefe, le hacía gestos para que regresara, porque había clientes.

—Lo siento, pero me tengo que ir.

—¡Espera! —la detuvo Ale reteniéndola por la manga—. ¿Volveré a verte?

—Si quieres...

—¡Claro que quiero! —Ale ya había decidido: ella era la chica que le quitaría a Ylenia de la cabeza.

—Pues ya sabes dónde encontrarme.  
—Virginia consiguió soltarse y se fue corriendo.

Ale se quedó unos segundos

mirándola, admirando su cuerpo esbelto, que le recordaba mucho el de Ylenia. En ese preciso instante Claudio, que se había quedado solo en el chiringuito, al ver regresar sola a Virginia, se acercó a su amigo.

—Y bien... ¿cómo ha ido?

—¿Qué quieres decir?

—No lo sé, qué habéis hecho, qué os habéis dicho.

—Nada especial, ¿qué quieres que nos dijéramos?

—¡Vale, vale! Escucha una cosa, hace un rato he conocido a una chica muy mona, así que me voy a dar una vuelta con ella. Tú arréglatelas por tu

cuenta. Total, creo que ya están a punto de cerrar.

—Oye, antes llévame a casa, ¿no?

—¡Andaaa! —Claudio se alejó sin darle a Ale tiempo de replicar.

Al quedarse solo, Ale decidió volver al chiringuito de Virginia. En vez de sentarse a una mesa o de aproximarse a la barra, bordeó el chiringuito y entró por la parte de atrás. La encontró de espaldas, fregando vasos, se le acercó y le puso una mano en el hombro. Pillada de sorpresa, Virginia dio un respingo y soltó un vaso en la pila, que se hizo añicos. Se hirió ligeramente un dedo mientras recogía los trozos de cristal.

—¡Ay! —exclamó llevándose el índice a la boca.

—¡Espera, déjame ver!

—¡No, es solo un arañazo! Déjalo...

¿Qué sigues haciendo aquí?

—¡Te había dicho que quería volver a verte!

—¡No creía que tan pronto! —dijo Virginia riendo.

Ale extrajo del bolsillo la cartera y buscó algo en su interior.

—¿Cuánto te queda? —preguntó mientras le vendaba el dedo herido con la tirita que encontró.

—Ya casi he terminado. ¿Me esperas en las mesitas? ¡Si el dueño te

encuentra aquí, no va a hacerle ni pizca de gracia!

—¡Vale!

Pocos minutos después, Virginia terminó el trabajo y él le propuso dar un paseo por el muelle, para seguir charlando.

—¿Hace mucho que trabajas aquí? Nunca te había visto.

—No, solo desde hace unos días.

—Entiendo. Debe de ser muy pesado. ¿Y acabas siempre tan tarde?

—No siempre, depende de las noches.

—¿Y cómo vuelves a casa? ¿Viene a buscarte tu novio?

—Normalmente viene a buscarme mi hermano —respondió Virginia a la vez que sacaba de los bolsillos dos latas de cerveza y le tendía una.

Ale cogió la lata, la abrió y la chocó suavemente contra la de ella.

—Entiendo. ¿También tu novio trabaja hasta tarde?

—¿Qué es esto, un interrogatorio?

—Perdóname, era solo por hablar de algo...

—Tranquilo, estaba bromeando. ¿Estás seguro de que te encuentras bien?

—¿Quién, yo? ¡Claro! No estoy borracho, si es a lo que te refieres.

—¿Estás seguro? —Virginia se llevó

la lata a la boca.

Ale la imitó.

—¡Quizá un pelín!

—En cualquier caso, ahora mismo no hay ningún novio... —Y tomó otro sorbo.

—¡Qué raro! —Ale apuró la cerveza de un trago.

—¿Por qué te parece tan raro?

—Suponía que una chica tan guapa como tú tendría una cola de pretendientes en la puerta de casa...

Virginia se sentó en un enorme escollo.

—¿Y quién te dice que no es así?

—¡Si fuese así no estarías aquí!

perdiendo el tiempo con un mamonazo como yo!

—Ven aquí, siéntate, ¿qué haces ahí de pie?

—¿No te da miedo que intente aprovecharme de ti?

—No, estás demasiado borracho para hacerlo.

—Tú misma.

—Y dime, ¿con cuántas chicas ha funcionado?

—¿Qué?

—¡Esta táctica! —Virginia se tumbó sobre el escollo.

—Yo no uso tácticas...

Ale se le acercó. Ambos estaban

echados sobre los escollos, con las manos detrás de la cabeza, uno al lado del otro, mirando el cielo estrellado.

—¡Ya, claro! Me recuerdas a mi ex.

—¿En serio?

—Sí, era igual que tú. Muy dulce y romántico, hasta que descubrí que se iba de putas porque no le satisfacía el sexo conmigo.

—¿En serio?

—Sí, en serio. Pero tú no me pareces esa clase de chicos.

—¿Cómo lo puedes saber?

Virginia lo miró mal.

—No, la verdad es que no soy de esa clase.

Durante un minuto se hizo el silencio, que de nuevo rompió ella.

—Háblame de ti. Tienes hermanas, hermanos, dónde vives, qué haces en la vida...

Y más cerveza. Ale, que se había terminado la suya, apuró también la que le quedaba a Virginia.

—No tengo hermanos ni hermanas, vivo solo con mi padre. Mi madre murió hace tiempo. Está también mi abuela, pero es como si no estuviese.

—¿Por qué?

—Hace cosa de tres años dijo que había visto a la Virgen y desde entonces se pasa el día rezando, sin hablar con

nadie. Vive completamente ajena al resto del mundo. ¿Y tú?

—Yo vivo con mi hermano desde que mis padres se separaron hace dos años.

—Debes de sentirte muy sola...

—Sí, también porque mi hermano trabaja de policía en la ciudad, así que nunca está.

—Entiendo. Entonces necesitas a alguien que te haga compañía.

—¿Qué haces?

—¿Tú qué crees?

Los labios de Ale encontraron los de Virginia.

—¿Cuánto has bebido?

—¡Un poco!

—¿Me quieres?

—Sí, te quiero...

Y así, quizá por la cerveza, a la que no estaba acostumbrada, o por la magia de la noche de verano y la presencia inesperada de aquel chico rubio tan guapo, Virginia se abandonó inexplicablemente. Ella, tan racional y tan poco dada a las aventuras, sintió que se imponía la fuerza de la pasión, que la pasión mandaba sobre ella como nunca antes. Algo había ocurrido y se encontró con Ale encima, con la poca ropa que llevaban tirada alrededor, y descubrió que en ese momento no habría podido

desear nada diferente de lo que estaba ocurriendo.

Ale se revolvía en la cama, incapaz de dar un sentido a la noche. Se sentía muy culpable con Ylenia, sin motivo aparente. Tenía ganas de llorar. Volvía a ver a Virginia moviéndose de arriba abajo encima de él, desnuda, salvaje, hermosa, desinhibida. Se sentía mal porque le había gustado. Tenía ganas de perderse de nuevo dentro de ella, pero no podía. Sentía que era sencillamente un cabrón. Sin embargo, no había

traicionado a nadie, aparte de a sí mismo. Quizá ni siquiera a sí mismo, a la vista de la situación. Podía vivir libremente su vida sin el rostro de Ylenia permanentemente grabado. Pero entonces ¿por qué ese sentimiento de culpa?

Era incapaz de dejar de pensar en ello y se quería morir. Virginia encima de él echando la cabeza hacia atrás, en su cabalgada de amor. Ella suspiraba y sonreía, y él la atraía hacía sí por los hombros para sentirla más suya, para penetrarla más, para besarle los pechos desnudos, ardientes, que se mecían al ritmo de su placer. Y luego apartarse un

instante, para detenerse y besarla más, mientras ella, deseosa de conocer su sabor, lo mordisqueaba, lo lamía, lo besaba con ansia, hambrienta de él.

A continuación, de nuevo uno dentro del otro, en aquella loca carrera de pasión, enredándose en los vaqueros, aferrándose a sus nalgas, al tiempo que ella empujaba la pelvis, hacia él, hasta que, alcanzado el clímax, feliz, se apartaba, mientras él teñía de blanco unos granos de arena sobre los escollos, justo al lado de ella.

Después vestirse, en silencio, abochornados, sin saber qué pensar el uno del otro. Y despedirse con un beso

leve en los labios, cuyo sabor no recordaba. Un beso que lo unía a algo a lo que no quería estar unido. O tal vez sí.

Se levantó de la cama, sin saber qué hacer, con aquella culpa que lo oprimía, quitándole el sueño y el apetito. El pecado debía ser confesado. Quizá solo así conseguiría sentirse libre: solo si ella le decía que lo perdonaba, solo si ella comprendía, podría borrarlo.

Y de nuevo, después de mucho tiempo, marcó aquel número que nunca había olvidado.

—¿Diga?

—Buenos días, señor Luciani, soy

Ale.

—Hola, Ale, ¿qué tal? Hace mucho que no vienes por aquí.

—Bueno, es que he estado un poco ocupado... ¿Ylenia está en casa?

—Lo siento, pero ha salido con su madre.

—Entiendo. Entonces, llamaré en otro momento. Adiós, y perdone las molestias.

—¡No es ninguna molestia, hombre! ¡Hasta pronto!

Ale colgó y sacó el móvil, a lo mejor tenía suerte e Ylenia le respondía. Le sorprendió ver parpadeando en la pantalla el icono del sobre. Y se quedó

boquiabierto cuando leyó el SMS de Virginia: «Solo quería decirte que esta noche contigo ha sido maravillosa. Me encantaría volver a verte... quizá no me creas, pero te puedo asegurar que no soy ese tipo de chicas. No es propio de mí hacer el amor con un chico al que acabo de conocer, pero tú tienes algo especial. Espero verte pronto. Llámame. Virginia».

La noche anterior estaba tan borracho que ni siquiera recordaba que se hubieran intercambiado los números de teléfono. Ahora tendría que llamarla, o por lo menos responderle al SMS, pero ¿para decirle qué? Apagó el móvil

y se metió de nuevo bajo las mantas. Ya era mediodía, pero no tenía ganas de comer ni de ver a nadie. Tenía una resaca tremenda y se sentía espantosamente confundido.

Luego, de repente, se le ocurrió una idea.

«¡Será la prueba del nueve! —se dijo—. Este es el último intento. ¡Si sale mal, me entregaré en cuerpo y alma a Virginia y apartaré para siempre a Ylenia de mi vida!» Se vistió a toda prisa y salió de casa.

—¿Me quieres decir por qué me has pedido que le contara una mentira a Ale?

—No me apetecía hablar con él.

—¿Por qué eres tan cabezota? ¿Cuándo comprenderás que tu forma de comportarte es injusta? ¡Quizá crees que así él sufre menos, pero te equivocas! Si realmente sientes algo por él, debes decirle la verdad y explicarle el motivo de tu continuo rechazo.

Giorgio no solía meterse en las cosas de su hija, pero esta vez el asunto era demasiado importante.

—¡Virginia me ha dicho lo mismo, pero yo no quiero! Vosotros no lo entendéis, no podéis entender cómo me siento... —Ylenia rompió a llorar y se encerró en su habitación.

Cuando por fin estuvo sola empezó a pensar en Ale, en todos los momentos que habían pasado juntos, en cómo la hacía sentirse bien y en la manera en que se habían dejado la última vez, pero sobre todo en lo fría que había estado con él. Cada recuerdo era una punzada en el corazón. ¡Cuánto le habría gustado

tenerlo a su lado en esos días difíciles! ¡Cuánto le habría gustado hablar, desahogarse, sincerarse con él! Y desde que había sabido lo que había pasado con Silvia... Qué amable había sido ella, debía de querer mucho a Ale. Silvia había ido a verla a su casa para contarle lo que había ocurrido en la fiesta. Le dijo que era una chica afortunada: solo una tonta rechazaría a Ale. Haría bien en no dejarlo escapar. Al sentirse acusada, Ylenia se vio obligada a contarle toda la verdad, y a partir de ese momento se hicieron amigas.

Y Silvia también estuvo a su lado en

aquellos días difíciles, sobre todo desde que Virginia empezó a trabajar en la playa y se veían menos. Lamentablemente, ella también le repetía hasta la saciedad que disfrutara de los momentos que le quedaban sin pensar en las consecuencias, hasta donde le fuera posible.

Pero ¿qué podía hacer, llamar a Ale y decirle que lo quería? ¿Y si él, entretanto, la había olvidado o se había enamorado de otra? Probablemente, la habría tomado por una pobre loca, dada su total falta de coherencia.

¿Qué era lo mejor que podía hacer? ¿Quién podía saberlo? Ylenia se

arrodilló delante de su cama y con las manos juntas y los dedos entrelazados comenzó a hablar en silencio con Dios, para pedirle un poco de consuelo, una señal, algo que le indicase qué era lo mejor que podía hacer, el camino correcto. Estaba tan absorta en sus oraciones que no reparó en que alguien llamaba a la puerta. Cuando oyó que la abrían se volvió de golpe.

No daba crédito a sus ojos. ¿Acaso era aquella la señal que esperaba? ¿Esa era la forma en que Él atendía a su plegaria? Cómo saberlo, lo único que sentía era que el corazón le estallaba de dicha. Se arrojó literalmente a sus

brazos.

—¡Ale, amor mío, te echaba tanto de menos! —le dijo sollozando.

Ale se quedó de piedra al oír aquellas palabras, paralizado, embelesado, incapaz de distinguir el sueño de la realidad.

Ylenia, Ylenia, Ylenia. Todos esos meses lo único que había tenido en la cabeza era aquel nombre. Nada más que ese nombre. ¿Y ahora? Y ahora ella estaba allí, delante de él, llorando entre sus brazos, diciéndole que lo había echado de menos. ¡Ella, que lo había apartado, ella, que había jugado a ese juego cruel, acababa de llamarlo «amor

mío»!

—¿Ylenia? —susurró—. ¿Eres tú?

—¡Claro que soy yo! ¿Quién voy a ser?

—¿Me repites lo que acabas de decir?

Ale estaba como en trance, solo era consciente de la respiración y del dulce perfume de la piel de ella. Ylenia bajó la cabeza y sin hablar se acurrucó entre sus brazos, haciéndose pequeña e indefensa, con la única necesidad de ser mimada y amada.

—¿Por qué has venido? —preguntó con un hilo de voz.

—Quería invitarte a la fiesta de fin

de curso —explicó él sintiéndose espantosamente tonto pero a la vez tremendamente feliz.

—Contigo me iría hasta el fin del mundo.

Ylenia se había puesto colorada, había vuelto a ser la Ylenia que tanto le gustaba, tímida, hermosa, frágil. Su Ylenia.

—Ylenia, pero... ¿a qué se debe este cambio de repente? ¿Qué ha pasado? Todos estos meses, y ahora... No comprendo. ¿Me quieres dar una explicación? ¡Tienes que darme una explicación; si no me volveré loco!

Ella le puso un dedo en la boca.

—Ahora no, por favor. Te lo explicaré todo mañana por la noche, en la fiesta, pero ahora no. Ahora solo abrázame.

Ale no entendía nada, pero obedeció. Para él tampoco había nada más hermoso que tenerla entre sus brazos, no quería estropear ese momento con preguntas inútiles, sobre todo porque ahora, por primera vez, la boca de Ylenia buscaba la suya, discreta, pasando primero por el cuello, la barbilla, las mejillas, un breve beso cada vez, para luego posarse dulcemente en sus labios. Ahora saboreaba la auténtica felicidad, aquella extraña

dama que, en ese preciso instante, llamaba a la puerta para poder entrar; mientras sus lenguas, ebrias de amor, se buscaban y se entrelazaban, descubrió por primera vez qué significa formar una unidad.

También a él, en ese momento, se le reveló aquel gran misterio que llaman amor.

—¡Ale! ¡Ale!

—¿Eh?

—¿Sabes qué hora es?

—¿Qué quieres? —Ale se volvió hacia el otro lado.

—¡Son las diez y media de la noche! Aunque hayamos vuelto a las seis de la mañana, no te puedes pasar todo el día en la cama...

—¿Quién te ha dejado pasar?

—Tu padre, ¿quién, si no? Llevo

media hora esperándote abajo. ¿Te has olvidado de que habíamos quedado a las diez para ir a bailar? ¡Venga, vístete, y salimos!

—¡Eres un coñazo, Claudio! —Ale, bostezando, se levantó, cogió su ropa y se encerró en el baño.

—Oye, ayer no me contaste nada, ¿cómo te fue con tu nuevo ligue? —gritó Claudio desde la habitación.

—No quiero hablar de eso.

—¡No me digas que tuviste un gatillazo! ¡Eso no es propio de ti!

—No, pero quizá habría sido mejor.

—Entonces te la tiraste...

—¿Por qué tienes que rebajarlo todo

a esos términos? Pero sí, lo hicimos.  
¿De acuerdo?

—¿Eso significa que por fin has cerrado el capítulo Ylenia?

Ale salió del baño, ya vestido.

—Eso no significa absolutamente nada. Estábamos borrachos y pasó, fin del asunto. No te montes una película. Ahora salgamos, venga.

—Madre mía, qué susceptible estás...

Claudio siguió a su amigo por el pasillo y luego fuera del piso.

—Adiós, señor Cutrò.

—Adiós, Claudio, no volváis tarde.

Durante buena parte del trayecto los

dos permanecieron en silencio, cada uno sumido en sus propios pensamientos.

—¿Sabes al menos dónde queda la discoteca? —preguntó Ale despabilándose de repente.

—No. La chica de anoche me lo explicó más o menos, pero no me dijo dónde está exactamente. De todas formas, en cuanto lleguemos al barrio que me señaló, preguntaremos por ahí. Seguramente alguien conoce la calle. ¿Te he dicho que esta noche celebran la elección de Miss Camiseta Mojada?

—Sí, cerca de mil veces...

—¿Ya has decidido a quién llevarás a la fiesta de fin de curso mañana?

—Sí.

—¿A Virginia?

—No.

—¿A quién, entonces?

—A Ylenia.

—¡Mira que eres testarudo! ¿Te quieres enterar de que esa ni siquiera te mira? Le importas un bledo, ¿cuándo lo asumirás? Nunca aceptará tu invitación.

—La verdad es que ya ha aceptado.

—¿Qué? —Claudio frenó de golpe.

—¡Oye! ¿Qué coño haces?

Claudio se había quedado de piedra tras oír aquellas palabras, pero había frenado porque había un hombre tumbado en el centro de la calzada, al

lado de una scooter, también abandonada en el asfalto.

—¡Coño! ¡Ese se ha desmayado!

—¡Le habrá dado algo mientras conducía! ¡Rápido, vamos a ver! —dijo Ale, también impresionado por la escena.

—¿Y si es una argucia para robarnos?

—Tú ves demasiadas películas...

Ale bajó del coche mientras Claudio, asustado, decidió no seguirlo y permanecer dentro. Apenas Ale llegó al lado del hombre tumbado en la calzada, este se puso en pie y le apuntó con una navaja. Llevaba un pasamontañas en

pleno junio. Lástima que no se hubieran percatado de ese detalle antes. Pocos segundos después, al lado de Claudio se plantó otro hombre, que salió de detrás de un coche aparcado, también con pasamontañas y navaja, y que lo conminó a apearse del coche.

Claudio empezó a gritar y Ale hizo lo propio. El asaltante, temiendo que tanto ruido pudiese atraer la atención de los residentes del barrio, le dijo a su cómplice que era preferible largarse.

—¿Qué coño dices? Venga, baja del coche —insistió el otro convencido.

Claudio no sabía qué hacer: no quería entregar su coche a esos dos

delincuentes, pero tampoco dejarse la piel.

—¡Venga, deprisa! ¡Te he dicho que bajas!

En ese momento una mujer se asomó al balcón de su casa y empezó a gritar. Los dos asaltantes, asustados, saltaron a la scooter y desaparecieron. Ale y Claudio respiraron aliviados.

—Me cago en la leche, menos mal que nunca te hago caso —dijo Claudio.

—Vaya, ahora voy a tener yo la culpa. ¡Vámonos, venga! Volvamos a casa, que por esta noche se me han quitado las ganas de bailar.

Ale subió al coche. Después de

darle las gracias a la señora, Claudio puso en marcha el coche y arrancó; sin embargo, tras recorrer unos kilómetros, lo asaltó una duda.

—Creo que nos hemos perdido.

Ale dio un respingo en el asiento.

—¿Cómo que nos hemos perdido?

¿Qué significa?

—Significa que no sé dónde estamos.

—¿Y ahora? Ni siquiera podemos preguntar por ahí. No hay nadie. Prueba a doblar por allí, a lo mejor encontramos a alguien.

—¿Y si esos dos nos están esperando justo allí?

—¡No digas bobadas! Ya estarán lejos. ¿No has visto las caras de idiotas que tenían? No serían capaces de hacer daño a una mosca.

Pero no bien Claudio dio la vuelta a la esquina, se encontraron exactamente con la misma escena de antes.

—¡O sea que son realmente memos!

Claudio frenó de nuevo, luego bajó la ventanilla y se puso a gritar:

—Eh, señores asaltantes, ¿podrías quitar la scooter de la calle para que podamos pasar?

Antes de terminar la frase, ya tenía una navaja pegada a la garganta. Una navaja de goma.

—¡Nooo! Otra vez estos dos... —  
exclamó el asaltante.

—¡Lo mismo decimos nosotros!

Entretanto, su cómplice se había levantado del suelo y se había acercado, curioso de saber qué estaba pasando. En cuanto vio a Ale y a Claudio, exclamó:

—¡Qué coñazo! ¡Otra vez esos dos liantes, qué mala pata tenemos esta noche! Uno no puede hacer su trabajo en paz...

—¡Hace falta valor para llamarlo trabajo! —contestó Ale, y se arrepintió enseguida de haber abierto la boca. Por idiotas que fueran, no dejaban de ser dos asaltantes y no era muy inteligente

ponerse a bromear.

Por suerte, los dos hicieron caso omiso de la frase y uno dijo:

—¡Quito la scooter con una condición!

—¿Cuál? —preguntaron Ale y Claudio al unísono.

—¡Que no abráis la boca!

—Por supuesto. ¿Quién os ha visto?  
¿Ya nos podemos ir?

El asaltante hizo un gesto a su cómplice para que moviera la scooter. Luego dijo:

—¡Largaos!

Claudio asintió y en cuanto tuvo la calle libre arrancó.

—¡Qué cosa! —exclamó Ale—.

Mira que hay locos por ahí...

Claudio frenó de golpe, bajó la ventanilla, les silbó a los asaltantes y los mandó al diablo con un gesto obsceno.

—No sé quién es más idiota: ¡esos dos o tú, que sigues sus pasos! —exclamó Ale exasperado.

—¡Venga! ¡Solo quería divertirme un poco! ¿Los has visto? Eran completamente inofensivos: con navajas de goma, como los niños en Carnaval...

—Sí, vale, pero con esa gente siempre hay que tener cuidado, nunca se sabe.

—Puede... Pero ya tenemos otro problema.

—¿Cuál?

—Me parece que aquí tampoco hay nadie. ¿Cómo lo hacemos para pedir información? No tengo ni idea de dónde estamos. —Claudio empezó a mirar alrededor.

—Pues me parece que ahí hay alguien. —Ale señaló a unas prostitutas en la acera—. Oye, es preferible que retrocedas y cambies de calle.

—No sabía que estuvieran también en esta zona. Preguntémosle a una de ellas, ¿no?

—¿Estás pirado? ¿Qué piensas

hacer? ¿Es que nunca ves las noticias?

—¿Las noticias? ¿Yo? Claro, hombre... —Claudio aparcó cerca de una prostituta—. Perdona, no hemos venido por ti, solo queríamos saber si puedes indicarnos cómo llegar a la autopista.

La mujer, probablemente extranjera, por toda respuesta, levantó el dedo medio.

—¡Qué finura!

Ale rompió a reír.

—Anda, déjalo, vámonos de aquí. Te advierto de que los controles sobre la prostitución están aumentando. Hacen fotos a los clientes y luego los

denuncian.

—¡Venga! Estamos pidiendo información, no somos clientes. Además, por aquí no hay nadie, ¿quién va a hacernos una foto?

Un poco más adelante había otra chica y Claudio le preguntó. Esta fue más amable y les explicó el camino, pero a cambio le pidió a Claudio que la llevara a otra zona, porque en la que estaba no pasaban muchos coches. El chico ingenuamente aceptó, haciendo caso omiso de las protestas de Ale.

El coche se alejó con los tres. Inmediatamente después otro coche, aparcado en la acera de enfrente,

encendió los faros. Dentro había dos policías de paisano que, armados de polaroids, habían fotografiado los movimientos de las prostitutas. Al día siguiente entregarían las fotos en la comisaría para presentar las denuncias.

—¡Ay! —Virginia había entrado a oscuras en la habitación de su hermano y se había tropezado con la mesilla, haciéndose daño en la rodilla.

—¿Qué pasa? —Ivan se despertó de golpe y encendió la luz.

—Pasa que el despertador lleva sonando un rato, pero no te despiertas. Creo que dormías profundamente, por eso he venido a despertarte.

—Pero esta mañana no tengo que

levantarme tan pronto...

—Entonces, ¿por qué ha sonado el despertador?

—No lo sé, me olvidaría de apagarlo anoche. Déjame dormir un rato más, estoy muerto de cansancio —dijo Ivan mientras volvía a taparse con las mantas.

—Vale, te despertaré más tarde. Dulces sueños.

Virginia se acercó a su hermano, le dio un beso en la frente y se inclinó para apagar la lamparilla. Involuntariamente, antes de apretar el botón, tiró unas fotos al suelo.

—Epa... ¿Y estas fotos? —preguntó

agachándose para recogerlas.

Ivan abrió con esfuerzo un ojo y la tranquilizó:

—Nada, son las fotos que tomamos anoche a los clientes de las prostitutas. Me olvidé de dejarlas en la comisaría, porque las guardé en el bolsillo equivocado, pero volveré esta tarde para presentar las denuncias.

Entre las muchas imágenes, Virginia reparó especialmente en tres. Sin que lo notase su hermano, las cogió y se las guardó en el bolsillo, luego apagó la luz y salió de la habitación de Ivan.

Extrajo del bolsillo las fotos y las observó mejor. No cabía duda.

—¡Qué cabrón! —exclamó mientras entraba dando un portazo en su habitación.

Ale estaba tremendamente excitado. Nunca en toda su vida había estado tan eufórico. Se sentía tan feliz, que se había olvidado de todo lo demás.

Ya eran las siete, dentro de dos horas pasaría a recogerla. Ya veía la escena: llegaría y ella bajaría los pocos escalones de la puerta de entrada de su casa, más hermosa que nunca. Iría a su encuentro, le besaría la mano, le tendería el ramo de margaritas y luego la

ayudaría a subir al coche.

Sin embargo, intuía que algo fallaba. Hasta que, de pronto, supo de qué se trataba.

¿Y el coche? ¿Qué coche? Se había olvidado de ese pequeño detalle. Coño.

Estaba tan en Babia que no había pensado en ese problema. Sin duda, no podía ir a recogerla en su vieja scooter, por no decir que su querido cacharro ya lo habían destrozado Rómulo y Remo el día anterior, cuando fue a casa de Ylenia para invitarla a la fiesta.

Volvía a verse trepado a la verja, mientras trataba de llamar al portero automático para rogar al señor Luciani

que se llevara a los perros, y estos, al no poder morderlo, se divirtieron arrancando a dentelladas el sillín de la scooter. Ni pensar en pedir dinero para repararla: habría quedado como un mendigo.

En cualquier caso, el problema principal que había que resolver, en ese momento, era encontrar un coche para la fiesta. Claudio a lo mejor podía ayudarlo: tenía cinco sitios en su coche e iba solo con su amiga; seguramente aceptaría llevarlos.

Sin embargo, cuando lo llamó para decírselo, la respuesta que oyó fue:

—Lo siento, ya le he prometido a mi

hermano que iremos los cuatro juntos. Tendrías que habérmelo dicho antes. Si quieres, a la vuelta te puedo llevar, porque él y su chica regresarán con otros amigos.

—¿Tu hermano? ¿Qué dices, no va a la universidad? Además, soy tu mejor amigo, no me puedes dejar tirado a pie.

—Mi hermano pequeño, memo. ¿Sabes quién es? Lo conoces perfectamente. Está en nuestro instituto, en tercer curso. Claro que como a ti el amor te afecta al cerebro... Oye, ¿por qué no alquilas un coche, si realmente lo necesitas?

—¿Dónde?

—Busca en la guía telefónica. Alquila un buen coche, con chófer incluido, así quedarás como un rey. Y ahora perdóname, pero tengo que terminar de prepararme.

—Vale, mil gracias. Nos vemos más tarde. Adiós.

Ale estaba muy desmoralizado, pero no se desanimó. Pasó la hora siguiente llamando a todos los números que encontró en la guía y al final alquiló el coche menos caro que pudo encontrar: trescientos euros la hora. Pero era una limusina, de modo que al menos con toda seguridad iba a quedar muy bien.

A la hora fijada, Ale llegó a casa de

Ylenia. El chófer recorrió todo el camino asfaltado, y Rómulo y Remo, como buenos perros guardianes, empezaron a perseguir el coche ladrando.

Ylenia ya estaba delante de la puerta de entrada, tan hermosa que quitaba el aliento. Vestía un vestido verde oliva, que hacía juego con sus maravillosos ojos color esmeralda. Llevaba el pelo peinado hacia atrás, con algunos rizos enmarcándole el rostro, un poco más maquillado de lo habitual. Parecía más mujer.

Ale estaba extasiado ante tanta belleza; pero, cuando aún no se había

bajado del coche, la chica entró en casa, sin haberlo reconocido.

—¡Según parece, esta noche salís también vosotros, queridos papás!

—La verdad es que no, no tenemos planes para esta noche, ¿por qué?

—Entonces ¿para quién es el maravilloso coche que hay aparcado aquí fuera?

—Será Ale, que ha venido a recogerte, ¿no?

—No, Ale no puede permitirse un coche semejante...

Ylenia volvió a salir, acompañada por sus padres, y su sorpresa fue mayúscula cuando lo vio, delante de la

puerta del asiento trasero, peleando con Rómulo y Remo, que le habían mordido los pantalones y no parecían dispuestos a soltar la presa.

—¡Remo, fuera! —ordenó con firmeza Ylenia, y el perro soltó inmediatamente a Ale.

—Buenas noches...

Ale, un poco abochornado por el papelón, saludó con un apretón de manos al padre de Ylenia y con un beso en la mejilla a la madre y a la hija.

—¡Ale! Pero ¿este coche es tuyo? Es fantástico... —Ylenia estaba estupefacta.

—No, no es mío, ya me gustaría. Lo

he alquilado para la ocasión —le confesó al oído; luego la cogió de la mano, abrió la puerta e hizo que se sentara en el asiento de atrás.

Se despidió de los Luciani y como un perfecto caballero rodeó el coche para subir por el otro lado y sentarse junto a Ylenia.

—Pero, Ale, no era necesario, te habrá costado un ojo de la cara.

—¿Qué importancia tiene?

En el asiento que había delante de ellos estaba el ramo de margaritas que había comprado. Ale lo cogió y se lo tendió.

—¡Esta noche todo debe ser

perfecto! —Y tras decir eso le dio un breve beso en los labios.

—¡Estás loco!

—Sí, loco por ti...

Silencio. Un beso tan largo como la vida.

—Esta noche estás preciosa.

—Gracias, tú también estás muy bien. Me resulta raro verte con este traje de etiqueta, pareces mayor, casi un hombre.

Él sonrió tratando de aparentar calma, cuando en realidad tenía el corazón en un puño. Y no por la emoción de salir con ella, sino porque en la ciudad había mucho tráfico y, cuanto

más tiempo pasaba, más le costaba el alquiler. Haciendo un cálculo rápido, dedujo que ya tenía que pagar más de trescientos euros.

Cuando llegaron al lugar de la fiesta, una espléndida villa con vistas al mar, Ale se apeó del coche y le abrió la puerta a Ylenia para que bajara también ella. Por suerte, la chica se alejó para saludar a sus compañeras de clase y él se acercó al chófer para que le hiciera la cuenta.

—Son cuatrocientos cincuenta euros.

Joder, una fortuna. Mejor dicho, un robo. Pero por Ylenia, eso y más.

Ale le tendió la tarjeta de crédito

que le había robado a su padre, pero advirtió que el chófer no hacía ademán de irse.

—¿Y ahora qué pasa?

—¿La propina?

—¿También propina? ¡Usted está loco! ¿Me deja sin un céntimo y encima se atreve a pedirme propina?

—Ale, ¿has terminado? ¿Entramos?

Ylenia había dejado de charlar con sus amigas y se había acercado a su acompañante.

—¡Sí, un segundo! —dijo él sonriendo.

Sacó un euro del bolsillo y se lo tendió al chófer.

—¡Aquí tiene la propina! ¡Y váyase al diablo! —zanjó.

En cuanto pisaron el jardín fueron atraídos por la voz de Claudio, que, ya borracho al principio de la fiesta, se había subido a una mesa y, tras arrancarle el micrófono al dj, había empezado a proclamar un discurso.

—Queridos, queridísimos compañeros, hoy estamos aquí todos reunidos para celebrar estos cinco años que hemos pasado juntos. Han sido cinco años bastante movidos, repletos de emociones, cinco años durante los cuales algunos se han enamorado, algunos incluso han comprendido para

qué sirven las matemáticas, algunos se han emborrachado en todas las fiestas, otros se han apartado del camino y han tenido que repetir curso, pero en fin... Dentro de poco todos habremos terminado el instituto y cada uno elegirá su camino, tal vez no nos volvamos a ver nunca, pero una cosa es cierta: ha sido bonito y nos hemos divertido mogollón. Añado que lo siento muchísimo por aquellos que no han llegado hasta aquí o que nunca llegarán, aunque tampoco hay que preocuparse, porque hay cosas peores y más graves en la vida, ¡ánimo! ¡Y ahora demos paso a los bailes, a la música, al alcohol, al

sexo y a la diversión!

—¿Sabes que cuando Claudio está borracho es más simpático? —rompió a reír Ylenia.

—En efecto...

—Así que resulta que también tiene un poco de seso. Ha dicho cosas muy bonitas. No me lo esperaba. Pero vamos a tomar algo, me muero de sed.

—Vale, vamos, pero...

—¿Dime?

—¿Te he dicho que estás preciosa?

—¡No!

—¡Mentirosa!

—Pero si lo sabes, ¿por qué me lo preguntas?

—Porque quisiera decírtelo  
infinidad de veces.

—Y yo quisiera oírtelo decir  
infinidad de veces.

—Estás preciosa...

La fiesta pasó rápidamente, entre bailes desenfrenados y vasos apurados de un trago, risas y los discursos de rigor.

—¡Eh, ve despacio! —Ale le quitó con delicadeza a Ylenia el vaso que sostenía en las manos.

—Oye, que no estoy borracha... —respondió ella sin resultar muy convincente.

—Ya, claro... Sentémonos allí, que se está más tranquilo —trató de

convencerla Ale cogiéndola de la mano.

—Como quieras, pero créeme si te digo que no estoy borracha...

En el jardín, mientras paseaban, Ale se atrevió por fin a retomar el asunto que tanto le interesaba.

—Me parece que esta noche tenías que darme una explicación, ¿o me equivoco?

Haciéndose la desentendida, Ylenia trató de cambiar de tema.

—Quiero ver el mar, pero estos árboles me lo impiden. Subamos... —Y señaló uno de los balcones de la casa.

—¿Arriba? No sé si podemos.

Ale vacilaba. Había intuido hasta

dónde lo quería llevar Ylenia esa noche, pero él no tenía intención de aprovecharse de la situación. No sabía si el nuevo cambio repentino era fruto del alcohol o de otra cosa.

—Claro que se puede. Hace poco he visto que Claudio y Gilda han subido por las escaleras. ¡Ánimo, venga, hagamos lo mismo!

—Vale, vale. ¿Estás segura de que quieres?

—Por supuesto... ¡Ya te he dicho que no estoy borracha! ¿Vienes o no?

Ylenia se encaminó decidida, haciéndole un gesto para que la siguiera. Cuando llegaron a la planta de arriba se

encontraron en un pasillo lleno de puertas.

—¿Y ahora? ¿Cómo sabemos cuáles es? —preguntó Ale mirando alrededor.

—¡Muy fácil! Las abrimos todas...

Y así empezaron esa cómica búsqueda, compitiendo para ver quién la encontraba antes. Sin embargo, muchas puertas estaban cerradas con llave por dentro, se les habían adelantado. Ale se paró un momento. Una melodía romántica se mecía en el aire y no salía de los altavoces del dj. Al parecer, Claudio había seguido su consejo y había elegido las notas de Midge Ure para aquella noche con Gilda. Ale

sonrió, feliz por su amigo, feliz por sí mismo y por el mundo entero. Nada ni nadie podrían jamás estropear aquel momento mágico.

Después de abrir muchas puertas, Ylenia encontró por fin la habitación que buscaba.

—¡Ale! ¡Ven rápido! ¡Es aquí! ¡He ganado yo!

Ale siguió a Ylenia hasta la habitación. Ella ya había salido al balcón a contemplar el paisaje.

—Es maravilloso. Esta vista quita la respiración.

—Tienes razón, pero ten cuidado, no te asomes demasiado.

—¡Sí, papá!

Ale la besó con pasión.

—¿Has visto, has visto cuántas estrellas? Ha pasado una estrella fugaz, ¿la has visto? —Ylenia daba saltitos feliz y señalaba un punto en el cielo.

—No, no la he visto.

—¡Qué pena! Eso significa que tendré que pedir un deseo también por ti. De todas formas, estoy segura de que es el mismo que el mío.

Ylenia lo besó todavía más intensamente.

—Ylenia, espera, quiero saber...

—Chissst, ahora no es momento de explicaciones, tenemos otra cosa que

hacer...

—Pero yo...

Ylenia lo agarró de la corbata y lo llevó al interior de la habitación.

—¿Estás segura de que es esto lo que quieres?

—Nunca he deseado otra cosa, quiero ser tuya, Ale, quiero ser solo tuya, aquí y ahora... —le susurró echándose en la cama y haciéndolo tumbarse sobre ella—. Quiero hacer el amor contigo, Ale, ese es mi único deseo, ¿puedes cumplirlo?

Tenía los ojos cerrados y saboreaba despacio su piel, mientras él le bajaba delicadamente la cremallera del vestido

y le daba besitos en el cuello.

Ale no dijo nada. Empezó a explorar con la boca cada centímetro de su cuerpo, al tiempo que el sujetador se desataba, las braguitas salían y el vestido acababa en el suelo. Su lengua resbalaba cada vez más abajo, por el cuello, luego por los pechos y por los pezones, por la barriga ya ligeramente bronceada, y a continuación todavía más abajo, más abajo, para oírla gemir, feliz y pasional. Le recorrió con las manos todo el cuerpo, mientras ella, con dedos temblorosos, los ojos entornados y una expresión indefinible en el rostro, le desabotonaba la camisa y trajinaba con

los botones de sus pantalones, besándole el cuello, a la espera del momento en que finalmente sus cuerpos se convertirían en uno solo.

Y cuando ese momento llegó, mientras lo sentía moverse dentro de ella y ella también movía la pelvis para acompañarlo en el mismo baile, las palabras salieron solas de sus bocas justo en el instante más hermoso, como para rubricar la magia:

—Te quiero.

Más tarde, a saber cuánto tiempo más tarde, ambos estaban desnudos, uno al lado del otro, felices, cansados y saciados de amor. Mientras la música

sonaba y las estrellas hacían de espectadoras, lo hicieron de nuevo. Ylenia habría deseado seguir sin interrupción, pero sabía que no podía abusar para no agotar su corazón enfermo. Permaneció extasiada en el aturdimiento, turbada por la inesperada realización del amor con Ale.

—Ha sido precioso...

Ylenia estaba colorada, se le había corrido un poco el maquillaje y llevaba puesta la camisa de Ale.

Con la cabeza sobre sus pechos, él dibujaba con el dedo circulitos sobre la piel delicada, que seguía oliendo a pasión.

—¡Lo sé, para mí también ha sido fantástico!

Ylenia le dio un beso en la frente. Él se sentó a su lado.

—Dime la verdad. ¿Es cierto eso que me has susurrado?

—¿A qué te refieres?

—A algo que has dicho hace poco, mientras lo hacíamos...

Ylenia rompió a reír.

—¿Cuándo, perdona? ¡Lo hemos hecho dos veces!

—Sabes a qué me refiero... ¿Es verdad que me quieres?

—Sí.

—Yo también te quiero, pero tienes

que darne algunas explicaciones. Trata de entenderme, no puedo vivir así, necesito saber...

Hubo un instante de silencio que pareció durar una eternidad. Luego Ylenia se decidió. «Debo decírselo. Debo hacerlo. No puedo seguir echándome atrás. No después de esta noche. No después de lo que ha pasado. Debo decírselo aquí y ahora. Debo encontrar la fuerza. Respiro. Voy».

—Me estoy muriendo, Ale...

«Silencio. Lo miro. No me mira. Tiene los ojos perdidos en el vacío. Di algo, coño, no te quedes embobado. Habla. Te lo suplico».

—¿Perdona?

—Te he dicho la verdad. Me estoy muriendo.

—No puede ser, ¿qué significa?

—Estoy enferma, Ale, y no me queda mucho tiempo de vida. Yo... Puede que no llegue ni a ver el verano. Lo siento, amor, pero es la verdad.

—No. No es verdad. No es verdad. Por favor, dime que no es verdad. No puede ser verdad, no tiene sentido...

Ale estaba muy alterado. Podría haberse imaginado cualquier cosa menos algo así. Porque eso era sencillamente inconcebible.

—Por desgracia es cierto, amor mío,

y nadie puede hacer nada. Nadie puede salvarme. Tienes que hacerte a la idea. Por favor, no te pongas así. ¡Por favor! Yo... yo no tengo miedo...

—Pero ¡no es posible! ¡Tú no puedes morir! ¡Ahora no, cuando por fin te he encontrado! ¿Cómo voy a vivir sin ti? ¡No puede ser verdad! Se podrá hacer algo, habrá alguna esperanza...

Ylenia se había prometido ser fuerte, por él, por ellos, pero la expresión desesperada del rostro de Ale era desgarradora.

—Amor, por favor, no lo hagas todo más difícil...

—¿Desde cuándo lo sabes?

Ylenia no se atrevía a confesárselo.

—Respóndeme. ¿Desde cuándo lo sabes?

—Desde hace unos meses.

—¿Y por qué no me lo has dicho antes? ¿Por qué?

—Ale, no podía decírtelo. Habrías sufrido demasiado. La única opción no egoísta era esperar que me olvidases y que yo sufriese sola en silencio, pero no he podido, porque te necesitaba, porque te quiero, Ale, te he querido desde el primer momento y te necesito...

Ale no pudo contener las lágrimas. Sin dejar que terminara la frase, la atrajo hacia sí y la abrazó con fuerza,

casi hasta asfixiarla, dispuesto a defenderla de todo y de todos, incluso de la muerte, con que solo existiera la manera. Pero lo único que podía hacer en ese momento era abrazarla y llorar.

—¡Todo está bien, no te preocupes, todo está bien! ¡Ahora estoy yo aquí contigo y no te dejaré nunca, nunca, te lo juro! No llores, amor mío, no llores, estoy contigo. Saldremos de esta, te lo juro, no voy a permitir a nadie que te aparte de mi lado.

Aquellas palabras, dictadas por la desesperación y por el desconsuelo, le servían más a él que a ella. Tenía necesidad de creer, de ilusionarse. Él

contra el mundo. ¿Por qué no? Por absurdo que sonase, estaba seguro de que lo conseguiría. Por amor se puede hacer todo. Él contra la muerte. De acuerdo. Por ella, daría incluso su vida.

¿Qué querría Virginia? Virginia... Después de todo lo que había pasado, se había olvidado de ella. Seguramente estaba enfadada porque no le había devuelto la llamada.

Ale no conseguía entender el motivo de esa llamada a primera hora de la mañana, con esa voz tan nerviosa. Parecía realmente que hubiese ocurrido algo grave.

Le había pedido que se viesen

enseguida en el paseo marítimo, y ahora él corría como un loco para llegar cuanto antes.

No había dormido nada y seguía alterado por la noticia que le había dado Ylenia.

No se lo podía creer. Cuando llevó a Ylenia de regreso a su casa, Ambra y Giorgio fueron muy amables con él, como siempre, por otra parte, y lo hicieron pasar para explicarle bien la situación. Le contaron lo del trasplante, lo del corazón que no se encontraba, lo de los pocos días que le quedaban, lo de la evolución de la enfermedad y lo de las numerosas crisis.

Ahora sí que todo tenía una explicación. Ahora cada pequeña pieza del rompecabezas encajaba. Sus muchas faltas a clase, su raro comportamiento, sus continuos rechazos, sus desapariciones, el que los profesores la trataran siempre con especial consideración...

Pero ¿por qué había sido tan cabezota? ¡Cabezota y valiente! ¿Cómo pensaba enfrentarse a todo eso sola, sin su ayuda, sin nadie a su lado? ¿Cómo?

Lo más triste era que si no tuviese esa enfermedad de mierda, nunca se habrían conocido. Ella habría ido a Italia como mucho de vacaciones. ¿El

destino era realmente tan cruel? ¿Había hecho que se encontraran solo para separarlos? ¿Los había unido, les había dado el amor, el amor único, ese que dura siempre y que solo unos pocos tienen la suerte de conocer, y ahora los castigaba con un sufrimiento atroz?

Cuando ella desapareciera, ¿qué iba a hacer él? ¿Cómo seguiría viviendo sin ella, aferrándose únicamente a su recuerdo?

No quería pensarlo. No podía pensarlo. Era un dolor demasiado grande. Un dolor lento, desgarrador. Cada aflicción, cada añoranza, era como si alguien le introdujese una mano en el

pecho y le arrancase el corazón. Sentía que ya sangraba. Mejor dicho, sentía que se abrasaba.

Pero eso no era lo que ahora le hacía daño. No. Le dolía la mejilla. Virginia estaba de pie delante de él, pero evitaba mirarlo. Tenía los ojos velados de lágrimas y temblaba. Le había dado una bofetada. Él se había acercado para saludarla, y ella lo había golpeado en la mejilla izquierda, con fuerza, con violencia, con rabia.

—Virginia...

—¡No digas una sola palabra! ¡Me das asco! No eres más que un gusano, un cabrón...

Virginia estaba gritando. Estaba fuera de sí. Gritaba y lloraba, hecha un basilisco.

Sin embargo, Ale no estaba molesto. Le había ahorrado el ingrato deber de decirle que estaba enamorado de otra. Ella lo estaba haciendo todo: ella decidía, ella gritaba, ella lloraba por los dos.

—Ahora explícame qué es esto. ¿Puedes o no?

Virginia le arrojó algo que le rozó el pecho y cayó al suelo.

Ale se agachó para recoger las fotos y se quedó de piedra: ¿cómo era posible? Maldito Claudio. El imbécil de

siempre. ¿Y ahora? ¿Cómo justificarse? ¿Qué decirle? Virginia jamás se creería la historia rocambolesca en la que se habían metido sin querer.

—Escucha, todo es un equívoco. No es lo que parece. Deja que te lo explique, estás confundida... — masculló, pero ella estaba furiosa y no consiguió su propósito.

—¡Calla, hazme el favor! ¡No quiero oír tus penosas mentiras! ¡Eres igual que todos! ¡Te odio! ¡No eres más que un marrano! ¡Me habías jurado que nunca habías ido de putas! ¿Y sabes una cosa? ¡Lo único que lamento es haberte salvado el culo, porque tendría que

haberle dejado estas fotos a mi hermano para que te denunciara! ¡Vete a la mierda!

Ale se quedó solo en el muelle. Virginia se marchó llorando.

«¡Menudo carácter! Y se ha llevado las fotos. Puede que todavía se las devuelva a su hermano para que presente la denuncia. ¡Sería la guinda del pastel!»

Por la tarde le pediría a Claudio que la llamara: a lo mejor a él le creería, a lo mejor lo dejaba hablar. Pero ¿qué importaba? En ese momento tenía otras cosas en la cabeza.

De nuevo en la calle, para no pensar,

para hacer algo que, aunque no hubiera ayudado a Ylenia, podía quizá servir a otro, porque lo que se le había ocurrido es algo que todo el mundo debe hacer, pero la gente está demasiado ocupada, siempre tiene prisa y dice que después lo hará, pero «después» ya es demasiado tarde y resulta inútil.

¡Ahí está, el autobús que va a la ciudad! Ahí está, como si lo esperase, como si Dios hubiese decidido echarle una mano, al menos por una vez.

¡Pues mil gracias!

Ale subió al vuelo y se sentó al lado de una viejecita que dormía. No se percató de la distancia que había

recorrido porque se quedó dormido enseguida. Había amanecido en casa de los Luciani y luego había regresado a la suya a pie. Claudio los había llevado hasta allí y acto seguido se había marchado a su casa, y él no había aceptado que Giorgio lo acercara a la suya. Luego había pasado lo de Virginia, que lo había sometido a una dura prueba. La cabeza le seguía doliendo y reclamaba descanso, pero no podía dormir, no había tiempo, tenía que cumplir una misión.

Se despertó de golpe, asustando a la viejecita que tenía a su lado. Le sonrió para tranquilizarla. Sí, Dios había

decidido ayudarlo, ya que lo había despertado a un metro de su parada. Tras excusarse de nuevo con la anciana, se apeó del autobús y se detuvo un momento a contemplar el majestuoso edificio. Quién sabe por qué todos los hospitales son iguales. Todos grises, tristes, con ventanas rectangulares, pequeñas, persianas azules, a veces grises. Y luego los aparcamientos, las ambulancias, las batas blancas de los médicos y las verdes de los enfermeros, todas iguales. Y el olor punzante a alcohol y a medicamentos, pero también a muerte, a miedo, a sufrimiento y a lágrimas.

«¿Por qué, Dios? ¿Por qué precisamente ella? ¿Por qué precisamente ella, entre tantos? ¿Puedes dar una respuesta a esto, Dios? ¿Por qué la gente muere, Dios? ¿Por qué no los dejas decidir a ellos morir y cuándo morir? ¿Por qué decides tú por todos? ¿Dime por qué?»

—Perdón, ¿qué desea?

Una enfermera muy mona, con algún mechón rubio asomando rebelde de la cofia blanca, lo miraba desde el cristal de recepción.

Interrumpiendo el flujo de sus pensamientos, Ale se acercó y preguntó:

—¿Qué debo hacer para hacerme

donante de órganos?

—Es muy fácil. Debe ir a la sección de donantes, al final del pasillo, la tercera puerta a la derecha.

—Muchas gracias.

—De nada. El día de mañana otras personas le agradecerán a usted este gesto. Y lo bendecirán de corazón, porque les habrá salvado la vida.

Ale no respondió, limitándose a sonreír. No quería el agradecimiento de nadie, solo quería vivir feliz con Ylenia, casarse y formar una familia con ella y envejecer juntos. ¿Era pedir demasiado?

Sección de donantes. Debía de ser esa. La puerta estaba entornada, pero

Ale, de todas formas, llamó.

—¿En qué puedo ayudarle? — preguntó otra enfermera graciosa y risueña, con las uñas pintadas de rojo.

—Quisiera hacerme donante de órganos. Me han dicho que venga aquí.

—Siéntese, por favor. Solo tiene que darme un documento y rellenar este formulario. Luego debe firmar aquí. Después le entregaré una ficha que tendrá que llevar siempre consigo, junto con un documento de reconocimiento y su grupo sanguíneo, de manera que el día de mañana los médicos puedan saber enseguida que usted es donante y decidir a quién destinar sus órganos todavía

útiles.

—Muchas gracias.

Ale se sentó al escritorio y empezó a rellenar el formulario. Cuando terminó, se lo tendió a la mujer junto con el carnet de identidad y el bolígrafo que ella amablemente le había prestado.

—Es muy bonito que un chico tan joven como usted haya tomado esta decisión. No es frecuente. A su edad no se tiene mucha sensibilidad con el tema, es algo en lo que no se piensa. ¡Y, sin embargo, cuesta poquísimo y se salvarían muchas más vidas a diario!

Ale reflexionó sobre el motivo de su decisión. Debía admitir que, de no ser

por Ylenia, nunca habría pensado en hacerse donante. Jamás se le habría ocurrido. A saber cuántos otros, perdidos en su mundo de videojuegos y de ciencia ficción, ni siquiera sabían que eso se podía hacer. Porque la verdad es que tampoco se habla demasiado de ello. Si la gente no sabe las cosas, no las hace. Todo el mundo dice que la gente está sorda, quién sabe si es verdad.

Mientras esperaba el autobús para regresar a Cecina, estaba solo con sus pensamientos y le pedía desesperadamente ayuda al mundo. Fue entonces cuando a Ale se le ocurrió una

idea disparatada. Disparatada, en efecto, porque a saber cuántos le habrían hecho caso. Pero al menos tenía que intentarlo. Tenía que intentarlo no solo por Ylenia, sino además por todos aquellos cuya vida pendía de un hilo, por todos aquellos que tenían la esperanza de renacer, que podían ser salvados.

Dedicó todo el viaje a estudiar los detalles. Cuando por fin llegó al pueblo, fue a una ferretería y compró bastantes latas de pintura, tubos de espray de colores, varas y cartulinas. Empezó a dar vueltas por las calles, por esas calles que ahora le parecían distintas, nuevas, ajenas, aquellas a las que estaba

tan unido, que lo habían visto crecer y que ahora eran testigo de su locura. Indiferente a la lluvia y a las miradas curiosas y despectivas de los transeúntes, a las carcajadas de los jóvenes, con un solo objetivo: salvar a Ylenia.

Pasadas unas horas, todo el pueblo estaba plagado de pintadas en los muros: «¡Haceos donantes de órganos! ¡No os cuesta nada, y para muchos significa la vida!». O: «¡Podríais salvar las vidas de muchas personas haciéndoos donantes de órganos!». O: «¡Si todos donásemos nuestros órganos, mucha gente sobreviviría!». Y también:

«¡Haced como yo, donad vuestros órganos! ¡Algún día alguien os lo agradecerá!». Y más: «¡Una vez muertos vuestros órganos no os servirán! Donádselos a quien los necesita para vivir». Por último: «¡Elige tú también la vida después de la muerte! Hazte donante de órganos».

Empapado y con los ojos llenos de lágrimas, Ale observaba cómo la lluvia derretía los carteles. Los transeúntes, bajo los paraguas, seguían su camino sin dignarse mirarlo. Creían que estaba chiflado, y nadie se detenía a leer.

«¿Por qué, Dios? ¿Por qué? ¿Por qué no me ayudas? ¿Por qué nadie me

ayuda? ¿Por qué todos nos dejáis solos?  
¿Por qué habéis decidido condenar a  
muerte a mi Ylenia? ¿Qué daño os ha  
hecho? ¿Es realmente tan difícil rellenar  
un formulario? ¿Se tarda mucho?  
¿Cuesta algo? ¿Por qué la gente es así?  
¿Por qué, Dios, me explicas por qué?»

—¡Ale! —Era Claudio.

—¿Qué quieres?

—¡Ale, sal de ahí! Estás calado  
hasta los huesos. ¡Venga, sube al coche,  
te llevo a casa!

—¡No! ¡La gente debe entender, la  
gente debe saber!

—Ale, la gente no quiere entender. A  
la gente no le importan los demás, es

egoísta. No tiene tiempo de atenderte. Es inútil, sal de ahí, anda. Sube al coche, ahora.

Ale miró alrededor, sin saber qué hacer, incapaz de creer en tanta indiferencia, pero tal vez Claudio tenía razón: a nadie le interesaba escucharlo, todos pensaban solo en el presente, no en la enfermedad y en la muerte, hasta que se la encontraban delante. Nadie iba a ayudarlo y se iría muriendo por dentro, día tras día, ahogado en el horrible vacío dejado por Ylenia.

—¡Toma! Tienes que rellenarlo y después llevarlo al hospital, a la sección de donantes. Y coge también estos,

dáselos a tu familia y a toda la gente que conoces. Puede que ellos te escuchen.

Ale se decidió por fin a subir al coche.

—De acuerdo, descuida —dijo Claudio, al que el dolor de su amigo sobrecogía e inspiraba piedad.

—Llévame a su casa, por favor. Necesito verla.

—Virginia, ¿qué pasa?

Ylenia estaba realmente preocupada. Había ido a la casa de su amiga para contarle la magnífica noche que había pasado con Ale y la había encontrado llorando en el sillón del sofá.

—Cielo, lo siento, en este momento no deberías consolarme tú a mí, sino yo a ti.

—¿Quieres contarme lo que te pasa?  
¿Por qué lloras?

—Verás, hace unos días conocí a un chico. Creo que no te lo había dicho. — Virginia se sorbía la nariz.

—¡No! Hace una semana que no nos vemos, ¿cómo podrías habérmelo contado? Desde que empezaste a trabajar, no hay forma de que nos veamos...

—Tienes razón, pero ¿qué quieres que haga?

—No te preocupes por eso y cuéntame lo que ha pasado. ¿Te ha ido mal con ese chico?

—Piqué como una tonta la misma noche que lo conocí, y...

—Virginia, eso no es propio de ti;

pero ¿cómo se te pudo ocurrir irte con un desconocido?

—Sé que está mal, y ya he pagado por eso, créeme.

—¿No estarás embarazada?

—¿Qué dices? No, lo que pasa es que mi hermano lo pilló mientras abordaba a unas putas...

—Oh, cariño, cuánto lo siento. ¿Por qué tendrás que dar siempre con capullos? Pero ¿cómo lo ha reconocido tu hermano? ¿Es que ya lo había visto antes?

—No, Ivan no sabe nada. Fotografizó a los clientes de las putas durante su ronda de patrulla y luego se olvidó de

dejar las fotos en comisaría y las traje a casa. Yo las encontré por pura casualidad y, entre otras, estaban las tuyas. Las robé, y lo peor es que gracias a mí ahora él se ha librado de la denuncia que se merece.

—Perdona, pero ¿por qué no le devuelves a tu hermano las fotos para que las lleve a comisaría?

—No puedo. ¡Si descubriese que las robé, se enfadaría muchísimo! Y si encima llega a saber que salgo con tipos así... Menos mal que no las había contado: enseguida se habría dado cuenta de que le faltaban tres.

—¿Y estás segura de que es él?

—Sí, en la foto se ve claramente su cara. Espera, te las voy a enseñar.

Virginia se levantó y sacó las fotos del interior de una sopera que había en el aparador. Las había escondido ahí para que su hermano no las encontrase.

—Mira, es él.

De repente, Ylenia se sintió desfallecer. Nunca se lo hubiera esperado. No se lo podía creer.

—Pero ¡este es Ale! —dijo palideciendo.

—Sí, ya sé que es Ale. ¿Te había dicho que se llama así?

—No, es mi Ale... —Ahora Ylenia estaba temblando.

—¿Cómo que tu Ale, qué significa?  
Este es con el que yo salí...

—No, este es Ale, mi compañero de clase, del que te he hablado siempre, del que estoy enamorada, con el que hice el amor la otra noche...

Ylenia tuvo un ataque de llanto. Durante un segundo, que duró un siglo, la habitación quedó sumida en un gélido silencio. Ambas necesitaban reflexionar y comprender. Ambas habían hecho el amor con el mismo chico sin saberlo. Y él tampoco podía estar al corriente.

—¡Dios mío! —exclamó Virginia para sí.

—¡Has estado en la cama con él! —

Ylenia señaló con el índice a Virginia y empezó a gritar—. ¡No me lo puedo creer, tú también! Eres mi mejor amiga, ¿cómo has podido hacerme esto? ¿Cómo has podido? ¡Tú también, después de Ashley, tú también lo has hecho!

—Aguarda un momento, Ylenia, entra en razón. Yo no lo sabía, no podía saberlo, nunca lo había visto, nunca me lo habías presentado. Lo conocí por casualidad... Lo siento, si solo me lo hubiese imaginado, nunca habría hecho algo así, te lo juro. Créeme, te lo ruego, lo siento muchísimo...

Ahora las dos estaban de pie, llorando, en silencio, sin atreverse a

mirarse a la cara. Ylenia tenía en la mano las fotos y, cuanto más las miraba, peor se sentía.

—¡Te odio! ¡Eres una puta, te odio!  
—Y se fue corriendo entre sollozos.

—Espera, ¿adónde vas? ¡Para, por favor!

Virginia la siguió implorándole, y cuando llegaron a la verja de la villa de los Luciani se encontraron con Ale y con Claudio, quienes se disponían a llamar al portero automático.

Ale vio a Ylenia colorada, alterada, con lágrimas en los ojos, corriendo con unas fotos en la mano. Y, detrás de ella, a Virginia.

—Ah, ¿estás aquí? —le gritó Ylenia parándose de golpe—. ¿Cómo has podido? ¿Cómo has podido? Te has tirado a mi mejor amiga. Y encima, tú y ese depravado habéis ido de putas. ¡Hay pruebas, no lo niegues! ¿Qué mierda de persona eres? ¡Le has hecho daño a ella y me has hecho daño a mí! ¿Cómo puedes mirarte en el espejo? ¿No te das asco?

—Ylenia, aguarda un segundo, deja que me explique...

Ella no le dio tiempo para responder, no quería que nadie la tocara ni se le acercara. No había manera de calmarla.

Claudio no sabía cómo actuar. Los cuatro estaban empapados de lluvia, Ylenia estaba fuera de sí, Virginia temblaba, Ale estaba aturdido. ¿Y él? ¿Él que pintaba en todo eso?

—Tú siempre me rechazaste, y yo me dije que debía pensar en mí mismo, por eso estuve con Virginia. Pero te juro que hoy iba a decirle que todo se había acabado entre nosotros. Ylenia, créeme, te quiero solo a ti, siempre te he querido solo a ti, ha sido un error, yo... —Ale intentaba justificarse, pero era difícil en esa situación.

—¿Y esto? ¿Qué me dice de estas fotos? ¡Son claras, no hay excusas que

valgan! ¡Nuestras compañeras tenían razón cuando me decían que no me fiara de ti, tenían razón: eres de los que van con mujerzuelas! Y yo, como una tonta, te creía. ¿Ya estás satisfecho? ¡Ya tienes una más que añadir a tu lista! Mejor dicho, dos, porque también puedes añadir a Virginia... —le dijo arrojándole a la cara las fotos.

—Todo es un malentendido, en serio. Lo único que hicimos fue llevarla en el coche. ¡Pregúntaselo a Claudio, te lo confirmará! Ylenia, por favor, yo...

Ale se acercó a Ylenia para abrazarla, pero ella lo rehuyó. Tenía el pulso acelerado, la respiración jadeante,

la cara colorada y el corazón hecho trizas. En ese momento, le dijeran lo que dijeren, incluso si Dios hubiese bajado a la tierra, no se habría creído nada. Se sentía terriblemente herida, tan herida que tenía la sensación de que el corazón le iba a estallar. Y tal vez realmente le estaba estallando. Sintió una punzada espantosa en el pecho, que enseguida se extendió a todo el brazo izquierdo. Temblaba sin parar, pero no era precisamente un temblor, era como si alguien la obligase a hacer unos movimientos raros, como una marioneta atada a sus hilos. Se caía, caía al suelo y no podía impedirlo. Era como si la

escena tuviese lugar a cámara lenta, como si ella se mirase desde fuera. Se veía en brazos de Ale, mientras cerraba los ojos y perdía el conocimiento. Oía los gritos de Claudio y de Virginia, y sentía cómo la lluvia la acariciaba por todas partes, como un amante, pero a ella le parecía que estaba en el fondo de una piscina, con los ruidos atenuados por aquella enorme masa de agua que la envolvía sin hacerle daño, que la acunaba, que se la llevaba, que la arrastraba hacia la muerte. Oía los ladridos de Rómulo y Remo, pero estaban a años luz. Y luego notaba unos pellizcos en las mejillas, como si una

serpiente fastidiosa la estuviese  
mordiéndolo. Y estaba cansada,  
terriblemente cansada, sin fuerzas.  
Demasiado cansada para volver con los  
otros. Quería quedarse sola, a oscuras.

Giorgio y Ambra estaban en el pasillo del hospital, caminando nerviosamente de un lado a otro, como se hace siempre en esos casos. Café, caras tensas, miradas de incredulidad, desesperadas. Claudio, Ale y Virginia esperaban en las sillas pegadas a la pared, en fila. Y el olor, ese olor pesado que te pone malo y te obliga a salir a la calle a tomar un poco de aire fresco.

Qué espantosa es la espera, tener

que estar ahí sin poder hacer nada, mientras en la habitación de al lado tu hija, tu novia, tu mejor amiga se debate entre la vida y la muerte.

El tiempo que pasa. Las noticias que no llegan. El reloj que pérfidamente prescinde del mundo entero y avanza inexorable.

No te queda más remedio que esperar y rogar que todo salga bien, y decirte que querrías estar tú en su lugar. Es imposible apretar el botón de parada y volver atrás. Solo se puede avanzar, con o sin ella. Qué atroz no tener elección, mirar hacia atrás y decir: «¡Hay que aceptar las cosas!». Qué

horrible la palabra «aceptar». Quién sabe si la gente se da cuenta. Es una palabra tan espantosa como la palabra «muerte». Quién sabe si habrá tiempo para otro beso, para otro abrazo, para otra despedida.

Quién sabe. Demasiados quién sabe en la vida. Si solo se pudiese elegir. Pero no se puede. Solo se puede confiar. Confiar y esperar, confiar y rezar.

—Por fin...

Tras esas palabras, todos se volvieron hacia la dirección señalada por Ambra y vieron al cirujano, que, con bata blanca y expresión impenetrable, avanzaba hacia ellos.

Ale, Claudio y Virginia se pusieron en pie, mientras Giorgio y Ambra fueron al encuentro del médico.

—Doctor, ¿qué nos puede contar?

—De momento está fuera de peligro. Ha recuperado el conocimiento, y las constantes se han estabilizado.

Hubo un suspiro de alivio general.

—¿Podemos verla? —preguntó Ale.

—Lo siento, pero por ahora solo pueden entrar los familiares directos. En la unidad de reanimación las reglas son muy estrictas.

Luego, dirigiéndose a los padres de Ylenia, continuó:

—De momento, podrá entrar solo

uno de ustedes, y tendrá que ponerse bata y mascarilla. Desgraciadamente, su hija está muy débil y es imprescindible que no entre en contacto con posibles fuentes de infección.

—¡Pues que entre él! —intervino Ambra señalando a Ale—. Es su hermano y están muy unidos. Estoy segura de que mi hija querrá verlo a él antes que a nadie.

—¡Como prefieran!

Ale no daba crédito a sus oídos. Aquella mujer infinitamente buena y generosa le estaba permitiendo entrar en su lugar y en el de su marido. Incluso mintiéndole al médico. Y Giorgio

Luciani no había movido un músculo...

—Una cosa más. A partir de ahora, su hija tendrá que quedarse ingresada, ya no la pueden tener en casa. Sería muy peligroso. A decir verdad, tendríamos que haber actuado hace unas semanas. Por lo demás, que Dios los ayude...

Luego se dirigió a Ale.

—Ánimo, vámonos tú y yo.

Ale asintió y desapareció con el médico detrás de una puerta de cristales opacos. Le pidió que dejara sus objetos personales en una mesilla; luego la enfermera lo ayudó a ponerse la bata, la cofia, la mascarilla y las fundas para los zapatos. Se lavó muy bien las manos y lo

llevaron delante de la puerta. Antes de hacerlo pasar, el médico le susurró:

—Por favor, nada de besos. Ni siquiera en la mano o en la frente. Y nada de lágrimas, Ylenia necesita ahora sonreír. Le encantará ver a su novio...

Ale lo miró sorprendido mientras el médico le advertía con un gesto que no dijera nada a nadie; si no lo harían salir. Qué buena gente hay en el mundo.

—¡Ale! —El rostro de Ylenia se iluminó en cuanto lo vio.

—¡Amor mío! —exclamó él haciendo esfuerzos para no llorar.

Estaba llena de tubos, pequeña y frágil, indefensa y asustada en esa cama

de hospital. Su Ylenia.

—¡Te juro por mi vida que no he estado con una puta, solo la llevamos en coche, tienes que creerme!

Ylenia asintió. Había una luz especial en los ojos de Ale que hacía que lo creyera. La luz del amor.

—Y por lo que se refiere a Virginia, no sabes cuánto lo siento. Fue un error, un terrible error, pero estaba borracho y tenía el corazón destrozado, y...

Ylenia lo interrumpió:

—Yo también siento lo que te he dicho antes, ya sabes cómo soy, cuando me enfado no razono, pero he comprendido que en el fondo todo ha

sido por mi culpa y por mi conducta.

Ale se quedó sin palabras por la sorpresa. ¡Así que ella lo había perdonado!

—Verás, cuando te enfrentas a la muerte comienzas a verlo todo de otra manera. Y he pensado que me he podido morir odiándote, cuando me quiero morir amándote.

Los ojos de Ylenia se humedecieron.

—¡Chissst! —le susurró dulcemente él estrechándole una mano entre las suyas—. Descuida, ya ha pasado todo, no le des más vueltas. Solo debes pensar en curarte y en salir de aquí lo antes posible, ¿de acuerdo? Yo estaré

esperándote cada día, hasta que estés de nuevo en casa.

—Amor, no voy a salir de aquí, me estoy muriendo...

—¡No es verdad! Tienes que esforzarte y reaccionar, no te estás muriendo, vivirás conmigo, nosotros...

—No te preocupes, amor, yo estoy feliz. No tengo miedo, ya no tengo miedo, porque ahora sé que estás conmigo. No quería otra cosa en la vida, Ale, solo te quería a ti, y ahora que te he conseguido ya puedo morir, porque sé que guardarás siempre mi recuerdo en tu corazón. Y cuando ya no esté, quiero que rehagas tu vida, quiero que encuentres a

una chica bonita, que te cases con ella, y que luego, si lo deseas, llames a tu primera niña Ylenia... así seguiré viviendo en ella, y estaré siempre a tu lado, con un vínculo aún más fuerte. No llores, amor mío, yo estoy serena, ¿no te basta con eso?

Incapaz de pronunciar palabra, Ale sacudía la cabeza y bajaba la barbilla para ocultar las lágrimas que corrían por su rostro.

En ese momento, cual heroína involuntaria, una enfermera entró en la habitación para pedirle que saliera, rescatándolo de aquella atroz dulzura, del terremoto que tenía en el corazón.

Ale se despidió de Ylenia con la mano y se alejó secándose las lágrimas y prometiéndole que volvería al día siguiente.

—¡Amor!

—¿Sí?

—¡Te quiero!

—Yo también te quiero.

—¿Para siempre?

—Sí, para siempre...

Ylenia le mandó un beso con la mano y lo observó marcharse. Luego cerró los ojos y se durmió.

Ale iba dos veces al día a Livorno para pasar un rato con su Ylenia, para reconfortarla, para reír juntos, para soñar con ese futuro que siempre les había estado prohibido, para escribir las últimas páginas de su historia y para planear nuevos recuerdos que guardar celosamente.

Cada día a la hora de la comida, y luego de nuevo a la hora de la cena, Ylenia esperaba a Ale, quien, puntual

como un reloj, la hacía olvidarse de todo.

Siempre le llevaba un regalo nuevo: un ramo de flores, un peluche, un CD, una foto. Cada día se inventaba un juego para hacerla reír, cada día le escribía un poema, cada día le cantaba una canción, pese a que desafinaba como nadie. Cada día juntos, despidiéndose cada vez como si fuera la última, abrazándose con fuerza e intercambiándose suaves besitos en los labios cuando los médicos no podían verlos.

Ylenia estaba serena, esperaba sin miedo a Aquel que debía venir a buscarla para llevársela. No tenía

miedo, ya no, porque Ale la había enseñado a ser fuerte y valiente, y además Virginia, sus compañeras de clase, sus padres, todos estaban a su lado para que no se sintiera sola.

También las enfermeras eran muy dulces con ella. Se quedaban charlando y haciéndole compañía, y a veces le permitían a Ale pasarse de la hora de visita. Igualmente los médicos la mimaban como si fuese una hija.

Y aunque estaba tan débil que ya no podía levantarse de la cama, en su interior se sentía fuerte y viva, pero sobre todo querida, henchida de un sentimiento que no creía que se pudiese

experimentar de lo grande que era.

—¡He decidido que mañana no voy!  
—Ale recorría la habitación de un lado a otro resoplando—. ¡Quiero venir a verte, no me apetece dejarte sola!

—¡Qué dices, amor, tienes que ir!  
¡Son los exámenes orales! No puedes dejar de presentarte justo ahora que estás a un paso de la selectividad. Ve y examínate también por mí...

Ylenia sonrió dulcemente, como solo ella sabía hacer.

—El mundo se ilumina cuando sonríes, ¿sabes? —Ale se acercó a ella

y le acarició la cara.

Ylenia sonrió de nuevo, halagada, pero, al darse cuenta de que lo único que Ale quería era cambiar de tema, lo siguió regañando:

—Prométeme que irás. Sabes que es importante para ti.

—Pero ¿para qué voy a ir si sé que no voy a aprobar? En los exámenes escritos me ha ido mal, no tengo esperanza de sacar el curso con el examen oral. Además, lo que quiero es estar contigo. Ya te veo poco, y si encima mañana no vengo...

—¡Prométemelo!

—¡No, no quiero!

—¡Te he dicho que me lo prometas!  
Y no me hagas enfadar; si no, les digo a  
los médicos que no te dejen pasar más.

—De acuerdo, te lo prometo...

En ese momento apareció la jefa de  
enfermeras para revisar el gotero de  
Ylenia. Tras intercambiar unas palabras  
con los chicos, le pidió a Ale que  
saliera de la habitación:

—El horario de visita ya ha  
terminado hace rato; como te pille el  
médico jefe me meterás en líos.

Ale asintió y le dio las gracias por  
todas las veces que ella y sus colegas se  
habían saltado el horario de visita para  
permitirle que se quedara un rato más

con Ylenia. Luego se inclinó sobre ella y le posó los labios sobre la frente.

—Nos vemos mañana...

—... por la noche —concluyó ella.

—¿Cómo?

—Nos vemos mañana por la noche, así me cuentas cómo te ha ido el examen. ¿De acuerdo?

—¡Uf! ¡De acuerdo! —Ale resopló de nuevo, le sonrió y salió de la habitación.

En el pasillo se encontró con los padres de Ylenia, que estaban hablando con el médico jefe. Se acercó para saludarlos y advirtió que el médico había callado en cuanto lo había visto

llegar.

—¿Qué pasa? —preguntó angustiado.

—¡Nada, tranquilízate! ¡Todo está bien! Precisamente el doctor Mancini nos estaba diciendo que no hay motivo de preocupación... —Ambra le puso una mano en el hombro.

—Tranquilízate, en serio, ahora vete a casa, que es tarde. ¿Quieres que te llevemos?

—No, no hace falta, he venido en mi coche. De todas formas, gracias. Adiós.

—De nada, hombre.

—Adiós...

Ale giró al final del pasillo, pero en

vez de bajar las escaleras para ir a la planta baja se quedó junto a una puerta para escuchar. Había notado que le estaban ocultando algo, pero por mucho que se esforzaba estaba demasiado lejos para oír claramente lo que decían.

Solo oía que el doctor Mancini hablaba lentamente, como si estuviese explicando algo, y que Giorgio lo interrumpía cada dos por tres con preguntas.

Era realmente imposible saber qué se estaban diciendo, porque además los sollozos de Ambra tapaban las voces. Lo único que lograba distinguir perfectamente era el llanto de aquella

mujer, que, aunque ahogado, resonaba en el pasillo como el presagio de un hecho terrible. Sintió que un escalofrío le recorría la espalda y casi se arrepintió de haberle prometido a Ylenia que al día siguiente se examinaría en vez de estar con ella.

—Con su permiso...

La profesora de matemáticas se volvió.

—Claudio, ¿qué haces aquí tan temprano?

El muchacho no respondió. Ni siquiera la miró.

—Oye, que hoy no te toca a ti. Los que se examinan son... —La docente recogió unas hojas de la mesa y empezó a repasarlas—. Bien, aquí están...

Alessi, Anselmo, Bernardi, Bonza, Cardile y Cutrò. A ti te toca pasado mañana.

—¡Lo sé perfectamente! No he venido por eso, he venido por él —le respondió un poco molesto señalando a un hombre bajo que estaba colocando unas fichas en la mesa, al lado de su colega.

—¡Claudio! Pero, bueno, ¿qué modales son esos? ¡Un poco de respeto! Venga, sal de aquí y no importunes al director.

—Tranquila, Carlotta, no pasa nada. Oigamos lo que tiene que decir este joven... —terció amablemente el

hombre dirigiéndose a su colega.

Claudio, que se había quedado en la puerta, entró en el aula.

—Usted es el presidente del jurado, ¿verdad?

El hombre asintió.

—He venido a hablar del último alumno que se examina hoy, Alessandro Cutrò.

Hizo una breve pausa y luego prosiguió:

—Verá, en este momento se encuentra en una situación difícil. Hace poco descubrió que su novia tiene una grave enfermedad en el corazón y está pasando los últimos días que le quedan

de vida en el hospital. Por eso hoy lo va a pasar muy mal, así que le ruego a usted y a todo el jurado que sean compasivos con él cuando lo examinen. Traten de entenderlo, pronto tendrá que despedirse de su novia, y la sola idea le desgarró el corazón...

El director sonrió ante aquel torpe intento de ayudar a un amigo.

—Tu gesto es muy noble, pero desgraciadamente no podemos tener tratos de favor con nadie. Los exámenes son estatales, por lo que su importancia legal no permite excepciones.

El rostro de Claudio se ensombreció.

—Aun así, te prometo que le pediré al resto del jurado que tenga en cuenta su difícil situación y su fragilidad emotiva, y que por tanto haga la vista gorda ante errores debidos al desconsuelo. ¿De acuerdo?

Claudio sonrió y le estrechó la mano al director.

—Se lo agradezco muchísimo. Para corresponderle le doy permiso para que se desquite conmigo cuando me toque mi turno.

Esa frase arrancó una sonrisa también a la glacial profesora, que se acercó a Claudio y le puso una mano en el hombro.

—A pesar de todo hay algo bueno en ti, ¿verdad, Claudio? Es una pena que lo descubra ahora, aunque mejor tarde que nunca... Y ahora vete, que los chicos no tardarán en llegar y empezaremos con los exámenes. Piensa en estudiar, si me permites un consejo.

Claudio asintió y se volvió para salir de la habitación. En realidad prefería quedarse para ver cómo eran los exámenes de sus compañeros y hacerse una idea de lo que le esperaba, pero no había motivo para informar a la profesora de su preferencia.

—De todas formas, Ale tiene mucha suerte de tener un amigo como tú. No

todo el mundo tiene un gesto así.

Tras esas palabras, Claudio se detuvo un instante sin volverse.

¿Ale una persona con mucha suerte? Nadie lo hubiera dicho en ese momento. ¡Más que suerte, lo que Ale necesitaba era un milagro! Suspiró, se despidió y salió del aula.

Ale estaba de pie en el pasillo, con el corazón en un puño.

¿Qué hacía allí? ¿Por qué le había hecho caso a Ylenia? ¿Por qué estaba en el instituto, y no en el hospital con ella?

Dentro del aula los profesores estaban examinando a los primeros alumnos del día. Los oía hablar mientras los otros compañeros, sentados detrás de él, escuchaban y se murmuraban frases al oído.

Otros tenían libros en la mano. Encaramados en la escalera antiincendios, fumaban un cigarrillo y repasaban por enésima vez los temas del examen. El aire era pesado, y el ambiente, irreal; la tensión se palpaba.

La única preocupación de los presentes parecía aquel maldito examen. Parecía que no existía nada aparte de eso. Todos los problemas del mundo estaban metidos ahí, en aquella aula.

Él era el único al que le daba igual sentarse en esa silla, la calificación final, la nota de los profesores. Su mente estaba en otro lugar. Recordaba el llanto de Ambra, y volvía a sentir cómo un

escalofrío le recorría la espalda.

Miró el reloj. El primer alumno llevaba dentro veinte minutos. A saber cuánto rato más iba a estar allí. Él era el último de todos, lo que significaba que antes de él se examinaban otros cuatro. No iba a darle tiempo de ir con Ylenia. Pero, de todas formas, tenía que hacerlo, tenía que ir corriendo con ella, porque el corazón le decía que esa iba a ser la última vez. No sabía explicarse el motivo de aquella sensación, pero la tenía, sabía que si no se daba prisa no iba a llegar a tiempo.

¿Por qué Ylenia era tan testaruda?  
¿Por qué le había prometido que se iba a

presentar al examen?

Estaba casi decidido, solo lo retenía una cosa. Si su sensación resultaba falsa, si iba corriendo al hospital por nada, Ylenia jamás se lo perdonaría.

Y los médicos se lo habían advertido dos veces: cualquier preocupación, hasta un simple enfado por un motivo insignificante, podía ser letal para ella. Su corazón no lo soportaría.

Lo que más lamentaba Ylenia era no haber podido presentarse a los exámenes finales, así que podía figurarse qué pasaría si él no se presentaba. Seguramente se enfadaría y

quizá tendría una crisis. Eso no podía consentirlo. ¿Qué hacer? ¿Qué hacer? ¿Qué hacer?

En ese preciso instante, mientras estaba sentado solo en las escaleras, con la cabeza entre las manos, sonó su móvil. Lo sacó del bolsillo y vio el número de Ylenia. Claro, seguramente había pedido a las enfermeras que la dejaran llamarlo para desearle suerte en los exámenes.

Era siempre tan dulce y atenta, su Ylenia. Eso al menos quería decir que se encontraba bien, y que sus sensaciones estaban infundadas. Menos mal.

—¿Diga?

Respondió una voz desesperada, rota por los sollozos, incapaz de expresarse correctamente, de recalcar las palabras, la voz de una madre a la que le acaban de decir que su hija se está muriendo. La voz de una madre que le rogaba que se diese prisa, que corriese, que fuese a darle el último beso a Ylenia, antes de que fuese demasiado tarde. Porque sí, la vida la estaba abandonando, y quería verlo para una última despedida antes de irse para siempre. Y para no volver nunca.

A toda carrera, pálido y desesperado, con el corazón hecho

pedazos, con los ojos inundados en lágrimas, que no lo dejaban ver, mientras sus compañeros lo observaban consternados y Claudio le suplicaba que se detuviera, que le explicara, Ale rogaba llegar a tiempo, poder decirle adiós, incapaz de creérselo, incapaz de aceptar, incapaz de entender.

Los médicos podían mantenerla con vida apenas unas horas y él tenía que apresurarse, tenía que correr más rápido que el viento, tenía que acudir a su lado. Va disparado por el pasillo y luego cruza como una exhalación la puerta, mientras se reprocha haberle hecho caso, haberla dejado sola, y trata de

ignorar esa dolorosa punzada en el pecho y le pide a Dios un último milagro.

«¡Déjala vivir, Dios, déjala vivir! ¡Mi vida no tiene sentido sin ella; te lo ruego, Dios, no te la lleves de mi lado, te lo ruego!»

Baja los escalones, sale de la verja.

«¡Te lo ruego, Dios, sálvala, te lo ruego, sálvala! No te la lleves de mi lado, te lo ruego. Ahora no, todavía no. No estoy preparado, no llego a tiempo. Déjame llegar a tiempo, Dios, te lo ruego. Escucha mis ruegos».

Está destrozado por la angustia, el sudor le chorrea de la frente, el corazón

late con fuerza, la angustia aumenta.

A toda carrera, por la calle, con la mirada nublada por las lágrimas y el corazón estallándole en el pecho, solo con su dolor.

Y luego, de repente, una imagen. Un instante, ese instante en el que se dice que toda tu vida te pasa delante de los ojos, como en una película. Volvió a ver a Ylenia el primer día que fue a clase, el día que se dieron su primer beso, en su inolvidable noche. Un flash. «Gracias, Dios. Lo has comprendido perfectamente».

Y luego, de repente, sin fijarse en nada de lo que lo rodea, sin fijarse en el

coche que avanza veloz por la calle hacia él, sin prestar atención a ese rumor sordo de frenos, como de una rama que se parte, indiferente al dolor, a la sangre, a las lágrimas de Claudio, a los gritos de sus compañeros. Indiferente a la muerte, pero lamentando solo una cosa: no poder decirle adiós. Indiferente al terrible dolor en el pecho, mientras pronuncia sus últimas palabras con el hilo de voz que le queda:

—¡Mi agenda, Claudio, está escrito en mi agenda!

Claudio seguía aturdido. Instintivamente había subido a la ambulancia con su amigo, aunque ahora empezaba a arrepentirse. Estrechaba la mano de Ale, pero sus dedos no devolvían el apretón. Parecían de plástico.

El olor punzante de la sangre impregnaba el aire. Tenía ganas de vomitar, se sentía débil y estaba muy mareado. Necesitaba un poco de aire, pero no le quedaba más remedio que

esperar.

El ruido ensordecedor de la sirena de la ambulancia, que corría a toda velocidad por las calles, no lo hacía sentirse mejor. Las palabras de su amigo le retumbaban en la cabeza: «Mi agenda...».

¿Qué había querido decir Ale? ¿Qué había tan importante en esa agenda?

Miró hacia la mochila tirada en un rincón del suelo, que alguien había considerado preferible meter en la ambulancia. ¿Quién habría sido? En cualquier caso, había hecho bien.

Claudio se inclinó y empezó a rebuscar en su interior. Mantenerse

ocupado lo ayudaría al menos a seguir lúcido. Sacó la pequeña agenda amarilla, manchándola de tierra y de la sangre que se le había quedado pegada en las manos. La sangre de su mejor amigo. Comenzó a hojearla, sin saber bien qué buscar. Hasta que, al azar, abrió una página e inmediatamente comprendió.

«¿Por qué, Ale? ¿Por qué? ¿Has pensado en mí? ¿Qué va a ser de mí?»

Ale tenía los ojos cerrados y seguía perdiendo sangre de la cabeza. Se debatía entre la vida y la muerte, decían. Pero Claudio lo sabía bien: Ale ya no quería luchar. Había alcanzado su

objetivo. Había conseguido su meta.

Se acercó a él.

—¡Descansa en paz, amigo mío! ¡Yo me ocupo, no te preocupes! Ya sé qué me querías decir...

Una lágrima silenciosa le resbaló por la cara.

—Perdone, ¿ha dicho algo?

Claudio se volvió hacia el hombre que se encontraba con él en la ambulancia y sin hablar le tendió la agenda.

—Está escrito aquí.

El médico la cogió y leyó la frase que le señaló. Luego, asintiendo, la cerró.

Con ese movimiento salió de otra página una pequeña margarita, que cayó a los pies de Claudio. El muchacho la recogió y volvió a introducirla en la agenda.

—Veré lo que se puede hacer, descuide. Naturalmente, tendrá que explicarme mejor, porque...

En ese momento las puertas de la ambulancia se abrieron y en pocos segundos Ale desapareció, trasladado en una camilla.

—¿Señor Cutrò?

—Sí.

Pietro Cutrò, enjugándose las lágrimas, se levantó de la silla.

Las últimas horas habían sido espantosas. No estaba completamente lúcido, seguía esperando que se tratara de una broma cruel o de una horrible pesadilla.

Sí, debía de ser una pesadilla, pero nadie lo iba a despertar. Seguía teniendo

delante de los ojos la imagen de Ale. Se miró la camisa, todavía manchada de sangre. Su sangre. Le dieron ganas de gritar.

Vio que algo blanco avanzaba hacia él, andando lentamente y rompiendo, con el ruido de los pasos, el silencio de su corazón.

El médico se le acercó y le puso una mano en el hombro. Se quitó la mascarilla y empezó a rascarse el codo derecho.

—Tengo que hablarle de algo. Comprendo que no es el momento más apropiado, pero es realmente importante.

Pietro Cutrò asintió, sin fuerzas para decir nada.

—El chico que estaba con su hijo en el momento del accidente, el que subió a la ambulancia con Ale...

—Claudio...

—Sí, exactamente, Claudio. Verá, me ha entregado esto.

El médico sacó algo del bolsillo y se lo tendió al hombre que tenía delante.

Pietro alzó un instante la mirada del suelo y la posó sobre la agenda de su hijo. Pero no se atrevió a tocarla.

—Su hijo había decidido hacerse donante de órganos, ¿lo sabía?

Pietro asintió.

—Pues bien, quería hablarle de eso. Desgraciadamente, Claudio no está en condiciones, ya que se encuentra en estado de shock, y nosotros necesitamos despejar dudas sobre cierta situación. Comprenderá que...

—Deme solo un segundo.

—Claro, descuide. Pase a verme a mi despacho cuando se sienta preparado.

De nuevo en el pasillo. De nuevo de un lado a otro, de un lado a otro. De nuevo el enésimo café, el enésimo cigarrillo. De nuevo Virginia y Claudio sentados en las sillas oscuras, todas iguales.

Con una sola diferencia. El sitio que antes ocupaba Ale ahora estaba vacío. Vacío como el alma de Claudio, atormentada por el dolor, por los sentimientos de culpa, por las preguntas a las que nadie daría nunca respuesta.

En el hospital Ale había vivido el tiempo justo para dar el último adiós y para realizar un milagro. Un milagro de los que solo el amor puede hacer.

Ese amor que había permitido a su corazón, alimentado por máquinas, seguir latiendo, incluso después de que su alma se hubiese ido lejos, hacia el cielo, unos metros más arriba, allí donde, como alguien ha dicho, los enamorados se encuentran realmente.

Estrecharse con fuerza para soportar el dolor de una pérdida, para celebrar la dicha de un renacimiento.

Estrecharse las manos, un poco más cerca, llorando el uno sobre el hombro

del otro, con rabia, melancolía, alegría y esperanza.

Sobre todo se preguntaban afligidos cómo reaccionaría Ylenia a ese dolor espantoso, a esa injusticia inaceptable.

Solo Dios podía saberlo.

Aquella canción. Midge Ure. La canción que le encantaba a Ale. Alguien la estaba escuchando en un coche. Las notas, llevadas por el viento, llegaron a los oídos de Claudio.

Unas lágrimas le cayeron, furtivas, por las mejillas, una carrera del dolor por una pista corta.

Una mano en el corazón mientras canturreaba su canción. La mejor forma

de decir adiós a un amigo.

Silencio en la habitación.

El señor Luciani miraba alrededor para tratar de rebajar la tensión. Los ojos de todos estaban clavados en él. Los de Ambra, los de Virginia, los de Silvia, los de Claudio y los de los demás. Pero, sobre todo, los de Ylenia. La operación había sido un éxito. Ylenia tenía un corazón nuevo.

Por primera vez, los médicos le habían permitido recibir visitas. Todos

estaban con ella en la habitación. Todos los que la querían, todos los que habían rezado por ella, todos a los que ella quería. Todos, menos uno.

—Papá, ¿dónde está Ale? — preguntó de nuevo, ya que su padre todavía no le había respondido.

Giorgio miró a Claudio. Virginia le estrechó la mano con fuerza, y le susurró algo al oído. Claudio se dio ánimos y sacó de la mochila la agenda de su amigo. La de las tapas amarillas que ella había visto infinidad de veces en el instituto.

Se la tendió a Ylenia sin decir nada, sin atreverse a mirarla a los ojos.

Ella la cogió y empalideció. Había manchas de sangre.

—¿Qué significa?

La pregunta cayó en el vacío.

Una margarita, pequeña, apagada, un poco marchita, asomaba de la agenda como si fuera un punto de libro. Ylenia puso un dedo y la abrió.

En las páginas del día de junio en que Ale había muerto, como si fuese una broma cruel del destino, unos meses antes ella había dibujado un pequeño corazón y había escrito al lado su nombre.

Ahora había algo distinto. Había una frase color rojo sangre, una frase que

Ale le había repetido muchas veces. Pero nadie, incluida ella, se habría imaginado jamás que algún día se convertiría en realidad.

Con los ojos llenos de lágrimas, Ylenia miró a la cara a todos los presentes para recibir una explicación, para obtener una respuesta.

—Lo atropellaron cuando venía al hospital —oyó que decía alguien, pero no pudo distinguir la voz, incapaz de apartar la mirada de aquella agenda.

Con la letra un poco insegura que ella adoraba, al lado del corazón dibujado por Ylenia, Ale había escrito:

*Mi corazón te pertenece. ¡Para siempre!*

# Agradecimientos

Este libro no habría sido posible sin la ayuda y el apoyo de muchas personas. Deseo dar las gracias, en primer lugar, a Pietro Boroli y a Gian Luca Pulvirenti, quienes creyeron enseguida en mi proyecto, y a Mirella Mancuso, vicepresidente de la AIDO, por su sincero entusiasmo y por su respaldo. Quiero agradecer especialmente a Federico Moccia por su hermoso prólogo.

Gracias de corazón también a

Manuela Pizzo por su valiosa colaboración y por haberme ayudado a dar voz al universo femenino. A Giusy Piediscalzi, que siempre me ha animado en esta breve pero intensa aventura editorial. A todos mis amigos de la infancia, gran fuente de inspiración, y, por último, a mis lectores, sin los cuales no habría llegado hasta aquí.

Quiero mencionar, asimismo, a todos aquellos que como yo han aceptado hacerse donantes de órganos. No siempre se reconoce como tal el obsequio de la vida y se piensa erróneamente que las cosas malas solo pueden ocurrirles a los demás. No nos

olvidemos de ayudar a aquellos que realmente lo necesitan, brindándoles una esperanza.



ALESSIO PULEO, ex policía, nació en un pueblo de la provincia de Palermo, en el sur de Italia, en 1981. Antes de *Escuchrás mi corazón* escribió una novela para adultos, *La mamma dei carabinieri (Longanesi)*.